

REVISTA DE EDUCACIÓN

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

R. P. BERGOUNIOUX

ROBERTO LEVILLIER

JEAN LUCCIONI

OSVALDO F. A. MENGHIN

ISMAEL MOYA

JUAN A. VIGNA

Miss Mary O. Graham

La invención de la escritura

Intermezzo Paraguay (II)

Platón y el modelo divino de la ciudad

Valor formativo de los estudios humanísticos

Echeverría, numen argentino

Amadeo Jacques, educador

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

A. DAUVILLIER, *Teorías acerca del origen del relieve lunar*. EMILIO CARILLA, *Cervantes en la Argentina*. M. GENNARO, *Sobre la pintura filosófica*. E. ÁLVAREZ LÓPEZ, *La zoología en F. de Oviedo*. G. C. y CHARLES-PICARD, *El periplo de Hannon*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

A. M. IDIART DE REBON, *La escuela rural*. M. R. AHRENS, *El maestro elemental del mañana*. A. MILLOT, *Valor educativo de las letras*. M. TRIAS, *El cine y la escuela*. J. DEFRADAS, *La consulta al profesor*.

LECTURAS

M. DE GUÉRIN, *El mar agitado*. R. TAGORE, *La escuela de las flores*. G. MIRÓ, *El reloj*. A. D'ORBIGNY, *Incursión de indios*. POEMA DE GILGAMESH, *Viaje*.

LENGUAJE Y ESTILO

AMADO ALONSO, *Valor expresivo del artículo*. A. HERRERO MAYOR, *Evo-cación estética y social del habla*. C. ORLANDI, *De los antónimos a los sinónimos*. ARTURO MARASSO, *Descubrimiento de la realidad exterior*.

LIBROS Y REVISTAS

A. CHAMPDOR, *Babilonia*. R. NASSIF, *Pedagogía general*. TULIO CARELLA, *El sainete criollo*. R. ALLEAU, *De la naturaleza de los símbolos*. LEWIS MUMFORD, *Arte y técnica*. REVISTAS: *Actualidad de las artes populares*; *Los frescos de la India*; *Teoría de la composición*.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

G. MATISSE, *Idioma y conocimiento*. M. BOUTEILLER, *La etno-grafía*. A. R. GONZÁLEZ, *La fotografía aérea y la arqueología*. E. W. SINNOT, *La actividad creadora de la vida*.

CRÓNICA

J. LIEBERMANN, *Centenario de A. Bonpland*. B. FLORNOY, *El secreto de Tantamayo*. FURRER-BAUMBERGER, *La fuerza invasora de ciertas plantas*. F. GARCÍA JIMÉNEZ, *El "Santos Vega" de Ascasubi*.



GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ARTURO CROSETTI

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ATAÚLFO PÉREZ AZNAR

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

Setiembre de 1958

Año III, Nº 9 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

Miss Mary O. Graham

Directora Fundadora de la Escuela Normal de La Plata

Fundador de la primera escuela normal de la América de lengua española, o sea la de Chile, en 1842, sólo dos años después de creada la primera de los Estados Unidos, se complacía don Domingo Faustino Sarmiento en recordarlo ante las alumnas de un internado de Montevideo, en 1883, al propio tiempo que se mostraba orgulloso de las quince casas de aquel tipo que ya funcionaban en la Argentina y del conjunto de maestras norteamericanas venidas al país por iniciativa suya para dirigir los grados de aplicación. Por cierto que el primer grupo de "misioneras" laicas se había dejado "arredrar por cuentos e historias malevolentes", según la expresión del innovador en carta a la lejana colaboradora, su antigua amiga Mrs. Mary Mann, viuda del patriarca de la educación en los Estados Unidos. A un nuevo equipo pertenecían las que, también según Sarmiento, iban dejando en las provincias argentinas "un rastro luminoso de su presencia". Se destacaba entre ellas, con luz propia, Mary Oline Graham.

Nacida en Saint-Louis (Missouri) el 13 de agosto de 1847, había realizado sus estudios en la ciudad natal. Tenía treinta años cuando recibió la propuesta de trasladarse a la Argentina; fué para ella como un llamamiento del destino a su magisterio. La separación del padre, el largo viaje, la expatriación, el misterioso porvenir, no intimidaron a la misionera vocacional; el desconocimiento del idioma en que debía enseñar y del medio en que debía convivir, parecían alentar su decisión temeraria. Nada más semejante y menos comparable a una aventura: la maestra conocía bien su voluntad y su vocación. Y miss Mary, profundamente cristiana, confió en las fuerzas tutelares del bien y se despidió del hogar, de sus amis-

tades de la infancia y de la juventud, de sus maestros, de la patria entera.

Incorporada a la docencia argentina en 1879, se la envió a la Escuela Normal de Paraná con el propósito de que practicase el idioma del país antes de ejercer un cargo directivo. A los seis meses pasó a ocupar la vicedirección de la recién fundada Escuela Normal de San Juan. El mismo Sarmiento le había elegido ese puesto a fin de que comenzase a aplicar los métodos de la moderna pedagogía norteamericana, mientras iba perfeccionando su conocimiento del español para asumir la responsabilidad de una dirección escolar. El apoyo del ex presidente le facilitó la adaptación al ambiente provinciano, pues muchas viejas familias la recibieron con sencilla cordialidad; pero la distinción personal de aquella extranjera esbelta, elegante, aunque no linda, y dotada con todos los encantos del espíritu y de la virtud, era su mejor introductor, y pronto tuvo ella, dentro y fuera de la escuela, el convencimiento de haber vencido las resistencias de una sociedad pequeña y recelosa y de haber conquistado el cariño de colegas y alumnas.

En 1882 fué ascendida a directora. Al llegar las vacaciones resolvió pasarlas en su tierra. Las alumnas sanjuaninas temieron que no volviese, la despidieron con lágrimas y le arrancaron la promesa de su retorno. Sarmiento no lo dudaba, y así se lo escribió a su amiga, la señora Mann: "Mis Mary O. Graham, maestra de Escuela Superior en San Juan, regresa a los Estados Unidos en las vacaciones, a solazarse y respirar el aire de la patria, para cobrar nuevas fuerzas y volver a sus tareas de la enseñanza... Mis Graham ha sido acogida con favor en el seno de las familias de la alta sociedad... Le ha costado a esta buena señorita arrancarse al afecto de las que la conocen, y cuenta que ha estado enferma de las angustias de la separación, prometiéndose venir a vivir a nuestro país, cuyas costumbres hospitalarias y la distinción de modales de la clase culta, a la par que sencilla, de San Juan, ha conquistado su afecto y su adhesión". La muerte del padre y la compañía de su hermana Marta, especializada en pedagogía infantil, decidieron su arraigo.

Al terminar el curso de 1883 se graduaron las primeras maestras sanjuaninas. Miss Mary les impuso la presentación de una tesis sobre temas elegidos entre los pro-

puestos por ella. La ceremonia final tuvo notas originales; las graduadas vestían un traje uniforme de color rosa claro y llevaban una banda celeste con esta leyenda, escogida por ellas mismas: "El trabajo es el centinela de la virtud". La colación de grados celebró el 25 de mayo del año siguiente en el teatro local; Sarmiento entregó los diplomas, que llevaban la firma de la directora y del ministro de Instrucción Pública, doctor Eduardo Wilde.

En 1888, al fundarse la Escuela Normal de La Plata, Mary O. Graham fué designada para dirigirla. Hubo una coincidencia feliz que ella consideró siempre como un augurio: el 13 de agosto era el día de su natalicio y el de la fundación de aquella nueva casa de estudios. Debó también sentirse predestinada por haberle correspondido una ciudad recién nacida y ya señalada en todo el país como un milagro de su pujanza. Seis años antes había pasado la capital de la provincia de Buenos Aires del proyecto a la realidad, del plano a la construcción en una llanura herbosa, junto a un bosque artificial. Concebida con fastuosidad y creada con abundancia, surgieron los dispersos palacios de la administración pública como hitos gigantescos del desarrollo urbano. Sarmiento había seguido su rápido crecimiento con asombro, y en su tercera visita a la ciudad naciente, en 1886, a los cuatro años de fundada, reveló a sus lectores, con pluma inflamada, que en ese lapso había visto aparecer, donde había una ciénaga, "un puerto como el Puerto Said en el istmo de Suez", y donde había un villorrio, "una ciudad como Buffalo".

Dos años más tarde, miss Mary se hallaba en ese inmenso taller de actividad frenética y de esfuerzos titánicos, lleno de escombros, de andamios, de materiales acumulados, de galpones provisionales, de centenares de casitas, de baldíos silvestres entre edificios monumentales. El propio local en que iba a funcionar la escuela, sin terminar aún, en la diagonal 77, era una gran masa arquitectónica de dos plantas, con aulas espaciales y bien ventiladas, amplios salones y galerías, y la maestra anexo. Todo invitaba al trabajo creador, y la maestra louisiana confirmaría en el nuevo cargo las esperanzas puestas en su capacidad y su vocación. No había transcurrido un mes desde la fundación del establecimiento cuando conmovió a la República la muerte de Sarmiento.

Miss Mary debió de consagrar su obra futura, en lo más hondo de su alma, a la memoria del gran hombre; y cuando la ciudad detuvo casi repentinamente su crecimiento, invadida por la paralización y el abandono, la enérgica organizadora continuó su labor votiva con el mismo fervor, segura de que servía al espíritu renovado en la juventud femenina de aquella urbe postrada.

X X X

Quince años abarcó la acción ejemplar de la gran maestra al frente de la escuela que hoy lleva su nombre; medio siglo después de comenzada, varias de las que fueron sus alumnas la evocaron con cariño y admiración inseparables de un fulgor de lejano deslumbramiento que las acompañaba desde la adolescencia, y reunieron en páginas anónimas sus recuerdos. Surge de ese homenaje la ofrenda purísima de una flor secretamente dejada sobre una tumba o al pie de un monumento, y la figura honrada se muestra en múltiples aspectos retenidos por el amor y la gratitud.

Alta, delgada, rectilínea, de ojos intensos que ardían bajo las nieves de la cabellera, entraba en las aulas, recorría los patios, bajaba al jardín, reemplazaba a un profesor ausente, vigilaba el abrigo de los alumnos pequeños en invierno, requería, observaba, inquiría, inculcaba, atenta a todo, siempre alerta y minuciosa. Educadora en todos los momentos y en cada circunstancia, lo era con el paso ágil y resuelto que es afirmación de presencia, con la voz clara que no propala equívocos, con la azada en el huerto, con su participación decidida en los juegos y en los ejercicios gimnásticos. Intervenia en las clases de dibujo y de manualidades para realzar su importancia didáctica. Herborizaba con sus alumnas en el Bosque, remaba con ellas en el río, cantaba en sus fiestas, trepaba juvenilmente las sierras cuando hacía excursiones distantes en su compañía. Las ciencias naturales eran sus predilectas porque son las de la vida, y sin herir el pudor ni suscitar la malicia, ponía a los adolescentes frente a lo que no debe ser misterio.

Los domingos fueron sagrados para la gran obrera cristiana, e impidió siempre que su personal docente recargase los deberes estudiantiles para los lunes. Contribuía a los festejos patrios en forma tan cálida y espon-

MISS MARY O. GRAHAM

tánea, que las jóvenes escolares se creían obligadas a corresponder a esa adhesión en alguno de los recreos de cada 4 de julio. Instituyó un círculo literario y dirigió representaciones teatrales, como la de una adaptación suya del *Sueño de una noche de verano*. Los actos en que las maestras recibían sus diplomas eran solemnes y amenos. Y la sociedad platense iba sintiéndose identificada con la escuela y concurría a sus fiestas públicas, movida por una atracción afectiva que acaso era la forma amable de un deber.

Las alumnas de hace más de medio siglo declaran hoy, conmovidas aún, lo que deben a su admirable "plamadora": despertó y respetó en ellas la personalidad. Desde el jardín de infantes uno de los mejores del país y precursor en sus métodos de cuanto no hace muchos años se presentaba como una novedad revolucionaria; desde los primeros pasos hasta el último año de la carrera, miss Mary procuraba la educación del carácter. Y ella era el ejemplo vivo. Enseñaba la puntualidad, la consagración, la higiene del cuerpo y del alma. Tenía el culto de la verdad; propiciaba la franqueza; condenaba la hipocresía y la mentira; en su templo era imposible esa complicidad entre maestros y alumnos que se llama delación, reptil de la convivencia engendrado por el espionaje y la traición en las conciencias oscuras. Suprimió las celadoras, porque la vigilancia punitiva atenta contra la dignidad, e hizo de cada clase el tribunal que juzgase a sus componentes. "Jamás dudó de nuestra palabra dada; jamás nos atrevimos a pensar en engañarla", ha escrito una de sus discípulas. El castigo a ese delito hubiera sido implacable. No aplicaba reglamentos: promovía normas; y en cada caso de corrección se regía por sus principios inflexibles y la naturalza moral del quebrantamiento. Toda la escuela sabía que en ese dominio no hallaba nadie persecución ni indulgencia; el aire tónico de la justicia estricta tenía la limpidez de las alturas. Con el cabal concepto de una autoridad que ejercía sin ostentación ni tibieza, miss Mary no hubiera consentido menosarse en ella; pero su autoridad era algo más que la otorgada por el cargo: cimentábase principalmente en su capacidad, en su conducta y en sus convicciones, y así pudo presentarse en el despacho de un ministro con su renuncia en la mano, por si aquél insistía en una resolución que contrariaba los postulados pedagógicos de la directora.

Por ser tan personal e inconfundible en todo, anhelaba la misma individualidad en los demás. Otra gran educadora argentina que fué su alumna y que hace largos años debe estar a su lado, Raquel Camaña, evocó el espíritu de la enseñanza de miss Mary O. Graham en una de las sesiones plenas del Tercer Congreso de Higiene Pedagógica reunido en París, en 1910. Aquella asamblea de tres mil miembros, comentaría después la señorita Camaña, "escuchó absorta y conmovida, como ante un ideal futuro, el relato de lo que para mí era, desgraciadamente, una bellísima y fecunda realidad, vivida ya". Y en esa misma página se descubre el sentido oculto de la confesión: "No he hallado ni hallaré en mi vida —una vida humana es muy corta para eso— otra encarnación de la "maestra", otro genio pedagógico".

Miss Mary murió en su alcoba de la planta alta de la Escuela Normal de La Plata el 10 de marzo de 1902, día de la reapertura de las clases. El vocerío infantil fué el último rumor del mundo que penetró su ser. La ciudad entera lamentó una pérdida tan preciosa y familiar.

X X X

Cuando Sarmiento volvía de los Estados Unidos en 1868, candidato a la presidencia de la República, empezó a escribir unas páginas de viaje destinadas exclusivamente a su amiga más dilecta. En ellas, balanceado por el mar y los recuerdos, dió libertad a la ternura íntima que tantas veces burló la aspereza del titán, y evocó a las "santas mujeres" que lo habían amado y ayudado en su existencia de luchador. A Mrs. Mann le atribuyó un amor materno que la elevaba en su reconocimiento "a la altura de Cordelia". A su propia hermana y a su hija, las llamó con alma melodiosa sus "poetas menores del corazón..." La posteridad puede incorporar a la galería otro nombre puro: miss Mary O. Graham, la vestal de su templo.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

La invención de la escritura

Al Hombre neolítico le faltaba recorrer una última etapa para atravesar el umbral de la Historia. Ya había ejecutado notables trabajos; y podía considerar sin demasiado temor, un porvenir siempre incierto. A partir de la conquista del suelo, había extraído todo lo que constituía para él un medio de existencia; gracias a la domesticación de los animales, a la agricultura, a la concurrencia de los recursos físicos e intelectuales de cada habitante de la ciudad ya constituida, también había, sin duda, codificado las leyes y los reglamentos necesarios para el desarrollo de una sociedad en el orden y la armonía. Mas, ¿qué valen las instituciones cuando su suerte queda librada a memorias fugaces y caprichosas? Fijar de manera durable todo el contenido de una tradición trabajosamente adquirida y a la cual siempre se pudiera referir en caso de duda y de conflicto, era una necesidad imperiosa que él debía sentir hasta el sufrimiento. Se necesitaba pues encontrar un signo que simbolizase una idea que se grabaría sobre materia duradera: hueso o piedra. Además, esos signos debían ser susceptibles de sugerir los sonidos del lenguaje corriente, a fin de poder ser inteligibles y transmisibles también por tradición oral.

El problema era demasiado complejo para ser resuelto en una sola operación; es verosímil pensar que no se lograra desde un comienzo de manera precisa y que fueran necesarias numerosas generaciones para comprender a un tiempo su necesidad y su alcance. Los ensayos que nos parecen haber sido realizados desde el Paleolítico superior, no representan, sin duda, ninguna tentativa seria en ese sentido, pero son como sillares de un edificio que no ha sido aun concebido en el espíritu del arquitecto, pero cuyos materiales están acumulados al pie de la obra y ya desbastados. Hemos comprobado la extraña degeneración del arte pictórico al final del Magdalenense. Se puede pensar que esta palabra "degeneración" está particularmente mal elegida. En todo caso, no es siempre aplicable: sin duda, durante los pocos milenios que sepa-

ran el arte del Magdaleniense superior de las realizaciones artísticas egipcias, muchos pueblos nos parecen miserables: los "recolectores" de frutos, los "desbrozadores", no han sido ciertamente artistas y su género de vida como sus útiles, parecen muy torpes. Sin embargo, no hay que olvidar tanto que la estilización corresponde a necesidades más profundas del hombre prehistórico. Su atención no está fija únicamente en el animal a matar a fin de nutrirse. Ya no tiene necesidad de "exorcizarlo" por encantamiento mágico en el curso de una ceremonia ritual, sino que tiene interés de recordarlo y algunos signos simples bastan para fijar esta idea en su memoria. Parece que hay algo más aún en las paredes de nuestras grutas: aparecen aislados o agrupados en hileras pequeños signos geométricos, cruces, espirales, especies de escaleras, cabrios, no pueden significar más que medios de representarse un hecho que conviene tener presente en la memoria, o una cuenta de la que se trata de no olvidar el detalle. Así operaban, hace algunos años, los molineros de nuestros campos que al entregar el pan a sus clientes proveedores de trigo, hacían sobre tabillitas estrechas tantas tallas como panes había en un peso dado: son medios mnemónicos cómodos y fáciles de reconocer como de interpretar. Ya era atribuir a un signo un valor convencional.

En el Aziliano, esas figuraciones se vuelven de tal modo numerosas y variadas (la clasificación de los guijarros del Mas-d'Azil revela la variedad de sus dibujos) que muchos prehistóricos, siguiendo a Piette, el primero que los interpretó, tuvieron tendencia a ver todavía en ellos los prototipos de muchos alfabetos: chipriota, griego, fenicio, etc. Ciertamente era caer en el exceso de aquellos que reconocían, en los colitos de una balastera, útiles bien definidos e intencionalmente tallados. Obermaier reaccionó victoriosamente contra este abuso interpretativo y su opinión ha prevalecido prudentemente. Es probable que sobre los guijarros azilianos hayan sido pintadas esquematizaciones de animales o de hombres y que así ornados hayan sido utilizados como talismanes por los brujos, para la magia o la adivinación, a menos que hayan figurado como piezas de un juego de sociedad, como dados o cartas ilustradas con números o personajes simbólicos.

Como "signos comerciales" aparecen los sellos (botones o cilindros) en uso casi por todo el Cercano-Oriente,

antes de la invención de la escritura. Permiten reproducir sobre un objeto una figura característica, verdadera marca de fábrica, al mismo tiempo quizá que eran indicación de un valor de intercambio. En esta época el comercio ya era floreciente y esos "signos" eran absolutamente necesarios.

Más importante parece el aporte neolítico en que la esquematización de los personajes cobra un aire más sistemático. Hemos registrado ese proceso de estilización sobre las representaciones de las divinidades antropomórficas que, al final no tienen ninguna semejanza con un personaje femenino. Ciertos ídolos pueden ser comparados a la caja de un violín, otras placas de esquisto a una fantasía geométrica. Pero tan lejos como se esté de la realidad el símbolo está creado, en el cual todos reconocen la idea que ha presidido a su representación. El estadio pictográfico ha sido ya superado y el ideograma ha aparecido.

Esto no quiere decir que la obra esté terminada; apenas si está bosquejada. Falta que esos signos puedan ser leídos, es decir, silábicamente pronunciados. Si puede rendirse cuenta de la evolución material de algunos 300 signos del primer alfabeto sumerio, por simplificaciones sucesivas de las primeras "flechas" o "clavos" de los "cuneiformes", es mucho más difícil saber cómo cada uno de esos signos correspondía a una emisión de voz. La gloria de los arqueólogos consiste en haber descubierto el misterio: cada signo es, en realidad, una especie de jeroglífico, que puede ser interpretado, ya sea designando el objeto del cual es símbolo, ya sea descomponiendo su nombre en sílabas distintas. Por lo que se ve que cada elemento de la escritura primitiva es a la vez pictográfico, ideográfico y fonético. Más tarde, se destaca la serie de sonidos pronunciados de la idea del animal o del objeto representado y se liga el pictograma solamente a las sílabas: el dibujo se hace silábico. El último progreso se hizo todavía esperar largo tiempo; las sílabas fueron arbitrariamente descompuestas en letras que pueden ser reunidas entre ellas, siendo cada una desprendida, si así puede decirse, de su tronco original. Los demás alfabetos (Susa, Creta, de los Hititas) debieron nacer de este último esfuerzo.

El trabajo incesante de los arqueólogos ha puesto al día las más viejas tabillitas de arcilla sobre las cuales un



escriba esmerado había inscripto, con trazos hábiles de punzón, los primeros signos cuneiformes; la colonización primitiva de la Baja-Mesopotamia es en lo sucesivo conocida, gracias a esos informes concienzudos, aun su edad puede ser determinada de manera bastante precisa. Sabemos ahora que los tiempos prehistóricos han finalizado en el Cercano-Oriente en el primer cuarto del IV milenio anterior a nuestra era. La historia ha nacido en *Sumer* (Kramer).

No es imposible, por otra parte, así como se lo comprueba por numerosas técnicas, que la escritura haya sido inventada en diversos lugares, más o menos en la misma época. La primera dinastía egipcia data de alrededor de 3.400 años antes de la era cristiana. En el valle del Indo, signos aun no descifrados pertenecen a un período que puede ser remontado a la primera dinastía de Ur. De todas maneras, rápidamente, todos esos pueblos podrán trazar sobre tabillas, no solamente sus cuentas comerciales, sus reglamentos sociales, sino también las líneas de su historia. Dos milenios habrán bastado al hombre para cumplir su última etapa.

En adelante no será ya el término "cultura" el que habrá que emplear, sino más bien "civilización". Y mientras los pueblos occidentales vegetan aún en una vida social elemental, las primeras grandes agrupaciones humanas se constituyen en la cuenca oriental del Mediterráneo, como más al este, en la cuenca del Indo y la del Yang-Tsé. El Hombre ya no está aislado, ni es el prisionero de un clan. La gran aventura de la Humanidad comienza.

R. P. BERGOUNIOUX.

La prehistoria y sus problemas.

Librairie Arthème Fayard, París, 1958.

Traducción de Ana M. Varchioni.

Intermezzo paraguayo

II. Desde su llegada a la Asunción el 12 de marzo de 1542, Alvar Núñez se esforzaba en poner coto a los males que descubría, sin cuidar de tempestades futuras. Tampoco buscaba de atraer hombres de peso, de los antiguos. Iba desenvuelto hacia adelante, con la impresión de que se sentía libre de riesgos y no tenía por qué usar de cautela, ni parar mientes en reacciones adversas. Dijérase también, por ciertos rasgos de fatuidad, que se le habían subido los humos a la cabeza. Y esa fe ciega en sí mismo, añadida a la limpieza de sus propósitos y sentimientos, no daba perspicacia a su visión, ni prudencia a sus palabras, antes bien, arrogancia a sus mandatos. La única persona, fuera de su séquito, a quien guardó ostensiblemente consideración exterior, fué Irala. No extremó con él las medidas tomadas con otros; por el contrario, lo exceptuó varias veces del trato general, y al recibirle del mando le habló con cordialidad de la jornada frustrada; pero cuando el vizcaíno le oyó censurar el abandono de Buenos Aires y desautorizarlo, despaehando dos bergantines para repoblarla, vió en esa medida una prueba de animadversión, y se puso en guardia.

Siendo ya el ambiente, de ventolera, tuvo el Adelantado poco después de llegar una disidencia con los regidores, mal conocida por falta de antecedentes fidedignos, a raíz de la cual ellos dejaron de formar Cabildo. Se conoce el hecho, mas no la causa. Tuvo también conflicto el Virrey Toledo con los regidores del Cuzco por querer que se eligiese un alcalde de entre los encomenderos y otro que fuese del Común, y no dominó sin lucha.

Creó asimismo un problema al tenedor de bienes de difuntos, exigiéndole la rendición de cuentas de lo dejado por don Pedro de Mendoza en Buenos Aires, siendo así que todo lo habían repartido Irala y Cabrera como bienes vacantes. En medio de tanta reforma administrativa, cuidaba de la seguridad de la ciudad, y en julio de 1542, a los cuatro meses escasos de llegar, partió con Irala a dar una batida a los guaycurúes que molestaban a los

indios aliados. Dejó entretanto a Gonzalo de Mendoza de lugarteniente suyo en la Asunción. La expedición tuvo éxito y duró poco. A su regreso, a fines de mes, preocupado con la falta de noticias de la nao capitana, envió al mismo Gonzalo de Mendoza en dos bergantines, con 60 hombres, para socorrer a la gente de Juan Romero y Felipe de Cáceres en el Río de la Plata.

a) *Alvar Núñez manda repoblar el puerto de Buenos Aires.*—Las relaciones de Alvar Núñez con Irala, fueron aparentemente cordiales en esa época. El vizcaíno sabía inclinarse ante la ráfaga, para no quebrar. Y así fué preparando la expedición. Reunidos 90 hombres, salió con éstos el 20 de octubre en tres bergantines, Paraguay arriba, llevando además canoas con indios amigos. Su misión era averiguar en qué grado de latitud convenía abandonar el río para tomar el rumbo Oeste, hacia la noticia buscada. Resultaba meritorio de parte suya mostrarse tan maleable en momentos en que, contando con cierto prestigio, sufría sin chistar las arremetidas de Alvar Núñez contra actos, conceptos y ejemplos suyos. No juzgaba oportuna la hora, y no estaba en su carácter precipitarse, ni en lo lícito ni en lo ilícito. Cuando no le colocaban las circunstancias en situación de tomar contra la corriente, la seguía. Atento observador y mañoso, se prestó a ser acólito, como lo había sido antes, a la espera, como buen cucañero, de que le llegara de nuevo la hora de ascender.

Alvar Núñez confió en ese subalterno que le brindaba, disciplinado y respetuoso, su valiosa experiencia en el trato de las tribus indígenas. Ese fué su error capital; el error preciso con el que contaría Irala para que se hundiese solo. El Adelantado era ajeno a suspicacias, y en los meses en que convivieron él e Irala en la Asunción, no hubo queja, ni de una parte ni de otra, por lo menos, en alta voz.

En razón de los choques de intereses creados, nadie había resistido al cernidor oficial, y Alvar Núñez, con sus medidas coercitivas, fué separando el grano de la paja sin detenerse en encontrados pareceres. Nadie se atrevía a reunir los rencores en un frente único, como punto de partida de un alzamiento. No hay duda de que tanto Irala como Cabrera lo habrían pensado; pero quedaban en acecho, puede que a la espera de otro que sacara —para ellos— las castañas del fuego. Era el mejor mo-

mento, sin embargo, ya que el Adelantado sólo disponía de 150 hombres suyos, por estar 250 en el estuario del Plata con Estopiñán, Romero y Gonzalo de Mendoza. Faltaba un desaprensivo que, indiferente a las consecuencias, crease una atmósfera explosiva. Para fijar responsabilidades, corresponde reconocer que habían pasado nueve meses sin que el vecindario de la Asunción biese más que murmurar contra las reformas, pero aguantándolas. Bastó, después de ese largo lapso de tiempo, la llegada de Felipe de Cáceres para que los roces se transformasen en pocas semanas, en conflictos dramáticos, y que para los espíritus se enardeciesen como brasas al punto de poner fin rápido a la obra y a la libertad del apasionado reformista.

El Adelantado, suelto de lengua y con pecho abierto, impulsaba al antagonismo colectivo, sin sospechar siquiera el peligro latente. Expresaba sus órdenes con ex abruptos a propios y extraños, y así el grupo de leales se reducía, y él se iba quedando solo entre resentidos a quienes algo había quitado o prohibido. Es frecuente en la historia que, después de un demagogo cuya táctica consistió en asegurarse el beneplácito general, sean cuales fueren las brechas abiertas por él en los principios y en las leyes, fracase el sucesor en la austera tarea de imponer disciplina a los corrompidos, restituir justicia al común y firmeza al poder.

Con Irala y Cabrera, acaso pudo sostenerse un tiempo Alvar Núñez; pero no era hombre de congraciarse la buena voluntad de ellos con los enjuagues de *hazme la barba y te haré el copete*. Por el contrario, sus actos desautorizaban cuanto habían hecho. Para él, los principios pasaban antes de cualquier conveniencia.

Bien había pensado en llevar de España cientos de bonetes de color, cascabeles, camisetas y espejuelos para ganar la simpatía de los indios. Con esas chucherías, y ordenanzas que estableciesen para esos necesarios aliados un trato humanitario, fiaba conseguirlo. ¿Qué había traído para esos hermanos blancos a los cuales se veía en el caso de pedir a diario, sudores y sangre, *ad-majorem Rex gloriam*? ¿Qué podía prometerles? Donde habría debido corregir gradualmente las costumbres, endulzando sinsabores con cierta manera de afabilidad, se mostró apóstol autoritario. Comprendió demasiado tarde que al ser tan apremiante, levantó contra él olas de odio de los

hombres cuyo apoyo le era indispensable. Teniendo encrespados a regidores, alcaldes, oficiales reales, pobladores y soldados, y a los antiguos beneficiarios de toda suerte de abusos tolerados, era en realidad milagro que el incendio no se hubiese elevado ya. Todo se hizo al regresar a la Asunción los cuatro bergantines enviados por él para repoblar Buenos Aires y entrar la nao que traía al Contador Felipe de Cáceres.

Este madrileño fué en la historia del Paraguay un elemento siniestro. "Desasosegado, cobarde y cruel" le llama quien bien le conocía, y la verdad es que siguiendo su actuación, leyendo testimonios y analizando sus escritos como lo hemos hecho, se confirma el amargo diagnóstico. Ciertas repentinidades desapariciones, reiteradas en el tiempo, entre gente inmediata a él, y otras muertes que él ordenó sin necesidad, no hacen sino despertar la sospecha de que le son imputables más crímenes de los probados. Pertenecía a ese tipo de presuntuoso irreverente, de fe ciega en sí mismo, movido por la envidia y un resentimiento innato... ¿contra qué? Contra todo y todos. Un orgullo satánico de negación le impulsaba a denigrar por sistema, con arrebatos violentos. Había nacido para revolver, no porque tuviera ideas propias, sino por la fruición de salir al paso de los demás, y gracias al poder de que disponía, trabar su marcha. Y como esa tensión de gato montés era lo que en él vibraba, asía toda ocasión de escalar alturas para satisfacer su estéril mecanismo de fiera. Cuando fracasaba, era una epilepsia, su cólera; cuando triunfaba, ofendía a la víctima. Pasó 31 años en La Asunción dominando por el terror, sin dejar tras de sí el recuerdo de un proyecto, de una obra o de una acción útil, y sí el de muchas malísimas. Erizó de puas el ambiente y lo ensordeció con sus estridencias. Donde imperan tales gentes, hasta las cañas de azúcar se vuelven lanzas.

Participar del poder con Alvar Núñez fué la pretensión de Cáceres. Al sentir el instintivo repudio de éste, tan espontáneo como el que le diera después el Obispo Latorre, resolvió vengarse bloqueando sus intentos. Y cuando fuera posible, derribándolo. Por tal causa quiso adelantarse por río, para malmeteterio con la gente de la Asunción antes de su llegada; pero la resolución del Adelantado de repoblar Buenos Aires y el envío de naos al efecto, hicieron fracasar el perverso propósito. Sólo fué

postergado. Díjimos ya, cómo arguyó con Alvar Núñez en Santa Catalina acerca de la ruta a seguir, y cómo éste resolvió la controversia saltando al contador por mar, mientras él emprendía la travesía por tierra.

A bordo Cáceres creó, al llegar al estuario, una incidencia de efecto imprevisto, desatendida por los historiadores. Después de observar los restos de Buenos Aires, surgieron en San Gabriel, y desde esa isla, siguieron viaje. Cuenta el Padre Paniagua: "el dicho Contador quiso no solamente usar del poder de capitán que llevaba, pero aún del saber de piloto e fué como el ciego, que dió consigo y con otro en el hoyo". (Colección García Viñas. Cartas del Padre Francisco de Paniagua al Rey. (1946) (1960). Profetizó un rumbo y defendió la justeza de su elección contra el parecer de pilotos que ya habían navegado por el Paraná, pero mientras creía haber embocado la nao por ese río, la introducía en el Uruguay. Siguió, recalcitante, aproando con derrota norte e inflexión oriental, cuando a todas luces correspondía el rumbo noroeste recomendado por los entendidos. Persistió 14 días en su terquedad, andando unas 80 leguas. Al ver el rumbo del río enderezar más y más por el Este, reconoció la fanfarronada, pero se perdió tiempo. Con todo, resultó providencial el error, pues se había remontado por primera vez buena extensión del Río Uruguay —como se escribía entonces— descubriendo nada menos que el litoral de la Argentina y del Uruguay en la extensión comprendida entre los puertos de Colón, Paysandú, Salto y Concordia.

Los barcos toparon después, en el Paraná, a unas 150 leguas de la Asunción, con los bergantines enviados con Juan Romero, debiendo éste ser teniente "en el dicho puerto de Buenos Aires si se oviese de poblar".

Refiere el Padre Paniagua cómo "juntos los cuatro navíos nos volvimos a dicho puerto de Buenos Aires aunque el dicho Contador quisiera que todavía siguiéramos la jornada hasta el dicho puerto de la Asunción, lo cual cesó porque no halló aparejo en la gente... Así acordada la vuelta, todos cuatro navíos volvieron a Buenos Aires donde el dicho teniente de Gobernador quedara con la gente que era en las islas de San Gabriel donde se mudó el dicho teniente, e pasó a poblar un río que se dice de San Juan, questá tres leguas el río arriba apartado de las dichas islas, y asentado el pueblo estuvo

tres meses aguardando el socorro de los otros dos navios que ya dije habían de venir tras el dicho Juan Romero en el mismo socorro, y para determinar lo que se había de hacer acerca de la población de la tierra, en fin de los cuales tres meses vinieron y en ellos por capitán un Gonzalo de Mendoza.

Tuvieron un Consejo, y al cotejarse las razones para proceder de inmediato, con las que mediaban para posergar la población, pesaron más las segundas, gravitando entre los factores el mal tiempo, las inundaciones que derribaban las tablas de las empalizadas a medida que se construían, la insuficiencia de bastimentos, la escasez de municiones y la declarada hostilidad de los naturales. Tomaron el camino de vuelta, fallando así el propósito de Alvar Núñez. Quede sin embargo constancia de que a él debe nuestra historia el primer intento de restauración de ciudad en el estuario.

No había razón de interés general, y sólo la hubo de interés personal en Irala y Cabrera, para dejar destruido ese estratégico puerto. Era necesario: 1º, para asegurar el dominio español en el Plata; 2º, para defenderlo contra cualquier sorpresa portuguesa o corsarios de otra nacionalidad; 3º, para procurar escala a quienes bajasen por el río con rumbo a España, o a quienes procedentes de España necesitasen proveer de bastimentos para seguir río arriba; 4º, para disponer de una vía comercial más directa que la del Istmo norteño, en el tráfico entre los pueblos de la América meridional entre sí y con la metrópoli.

Alvar Núñez, a juzgar por la ligereza con que los cronistas pasaron a lo largo de sus infortunios, no habría sido en la historia del Paraguay más que un episodio descartable; y por la manera lacónica con que despachan su gobierno de dos años los modernos, parecen considerarlo destituido de pensamientos y de acción. ¡Y cómo ha de ser así, cuando se comprueba que su primera medida oficial, su primera idea constructiva frente a los responsables del vandalismo cometido, fué privarse de tropa para enviársela de socorro al puerto, con orden expresa de rehacer lo deshecho!

La llegada de los naos a la Asunción, el 21 de diciembre de 1542, aumentó la población y trajo al Adelantado algunos hombres de confianza. En cambio, abrió con Cáceres la era de infelices aspercezas. Su primera

INTERMEZZO PARAGUAYO

trapacería es la única que pueda provocar una sonrisa. Traía arcabuces trasbordados en Santa Catalina, que el gobernador necesitaba para la expedición proyectada. Poseído de asombro, se enteró de que el Contador, haciéndolos suyos, los había jugado a bordo, ¡y perdido! Entre las risas de la ciudad, no le quedó más recurso que quitárselos al ganador.

Cáceres tenía ya foja judicial. Mostró la hilacha en 1539, cuando fué de Buenos Aires a España llevado en una nao por el dueño y piloto, Antonio López de Aguiar. Sin motivo alguno, se negó a pagar flete y pasaje, y el maestre se vió obligado a demandarlo. Con argucias y moras de mala fe, procuró dilatar la causa para obligarle a volver sin haber cobrado; pero el Consejo de Indias reparó en la malicia característica del Contador, y sentenció, obligándolo al pago de 24 ducados. Esto no fué estorbo para que, respaldado por algún inconsciente, volviese al Río de la Plata con igual cargo, y por desdicha para Alvar Núñez, bajo su gobierno.

b) *Primeras querellas de los Oficiales Reales con Alvar Núñez, con motivo de sus pretensiones a ser co-gobernantes.*—Durante los nueve meses transcurridos en la Asunción, los descontentos causados por las nuevas leyes, habían dejado intacta la potestad del Gobernador. Cabrera, con sus mañas y rodeos, no se atrevía a demostrar su ira de arrinconado, y con sigilo iba hurgando motas y coleccionando contra él cargos miserables, de frases dichas y rasgos de vanidad, sin transcendencia alguna. Guardaba con García Venegas que Cáceres, el cizañero, iniciase la beligerancia y colocase las relaciones en plano de guerra. Este se acercó a ellos al llegar, y poco tardó en ser tábano del Adelantado. De la vida con él a bordo, había aprendido que sí era brusco y de genio fuerte, no por eso dejaba de ser legalista, y por muy religioso, accesible a la clemencia. Con ese conocimiento, se sentía invulnerable.

Junto con Cabrera, Dorantes y García Venegas, acudieron a una estratagema destinada a mermar la auto-

1. Col. García Vidas. Solicitud de Antonio López de Aguiar, maestro piloto del galeón Santa Catalina, contra Felipe de Cáceres. Dirigida al Consejo de Indias. (928).

riedad de Alvar Núñez. De acuerdo con una práctica del siglo XVI, cualquier cuerpo institucional, cualquier funcionario, gozaba de la facultad de requerir al gobernante, ante escribano, a que por el bien común, hiciera lo que sugiera o no hiciera lo que objetaba. El jefe concedía lo solicitado o lo rechazaba, pero debía admitir el escrito. Cáceres era maestro en el arte de fingir. Hoy, la distancia entre las verdades que desbordaban de los relatos de los hechos conocidos, y las falsedades que él escribía al Rey, no dejan lugar a duda acerca de su teje maneje. En sus manos volvía el requerimiento de insufrible procadencia.

Ese llamado era también excelente base para una probanza, instrumento legal que, como el anterior, había de hacerse ante escribano. Servía para certificar méritos y servicios de una ciudad, un conquistador o un vecino y se construía y presentaba para obtener mercedes. Se acudía también a ella para exponer las necesidades de los pobladores de una provincia, de una ciudad o de una institución, y en ella podía formularse un elogio del gobernante o una acusación testimoniada, utilizable en España, como cabeza de sumario. Esas informaciones eran públicas, y el actor procuraba reunir el mayor número de testigos, vale decir, de sufragios parciales en favor de su tesis. A veces, por temor de que el gobernante se opusiese a la probanza y para evitar sobornos o coacciones, se hacía en ausencia suya o ante un escribano que aceptase el secreto, lo cual constituía un delito. Si hecha a raíz de un requerimiento rehusado, implicaba un desacato. Por lo común, equivalía a animadversión, y aun justa en sus fundamentos, no era totalmente veraz. Lo hemos demostrado al examinar numerosas probanzas de ciudades y conquistadores del Tucumán, del Río de la Plata y del Perú². Son preciosos y auténticos elementos históricos, pero deben interpretarse con paciencia, utilizando multiplicidad de fuentes para separar el grano de la paja, tanto en condenas como en loas. Al historiador toca hacer el distingio, desenmascarando falsedades, confrontando las declaraciones de diferentes épocas, apli-

cando a los criminales la marca de su falta y restituyendo a víctimas mal juzgadas, su jerarquía moral y su fama. Así es el caso de la probanza inicuica hecha en la capital por los Oficiales Reales, una vez preso Alvar Núñez.

El triunfo fué aparente y efímero. A los testigos, cómplices o intimidados, sucedió con el tiempo la serenidad de jueces fidedignos. Los historiadores no creyeron en las imposturas inventadas, y si los sediciosos gozaron de la omnipotencia de la fuerza bruta, y más tarde de los beneficios de la razón de Estado, opuesta a la justicia, la Historia barrió los infundios de los requerimientos y probanzas, y rindió tributo, si no al tacto político de Alvar Núñez, sí a la pureza de sus propósitos y a sus principios humanitarios. Sobran pruebas.

Requerimiento de importancia histórica, fué el de Cabrera a Irala, para que —por el bien común— se destruyera Buenos Aires. Es el primer desdorado pretexto usado en la colonia, en un documento público, para satisfacer un odio personal.

Cáceres no usó de la astuta dialéctica de Cabrera; y buscó en el requerimiento el irreverente desafío. Impugnante, instigando a actos de violencia que habrían provocado reacciones similares bien premeditadas. La ciudad pasó por una fiebre de controversias: para que se deroguen las ordenanzas dictadas a favor de los indios y de las indias, sin la conformidad de los Oficiales Reales de Hacienda; para que se abrogue la prohibición a los españoles de rescatar con ellos; para que en todas las medidas de gobierno actúe el gobernador con ellos. (Testimonio de requerimiento de los Oficiales Reales de Hacienda a Alvar Núñez. 2 de abril de 1543. (906) y (909).) Esto último merece retenerse. Acosado por estas picardías sucesivas, harto tiempo perdía Alvar Núñez en hacerles frente y replicar, guardando compostura. Cáceres no limitaba su desenfreno a los acuerdos privados: apostrofaba al Adelantado en sitios públicos, lo que le sublevaba, sonsacándole así réplicas igualmente públicas, que distaban de ser académicas. Mucho tardó en darse cuenta de la protervia con que era perseguido.

Buscando garantías, cuidaba la estructura legal española que el Gobernador vigilara a los Oficiales y que éstos a su vez lo fiscalizaran; pero no los equiparaba; los oponía. Como Alvar Núñez procedía con sencilla bue-

². *Probanzas de Mérito y servicios de conquistadores del Tucumán* (2 vol.), Madrid, 1926. *Papeles de Obispos del Tucumán* (1 vol.). Cód. de la Biblioteca del Congreso Argentino. B. L.

na fe, cuanto hacia o decia se encontraba ajustado a las Leyes de Indias.

Así leemos en ellas que "Muriendo los gobernadores sin dejar teniente, gobiernen los alcaldes ordinarios" (Ley 52, tit. 3) y para más claridad, añadian en otra parte (Ley 52, tit. 4, Lib. 8, y Ley 23, tit. 2, Lib. 3): "Los oficiales de nuestra real hacienda, no pueden ser nombrados por tenientes de gobernadores, corregidores o alcaldes mayores por falta que pueden hacer a la precisa y continua ocupación de sus cargos"³. Y sus cargos eran de hacienda, y sólo de hacienda. En las instrucciones de los cuatro oficiales, se lee lo siguiente: "Habiéis de platicar y comunicar con el dicho gobernador y Oficiales todas las cosas que viéredes que convienen a nuestro servicio y al bien y acrecentamiento de nuestras rentas reales e población y pacificación de la dicha provincia, porque desta manera se pueda hacer mejor lo que en cada cosa conviene proveerse".

Pero esa misma orden no figuraba en las instrucciones del Gobernador, que era cabeza y cabeza sólo hay una. Ante tan sostenida exclusión de las funciones directivas, resultaba descabellada pretensión aspirar a las prerrogativas del Adelantado, e imaginar una autoridad conjunta de ellos con él. Estas discordancias no constituían sino el exordio de la confabulación tramada para derribar a Alvar Núñez.

El regreso de Irala del Norte, y algunas conversaciones con él, unidas a un ofrecimiento que satisfacía su ambición, bastaron para que los rencorosos se sintiesen fortalecidos. Contaban con las fuerzas armadas. El primer síntoma de la seguridad alcanzada, fué el escrito de inverosímil arrogancia presentado al Gobernador por los cuatro Oficiales Reales. Nunca se hubiesen atrevido a los conceptos expresados, sin el secreto respaldo de Irala con su gente; si no superan que Alvar Núñez era hombre de principios, y si no fuese el verdadero objetivo de ellos provocar un acto de fuerza de su parte para alegar luego ante el Rey, legítima defensa. Despreciando

todo lo que Alvar Núñez había hecho hasta entonces, que era enviar dos veces barcos a la boca del Río de la Plata para repoblar Buenos Aires, y dictar ordenanzas para la protección de los naturales, le requerían "que de aquí adelante no use ni consienta usar de los bandos que tiene fechos, porque además de no ser fechos con nuestro parecer e acuerdo como su magestad manda, hay algunos dellos contrarios a los mandamientos de su magestad y al bien general de todos... e no haga ni ordene otros si no fuere con nuestro parecer y acuerdo por que se mire mejor lo que se debe hacer..." (Col. G. V. (906)).

A los pocos días respondió el Gobernador en forma muy benigna acerca del derecho que invocaban, sobre el cual él ya habría dado su parecer: "cuando a lo que dicen de los bandos e mandamientos y cédulas de su magestad, por ellos, acerca dello presentadas, digo que va muy fuera de razón la obligación que yo tengo de lo que ellos me piden y quieren; los bandos e mandamientos quésan fechos y se guardan por mi mando, han sido e son muy necesarios al pro y utilidad de la tierra; no he sido ni soy obligado a los haber comunicado ni a comunicar con ellos ni los deshacer ni derogar; lo que en la cédula de su magestad se contiene es muy distinto y diferente de lo que han querido sentir los Oficiales de su magestad e me piden por las causas en su requerimiento contenidas. Ni por el sentido que dan a las cédulas de su Magestad los dichos bandos e mandamientos no se pueden ni deben revocar ni derogar, por ser, como son, por mi en nombre de su magestad e como su gobernador y capitán general establecidos, proveidos y ordenados por él, facultad que por sus reales instrucciones me da e concede; contienen en sí toda fuerza e vigor, los cuales se guardarán y serán guardados hasta tanto que parezca ser necesario ordenar y establecer otros más convenientes al servicio de su magestad e a la buena gobernación e pacificación desta conquista, lo cual haré segund y como hasta aquí lo he hecho, porque hasta agora no hay razón porque se deba innovar cosa alguna de lo por ellos pedido, demandado y requerido". (Col. G. V. (906)). A la luz de las Leyes de Indias, la réplica era perfecta.

De este episodio retengamos la exorbitante ambición de los Oficiales Reales de actuar como co-gobernantes, permanentes. La insana nulidad del concepto frente a las Leyes de Indias, a las instrucciones de los funcio-

3. Extractos de las Leyes de Indias, incluidos en *Correspondencia de Oficiales Reales de Hacienda del Río de la Plata con los Reyes de España*. Buenos Aires, 1915, R. L. Organización judicial argentina en el período hispánico, por Ricardo Zorraquín Becú. Buenos Aires, 1952.

narios, honestamente interpretadas, y a la tradición administrativa de España, no permitió a Alvar Núñez avenirse a transacción alguna, y no cedió un ápice del poder recibido del Rey, como Gobernador, Capitán General y Justicia Mayor.

Aquí, como en otros absurdos desafíos, dieron el Consejo y el Rey razón al punto de vista de Alvar Núñez. En un acuerdo celebrado el 10 de agosto de 1537 entre el Teniente de Gobernador, Gonzalo de Mendoza, Dorantes y Cáceres, presentó el factor en un requerimiento, un proyecto de ordenanzas relativas al trato del indio, en vista de una cédula real progonada en la Cuaresma pasada, *"sobre que no se rescate, ni contrate con los indios"*. (C. O. R. H. Tomo I, pág. 219 y sigs.). Ningún indio debía acudir a rescatar en la Asunción sin un permiso oficial previo, ni podían los españoles rescatar o contratar con el indio, dentro ni fuera de la ciudad, sin idéntico requisito. Recalcó, pues, desde lo alto, la misma medida gubernativa de Alvar Núñez destinada a reprimir abusos. Fué oportunidad para que los Oficiales Reales adoraran lo que habían quemado... ¡y quemaran lo que habían adorado!

Abusaban de Alvar Núñez y lo sabían, y él también lo sabía, pues habiendo iniciado su carrera como Tesorero, conocía título por título las Leyes de Indias y los derechos y obligaciones de tales funcionarios.

No hay duda de que la Ley revestía a los Oficiales Reales en la cabeza de gobernación, de ese empaque que caracterizaba a los jueces en los pueblos mayores. Sólo les hacía sombra el Gobernador. El era su límite. Unos, por menores, se encabritaban, sintiendo en las disidencias con él la acritud que experimenta el manco bajo la autoridad del padre, y otros, mayores y olvidados en sus cargos desde años, rezongaban por verse obligados a inclinar su experiencia ante una jerarquía superior, que no la tenía. Impugnar era para ellos, orgullosos ante todo, la única manera de salvar las apariencias. Admitir lo que el gobernador propusiese, o asentir a sus actos sin abrir el fuego de la controversia, habría sido corcar como meros monaguillos. En cambio, rebatir lo sugerido, y que se supiese fuera, eso sí conservaba al fresco la importancia de don Yo siquiera durante la colisión. Y el requerimiento, elaborado con la vanilocuencia del caso, se enviaba a España para que el Consejo viera el buen servicio del

burócrata y quedara malvisto el Gobernador... claro está, siempre que atravesara la censura. Y esta traba también fué un semillero de roces. La censura en aquel tiempo no consistía tanto en impedir que entraran noticias, sino en retener la salida de las que a juicio del gobernador constituyesen falsas inculpaciones contra él, o verdades de necesario dismulo. El descubrimiento de tales misivas lo exasperaba, y bajo la etiqueta de control de Estado, se esforzaba por secuestrarlas a tiempo.

Con estas desavenencias, pensaban los Oficiales Reales hacer gala de altivez y probar al Consejo de Indias que no estaban sometidos al jefe. Al Rey le complacía ese sistema de contralor de una jerarquía de funcionarios por otra: frenaba la tendencia de los soberbios al absolutismo. Venía a ser una lección de humildad ese *non possumus* que el Oficial Real tenía derecho a oponer a la resolución de un Gobernador, en materias de Hacienda. Esto se repetía en los demás Cuerpos del Estado, pues la Audiencia podía formular advertencias al Virrey y discutirle si el asunto resuelto por él era de justicia o de gobierno; cada Oidor, desaprobar al Presidente de aquella, y los regidores de un Cabildo disentir de los actos de un gobernador, decirse lo y escribirlo al Rey. Cada delegado conocía sus privilegios y los enarbolaba como un pabellón real, pues procedían de la misma potestad que daba los suyos al Virrey, al Gobernador o al Presidente de Audiencia. Y si el galleo, en la controversia, tenía en parte por estímulo deprimir al enviado ante la grey, apuntaba a la vez a hacerse valer, deprimiéndolo, además, ante el Consejo de Indias. Conviene, desde luego, distinguir entre las intenciones de unos y otros. Algunos, como Cáceres, vivían para incriminar; pero otros, como Dorantes, Ortiz de Vergara y sobre todo Hernando de Montalvo, fueron excelentes servidores.

En el conflicto acerbo que analizamos, se sentían disminuidos los Oficiales Reales entre los vecinos, por ser la actitud altiva de Alvar Núñez muy distinta de la obsecuencia de Irala con ellos, antes.

La réplica fué, como vimos, benigna, y si el Adelantado puso las cosas en su punto, no dió a los demandados el castigo que su insolente emplazamiento merecía. Sin embargo, el mate hubo de parecerles amargo, y eso de poco sirvió. En el ambiente exiguo en que se congregaban los Oficiales Reales y el Gobernador, era indispensable que

la convivencia fuese de tolerancia mutua, o por lo menos cortés. Cualquier brusquedad hería a fondo por la publicidad que recibía y la *capitis-diminutio* de la víctima, si con una réplica ácida no dejase a salvo, en el acto, su honra.

Cáceres fué el profesional de las revueltas. Una voluntad como envenenada le impulsaba a treparse sobre los demás, sin reparar en medios. Sentía la necesidad del poder, respaldo vital para quien, como él, se sabía incapaz de contentarse con lo lícito. Hacer lo que quisiera, con impunidad, era su secreta exigencia, y demoler lo que se le atravesara, la consecuencia. Treinta años largos de acción deletérea y satánica, desde su entrada con Alvar Núñez hasta su destierro por el Obispo Latorre, revelan estas modalidades. Cumplióse por fin con los grillos, la cárcel y la expulsión, aquello de "quien a hierro mata a hierro muere".

Con ningún Gobernador se ensañó tanto como con Alvar Núñez, acaso porque se añadiera a sus malos instintos la briosa crueldad de la juventud; acaso porque aquella alma, todo fervor y limpieza, presintió sus bajezas y las rechazó con repugnancia. Con rencillas de desdén se consagró el Contador a menoscabar su prestigio, a deslucir sus actos, a torcer sus buenas intenciones⁴, a crearle enemistades y a ponerse en medio hasta provocar su caída.

A pesar de su empuje discursivo, resultan inconsistentes, por inadmisibles, sus argumentos acerca de los privilegios de los Oficiales Reales de Hacienda. Si las leyes hubiesen exigido que fuera obligatorio en todo y para todo que los gobernantes requiriesen el acuerdo de ellos, no habrían colocado el Poder Real en manos de un funcionario, como el Virrey, el Presidente de Audiencia, el Gobernador y el Capitán General; habrían establecido lo que ellos reclamaban: un colegiado.

Llegó desde España, aunque tardía, la represión. Prohibía a los Oficiales Reales meterse en los asuntos del Gobernador y los intimidaba a que, de acuerdo con sus instrucciones, se limitaran a los de Hacienda. En esa provisión de 1557, relativa al conflicto que mencionamos

antes, decía el Rey: *Os habéis entrometido y queréis entrometer...* Certificaba esta sentencia oficial que la interpretación de Alvar Núñez era justa, y que él, por lo tanto, tenía razón. (Col. G. V. (1362). Real Cédula a los Oficiales Reales de Hacienda. Valladolid, 26 de febrero de 1557).

c) *Frustración de nuevas intrigas y calumnias.*—En medio de las ojerizas que trababan su marcha, no dejó el Adelantado de preparar la exploración para la cual había enviado previamente a Irala al Norte. Este, de vuelta en febrero, como dijimos, le informó que, remontando el Paraguay, había alcanzado a principios de enero un puerto en 17° S. de altura, al que por la fecha llamó de los Reyes. Alguna vez se ha escrito, y es inexacto, que fundó allí. No dejó población, ni siquiera construyó fuerte, sabiendo que para defenderse contra los naturales mientras durase la exploración tierra adentro, bastaban los bergantines. Los Reyes no pasó en el siglo XVI de ser puerto natural, como Candelaria, San Sebastián y San Fernando. En cuanto al vizcaino, ni en esa oportunidad ni en otra, puso los cimientos de pueblo alguno. El mismo Ontiveros, que ordenó fundar a Ruy Díaz Melgarejo meses antes de morir, fué asentado por éste en tiempo de Gonzalo de Mendoza, que había confirmado la instrucción. (Carta del Cabildo de la Asunción al Rey. 2 de octubre de 1564. Col. G. V. (1440)).

Fué informándose, por medio de lenguas, y también en trato directo—dado que entendería guaraní y dialectos afines—acerca de las "noticias" ricas y de los señores del metal; y las respuestas que recibió en su extensa subida, coincidieron con el dato que ya le habían proporcionado en Candelaria años antes: que el rumbo corría por oeste-noroeste. Su "Relación" de 1543 al Rey, copia de la que entregó a Alvar Núñez, es un prolijo itinerario del viaje y una nómina sumaria hecha a conciencia, de las tribus indígenas. (Carta de marzo 1545. Col. G. V. (1284)). Esfuérzase por precisar la distancia existente entre cada una de ellas y aquella nación del metal que alcanzó Alejo García, sobre cuyos hechos y muerte también obtuvo datos. Menciona al "puerto" de los Reyes, y la "sierra de Santiesteban"; pero ni en esa relación, ni en su carta de 1545, donde nuevamente cita al puerto de los Reyes, ni en la de 1555 o la de 1556, donde recapitula sus servicios, menciona esa población ni otra al-

4. C. O. R. H. Tomo 3, pág. 83 (la carta de Cáceres al Rey).

guna. (Carta del 24 de julio de 1555. Col. G. V. (1284). Esa ausencia de alegación es prueba incontrovertible de que jamás fundó nada.

Hemos precisado, al describir el viaje de Alvar Núñez, de la costa a la Asunción, la causa que lo distanció de Fray Armenta y Fray Lebrón. Todo parecía olvidado, pues trataron juntos de asuntos de indios; mas los padres conservaban su aversión y la exteriorizaron creando escándalo. Desde febrero, Irala estaba con ellos y los Oficiales, en un plan que debía de preceder al golpe final contra el Gobernador. Pretendieron asegurar su futura defensa en España, acusando; contraminarían así cuanto en favor suyo pudiese escribir Alvar Núñez al Rey, desvirtuando con sus cargos los que acaso formulara contra ellos por sus actitudes y requerimientos. Él, sin percibir la trama de esa conjura, y sin mandar cartas al Rey, seguía preparando sus proyectos, anteponiendo a todo, la ley moral. Indiferente a los rencorosos, castigaba con medidas severas la vida libre y sensual a la que se habían acostumbrado los vecinos con su antecesor. Esto lo sufría en carne propia cada capitán, cada soldado y poblador. En cambio, ¿cuándo recogería él los frutos de esa política de limpieza?

Irala, atado a la vida anterior por su personalísima manera de atraer los indígenas, se veía más afectado que nadie por las reformas. Sobre él, principalmente, había rebotado la tremenda censura aplicada a la despoblación de Buenos Aires y las nuevas ordenanzas lo encontraban tanto como a los Oficiales. Por la vehemencia con que estos últimos habían fulminado sus requerimientos y por el respaldo recibido del vecindario, iba apreciando el progreso de la impopularidad en que se iba sumiendo el Gobernador, y cuando se trató de anularlo ante el Rey y el Consejo con una probanza que pintase actos de desgobierno, palabras desmedidas y pecados veraces o imaginarios, se asoció al designio.

Hasta ahora, sin embargo, sabiéndose que fué cómplice, no es posible concretar en qué medida. El documento se fué redactando con los requerimientos como cabeza de sumario y una vez testimoniado y listo, surgió la perplejidad: ¿cómo hacerlo llegar? Cabrera, que parece haber sido el principal instigador de esta trapisonda, había solicitado del Gobernador un barco para enviar cartas a España; pero éste se negó, estimando que desde su

llegada, habían pasado el tiempo en preparativos y no veía hecho digno de referirse al Rey. Cerrada esa vía, pensaron los siete conspiradores en la triquiñuela de que fueran por tierra los dos frailes a la costa, con el pretexto de llevar indios evangelizados. Desde San Vicente, despacharían el requisitorio. ¿Qué ilusiones tenían acerca de su propia autoridad! ¿Qué fe en el candor del Consejo! ¿Qué valor atribuían a ese amasijo deleznable de pequeñeces? Por más que se esforzaran, sólo habían reunido media docena de ordenanzas excelentes, media docena de incidencias, algunas frases reveladoras de infatuación, y no más. ¿En qué podía impresionar a los ministros del Consejo y al Rey esta pueril chismografía, tan perversamente interpretada? El plan fracasó porque los frailes intentaron llevar unas treinta y cinco indias, hijas de caciques, lo que inmediatamente suscitó protesta. Alvar Núñez las mandó buscar y se descubrió todo, sin exceptuar el texto de las cartas que el escribano Martín de Orué reveló bajo la amenaza del temible "burro".

Este atropello hería al Gobernador en momentos en que hubiera debido salir para el Norte. Procedió con su usual diligencia: aprisionó a los Oficiales Reales, nombró juez del proceso a Estopiñán, dió sus posadas por cárcel a los frailes, y por necesitar a Irala dejó para más tarde el aclarar su complicidad. Las tramitaciones del proceso duraron junio y julio de 1543. Ni Irala ni los Oficiales Reales lo confesaron todo, pero no siempre borran los delinquentes los rastros que delatan sus intenciones, y así se denuncian ellos mismos. ¿Qué convenio se había cerrado entre los conjurados? ¿Qué propósito perseguían? Denigrar al Gobernador ante las autoridades, en España, y malmeterlo con ellas, atribuyéndole ciertas frases; esa era la finalidad. Uno de los frailes tenía interés en ser Obispo y el otro, Protector de indígenas, y esperaban recomendaciones de sus cómplices. Documentos conocidos, acercados por primera vez, constituyen con su concordancia, pruebas irrefragables del entendimiento⁵.

El Padre Armenta es el primero en pensar en su porvenir. El 10 de octubre de 1544 escribe una carta al Rey,

5. Proceso incoado por Alvar Núñez, en la Asunción, contra los Oficiales Reales y los dos frailes (1543). Col. G. V. (921).

donde calumniando con virulencia a Alvar Núñez, y sin pedir nada para sí, insinúa la necesidad capaz de facilitar su propia dicha: "lo que he podido comprender de las cosas de que tiene necesidad esta tierra ha sido que en ella principalmente se provea de prelado tal cual conviene a tierra que tiene tanta necesidad de se reformar por el mucho desorden y disolución y mala vida que en ella hay y que con su vida y exemplo lo remedie todo, y un protector que ampare y defienda los indios de los muchos agravios que les son hechos y se les hacen..." Los buenos amigos, menos apresurados, escriben más tarde y con la misma reserva; pero una recomendación pesa según la autoridad de quien la formula, y sin duda estas debían de saber a poco, cuando a pesar de la reiteración, no se hizo ningún caso en España ni del pedido, ni del recomendado. No hubo Obispo hasta 1555, y para esas altas funciones no se pensó en quien sugería esa necesidad, sino en Barrios, y luego en Latorre.

Irala, en 1º de marzo de 1545, cumple con su parte del compromiso, y aunque resulte sorprendente en él, escribe, después de haber pedido medicinas: "y porque las del cuerpo no son nada sin las del ánima, Vuestra Magestad debe proveer un pastor para la Iglesia, así para clérigos como para legos, y que sea tal que a su vida, castigo y exemplo tengamos todos temor y vergüenza..." (Col. G. V. (955). Esa fe edificante en la virtud del buen ejemplo, y en la capacidad de contrición de los conquistadores y de él, no deja de contrastar con su conducta, opuesta a casi todos los mandamientos. No es fácil tampoco imaginario sinceramente ansioso de que hubiera en la Asunción un pastor para enderezar ovejas, cuando él, en persona, las descarriaba.

Munido probablemente de un borrador análogo, escribe Dorantes el 5 del mismo mes: "de lo que al presente hay en la tierra más necesidad, aunque hay muchas, es prelado que sea letrado y de buena vida con la cual nos dé exemplo a buen vivir, y protector a los indios, persona temerosa de Dios y de Vuestra Magestad, para que nos tenga en justicia..." Felipe de Cáceres en la suya del 7 de marzo, expresa el mismo ruego: "proveyéndose así mismo persona eclesiástica, juez protector en lo espiritual, que nos haga ser buenos cristianos..." Era excesivo ese optimismo. Su conmovedora sed de virtud no fué apaciguada, pero resulta irónico que una de las conse-

cuencias indirectas del pedido, fué para ese Tartufo la excomunión y el destierro del Paraguay después de casi veinte años de convivencia con el implorado obispo.

Alvar Núñez tenía el derecho de castigar esta felonía con todo el rigor de la ley. En regiones tan apartadas, sin Audiencia, donde la justicia correspondía al Gobernador, esta maquinación calumniosa merecía enérgica represión. Hizo bien en escuchar a sus consejeros y no cortarle la cabeza a Cabrera, como fué su primer impulso; pero sentó pésimo precedente al correrse al extremo opuesto de la blandura, restituyendo a los Oficiales sus cargos, después de haberlos destituido; dando por libres a Cabrera y García Venegas, en la Asunción, y llevando consigo al Norte, a Cáceres. Era desastizar la gravedad de la ofensa y envanecerlos con una clemencia que tacharían de temor. Declinó con esta solución su autoridad. "No se atrevió", murmurarían los conjurados; de modo que el pleito, lejos de perjudicarlos, los fortaleció en la opinión. Tampoco creó gratitud entre ellos. Por el contrario, lastimó su soberbia el perdón, y no hizo sino encender más odios. Lo revelan represalias tomadas de inmediato, tan triunfales como inclementes.

El escríptulo de observar en lo más profundo los principios de caridad y justicia, volvía a Alvar Núñez miope ante la pérdida. No había mandado retener a los frailes porque salieran de la ciudad sino por ser portadores de mensajes calumniosos y sacar indias sin justificación. No cerraba las vías de acceso; quería, por el contrario, abrirlas por el mar y el estuario, y dar al nuevo cuerpo, de acuerdo con su topografía, la estructura orgánica más perfecta que pudiera idearse. Por eso intentó fundar en San Francisco; por eso lamentó la desaparición de Buenos Aires e insistió en reconstruirla; por eso hizo suyo el deseo general de navegar el río Paraguay en busca del camino que extendiese la gobernación hasta la sierra de plata.

Si Alvar Núñez rechazaba la idea de aislar a la Asunción y encastillarse en ella, tampoco concebía conquistas, sin explorar hasta descubrir buenas tierras, ni éstas sin rematarlas con ciudades. Para él, como para los capitanes que en esa misma época actuaban en Perú, Chile, Tucumán y Charcas, "conquistar" era elegir de entre muchos, el mejor sitio, y allí levantar pueblo, erigir Cabildo, plantear la ciudad y sus ejidos, pacificar indios, repartirlos.

dar encomiendas y solares, establecer doctrinas, es decir, imprimir vida estable, en comunicación constante con otros centros cristianos y con España. Por eso, en las instrucciones que en octubre de 1542 diera a Irala, le intimaba fundar pueblo en el puerto de las Piedras o en la comarca donde hubiese arboleda y tierra aparejada para asiento⁶. Éste no lo hizo, porque para él, poblar era deshacerse de gente, y la quería toda a mano para el exclusivo propósito de alcanzar por el noroeste la sierra de Ayolas.

Con sus intentos de fundar en San Francisco, Buenos Aires y Las Piedras, ya había demostrado Alvar Núñez, sus miras previsoras, similares a las de esos espíritus animosos que en el correr del tiempo fueron Peranzures, Pedro de Orantes, Valdivia, Aguirre, Núñez de Prado, Hurtado de Mendoza, Villagra, Pérez de Zorita, Juan de Matienzo, Nuflo de Chaves, el Virrey Toledo, Garay y tantos otros. Léanse las cartas de estos hombres de vanguardia; vibra en todos la misma voluntad de construir y el mismo anhelo de extender lo existente, consolidándolo para asegurar su permanencia.

ROBERTO LEVILLIER.

6. Comisión dada por Alvar Núñez a Irala con instrucciones para remontar al río Paraguay y fundar un pueblo en Las Piedras, 20 de octubre de 1542. Col. G. V. (1907). Véase también la relación de sus descubrimientos (1093).

7. Véase *Documentos inéditos para la historia de la conquista de Chile*, de José Toribio Medina. Garay, por Enrique Ruiz Guisard, Buenos Aires, 1910. *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán*, Tomo I, II y III. *Correspondencia de los Oficiales Reales de Hacienda del Río de la Plata con los Reyes de España*, Tomo I. *Papeles y Cartas de los Oidores de la Audiencia de Charcas*, Tomo I. *Papeles de Gobernantes del Perú*, Tomos I al VIII. *Probanzas de conquistadores del Tucumán* (2 volúmenes). *Correspondencia de los Gobernadores del Tucumán* (2 volúmenes). *Papeles de los Cabildos del Tucumán* (1 volumen), Colección de la Biblioteca del Congreso Argentino, R. L.

Platón y el modelo divino de la ciudad

Hay en Platón una suerte de impulso del hombre hacia Dios, un esfuerzo constante del ser que aspira a acercarse a Dios, es decir a la perfección, imitándolo. Se ha hecho notar que antes de Platón algo semejante podría encontrarse en el pitagorismo (Cf. P. - M. Schuhl, *Ensayo sobre la formación del pensamiento griego*, París 1934). Ello es indudable, aunque es preciso decir también que no hay ningún otro rasgo que sea más conforme al fondo mismo del pensamiento platónico.

En todo momento, en efecto, retorna en él la idea de que lo que hay de mejor en nosotros tiende a aproximarse a lo divino. En el diálogo *Alcibiades*, enuncia una verdadera regla: se debe obrar según la justicia y la sabiduría, y es preciso conducirse con los ojos fijos en lo que es divino y luminoso (134 d). Por lo demás, en el hombre existe según Platón un elemento divino, que debe tener la primacía (*Rep.*, 589 e-590 d). Sobre todo, en el *Teeteto*, encuéntrase un pasaje capital para entender las concepciones de Platón. "Es menester, dice, huir de aquí abajo hacia lo alto, lo más rápidamente posible. Y esta huida consiste en hacerse semejante a Dios en la medida de lo posible; pero sólo se hace el hombre semejante a él, al tornarse justo y piadoso por la reflexión. Dios, en ningún caso y de ningún modo, es injusto, sino que es todo lo que puede haber de más justo, mientras que nadie se le asemejará más, sino aquel de entre nosotros que por su parte se haya tornado lo más justo posible" (*Teet.*, 176 b-c). Tal es pues el deber general prescripto al hombre: tratar de asemejarse a Dios. Y asemejarsele, significa obrar según la justicia y la santidad.

En la *República* (383 c) Platón exige a la clase guardiana del Estado no sólo venerar a los dioses, sino también que se tornen ellos mismos divinos, en la medida bien que sea practicable. Presenta al filósofo como un hombre que se transforma tanto como es posible en un ser divino; que se esfuerza en ser justo y, por la práctica de la virtud, en volverse semejante a Dios, en la medida propia del

hombre. En el diálogo *Fedro* (253 a), Platón muestra las almas cada una con un dios que se esfuerza en seguir y sobre cuyo modelo trata de ordenarse, en cuanto es posible a un hombre participar de la divinidad. La misma idea está expresada asimismo en las *Leyes*, donde Platón declara que todo hombre de buen sentido debe esforzarse por ser de aquellos que siguen la divinidad. Agrega que para ser tenida en cuenta por ésta, es menester volverse semejante a lo divino, con todas las fuerzas y en la medida de lo posible (716 e-d). Por lo demás, Dios ha querido que así fuese; es su voluntad que todas las cosas sean lo más posible semejantes a Él mismo. Al prescribir como deber del hombre virtuoso el imitar a Dios, Platón no hace otra cosa que plegarse a las intenciones mismas de Dios. En suma, si hay por parte de Dios un esfuerzo por atraer al hombre, debe haber simultáneamente un esfuerzo por parte del hombre para elevarse hasta Dios.

Pero Platón no separa la moral y la política, y para él lo que es verdad del ser humano lo es también de la ciudad. La ciudad platónica es una construcción, cuyo arquitecto quiere inspirarse en un modelo divino; es una ciudad que tiende a ser semejante a Dios. Si el deber del hombre consiste en una evasión, lo que equivale a decir liberarse de las servidumbres que le impone el cuerpo, a fin de hacerse semejante a Dios, el mismo deber incumbe a la ciudad, o sea, liberarse de los tumultos y desórdenes engendrados por las pasiones contrapuestas, a fin de presentar en su organización un orden donde reaparezca el deseo de respetar el plan divino. La regla es siempre la mayor semejanza posible con Dios; ella es válida tanto en política como en moral, pues una y otra proceden de Dios, quien siendo la fuente del bien es asimismo fuente de la justicia, esa justicia indispensable a la ciudad.

Esta presencia de Dios que Platón ve en el hombre y a la que su concepción le atribuye un valor preponderante, es vista también en la ciudad, donde le asigna el mismo lugar y la misma importancia. Sabemos que Platón confía al filósofo el cuidado de disponer la organización de la ciudad futura. En efecto, sólo el filósofo posee las cualidades indispensables para llevar a cabo una obra de tal naturaleza, sólo él tiene los conocimientos requeridos y el deseo ardiente de obrar según la justicia. Pero, ¿cómo habrá de proceder el filósofo? Platón lo

representa modelando la ciudad de acuerdo con un modelo divino, su mirada fija ya en este modelo que le ofrece la imagen de la justicia, de la belleza y de la templanza, ya sobre el esbozo que procura darnos de lo que ve. Y cuando Platón reconoce que el Estado perfecto, según su descripción, no existe en ningún lugar de la tierra, agrega que el modelo ideal se encuentra tal vez en el cielo.

Hay en la ciudad platónica una preocupación constante, que anima a su inspirador: no olvidar la divinidad, tener en cuenta con la máxima atención las indicaciones que ella ha podido establecer, y conformarse según los principios, que pueden ser considerados como la emanación de su voluntad general.

Platón, que gusta retrotraerse imaginativamente a un lejano pasado, recuerda en el diálogo *Crítias* la tradición según la cual los dioses, antaño, regían cada una parte de la tierra. Instalados en una región determinada, cada uno se conducía como un pastor con su manada, pero con la particularidad que usaban de la persuasión. Gobernaban a los hombres como se gobierna un navío. De este modo, Hefestos y Atenea obtuvieron en ese reparto el Ática; hicieron de sus habitantes hombres de bien y les inspiraron la organización de la vida política. Por patriotismo, seguramente, Platón atribuye a los atenenses de otras épocas cualidades que sólo podían haberles sido conferidas por la divinidad; de un modo general sin embargo, se complace en recordar, cuando se trata de pueblos por los que siente alguna simpatía, la circunstancia que hace remontar el origen de sus instituciones a un dios, Zeus en Creta y Apolo en Esparta. Esta idea de una sociedad política primitivamente organizada por los dioses se expresa asimismo en el *Político*, donde Platón describe la condición de la humanidad en la época de Cronos, es decir, en la época en que la divinidad era el pastor de la especie humana, tal como hoy en día los hombres son los pastores de las demás especies animales.

El mito de Cronos, tal como lo refiere Platón en las *Leyes*, es también significativo. Encuéstrase allí el cuadro de un estado teocrático. Platón parte de una idea sobre el poder absoluto, que corre peligro de hacer nacer la desmesura y la injusticia en el espíritu del hombre que lo ejerce. Si bien admite que un hombre superior, ins- truido por las lecciones de un filósofo, es capaz de crear la dicha en la humanidad, cree también que sin la inter-

vención y el concurso constante de la filosofía, se está expuesto a que resulte un tirano. Platón tiene excesiva desconfianza en la naturaleza humana, cuando está entregada a sí misma y a sus propios instintos malignos, y no puede en consecuencia pensar de otra manera. En Cronos supone la misma desconfianza, cuando este dios resuelve colocar, a la cabeza de las sociedades humanas, conductores, que eran no hombres, sino daimones, es decir, seres de una especie superior a la del hombre; y si Cronos obra de este modo, es por amor a la humanidad, por su carácter de filántropo (713 d). La organización presidida por esos daimones estaba hecha para procurar a los hombres los mayores beneficios: la paz, el sentido del honor, una buena legislación y la justicia, es decir precisamente lo que reaparece en la ciudad platónica. La enseñanza que Platón saca del mito es la absoluta necesidad de imitar por todos los medios la vida legendaria de la época de Cronos, lo que significa en realidad obedecer a este principio de inmortalidad que está en nosotros, tanto en lo que respecta a la vida pública como a la vida privada. Lo que Platón llama *nomos*, ley, es una determinación de la inteligencia, *nous* (Leyes, 714a-c). De esta manera, al organizar la ciudad humana, Platón piensa en una ciudad que sería organizada según los designios de la divinidad.

El papel que atribuye a los dioses en materia de instituciones políticas y la importancia de ese papel se miden por el número de consejos pedidos al dios de Delfos por el autor de la *República*: "Es propio de Apolo —dice en efecto— tomar las primeras disposiciones, las más importantes y las más bellas". Apolo asimismo deberá ser consultado respecto de los honores que deben tributarse a los caídos en la guerra, y se pedirá autorización a la Pítia para honrar a los guardianes del Estado, que hubiesen cumplido bien su tarea, como si fueran daimones.

En cuanto a la filosofía, al fundarse en la razón y al establecer leyes, procura obtener los mismos resultados que la organización atribuida por Platón a Cronos: el fin es el mismo y los medios también. Hay pues un vínculo muy estrecho entre la acción de la divinidad y la de la filosofía. Ambas se inspiran en principios análogos, o más bien la segunda tiende a retomar en el mundo la obra cumplida antaño por la primera. La filosofía proclama por boca de Platón que todo Estado cuya organi-

zación no proceda de la que Cronos había dado al mundo carece en absoluto de salvación (Leyes, 713). Ese era ya el lenguaje de la *República* y es también el de la *Carta VII*. No hay esperanza de salvación cuando el monarca, o la oligarquía, o la democracia busca sólo el placer y la satisfacción de sus deseos, y pisotea las leyes con total desprecio de la voluntad divina y del modelo de organización política ya dada. Platón en cambio quiere imitar lo mejor posible ese modelo.

No puede decirse ciertamente que para la sociedad política griega de la época de Platón se hubiese perdido el contacto entre el cielo y la tierra. Los dioses no estaban olvidados, pues se los seguía considerando como los protectores de la ciudad y se creía en consecuencia que era necesario atraérselos. Ocupaban un lugar en la vida de la ciudad, que mantenía el vínculo mediante el culto, con procesiones, sacrificios públicos, representaciones dramáticas y juegos. No honrarlos era una impiedad. Y sin embargo, todo ello en realidad sólo era una actitud que se prolongaba por fuerza de una costumbre sin ningún asidero racional. Esa actitud reflejaba sobre todo los hábitos de la multitud, hábitos que por lo demás sabían ser utilizados, en ciertas circunstancias, cuando por ejemplo se quería deshacerse de un Sócrates. Pero ¿qué participación daban a la divinidad los jefes políticos y los teorizadores? La respuesta está dada por la oración fúnebre que Tucídides pone en boca de Pericles, en la que los dioses no interesan. En la práctica la ciudad parece estar políticamente organizada al margen de ellos. En cuanto a los teorizadores permanecían en la tierra sin remontarse para nada: era su modo de mostrarse realistas. Las creencias ancestrales se replegaban constantemente por la enseñanza de los sofistas; el escepticismo se desarrollaba y comenzaba a expandirse la opinión de que tales creencias eran puras convenciones sin relación alguna con los hechos. Por el contrario, para Platón la política no es un arte puramente humano; está íntimamente ligado a una cierta concepción de lo divino y al papel que juega en el mundo. Si Platón admite que puede darse la dicha de los hombres, para ello pide los medios a la divinidad.

A. Diés habla con sobrada razón de esta "nostalgia de lo divino" que sirve para reconocer el alma filosófica. Esta nostalgia aparece nitidamente en Platón, cuando trata de la ciudad. Intenta edificarla de tal modo que

merezca ser la obra de un dios. Platón tiene la preocupación constante de que esa ciudad no sea indigna, antes bien que reproduzca lo mejor posible en su organización, algo así como un sello característico, es decir, la armonía y la justicia, que son las exigencias fundamentales de un pensamiento divino y que expresan la naturaleza misma de Dios.

La organización de la ciudad platónica está en relación directa con una determinada concepción de la divinidad, de sus relaciones con los hombres, de su acción en el universo y de los deberes que los hombres tienen para con ella. Decir que esta ciudad se yergue sobre un trasfondo religioso sería insuficiente. Es preferible decir en cambio que existe un modelo divino de la ciudad, concebido por el espíritu de Platón, quien se esfuerza en que la ciudad que pretende erigir se asemeje lo mejor posible a dicho modelo. La ciudad de Platón se organiza en relación con un arquetipo divino, o sea, es una ciudad que procura imitar la obra de Dios, ya que su fundador considera que tanto en política como en moral la regla suprema es la semejanza con Dios.

La sociedad ideal, es decir la sociedad perfecta tal como Platón se complace en imaginarla, está sin cesar colmada con el pensamiento de Dios y preocupada por realizar en la tierra el plan divino. Se funda en el principio de justicia, que toma su origen de la idea del Bien, a su vez emanación de Dios y expresión del orden querido y establecido por Él. Por eso, en *Fedro* (247 a), vemos a cada uno de los dioses cumplir una tarea propia, lo que es según Platón característico de la justicia. Por lo demás, entre las realidades que contemplan las almas inmortales, las de los dioses, cuando han alcanzado la cima de la bóveda celeste, se encuentra la justicia.

La ciudad real, aun la descripta y por consecuencia embellecida por un Pericles, es esencialmente materialista; ella circunscribe sus miradas y sus aspiraciones a la vida terrestre, se propone como meta la satisfacción de las necesidades temporales de los que la componen, y nada más. La ciudad platónica tiende hacia Dios, en quien encuentra su término; se propone vivir según la voluntad de Dios. Tiene por fin permitir a las almas realizar el bien y cumplir el destino más acabado al seguir las reglas imprescriptibles fijadas por la divinidad

y al aproximarse lo más posible a ella. Su fin es por tanto, en último análisis, moral y religioso.

En sus *Memorables*, Jenofonte enuncia el bello precepto que es menester vivir como si se estuviera siempre bajo la mirada de los dioses. Precisamente de este modo vive la ciudad platónica, bajo la mirada de Dios y según su ley; de aquí su grandeza y su belleza. Es la ciudad concebida por un hombre que no sólo piensa en Dios, en vista a implorar su apoyo o a triunfar en sus asuntos personales, sino que pretende dar a su vida el sentido verdadero por una dirección conforme a las intenciones de Dios. Esta ciudad está compuesta de ciudadanos que, si no todos, por lo menos los conductores, los que imprimen movimiento al conjunto, no tienen los ojos dirigidos al suelo como las bestias, sino orientados hacia Dios, y que quieren conducir la ciudad en las vías prescritas por Él.

Se puede decir, en suma, que la ciudad platónica está constituida por referencia a Dios, que es a la vez el fundamento y el modelo de la sabiduría política. Es la obra de un hombre que al interrogarse sobre el problema político ha querido conocer y determinar la voluntad divina, para tomarla como regla absoluta en sus teorías sobre la organización del Estado perfecto. Ha juzgado asimismo que era menester seguir las huellas de un dios, para elevarse hasta ese principio y ese modelo de justicia que se encuentra en la *República* (443 c). Tal era el sueño del que Platón creía poder afirmar que, en lo que a él mismo respecta, se había realizado (*Rep.* 443 c).

JEAN LUCCIONI

La Pensée Politique de Platon.
Presses Univ. de France, Paris, 1958.

Traducción de C. A. Disandro.

El valor formativo de los estudios humanísticos

No cabe duda que los estudios humanísticos tienen adversarios. Hay quienes consideran completamente superfluo y hasta peligroso cultivar una tendencia que favorezca el idealismo en tiempos en los cuales resulta cada vez más difícil ganarse la vida material. Precisamente aquello es fomentado por los estudios de humanidades, y ni siquiera puede negarse que el hombre formado en esos estudios adquirirá algo así como un *carácter indelebilis*, un algo que lo distinguirá de otros hombres, orientándolo hacia un concepto ideal de la vida, hacia una singular valoración de lo espiritual.

Afortunadamente, la convicción de lo pernicioso del idealismo no está demasiado arraigada. Mientras esto permanezca así, los estudios de humanidades poco tendrán que temer de sus enemigos. Aún prevalecen concepciones del mundo que no ven en la satisfacción de las necesidades materiales el verdadero sentido de la vida.

Estos estudios tienen además otra clase de adversarios más o menos decididos que censuran su valor formativo, y desde su propia posición ideológica. Indudablemente merecen ser escuchados y refutados con seriedad. Opinan que la herencia intelectual de la antigüedad no posee hoy actualidad suficiente como para justificar el gasto de trabajo y sacrificio de tiempo que su conocimiento requiere; lo que con fines idealistas se pretende por intermedio de los clásicos bienes espirituales, podría conseguirse por otros caminos, más fácilmente y mejor, y de modo más provechoso para el genio del propio pueblo. Ellos abogan por una formación intelectual que en lo esencial se desprenda de la antigüedad y que cultive las viejas lenguas con meros fines prácticos y científicos; que en lo demás se apoye exclusivamente sobre el acervo espiritual del propio pueblo cuyos méritos sean suficientemente grandes y ricos como para dar a la juventud todo lo que ella necesita.

Sin duda, debe exigirse una simetría enteramente satisfactoria en la distribución de las materias de enseñanza y una suficiente profundidad en la esencia, desarrollo y rendimiento de nuestros propios antepasados. Sin embargo no se trata de esto, sino de una pregunta que interroga esencialmente si el mundo espiritual de nuestros antepasados, lo mismo que nuestra actualidad, son aún comprensibles cuando se prescinde simplemente de la antigüedad; si por tal modo de contemplación, el campo visual no se reduce a una estrechez perjudicial, y finalmente, si nosotros no hemos recibido de nuestros antepasados espirituales ningún valor que no pueda ser reemplazado en su existencia única por nada.

Yo creo que no se exagera cuando se sostiene que sin el aporte de los griegos y romanos nuestra formación intelectual sería no sólo históricamente inimaginable, sino que también hubiera permanecido más pobre e imperfecta. Con ello no debe negarse que no todo lo que hemos recibido de la antigüedad se ha vuelto útil para nosotros; muchos de estos aportes no se han transformado ni empleado todavía de manera apropiada y hasta se han malentendido.

Pero precisamente, para poder reconocer tales defectos, es necesario formarse una idea sólidamente fundada de la esencia y desarrollo de las distintas culturas antiguas, pues éstas constituyen un caudaloso río con mil manantiales de aguas claras y con pantanos. Una profunda formación científica es siempre imposible, sin conocimientos causales de historia; considerando estos puntos de vista nunca deberemos renunciar a mirar con atención la faz de la antigüedad.

Por cierto, alguien puede decir no sin razón: dejemos eso a los filósofos y a los historiadores, que a ellos corresponde prepararnos esa visión. La importancia de los antiguos aportes intelectuales a nuestra época actual no se agota, sin embargo, en recepciones y renacimientos comprobados históricamente. Es mucho más decisivo para nuestra posición frente a la cultura de los griegos y romanos, el valor intrínseco de sus máximos rendimientos. Estos son, si no me equivoco: 1) La filosofía griega como base y comienzo de la *philosophia perennis*; 2) El arte griego con su unión y ennoblecimiento ejemplar para todos los tiempos, de elementos naturales, populares y políticos en monumentos de poesía y artes

plásticas de belleza insuperable; 3) El estado romano cuya inaudita fuerza cultural y organización judicial se extendió mundialmente. Quien se encuentra en medio de los abrasadores desiertos del Asia Menor y de África del Norte frente a ruinas de castillos y ciudades, sobre las que una vez brillaron las doradas águilas de las legiones, siente esto y puede comprenderlo como resultado del concepto de la vida heroico-imperial.

Estas son creaciones únicas de brillo imperecedero que uno debe hacer influir sobre sí mismo, si quiere seguir el espíritu de los hombres en su más alto y escarpado camino. Pues nunca la humanidad ha dado un salto espiritual más inmenso que en aquellos quinientos años luego de los cuales llegó la plenitud de los tiempos.

Con eso damos con un tercer punto del temario, resultado de la investigación que quizás constituye el más fuerte atractivo de la antigüedad. Por primera vez la humanidad en aquella época, luchando, se eleva de las trabas de estados espirituales primitivos a la reflexión sobre sí misma, a la crítica de lo existente; por primera vez el arte se desliga de una prepotente coacción de tradiciones colectivas a la victoriosa libertad de la creación individual y personal del arte; por primera vez se desarrolla un derecho mundial en un imperio universal.

Precisamente ese vigor vital de lo inicial ejerce sobre nosotros, hombres modernos, un irresistible encanto y obliga a nuestra contemplativa mirada a volver constantemente sobre aquellas prodigiosas creaciones, sobre aquella base de todas las culturas y desarrollos espirituales posteriores. Ellas son como manantiales que envían inacabables corrientes y que, sin embargo jamás se agotan, cuyas aguas son las más puras porque fluyen directamente de la profundidad.

Bien, algunos objetarán: pero ¿puede también la juventud aprender todo esto? En verdad, lo puede, pues hay dos distintos caminos de recepción de lo espiritual así como hay dos distintos caminos del conocimiento y la acción: el racional y el intuitivo. Los niños aprenden, como es sabido, lenguas extranjeras mucho más fácilmente mediante el habla que por medio de la enseñanza gramatical. De igual manera la juventud puede aprender valores espirituales; solamente se los debe presentar con brillantez ante sus ojos; aunque no los comprenda, sin embargo los siente y aprende su interior, y yo quisiera

creer que este modo de recibir es generalmente el más íntimo. El actúa no sólo sobre el intelecto sino también sobre el carácter, y precisamente en esto estriba probablemente el misterio de los estudios humanísticos, su fuerza para formar hombres singulares, cuya desaparición significaría un empobrecimiento, un retroceso hacia las tinieblas de relaciones bárbaras, la ruina de nuestra civilización.

OSVALDO F. A. MENGHIN.

Echeverría, numen argentino

Echeverría, este valor esencialmente argentino por su obra y por su alma, nació bajo el signo del dolor y de la gloria. Como los héroes clásicos, su vida predestinada a nobles y extraordinarias empresas, tenía en su reverso el infortunio que proyecta oscuros matices sobre las claras alegrías de la victoria.

"Su martirio se ha convertido en gloria", expresa Juan María Gutiérrez. La posteridad ha confirmado este concepto cubriendo de laureles el recuerdo del insigne maestro de esa generación que, recogiendo la bandera de Mayo de 1810, produjo el milagro de la redención nacional entrevisto como en un sueño premonitorio por el creador del Dogma.

La muerte detuvo el corazón de este apóstol romántico antes de que la siembra realizada con penurias y lágrimas, ofreciera el primer florecimiento, el que los ojos felices del pueblo vieron el 19 de mayo de 1851, en Concepción del Uruguay, proclamado por el Capitán General don Justo José de Urquiza, discípulo no confesado de la escuela social echeverriana, pero categóricamente eficaz en la realización de algunos de sus postulados fundamentales.

Hay un parentesco en el heroísmo civil de Echeverría y el de Mariano Moreno. Sobre estas dos vidas gravitó la responsabilidad de una misión histórica. Ambos soñaron la auténtica democracia. Lucharon contra las opresiones regresivas, y proclamaron a la educación, clave insustituible de la libertad y del progreso; pugnarón por los derechos humanos y rindieron en esta contienda erizada de peligros y dolores, la esencia preciosa de su talento, de sus energías morales, las reservas íntegras de sus fuerzas físicas, en un apostólico afán permanentemente asediado por los embates del prejuicio, del egoísmo y de la incomprensión. Les fué negado por la adversidad, que malogró sus vidas materiales, el contemplar las auroras de la suspirada regeneración espiritual del país.

advenidas luego, y como fruto, en parte cuantioso, de su magisterio de abnegación. Hálase por este empeño constructivo en la misma línea patricia de Rivadavia, a pesar de sus dislentimientos de doctrina y de práctica, de la de Sarmiento, el formidable realizador, su amigo, su crítico a ratos, siempre leal. Ellos son hermanos en esa misma causa de la dignificación popular por la libertad, la cultura, el trabajo y la justicia. Cada uno con sus ideas, todos con el pensamiento en una nacionalidad unida y feliz. En el tiempo, Urquiza vino a coronar un bello anhelo echeverriano. La gloria de Caseros es una consecuencia de sucesivos y admirables pronunciamientos en las ideas y en las armas. La bandera de Mayo, tremolada por Mariano Moreno hasta 1811 y salvada en 1838 por la juventud adocinada en los principios del Dogma, es recogida victoriosamente en 1851 por Urquiza para que, desde ese día en adelante, el pueblo argentino se encontrara a sí mismo y encarama con definitiva resolución su marcha hacia el cumplimiento de las instancias del Himno sagrado: constituir una gloriosa nación.

Desde años antes del acontecimiento de 1851, el credo echeverriano había conmovido la conciencia del inteligente y resuelto entrerriano. Y éste es galardón eterno que la historia asigna al poeta, sin empalidecer los valimientos del vencedor de Rosas. Juzgar a Echeverría parcialmente es disminuirlo, se ha repetido; formular apreciaciones circunstanciales sin tener en cuenta la época en que actuó y los múltiples y contradictorios factores que gravitaron en la concepción misma de sus esfuerzos, es avelanarse al error y a la injusticia. Toda su obra, toda su acción, tiene una finalidad: la patria. Mayo es el camino, por el arte de la patria dió a la literatura una médula nacional; por la salvación de la patria, dió a la juventud una fe, una creencia, un rumbo de sol.

No le hagamos egoísta regateo porque su verso suele tal cual vez descurrir con desmayo lírico, o naufragar en prosaísmo y obscuridad que los rigores de una existencia agitada, enferma y morrida por la miseria, no permitieron eliminar en extensa y serena labor de pulimento. No ensayemos con él, oficio de catones implacables porque el desarrollo de algún poema es difuso o provocó severas acotaciones de Menéndez y Pelayo, quien, sin embargo, lo llamó "sacerdote fiel del culto del ideal". Pensemos que fué un luchador integral por nuestro bien común.

un magnífico y consecuente abanderado de una Argentina sin tiranos locales ni foráneos; que bregó por un arte que tuviese un ámbito y un sentimiento argentino; que se dio con generosa totalidad al logro de una grandiosa aspiración nacional que reiteran y proclaman luego los constituyentes de 1853. Veamos en Echeverría al manantial que fecunda, que aplaca la sed, que copia estrellas. No nos detengamos en la partícula oscura que salta a la fuente radiante de claridades. El juicio debe formularse por el fruto de su esfuerzo completo, no por el detalle. Así, la perspectiva de esta vida ilustre no sufrirá injusto desmedro.

"Don Esteban Echeverría era delgado de cuerpo, alto de estatura, de rostro pálido, de cabello recio, ensortijado y renegrido; tenía regulares sus facciones y elevada la frente". Esta imagen del poeta trazada por Gutiérrez, su amigo entrañable, su biógrafo solícito, coincide con los rasgos que en 1831 fijó el arte de Carlos Enrique Pellegrini. El dibujo de Solucci, aparecido en la "Galería de Contemporáneos", del "Correo de Ultramar", en 1849; la fotografía de 1850 y el óleo, aunque con defectos, de Ernesto Charton, que se encuentra actualmente en los Institutos de la Facultad de Filosofía y Letras, ratifican los datos de Gutiérrez, quien agrega con minuciosidad cariñosa: "La figura personal de Echeverría interesaba donde quiera que se mostraba, y era, cuando por entonces lo conocimos de vista, un modelo de buenos y sencillos modales, y llevaba con suma naturalidad el vestido que por su corte demostraba desde lejos la exquisita habilidad de los artesanos franceses en materia de modas. Usaba lente de arco de oro labrado, porque lo necesitaba en realidad para discernir los objetos distantes, y nadie le tachaba de afectado cuando en la calle y con frecuencia, llevaba la mano al ojo para reconocer a las personas que le llamaban". Gutiérrez completa su descripción diciendo: "En sus modales y en toda su persona se traslucía la sencillez de su carácter. Pero, bajo la apariencia de una modestia de buen tono, podía advertirse fácilmente la satisfacción de su propia suficiencia. No tenía el don de la conversación, aunque era social y abierto con sus amigos. Su palabra era dogmática y se expresaba siempre con fórmulas de escuelas, de tinte filosófico y técnico". He podido observar directamente o al través de buenas reproducciones todos los retratos que acabo de citar y

aun aquellos otros como el de Somellera y el que poseía Lamas en Montevideo. Los ojos del poeta me han impresionado profundamente por su belleza, por su vivacidad y por su tristeza. Hay en ellos como una permanente denuncia del dolor que lleva en el corazón, de las ansiedades más puras insatisfechas, de la certidumbre de una vida corta. Esa tristeza fué su compañera de la infancia, y le siguió hasta el final.

Echeverría nació el 2 de setiembre de 1805 en el barrio del alto de San Pedro, afamado por sus valientes y sus payadores de envidiable ejecutoria. Barrio donde los "aritos" ofrecían el espectáculo de su guapeza y de su carácter pintoresco, en las reuniones de pulpería que terminaban a menudo con pinceladas de sangre. En la escuela del Cabildo, próxima a los dominicos, recibió las primeras enseñanzas. Fallecido su padre, el comerciante vascoagado, don José Domingo Echeverría, en 1816, quedó casi por completo librado a voluntades ajenas que trataron de superar a la autoridad de la buena y complaciente madre, doña Martina Espinosa, y ejercer sobre el niño de algo más de once años, una tiránica potestad. Por temperamento y por reacción, Echeverría levantó su grito rebelde y quiso ser dueño de sí mismo. Estas confidencias pueden extraerse de sus cartas al amigo, publicadas por Gutiérrez en la edición de los *Obras Completas* del poeta. Su adolescencia fué borrascosa. Acaso influyó en ello la misma situación que se le había planteado en su hogar. O quizá, el mal que lo torturó toda la vida, mordía ya sus entrañas solapadamente, sordamente, exasperando el carácter, ensombreciendo de angustias el alma. En una confesión de afectos íntimos, fechada el 2 de setiembre de 1835, el día en que cumplía treinta años, reconstruye el paisaje de su vida, y dice: "Hasta la edad de 18 años fué mi vida casi toda externa: absorbiéndola sensaciones, amorios, devaneos, pasiones de la sangre y alguna vez la reflexión; pero, triste como lámpara entre sepulcros. Entonces como caballo desbocado, pasaba yo sobre las horas, ignorando dónde iba, quién era, cómo vivía". Y agrega: "Sed insaciable de ciencia, ambición, gloria, colosales visiones de porvenir. Todo he sentido".

Esta sed insaciable de ciencia lo hace ingresar en 1832 en el Departamento preparatorio de la Universidad de Buenos Aires, erigida por el año anterior, edicto que fir-

ma con el general Rodríguez el progresista Rivadavia, precursor en algunos aspectos del apostolado echeverriano.

Allí estudia con renovado tesón hasta 1823, y por su capacidad y aprovechamiento alcanza el estímulo del latinista Mariano Guerra y del benemérito filósofo Juan Manuel Fernández de Agüero, eminencias que daban lustre y prez a las aulas universitarias. Documentos oficiales ratifican que Echeverría se distinguió entre sus condiscípulos y que dió "repetidas pruebas de talento, juicio y aplicación". También cursó Dibujo en la cátedra dependiente de la Universidad.

En 1824 y hasta mediados de 1825 reemplaza su quehacer de estudiante por el ajetreo comercial en casa de Sebastián Lezica, este ciudadano de pro que al cabo de una detenida valoración de las calidades espirituales e intelectuales de Echeverría, lo alienta para que siga su verdadera senda y se convierta en el hombre superior que sueña ser. El cambio del aula por el mostrador obedeció, como lo dice en sus confesiones, a "causas ajenas a su voluntad". Pero, tal como hacia Sarriento en San Juan y por la misma época, buscaba afanosamente la compañía de los libros, se recogía en sus pensamientos, en sus esperanzas de superarse y vencer. "En ratos desocupados —escribe— aprendí francés y lei algunos libros de historia y poesía".

Unos diez años después, el mismo ejemplo de vocación cultural se repite en Bartolomé Mitre, el peonito lector de la estancia de Prudencio Rosas. Su permanencia en las aulas del preparatorio universitario, había acentuado esta férvida apetencia de saber. Una voluntad superior lo impulsaba a retomar el camino del arte y de la ciencia, para alcanzar la sabiduría que hace posible el conocimiento y acaso la solución de los problemas que conmueven a la sociedad. Sentía la inquietud de los predestinados. Y se alejó del Plata en procura de Europa. El cantor y guitarrista, el carpintero y galán de los diecisiete años, ha dejado paso al joven aspirante que procura alcanzar una formación superior. "Nacido en un país que ama con delirio, dice Gutiérrez, pero en donde ni la historia suministra experiencias, ni el arte ostenta sus prodigios; en donde son pobres las escuelas y carecen los maestros del prestigio de la fama, toma el camino del viejo mundo creyendo hallar allí los elementos de saber de que carece

en su patria y una fuente abundante y pura en qué saciar la sed de ciencia que lo devora".

Respetables autores, entre ellos el propio Gutiérrez, han creído descubrir en esta decisión de Echeverría el resultado de una crisis moral, agudizada por la muerte de doña Martina, la madre dulce y ejemplar cuyas últimas palabras fueron de consejo y de estímulo a la superación para bien de la patria. Echeverría recogió estas palabras como una consigna. Pero esa crisis moral no fué solamente la del hombre que "joven aún había experimentado los desencantos del mundo y visto lo deleznable y efímeras que son las ilusiones y los placeres", como dice don Esteban en el plan de *El peregrinaje de Gualpo*, obra concebida a fines de 1825, en el barco que lo llevaba a Europa y que realizó en Montevideo, durante el exilio. Su propósito no es solamente una expiación voluntaria por los disgustos que sus desvaríos de adolescente causaron a su virtuosa madre y que aparece revelada en algunas de las cartas al amigo, en un rasgo nobilísimo de sinceridad, digno de las almas grandes. Hay en Echeverría, según yo pienso, una ingénita propensión a la tristeza, un recóndito padecimiento moral difamado seguramente de esa enfermedad implacable al corazón que fué definiéndose más y más a lo largo de su vida como un verdadero tormento del que se lamenta a cada paso. Los episodios de la vida común asumían al través de ese prisma de dolor, relieves más dramáticos aún que en la realidad misma. Este estado físico ha influido decisivamente en su estado moral, provocando crisis del sentimiento, estallido de las pasiones. Los educadores conocemos estos problemas que a diario se presentan en las aulas.

Yo creo que el viaje se debió, además, a una resolución madurada, propia de quien está destinado por la Providencia a misiones supremas. Una fuerza divina guía a los hombres del destino. Y Echeverría fué, en efecto, un hombre del destino, como calificaba Rojas a San Martín. Él dice en una carta: "Espero triunfar". Y en busca de ese triunfo se embarca el 17 de octubre de 1825 a bordo del bergatín "La Jeune Mathilde", que enarbolaba bandera de Francia. A los veinte años, tiene ya plena madurez mental. Considera que debe recuperar lo que se le fué en el tiempo, y no se otorga descanso. Es el presentimiento de que para cumplir la misión que advina,

la vida no le alcanzará? ¿Es la ansiedad con que artistas y pensadores ya heridos a fondo por el mal, se multiplican para dejar terminada la obra que les ha de sobrevivir? Reúne libros para estudiar en el viaje: la *Retórica* de Blair, un libro de Avelino Díaz sobre Aritmética y Álgebra, la colección de poesías argentinas realizada en 1824 con el nombre de *Lira Argentina*, un mapa de nuestro país y una gramática y diccionario franceses para practicar el idioma de Molière, que ya conocía bastante. Ya en París, se orienta con rapidez. Sin dejarse deslumbrar por el espejo de la vida alegre y bulliciosa se consagra con perseverancia al cultivo de las ciencias y de las humanidades bajo la inspiración de renombrados profesores. Estudia historia, ciencias físico naturales, matemáticas. Pero su vocación lo lleva a las ciencias sociales y políticas y a la filosofía. Empleaba un provechoso método de fijación al extractar en cuadernos que a veces tenían dilatadas proporciones, las clases que escuchaba. También, con severa prolijidad hacía resúmenes de todas las obras leídas.

Por ello se advierte que manejó con detención libros de Guizot, Montesquieu, Pascal, Leroux, Lerminier, Sismondi, Lammenais, Vico, Girardin, Vinet, Lando, Wattel y Chateaubriand. Por entonces, hallábase plena de ardimiento en París la batalla del romanticismo. El espíritu descubría en este movimiento el advenir de su libertad. En literatura y luego en las artes plásticas, especialmente la pintura, la sensibilidad, la imaginación, la individualidad, la libre expresión del sentimiento, la independencia dentro de la personalidad, son caracteres fundamentales de esta escuela. Las miradas volvieron a la naturaleza, en actitud semejante a la de los lakistas ingleses. El corazón mostró su intimidad. El yo, tuvo expresión. Los héroes de las gestas y de las leyendas constituyeron un tema básico. En 1827 Victor Hugo imperaba como un César. El prefacio de *Cromwell*, asumía predicamentos de evangelio. En los barrios clásicos de la Ciudad-Luz, pugnan ruidosamente los devotos de Shakespeare multiplicados gracias a la influencia schlegeliana, con los leales del clasicismo. Desde Inglaterra, Lord Byron, que al decir de Menéndez y Pelayo es tan clásico en la forma, como romántico en los temas y en su vida misma, se sobrevive, aumentando sus adeptos. El pensamiento de Herder y Schlegel, gravita desde Alemania sobre la conciencia de

los escritores franceses. El culto a lo nacional se ahonda. Lo autóctono asume altísima jerarquía. La Edad Media es fuente inspiradora. Las reivindicaciones sagradas agitan los ánimos. Y, paralelamente a estas eclosiones del arte, se agudiza penetrante la cuestión social que va preparando la nueva Revolución. Esta contienda de ideas y de gustos, de modernos y conservadores, tuvo en Echeverría maravillosos sureos de feundación, porque era un romántico temperamental, innato, y también un romántico por cultura, pero no del linaje estrepitoso, maldiciente y excéntrico que proliferó en estos ambientes de Francia, sino humano, en el más limpio sentido, como lo demostró aquí. Sus lecturas literarias van desde Byron, el idolo libertario y doliente, el poeta de la libertad, a Schiller; desde Shakespeare a Goethe. Confiesa que después de tan intensa comunión intelectual se entregó al cultivo permanente de la poesía, él, que ya en 1820 se florea como payador en los volcingerios recreos del alto de San Pedro. Y si el clima romántico de la época le encendió entusiasmos refulgentes, la nueva corriente social, la generosa causa del pueblo preconizada por apóstoles de vibrante palabra y abnegada acción, encontró en nuestro poeta un abanderado que jamás iba a claudicar; libertad, progreso, redención de los oprimidos, lucha contra la rutina angustiosa, abominación de toda forma de tiranías, y de la explotación del hombre, auspicio de la unión, la fraternidad, y de cuanto estimule la verdadera religión democrática, como Jesús la predicara, iban a ser las líneas cardinales de su magisterio en la patria, al través de meditadas lecturas. Muchas palabras-lemas, eran piedras sillares de la Revolución de 1810; las había escuchado con emoción desde la infancia, en la escuela, en el hogar y en la calle.

Conocía a Lamennais, cuyas *Paroles d'un croyant*, le conmovieron en lo más íntimo; a Saint Simon, a Leroux de los fanalsterios, a Tocqueville y Mazzini, el apasionado tribuno itálico. Coincidió en aspectos centrales con unos, pero disintía en el enfoque de diversas cuestiones palpitantes con casi todos ellos. El futuro *Dogma* huminado de realidad telúrica y social rioplatense, lo probará y lo sigue probando a pesar de la crítica injusta de Groussac y las subestimaciones de Ingenieros.

En 1830 regresa a la tierra natal. Allí en París sigue la borrasca que culminará con el estreno de *Hernani*.

En lo político, la revolución liberal arroja del trono a Carlos X, y su programa recorre el mundo soliviantando a los pueblos sojuzgados. La repercusión de este acontecimiento llega a Buenos Aires, donde la juventud estudiosa recoge alborozada la simiente ideológica y la adecuada a la realidad argentina. Vicente Fidel López, en su *Autobiografía*, nos da una imagen prístina del estado psicológico de sus condiscípulos y amigos. Libros novisimos, jamás comentados en el Plata, llegaban copiosamente ahora. Y confiesa López: "Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelaria fantástica de ideas y de predicas sobre escuelas y autores románticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos. Nos arrebatábamos las obras de Victor Hugo, de Sainte-Beuve, las tragedias de Casimiro Delavigne, los dramas de Dumas y de Victor Ducange, George Sand, etc. Fué entonces que pudimos estudiar a Niebuhr y que nuestro espíritu tomó alas hacia lo que creíamos las alturas".

Don Esteban vuelve con casi cinco años de experiencias y profunda versación cultural, a dedicar a la patria, hasta el último instante, los fervores más puros de su corazón, las luces más decantadas de su talento. Y esta juventud ha de sostenerlo como a su maestro.

En julio de 1830 desembarca en Buenos Aires. La "Gaceta Mercantil" le publica casi en seguida las composiciones *El Regreso* y *En Celebridad de Mayo*. No las firmó y esta actitud indujo a error de identificación al propio periódico que las acogiera. Lo confundieron con Fonseca o Portela, que llegaron en *Le Courier des Indes*, después de cursar estudios de medicina en París. El 24 de mayo de 1831, hace conocer por intermedio del "Diario de la tarde", su poema *Profecía del Plata antes de la Revolución de Mayo*, canto admonitorio contra los opresores, también sin firma de autor. Abre un paréntesis de silencio que dura más de un año, al cabo del cual entrega a la circulación en un tomito de 32 páginas editado por la Imprenta Argentina, y que contiene el poema *Elvira o la novia del Plata*. Lleva por fecha, el mes de septiembre de 1832. Tampoco lo firma quizá para pulsar mejor la opinión pública. Es un poema autobiográfico. El tema y la realización literaria coinciden con los principios románticos, es verdad, pero lo que Echeverría canta, a mi juicio, son hechos que le ocurrieron antes de su viaje

a Europa. Un gran amor tuvo el poeta en su primera mocedad. Le consagró las notas más sentidas de su guitarra y la delicadeza de esas copias improvisadas que se esfumarían en el aire como un incienso, si no quedase la resonancia en el corazón conmovido de la mujer a quien se las dedicaba en la poética noche de la serenata. Ese amor que duraría cristalino y burbujeante como un manantial serrano, no alcanzó la coronación soñada. La tragedia lo señaló con su dedo rojo. Las tradiciones y aun las confidencias, expresan que hubo otro amor de sangre, y acaso de muerte, en su juventud vibrante y apasionada. Al través de lo poético se vislumbra lo histórico. Esa mujer anhelada para embellecer y ordenar la vida, la depositaria de las esperanzas, la bienamada, murió en edad temprana, sin realizar el voto de unión y de felicidad. Y eso canta con verso romántico. No ha buscado temas artificiales que convengan al gusto de la nueva escuela. Le ha bastado dejar a su corazón la libertad de confesarse en voz alta. La coincidencia romántica se ha producido. Al expresar:

Y con ardua fatiga
el campo de las ciencias exploraba
para volver al hado más benigno
y arrancando un favor a la fortuna
que contraría le fué desde la cuna
de su mano y amor hacerse digno.

escribe su propia historia. Es verdad: una gran esperanza le saca de las aventuras peligrosas y lo lleva hasta las aulas del Preparatorio de la Universidad. Después, sueña la gloria para deshojar los laureles a los pies de la amada y de la patria. Y se marcha a Europa donde su aplicación admira. Al regreso encuentra a la novia muerta o de otro, y a la patria en los pródomos de la anarquía: amores fallidos, fueron los inspiradores del poema *Elvira*. No hay en él obediencia a la sugestión romántica germana. El tema estaba en su torturada vida misma. La visión demoníaca que describe en esta obra, ¿no puede estar inspirada en el acaecer de una salamanca pampeana? Las supersticiones rioplatenses reconocían desde antiguo este aspecto de la magia satánica. Y en los medios suburbanos que frecuentó Echeverría en su adolescencia brava, no faltaban los entendidos en estos achaques brujeriles.

que hicieran la descripción de la orgía sabática ante la sobrecoigida concurrencia de las pulperías.

Elvira ofrecía una nueva forma de poesía. Por primera vez en el Plata se escuchaba un acento de esa tonalidad. La opinión permaneció casi indiferente. Estaba asaz ocupada en la política. Solamente en el *The British Packet*, del 22 de septiembre y en *El Lucero* del 4 de octubre —donde escribía de Angelis, el futuro mentor rosista—, aparecen escuetas reseñas bibliográficas, una de ellas, tan mezquina, que hizo reaccionar violentamente al poeta. La represalia fué una sátira mordaz, que Gutiérrez no incluyó en las *Obras Completas*, por no considerarla definitiva en su pulmento. El editor Casavalle la publicó años después. Un perdón compasivo para la misera pluma ofensora fué el epílogo.

Su dolencia al corazón, cada vez más grave y torturante, requiere tranquilidad y reposo. Y para alcanzar este lenitivo busca un rincón apacible en la ciudad de Mercedes, sobre el río Negro de la República Oriental. En aquel retiro ecológico escribe su poema *Lara* y en él vuelca a raudales su intimidad. De esa época son también otras composiciones menores. Retorna a Buenos Aires. Los salones de doña Mariquita Sánchez vuelven a ofrecerle cariñosa hospitalidad. Alentado y perseverante, se decidió a publicar una colección de sus poesías. Nadie lo había hecho hasta entonces. La obra, con el título de *Los consuelos*, aparece en 1834. Incluye trabajos ya conocidos, entre ellos la *Profecía del Plata*, *En celebridad de Mayo*, *El regreso*. Alternan con los poemas las poesías breves y musicales: *El pensamiento*, *Ruego*, *Melodía*, *Adiós*, *El infortunio*. Estos versos y los *Coros*, conquistaron la emoción de la sociedad; estuvieron en todos los labios. El poema *Al clavel del aire*, fué dedicado a Luisa, gratísima a su ternura. Esnaola, nuestro primer compositor, apenas tres años mayor que Echeverría, puso música a varias canciones, entre ellas, *Ven, dulce amiga, ven*, y *El ángel*. Este gusto de Echeverría por la canción, se repite en *La Diamela*, famosa hasta hoy por su difusión, y que apareció con otras en el *Cancionero Argentino* que se editaba en los años de *La Cautiva* con el auspicio del Salón Literario.

La aparición de *Los consuelos*, fué un acontecimiento literario. Florencio Varela, desde Montevideo, proclamó

en largo juicio su trascendencia. En cartas a Juan Thompson y Juan María Gutiérrez, exclama "el señor Echeverría es un poeta, un poeta. Buenos Aires no ha visto eso hace mucho tiempo. ¡Quién sabe si lo ha visto antes!" En verdad, *Los Consuelos* era el primer libro romántico que veía la luz en nuestra Capital. Mejor dicho, era el primer libro. Llegaba como una voz de primicia, de matices distintos a los conocidos y en nuevas formas estróficas y métricas, para iniciar, como dijo Thompson en su artículo del *Diario de la Tarde*, una renovación en las letras americanas.

Los Consuelos es un libro nutrido por savia nativa. Un soplo argentino anima ese florecer lírico que asombra por la novedad de sus recursos expresivos y encanta por el sentimiento criollo que es su íntima vibración, su alma. No trae el estro echeverriano contagios psicológicos del ámbito europeo. El ha recogido, sí, enseñanzas formales; cultiva el verso llano, sincero, fervoroso, confidencial, que identifica la poesía romántica, anteponiendo esa claridad a las evocaciones mitológicas que sobrecargaban la seda de la poesía neoclásica; pero su tonalidad es muy suya, muy fragante de pampa y litoral. Buenos Aires, al escuchar esos cantos sintió la emoción inefable de quien oye su propia voz, y goza su propia luz, la voz y la luz del numen de las llanuras argentinas. Y tal fué el milagro de *Los Consuelos*.

Buenos Aires consagró al poeta. Este evade las aclamaciones y se recluye voluntariamente en un establecimiento alejado a la ciudad, para trabajar con mayor firmeza. Así da término a *La Cautiva*, obra señera que marca en forma definida la iniciación de una literatura genuinamente nacional. Fué incluida en el libro *Rimas* que apareció en 1837. *La Cautiva* es el desarrollo literario de una de las tantas tragedias acaecidas en la llanura bonaerense. Nada ha sido fruto de inspiración foránea. Echeverría hace en su poema la relación de un episodio real, similar a los descriptos —salvo situaciones de detalle creadas por la imaginación del poeta— en crónicas seculares. *La Cautiva* es la verdad de la pampa, con su paisaje, sus hombres, sus costumbres, sus creencias, sus dolores y sus sueños. Nada tan auténtico como el drama de Brián y María. Es el de centenares de gauchos que se atrevieron a poblar en las tierras dominadas por las

tribus indomables; es el de las guardias fronterizas que desde mediados del siglo XVIII armaban rancho para su familia en las inmediaciones de los fortines y cuyo padecer hace clamar al naturalista Azara.

Cada malón era para ellos la desgracia total: muerte, incendio, robo, cautiverio. Los informes oficiales del coronel Pedro Andrés García, son elocuentes en esta cuestión. El mismo Echeverría ha narrado en las ya citadas cartas al amigo, un hecho acaecido en los campos bonaerenses cuando él era ya, con seguridad, estudiante de Preparatorio. Al novio, y al hermano de María, los matan los indios a los cuales han salido a escarmentar. Ella enloquece al conocer la noticia. Quince años después Echeverría da forma a este episodio, con las alteraciones que el arte y el objetivo dramático aconsejaron.

La destrucción de mi ciudad natal, Dolores, en 1821, por los indios de Pichulmán, Ancafilú y otros caciques guiados por José Luis Molina, produjo desgracias similares a las que se suceden en *La Cautiva*. La tradición sureña habla de mujeres que después de huir de las tolдерías adonde fueran llevadas, soportaron peripecias innarrables. Algunas murieron; a otras se les entenebreció la razón; pero no faltaron las que, sin esperar el sueño del opresor, mataron en pelea, mano a mano, y a cuchillo limpio, al indio codicioso. Y así vengaron al gaucho que había muerto por defenderlas.

Se insiste en que Herder señaló el camino netivista a Echeverría del que fué precursor. Abel Cháneton dedica en 1939 un párrafo especial a este punto. Recuerda en él que a nuestro poeta se le llamó el Herder argentino. Yo pienso que Echeverría coincidió con el autor de *Stimmen der Völker in Liedern* (1778) en vocación folklórica y que las ideas y la labor del tradicionalista germano inspirador de Goethe, si no decidieron la inclinación del argentino, la alentaron mostrándole los frutos preciosos del esfuerzo realizado. El sentido de lo aborigen estaba tan arraigado en nuestro hombre, que no desmayó en ningún instante de su vida, anterior y posterior a su experiencia extranjera.

Era un adolescente y ya tenía prestigio de payador y guitarrero en el alto de San Telmo. Una payada en cierta pulpería de Barracas le conquistó la adhesión fervorosa de gauchos auténticos. Un aire de la llanura

animó sus primeros cantos juveniles. El paisaje del Plata y de la pampa fueron imprescindibles en la vida de Echeverría y por fuerza constituyeron el escenario preferido de sus mejores creaciones. El romanticismo preconizador del culto a los temas locales, nada enseñó en esto a quien nació con tan profunda tendencia a estimarlos con toda la fuerza de su sentimiento. Grato debió resultarle advertir que esta vocación suya era prolijada por maestros del romanticismo europeo.

La Cautiva lleva el tema pampeano a su más recia expresión artística. El blandengue y su heroica mujer, el indio de los feroces malones, y el gaucho, cumplen su destino en este escenario que se abre hacia el Plata y el Atlántico y que tiene por formidable fondo la cordillera de los Andes. Lo que aportó en esto la cultura europea, fué la técnica nueva del verso.

"El Desierto —expresa Echeverría en la Advertencia a sus *Rimas*— es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura".

En unas consideraciones sobre el arte de la poesía (*Obras*, tomo V, pág. 125, edición 1874) ratifica plenamente el concepto que le llevó a trasladar a sus poemas la vida real de su región: "La poesía nacional es la expresión animada, el vivo reflejo de los hechos heroicos, de las costumbres, del espíritu, de lo que constituye la vida moral, misteriosa, interior y exterior de un pueblo". Y *La Cautiva* es esto, precisamente.

Bien es verdad que el neoclásico Manuel José de LaBardén había calado en el tema argentino con la tragedia *Siripo* y *La Oda al Paraná*, pero estas obras quedaron como intentos aislados en un ámbito literariamente conservador. Echeverría crea *La Cautiva* con una conciencia criolla. Al tema argentino le dió alma argentina. Sarmiento, en carta del 20 de febrero de 1846, le escribe entusiasmado desde Río de Janeiro. Según el gran sanjuanino el pintor Rugendas se inspiró en *La Cautiva* para componer algunos cuadros pampeanos.

El desierto bonaerense, como dije, privó constantemente en las evocaciones de la poesía echeverriana, y en *La Cautiva*, con particularidad. Complacía al poeta volver

la mirada de sus recuerdos a la campaña familiar para gustar la belleza agreste de sus cañadones y pajonales que albergaban una rica fauna en generosa multiplicidad. Su memoria iba iluminando el paisaje entrañable; los bañados que en el verdor de los campos llovidos le hacían pensar en enormes ojos celestes recogiendo las claridades del cielo o reflejando con avaricia la estrellería de las noches profundas; el monte hirsuto, refugio conlevador de las angustias del perseguido; las rientes lomas que se levantaban como un corcovo de la llanura y sobre cuya eminencia prevaleció un día el mangrullo del fortín, alzado en permanente atisbo de peligros, como el pescuezo descollante del avestruz, aquellas impetuosas manadas de potros que desplegando la cinta vibrante de sus relinchos atravesaban los horizontes, la crin al viento como banderines flameantes y los cascos redoblando con fragor de trueno lejano sobre la tierra que se deshacía en polvaredas agitadas, manadas chúcaras que iban como en un gesto de libertad desafiando a la boleadora y al lazo. La ausencia y el deseo de un retorno reavivaban las imágenes de ese ámbito inolvidable con sus garzas de albuja, los cuervos sombríos, el aligero gavián, los chajajes avizores, la cigüeña estática y el ñacurutú de chistido premonitor, los nahueles cautelosos en acecho de las gráciles gamas, el panghi de patas poderosas, las bullangueras jaurías salvajes. A cada instante mencionaba al pampero frío y seco que llega anunciándose con silbos cambiantes y que, lleno de polenes y fragancia de lejanías pasa doblegando los pastizales como si los peinara; sus armonías, según el verbo del poeta:

dicen más al pensamiento,
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende al mundo enseñar.

No olvida en aquel escenario de sus inspiraciones el rancho donde los viejos gauchos alejados momentáneamente del ajetre dramático de las guardias fronterizas o de los entreveros revolucionarios, alentaban una familia haciendo pie sin recular ante las infinitas convidadas del peligro; esos ranchos frágiles, de barro y de totora, techados con paja brava que brilla al sol como pintada de oro, abrieron muchas veces su puerta sumaria de cuero seco

al soñador de *Los tules*. En *La Cautiva*, poema esencialmente pampeano, los recuerda en su trágica epopeya de pequeños baluartes del coraje gaucho.

Los bravos cayeron en su ley: defendiendo el hogar. Quedaron como sangrientos testimonios para la historia de los servicios que el gaucho bonaerense prestó sin condiciones, a la patria, porque el milico de los fortines y el criollo poblador de la frontera han sido vanguardias de la civilización, puesto que detrás de las milicias avanzaban en el desierto, las realidades de la cultura: escuela, artes, comercio, industria.

Por la sonora huella del poema, discurren siluetas próceres de las tolderías: Quitur, Callupan, Guillán, Chafil, Loncoy, valientes y feroces como el gato montés de nuestros montes sureños. La evocación de *Hualicho* animando los brazos combatientes, presta al sabor local una sazón imprescindible. La superstición, tan adentrada en la psicología india y gauchesca como que el desierto mismo la sustenta en plenitud, campea en *La Cautiva* sobrecogiendo a los infieles la presencia del ombú, a cuyo amparo una cruz abre sus rústicos brazos, y a los cristianos la ilusión de que el alma de María y de Brián, llamitas trémulas y vagarosas, divagan por el desierto, unidas en la eternidad de Dios, y luego:

También el vulgo asombrado
cuenta que en la noche oscura
suelen en aquella altura
dos luces aparecer;
que salen y habiendo errado
por el desierto tranquilo
juntas a su triste asilo
vuelven al amanecer.

El paisaje y el alma del pueblo como médula de la poesía nacional, era la aspiración de este hombre a quien el romanticismo bulliente y agresivo de Francia, no había logrado más que acentuarle el instinto regional, el sentido de lo autóctono que en él era innato y al que fertilizó constantemente el milagro fascinador de la pampa cercana, desde los días de su infancia, desde su adolescencia ganosa de aventura. Esta vocación nativista, fundamental en un maestro de juventudes, en un guía del espíritu argentino auténtico, como era él, le dicta aquellas

inoidivables enseñanzas que aparecen en nota a *Los Consuetos*, pero que pueden aplicarse perfectamente a *La Cautiva*. "La poesía —dice don Esteban— entre nosotros aún no ha llegado a adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre ciertas naciones europeas; preciso es, si se quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras ideas dominantes, de los sentimientos y las pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como fecunda tierra que la produzca".

Juan María Gutiérrez, compartía plenamente estas ideas y su discurso pronunciado en la inauguración del Salón Literario, en 1837, predicaba este mismo afán: "si hemos de tener una literatura, hagamos que sea nacional; que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza, así como los lagos y anchos ríos sólo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio". Y agregaba, más adelante: "Si la poesía es una necesidad de los pueblos adelantados y viejos, es una planta que nace espontáneamente en el seno de las sociedades que empiezan a formarse. Ley es del desarrollo humano, que el joven más se guie por los impulsos del instinto, que por los consejos de la razón; y que derrame en himnos y en cantares los afectos que rebosan en su corazón. Importa, empero, que esta tendencia de nuestro espíritu no se extravíe, y que cuando con el transcurso de los tiempos, llegue a formar un caudal abundante, *consérvese su color al entrar en el océano de la poesía universal*". Y Félix Frías, en "El Iniciador" de Montevideo (1838), encarecía las posibilidades de las "novedades poéticas que el desierto encierra".

Era natural que una personalidad como la de Echegurría suscitase la admiración pública y que los valores directivos de la juventud se sintieran atraídos por ella. Alberdi, el becario tucumano, de ojos inquietos y mirada iluminada, recibe del autor de *Los Consuetos* la mejor

introducción acerca de los grandes poetas y pensadores de Europa contemporánea. Por él comienza a conocerlos y a sondearlos. Otros jóvenes, también son iniciados por el maestro.

La ocasión de un acercamiento más estrecho con el grupo de esos jóvenes, aparece en 1837; Juan María Gutiérrez es el mediador entusiasta. Sastre, el admirable bibliófilo, alentaba en su librería, desde hacía años, lo que hoy llamaríamos una *peña intelectual*, con derecho a utilizar cualesquiera de los mil volúmenes que formaban la biblioteca especial. Paralelamente a este pequeño ateneo, Miguel Cané, Vicente Fidel López y sus condiscípulos dilectos se congregaban desde 1832 en la Asociación de Estudios Históricos y Sociales. Cané facilitaba un salón de su casa. Sastre mira con paternal encanto el desarrollo de las actividades culturales de la juventud en su Ateneo de trastienda. Una generosa inquietud anima el ambiente. Unos muchachos leen, otros, en corrillo nervioso comentan temas de filosofía, derecho y literatura. Los mayores deservuelven, en reducido cenáculo de iniciados, una fraternal discusión de problemas sociales. La importancia del gabinete de lectura y sus proyecciones morales e intelectuales preocupan a Sastre. Resuelve prestarle mayor ámbito, más jerarquía, transformarlo en el Salón Literario. Para ello, traslada el comercio desde la vieja casona de la calle Defensa, en el barrio netamente estudiantil, a un edificio amplio; al de Victoria N° 59. Pasan días de afiebrada tarea organizadora. Tal vez Sastre quiere inaugurarlo el día máximo de la patria, fiesta de los corazones, pascua de la libertad, tanto más celebrada por las conciencias limpias, ahora que la tiranía no oculta sus insinuaciones sangrientas. Sólo puede hacerlo el 23 de junio. La ceremonia reviste los predicamentos de acto académico. Hallase entre los invitados de honor el venerable cantor del *Triunfo argentino*, el autor del Himno Nacional. La palabra del patrio debió embargar de ternura cívica el corazón de los concurrentes. Era uno de los actores de la gesta nacional. La presencia y auspicio de don Vicente era un espaldarazo de gloria al Salón Literario.

Después López y Planes, encendido de pasión heroica, exaltó la obra de la juventud. Hablaron Sastre, Alberdi y Gutiérrez. Fué un día inolvidable. La juventud tenía ya

un hogar para su espíritu. Un escenario para su inteligencia. Una fuente para las ansias de su mentalidad. Un confesionario para sus sentimientos ciudadanos.

La vinculación de Echeverría con los jóvenes del Salón Literario se afianza en seguida. Desde un principio aequilató las posibilidades del selecto núcleo y puso en él su confianza. Frequentó más asiduamente el Salón y fué convirtiéndose en centro de interés para sus improvisados discípulos. Esta comunión de ideas, de gustos y de aspiraciones patrióticas, explica la autorización del poeta para que Gutiérrez leyera en aquel entusiasta cenáculo el primer canto, todavía inédito de *La Cautiva*, demostración de confianza y de aprecio que revela algo más que una amistad de ateneo. Se afirmó que en septiembre de 1837, Echeverría pronunció el *discurso de introducción* a las lecturas dedicado a los jóvenes integrantes del Salón. No hubo tal. Esta labor fué conocida años después.

La luz molesta a los tiranos cuyo mejor apoyo es la oscuridad mental y moral de las muchedumbres. Por eso Rosas miró con mirada torva el auge del Salón que era un avivamiento de luz, una purísima claridad llena de anuncios propicios a la educación libertadora de los pueblos. Para mayor estímulo de esta beligerancia atizada por el egoísmo oficial, llegaron hasta Buenos Aires voces adversas de algunos ilustres hombres de las primeras proseripciones. Florencio Varela, tan adicto desde 1834, a la obra literaria de Echeverría, no sintonizó las miras políticas y sociales que despuntaban las actividades de la nueva generación, la cual iba a formar muy pronto círculo en torno del gran romántico, y desaprobó al criticarla severamente, las exposiciones de los oradores. Después advertirá a dónde llevaba esa senda.

El Salón Literario tuvo existencia de llamarada: brilló pleno de vibraciones y se apagó de pronto. El diapason de las ideas del gobierno era muy distinto al de los concertullos de Marcos Sastre. Rosas comprendió que allí estaba el rescoído de sus adversarios, y si recibió la noticia de la inauguración malhumorada y pestuñista hasta el extremo de enviar reproches a don Vicente López y Planes, por su gesto auspiciante de aquella vez, en el transcurso de los días se hizo manifiesta y activa la aversión del tirano. El periodismo asalariado prohió sarcasmos de de Angella, y la Mazorca pintó signos rojos en la puerta de

la librería. La guerra estaba declarada. Y era natural. Las ideas de libertad y progreso causan violentas neurosis a los déspotas. Sastre comprendió el trance y procuró defender a la institución. Echeverría era, a su juicio, el salvador enviado por Dios. Y le ofrece con palabra de exaltado elogio el timón de aquella nave entre escollos. En 1837 nació el Salón Literario y el 18 de mayo de 1838 cerró sus puertas, como quien cierra los ojos, no para morir, sino para soñar. Porque el Salón Literario fué clausurado, mas no los ideales que en él tuvieron surco fértil; sus integrantes eran células sanas y activísimas que sólo cambiaron de centro unívoto. La historia demuestra lo que valieron estas células en la vida nacional.

Echeverría no acepta aquel timón en la tempestad. Tenea otras miras. A pesar de la persecución iniciada había que agrupar esa juventud en torno de una doctrina de regeneración nacional porque esa juventud, conmovida por la revolución liberal francesa de 1830, y educada en las normas de la democracia reivindicadora, estaba destinada a realizar la consigna de Mayo. Esta brillante juventud había crecido entre dos fuerzas antagónicas que se batían con tremendo empuje, pero se hallaba todavía exenta de contaminaciones de uno y otro bando. Casi todos estos jóvenes habían nacido con la patria. Muchos de ellos eran hijos de los forjadores del pronunciamiento de 1810. Tenían talento, carácter, sueños de gloria, amor profundo a la democracia. Las nuevas ideas sociales favorecían este amor. El país y su destino constituían su preocupación cotidiana. Faltaba el conductor, y la Providencia les puso en su camino a Esteban Echeverría. En la *Ojeada retrospectiva*, aparecida en 1846, con la nueva edición del Dogma, dice el maestro: "A fines de mayo de 1837 —debe entenderse 1838 según la cronología de los hechos—, se propuso el que suscribe promover una Asociación de jóvenes que quisieran consagrarse a trabajar por la Patria". La voz fué escuchada como un mensaje providencial y el 23 de junio celebrábase la primera asamblea. Estaba en ella la espuma dorada de la juventud argentina; la juventud del combate, del sacrificio y de la gloria. Con Echeverría están Gutiérrez, su hermano espiritual; Juan Thompson, hijo de la benemérita Mariquita Sánchez; Alberdi, que será el heredero del maestro y creador de *Las Bases*, Vicente Fidel López,

Manuel Quiroga Rosas, que propagará el Dogma por todo Cuyo, Carlos Tejedor, Jacinto Peña, Miguel de Irigoyen y otros hasta pasar la treintena. Las *Palabras simbólicas*, vértebras luminosas del Dogma, que leyó Echeverría seguidas de un verdadero canto admonitorio en prosa, fueron aclamadas entonces. Por voluntad unánime el autor, con Gutiérrez y Alberdi, redactarían las explicaciones de las palabras básicas. De esta labor se le encargó luego a instancias de sus dos compañeros. Las *Palabras simbólicas*, piedras sillares del Dogma, expresan: 1º, Asociación. 2º, Progreso. 3º, Fraternidad. 4º, Igualdad. 5º, Libertad. 6º, Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa; el cristianismo, su ley. 7º, El honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social. 8º, Adopción de todas las glorias legítimas, tanto individuales como colectivas, de la Revolución, menosprecio de toda reputación usurpada o ilegítima. 9º, Continuación de las tradiciones progresivas de la Revolución de Mayo. 10º, Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos a las grandes facciones que se han disputado el poderío durante la Revolución. 11º, Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen. 12º, Emancipación del espíritu americano. 13º, Organización de la patria sobre base democrática. 14º, Confraternidad de principios. 15º, Fusión de todas las doctrinas progresivas en un centro unitario.

El 8 de julio, los miembros de la Joven Generación Argentina —llamada desde 1846 *Asociación de Mayo* por su fundador— presta solemne juramento, basado en las fórmulas de la Joven Europa. Según la versión sarmientina dice: "En nombre de Dios, de la Patria, de los héroes y mártires de la Independencia americana; en nombre de la sangre y de las lágrimas inútilmente derramadas en nuestra guerra civil, todos y cada uno de los miembros de la Asociación de la Joven Generación Argentina: creyendo que todos los hombres son iguales; que son libres; que todos son hermanos; iguales en derechos y en deberes; libres en el ejercicio de sus facultades para el bien de todos; hermanos para marchar a la conquista de aquel bien y al lleno de los destinos humanos; creyendo en el progreso de la humanidad; teniendo fe en el porvenir; convencidos de que la unión constituye la fuerza: que no puede existir fraternidad ni unión sin el vínculo

de los principios; y deseando consagrar sus esfuerzos a la libertad y felicidad de su patria y a la regeneración completa de la sociedad argentina: Juran concurrir con su inteligencia, sus bienes y sus brazos a la realización de los principios formulados en las *Palabras simbólicas* que forman las bases del pacto de la alianza. 2.—Juran no desistir de la empresa, sea cuales fueren los peligros que amarguen a cada uno de los miembros sociales; 3.—Juran sostenerlos a todo trance y usar de todos los medios que tengan en sus manos para difundirlos y propagarlos, y 4.—Juran fraternidad recíproca, unión estrecha y perpetuo silencio sobre lo que pueda comprometer la existencia de la Asociación".

El 9 de julio, todos se reunieron en cena fraternal renovando sus votos y juramentos. Echeverría se ausentó al campo llamado por negocios urgentes, pero antes de alejarse de la ciudad entregó al vicepresidente de la Asociación una carta extensa concretando un plan de trabajo previo a la discusión del Dogma. Las tres primeras cuestiones que plantea son la libertad de imprenta, los límites de la soberanía popular y las formas de la democracia representativa. Agrega que deben discutirse, asimismo, tópicos palpitantes como la creación de un banco, el papel moneda, las industrias, el crédito público y otros puntos más que, reunidos, podrían cimentar una plataforma de partido vanguardista. Cuando regresó trajo la explicación del Dogma. Ella fué considerada en varias reuniones y aprobada sin más enmiendas que algunas de detalle. Posteriormente, Alberdi redactó la explicación de la décima palabra simbólica, salvando así la omisión del maestro, motivada por circunstancias superiores. El Dogma fué publicado en el último número de "El Iniciador" de Montevideo, que lleva por fecha el 1º de enero de 1839. Llamósele entonces *Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*. En la edición de 1846, se le asigna el de *Dogma Socialista*, y aparece retocado en la forma y en el fondo.

Sobre las fuentes inspiradoras del glorioso documento se ha escrito con alguna injusticia. Groussac creyó pulverizarlo al señalar los influjos de Lammenais, Saint Simon, Leroux, Tocqueville o Mazzini. De todos aprendió Echeverría, es verdad, pero, lo que Groussac no dijo fué

que el pensador argentino refirió las ideas adquiridas, con un sentido argentino. Tomó lo aplicable a nuestro medio. Adaptó los principios y las teorías a la realidad nacional. Mucho del Dogma, por ser de atención excluyente de los problemas nuestros, poco tuvo que depender de las enseñanzas de aquellos hombres. Del socialismo sanjimoniano a la prédica social de Echeverría, hay evidente distancia que autores actuales han señalado en la detención debida. Pero es fácil identificar lo que tiene esencia argentina. El ideal echeverriano fué alcanzar la regeneración social no por la violencia, no por la lucha de clases, sino por la acción progresiva de la cultura, por efecto de la moral. Que el pueblo tenga personalidad; que se conozca a sí mismo; que no sea esclavo de tutorías mentales foráneas; que se sienta soberano; que sus instituciones sean obra propia. Consagrar a Mayo como norma y centro de la patria, porque Mayo es la libertad; proclamar la democracia como aspiración suprema del pueblo, y abogar por que prive el gobierno de las ideas sobre el gobierno de los hombres; crear una conciencia nacional; forjar una auténtica argentina; todo esto es materia nuestra, no de elaboraciones foráneas. El Dogma fué el camino de Caseros; fué el limo fecundo de la Constitución de 1853. Urquiza recibió su influencia bienhechora. Tuvo en él respaldo moral valiosísimo. Sus lecciones no fueron oídas en vano por el vibrante caudillo entrerriano.

El Dogma fué puesto en manos de la Joven Generación Argentina como un evangelio. Ella saldrá a predicarlo. Pero el tirano prepara su violenta repulsa. La palabra libertad suena a ofensa en sus oídos. Ella es una alusión a despotismo.

El año 1839 se enrojece de tragedia. Muchos miembros de la Asociación, perseguidos por la Mazorca, comienzan a emigrar. Alberdi y Gutiérrez, que fueron redactores de "La Moda" (1837-1838), gacetín semanal de apariencia ingenua, pero con entrelíneas que el tirano astuto descubre y teme y no tolera, se habían alejado ya de los lindes bonserenses, antes de finalizar el año 1838. En 1843, los dos se irán de Montevideo a Italia, y de regreso, se instalarán en Chile. Muchos patriotas están en Brasil. Bolivia y Montevideo añorando la tierra nativa. La flor de la cultura se aleja de las fronteras. Pero Echeverría

se resiste. Quiere seguir la lucha. Y cuando la instancia de los amigos se hace más persistente, él dice: "¡Exiliarse es malograrse para la patria!" Y todavía espera. Rosas ahoga en sangre todo intento libertario. Caen los Maza, uno bajo el puñal y otro frente al pelotón de fusilamiento. El rasgo sublime del pueblo de Dolores, del 29 de octubre, tiene su desenlace de martirio el 7 de noviembre en Chascomús. Echeverría, oculto en "Los Talas", llora esta desventura cívica y vuela su dolor y su protesta en el poema *La insurrección del Sur*. Algunos discípulos y camaradas han caído en esa encrucijada de la adversidad, y su recuerdo acentúa más aún el fervor de su canto narrativo. En 1840 —el año rojo— redacta y firma con Juan Antonio Gutiérrez la famosa protesta contra Rosas, secundando aun sin hallarse enteramente de acuerdo, la invasión de Lavalle. Su situación se vuelve insostenible. Su vida es ya un objetivo de los mazorqueros. Deja su patria, al finalizar ese año. Deja el hogar, la posición, los libros, tal vez el amor conflagrador de penurias. Empobrecido y enfermo se acoge a la hospitalidad uruguaya primero en la Colonia y luego en Montevideo, a instancias de sus compañeros de ideal, especialmente Alberdi. En aquella tierra hermana afronta la miseria con la entereza y la dignidad de un espartano.

Allí, escribe *La guitarra*, poema pleno de evocaciones autobiográficas, de vislumbres folklóricos y trascendido de emoción. También compuso *El ángel caído*, extenso alarde poético, jugoso de filosofía. Redacta artículos, monografías, ensayos como el *Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias*, discutido en cuanto a su aplicación en la enseñanza. La inmolación de Marco Avellaneda, en Metán, epílogo sangriento de un altivo gesto, le inspira el poema *Avellaneda*, en el que exalta las bellezas de la tierra tucumana para luego situar en ese escenario la acción del inmovilable caudillo de la Liga del Norte. El peregrinaje de Lavalle al través de la república, cayendo y levantando en una heroica vía crucis, lo conmueve en la impotencia. Profundos desalientos lo postran a veces. En 1843 ocupó como otros tantos valientes una plaza en la Legión Argentina que se formó para cooperar en la defensa de Montevideo, sitiado por Oribe, secuz de Rosas. Figuraba en la quinta compañía, bajo el mando de José María Albariños. Esta nueva obligación

comportaba un verdadero sacrificio porque Echeverría era un enfermo grave, y solamente cuando sus pulmones heridos y su corazón vacilante lo doblegan, abandona el fusil, deja la guardia fría y húmeda y los ajetreos cansadores del ejercicio castrense, para volver a su otra guerra, tan eficaz en él, la de las ideas en favor de la libertad.

La reedición del Dogma se realiza en 1846. Precede al célebre trabajo la admirable *Ojeada retrospectiva*. Envía un ejemplar a Urquiza, juntamente con una carta que es una definición y una doctrina. Madariaga recibe otro similar envío. Ni el uno ni el otro contestan. Pero no pudieron ocultar el efecto moral que les produjo. El tiempo lo demostró. La reedición del Dogma azuza a los servidores de Rosas. Ataca de Angells, y Echeverría polemiza con él defendiendo y explicando la doctrina social de la generación de Mayo, y legando a la posteridad un caudal vigoroso de enseñanzas sociológicas, de vigencia dilatada en nuestra tierra, porque ellas, precisamente, dimanaron de un profundo y acertado análisis de los problemas nacionales, que de Angells no entendía o los contemplaba por conveniencia desde el punto de vista de los intereses del rosismo. En su carta a Urquiza, Echeverría concreta su doctrina: "¿Por qué peleáis, nos dice esa religión? ¿Por qué escandalizáis al mundo con vuestra guerra fratricida? ¿No sois todos hermanos? ¿No sois hijos de una misma Patria? ¿No es vuestra tierra bastante rica y grande para hospedarlos y alimentarlos a todos? ¿Por qué os despedazáis como fieras a nombre de falsos ídolos que sólo piden holocausto de lágrimas y de sangre? Nosotros no somos unitarios ni federales, porque creemos que unos y otros han comprendido mal el pensamiento de Mayo o lo han echado en olvido. No somos unitarios, porque estamos persuadidos de que el sistema unitario es el peor de los sistemas para el régimen de la República; y porque hemos aprendido por el estudio del pasado, que las instituciones fundamentales que el partido unitario dió a la provincia de Buenos Aires son malísimas, como lo verá V. demostrado en parte en el cuerpo de la obra. Pero tampoco somos federales en el sentido que Rosas ha dado a esta palabra para solapar su unitarismo mil veces más exagerado y despótico que el del partido unitario. Sin embargo, tomando como principio de nuestra doctrina

el pensamiento de Mayo, queremos la verdadera Federación; porque queremos la Democracia, que no es otra cosa que la organización federativa de la Provincia y de la República. Queremos, pues, en la organización nacional, la soberanía e independencia de cada Provincia en todo lo relativo a su régimen unitario, y la erección de un Gobierno central para la gestión de los intereses y la dirección de los negocios generales de la Confederación. Queremos, pues, garantías sociales, la fraternidad entre todos, la libertad para todos, y la igualdad de derechos y deberes en todos y cada uno de los miembros de la gran familia argentina".

Por la organización federativa del país, que era el sueño de Echeverría, bregó el general Urquiza. Su carta del 23 de junio de 1851, a Sarmiento, exilado todavía en Chile, lo confirma. "Puede Ud. asegurar a los pueblos y a los hombres individualmente —dice en un párrafo— que la base de la revolución que he promovido, sus tendencias, toda mi aspiración, y por lo que estoy dispuesto a sacrificarme, son hacer cumplir lo mismo que se sancionó el 4 de enero de 1831. Esto es, que se reúna el Congreso General Federativo; que dé la Carta Constitucional sobre la base que dicho establece, y haga los demás arreglos de conformidad a la atribución quinta del artículo 169".

En 1848 escribe *La revolución de febrero*, monografía optimista sobre el gran movimiento popular francés que terminó con los escarceos imperialistas de Luis Felipe; pero ese trabajo no implica una profesión de fe socialista al estilo moderno. En 1849 puede ver publicados parte de su poema *Avellaneda* y *La insurrección del sur*. Quedaron sin hacer el *Mangorá*, drama en que el indio volvería a ser protagonista como en *La Cautiva*, pero esta vez en la boscosa escena mesopotámica, tal como indica la leyenda ya aprovechada por Lavardén. También se disponía desarrollar teatralmente la tragedia de *La Pola*, aquella gloriosa mártir bogotana. Había dado comienzo a *Pandemonium*, mas el poema quedó trunco en sus primeros alientos, fué sólo una intención frustrada. De su gístral, imagen vez de un ambiente típico captado en toda la plenitud de su impresionante realismo. Otro cuadro de costumbres nativas es *Apología del matambre*, aunque de menores valencias que *El matadero*. Es una

defensa a la cocina criolla, frente al orgulloso arte culinario extranjero.

Un firme anhelo de Echeverría que pudo cumplirse, fué la formación de un cancionero que reuniese las expresiones más castizas del patrimonio nacional, sin excluir por cierto las tonadas indígenas con versos en idioma también aborigen. Comenzó a investigar, a buscar, y en esto se colocaba en profesión de folklorista; pero como él dice con desengaño, se encontró con que la mayoría de las canciones preferidas eran extranjeras y "no el sencillo fruto de nuestro sentido músico, o de nuestra aptitud para expresar en armoniosas cadencias las emociones del alma y los íntimos afectos del corazón". Llega el año 1851. Cercano está el día de la redención. La prédica de la Joven Generación Argentina ha iluminado las conciencias. La bandera de Mayo volverá al pueblo. Y, cuando el maestro del Dogma, señalador del camino reluciente de la libertad y de la verdadera democracia, iba a poder, a poco más de tres meses de distancia, mirar por fin el florecimiento de su afán, se cumple en él la fatalidad de los héroes de la leyenda. Antes de que sonaran las dianas de la victoria soñada, languideció definitivamente Esteban Echeverría. Su dolorido corazón llegó al último latido. Era el 19 de enero de 1851.

ISMAEL MOYA.

Amadeo Jacques, educador

"En efecto, llegó aquí y fué a detener su paso en Tucumán. ¡Quién era ese hombre! Un sabio que la literatura había ya saludado con respeto; el colaborador de M. Victor Cousin, el editor de las obras completas de Leibniz, M. Jacques, en fin". (Evaristo Carriego: M. Jacques, "El Eco del Norte", año V, N° 312, 14 de junio de 1860).

"¡Monsieur Jacques ha muerto! La impresión fué indescriptible; se nos hizo un nudo en la garganta y nos miramos unos a otros con los rostros blancos, lívidos, como el momento de una desventura terrible...

La muerte le había sorprendido al llegar a su casa después de una noche agitada. El rayo de la apoplejía lo derribó vestido, sin darle tiempo para pedir ayuda.

Pendía su mano derecha fuera de la cama; uno por uno, por un movimiento espontáneo, nos fuimos arrodillando y posando en ella los labios, como un adiós supremo a aquel a quien nunca debíamos olvidar...

"...Le llevamos a pulso hasta su tumba y levantamos en ella un modesto monumento con nuestros pobres recursos de estudiantes...", escribió Miguel Cané en *Juvenilia*.

Esto sucedía en la ciudad de Buenos Aires, el 13 de octubre de 1865, cuando el inolvidable maestro, formador de tantas generaciones, dejaba de existir, ante el desconuelo de aquellos que lo conocieron y escucharon su vibrante palabra.

Es un hecho cierto que nuestra juventud desconoce casi enteramente la vida de Jacques, que tanta vinculación tuvo con la educación argentina y más aún en su reestructuración, fijando los basamentos posibles de una educación popular, científica, técnica y adaptable a las necesidades del país.

Francés de origen, proscrito de su patria, llega en el año 1852 a nuestro país, con la firme decisión de trabajar y aplicar sus conocimientos para desarrollar la difícil ta-

rea de la educación. Vamos a dejar de lado su deambular por el interior de la República, en donde también su paso fué beneficioso, para ubicarlo en las ciudades de Tucumán y Buenos Aires, y principalmente en la primera de ellas, donde delineó, con características bien definidas, su pensamiento e inquietudes docentes, en un medio donde el problema de la educación no encontraba el suficiente apoyo por parte de las autoridades, ni el hombre que comprendiera la realidad del momento.

Para dar una sensación cabal de esos problemas y la incomprensión que tuvo por parte de los padres de familia en la labor de la escuela, vamos a tomar algunos párrafos de un editorial intitulado: "Escuela Pública", aparecido en el "Eco del Norte" (año III, Nº 124; domingo 8 de agosto de 1858):

"La escuela primaria gratuita por cuenta del Estado que forma parte del Colegio de San Miguel, fundado bajo la dirección general del distinguido doctor D. Amadeo Jacques, y regentada inmediatamente por el ilustrado profesor D. José Acha, no es hasta hoy bastante concurrida por los niños pobres de esta ciudad. No podemos explicarnos la incuria y abandono de los padres de familia indigentes y de los tutores y guardadores de menores huérfanos y desvalidos, al considerar que no aprovechan la oportunidad de dar educación gratuita a sus hijos y a los huérfanos pupilos.

Grave es la responsabilidad ante Dios y los hombres, de los padres y tutores que pudiendo dar educación a sus hijos y a los huérfanos confiados a su custodia, para hacer de ellos miembros útiles a la sociedad, no lo hacen y los dejan vagar por las calles corrompiéndose y envidiándose sin más que por tenerlos destinados a servicios domésticos de poca importancia".

Finaliza con una invitación a todos los padres de familias pobres, para que anoten a sus hijos, a fin de asegurar la educación efectiva de los mismos.

Así lo testimonia su informe, y el editorialista del diario "El Liberal" (año II, Nº 57; julio 31 de 1862) analiza este estado de cosas, y entre otras consideraciones manifiesta:

"No puede estar librado a la acción sola del Gobierno la educación del pueblo. Sin el concurso de los ciudadanos y más que todo, sin la cooperación de los padres de fami-

lia los medios oficiales son insuficientes si no estériles para el objeto".

Estos dos informes hablan por sí solos del panorama general de la provincia. La lucha por la educación debía comenzarse por los padres y no obstante ello, la labor de Jacques se destacó netamente. Sus condiciones de maestro le hicieron sobrellevar estas duras pruebas y llegar a la realización de sus planes.

En un viejo edificio, donde los primeros ensayos fracasaron, dió vida al inolvidable Colegio de San Miguel de Tucumán, semillero, durante cuatro años, de voluntades en hombres que, bajo la guía de Amadeo Jacques, dieron a la nación conciencias claras, y su trabajo fecundo benefició la ardua tarea de organización del país. Nada más lógico que seguir su pensamiento a través del periodismo de la época, donde con letra incisiva fué presentando, en diversos artículos el panorama y la solución de los problemas que surgían y que eran superados en un accionar diario de luchas.

Destacaremos una serie de trabajos publicados por Jacques en el diario oficialista "El Eco del Norte", periódico político, literario y comercial. Se editaba una vez por semana; luego se hizo bisemanal. Tomó a través de su tiraje, varios formatos y distintos colores, algunos de ellos de casi imposible lectura por el fuerte colorido en que han sido impresos. Dejó de aparecer después del número 435, del jueves 29 de agosto de 1861. Germán Burmeister, refiriéndose a éste, opina: "El diario Eco del Norte, que aparecía dos veces por semana, es el que publicaba los decretos del gobierno, traía las novedades ocurridas en el mundo, y muchos chismes y discusiones que ocurrían entre la población; era el portavoz intelectual de la vida pública en la ciudad". (*Descripción de Tucumán*. Bs. As., 1916. Cap. II, pág. 43).

En el primero de esos trabajos, expresa categóricamente la necesidad de una enseñanza científica y polémica sobre si es menester la filosofía como primero o último aspecto en la labor educativa.

"La principal novedad que se hallará en la enseñanza de este año es la introducción deseada por muchos, de la Filosofía. He resistido largo tiempo a ello, contra la costumbre general de los colegios sudamericanos de asignarle el rango de estudios preliminar aun entre los estu-

dios preparatorios y a pesar de poderosos empeños para decidirme a seguir en esa rutina. ¡Ojalá pudiera resistirme siquiera un año más! No vayais a creer por eso señor Redactor que soy enemigo de la filosofía. La he estudiado con pasión, la he enseñado con entusiasmo y aun (pero eso es confidencial y no vayais a traicionarme) he cometido... "horresco referens", unos gueros tomos sobre esta "Reina y Maestra de las Ciencias".

Efectivamente, editó las *Obras Filosóficas* de Clarke, con una introducción por él escrita en 1843. En ese mismo año toma a su cargo la edición de las obras de Feneón y Leibniz y colabora con seis artículos en el *Diccionario de las Ciencias Filosóficas*. Dos años más tarde, publica su *Manual de Filosofía*, conjuntamente con Jules Simon y Emilio Saisset, del cual la introducción y el capítulo de Psicología le pertenecen. Este manual sería utilizado más adelante en el Colegio Nacional de Buenos Aires como texto oficial. Prosiguiendo en sus apreciaciones dice: "Pero, por eso mismo que la amo y la venero, quiero sentarla en su lugar y repugno a imponerle la humillación de verse tratada sin respeto por unos jóvenes todavía muy inexpertos para apreciar su belleza y evaluar su altura. Su verdadera colocación es arriba de todos los conocimientos teóricos, ella ocupa la cima del saber humano. Luego, en el orden de los estudios, debe venir la última; pues, para ascender a la cima, es preciso trepar los escalones que conducen a ella... ¿No es evidente entonces que para estudiar la ciencia de las ciencias, es preciso poseer ya las ciencias, no digo todas en toda su extensión, pero al menos las principales en sus fundamentos? Proceder de otro modo es cuestionar de los colores siendo ciego, o siendo sordo, de los sonidos".

En el segundo, y con carácter de correspondencia notable, analiza el valor de las ciencias prácticas, como la aritmética, geometría, trigonometría. Enumera los valores de las ciencias históricas y geográficas y de los idiomas y agrega: "Este conjunto de conocimientos forma un piso firme en que la filosofía ya se puede afianzar para enseñar una teoría de la razón y exponer las reglas abstractas del raciocinio, que es el instrumento de las ciencias matemáticas para describir los procedimientos del análisis experimental de la clasificación que ordena los datos recogidos por ésta y de la inducción que los fecunda, en fin para intentar siquiera un bosquejo de gramática general.

La Filosofía tendrá pues su lugar en la enseñanza de este año, porque ya encuentra una base que antes le faltaba". Luego se explaya sobre la importancia de la física como ciencia de observación y a la vez de raciocinio y la necesidad de darle importancia a una de las ramas principales de la misma: la mecánica.

"...esta es la más poderosa palanca de la civilización moderna y, después de la agricultura, el manantial más abundante de riquezas y bienestar general".

Y agrega luego: "...A la física en el mismo orden de ciencias pero ésta más bien descriptiva que explicativa agregaremos un bosquejo de zoología, esto es una descripción muy general de los animales, tomando la constitución anatómica y fisiológica del hombre como punto de partida y comparación. No será más que una breve y ligera reseña de los resultados más importantes de la ciencia, sin profundizar nada ni bajar a los pormenores menudos de ella; nuestra falta de conocimientos especiales de la materia no nos permite producir más, ni lo requiere el fin que nos proponemos, pero si todo no está, estará lo principal y nada habrá de inexacto".

En el tercero y último artículo anota: "Filosofía, física y zoología, he aquí para este año la parte científica del curso superior. La parte literaria no se puede medir con la misma exactitud, porque es de la esencia de las cosas literarias tener siempre algo de indeterminado. Pero no ha de ser desatendida... ¡La gramática y la sintaxis! ahí está, señor Redactor, el tropiezo. He recibido públicamente del digno presidente de la mesa de examen una merecida reprensión, por no haberme dedicado con bastante empeño a este ramo de enseñanza. Confieso el pecado, señor; y es tanto más grave que ha sido deliberado, y que no hay en mí ni sombra de arrepentimiento; ¡pésima circunstancia para recibir la absolución!"

Después, entre otras consideraciones, agrega: "...Siempre lo abstracto antes de lo concreto, la análisis primero que la sintaxis, la teoría delante de la práctica, es decir, el revés de lo que manda la naturaleza. ¿Cómo pues aprendemos nuestro idioma maternal? ¿Se enseña por ventura a las criaturas que las palabras que van balbuceando son los signos de sus pensamientos? ¿Precisan saber si la oración que hacen es primera o segunda de verbo sustantivo?... Dejad pues; dejad a nuestros niños

que algunos años siquiera, lean, traduzcan, estropeen muchos textos latinos, y cuando ya hayan acopiado buena provisión de oraciones y palabras, entonces podrá venir la gramática a enseñarles lo que hay en todo eso de general y filosófico. Pero antes ni para remedio".

En forma muy personal va esbozando, de esta manera y primariamente, las necesidades y las críticas para una educación efectiva. Al finalizar este trabajo, presenta el programa de materias de cada Sección, para el nuevo año lectivo:

"Las aulas del Colegio de San Miguel se abrirán el primer lunes de febrero entrante. Los educandos se reunirán dicho día a las 8 de la mañana para ser clasificados. Las materias de enseñanza serán las siguientes:

Sección Superior: Parte científica: Filosofía, física y mecánica, zoología.

Parte Literaria: Idioma latino, literatura francesa, idioma inglés, historia y geografía antiguas.

Sección Mediana: Parte Científica: Geometría en el espacio, progresiones y logaritmos, álgebra elemental.

Parte Literaria: Idioma latino, idioma francés, idioma inglés, historia y geografía antiguas.

Los educandos de esta Sección que sean bastante adelantados, podrán ser admitidos en los cursos de física y zoología de la Sección Superior.

Sección Inferior: Parte Científica: Aritmética elemental y comercial, principio de teneduría de libros, geometría plana elemental.

Parte Literaria: Idioma francés, idioma inglés.

Los más adelantados de esta Sección serán admitidos al curso de historia y geografía de la Sección Mediana".

Debemos destacar también el proyecto de educación que redactó en el diario "El Liberal" (año II, Nº 32; mayo 4 de 1862), sucesor del "Eco del Norte", que tenía un carácter similar al anterior y dejó de aparecer luego del número 99, del día jueves 25 de diciembre de 1862. Tuvo como éste, varios formatos y distintos colores, con idéntica dificultad para su lectura. Dicho proyecto, bajo el título de "La Instrucción Pública en las Provincias Unidas del Plata", lleva a manera de presentación una frase de D. Domingo F. Sarmiento, que pronunciara al hacerse cargo del gobierno de San Juan, en el año 1862:

"Demos instrucción al pueblo y recibiremos en cambio riqueza, seguridad y mayor dignidad".

Desarrolla Jacques, en la primera parte de este artículo, el tema sobre la necesidad y estado actual de la instrucción pública, donde va destacando la importancia de la instrucción primaria, secundaria y superior. Referiremos solamente uno de los muchos conceptos que sobre la materia analiza en este estudio, para tener una idea cabal de su pensamiento. Así escribe: "...La sociedad sola, la sociedad organizada a lo que se llama el Estado puede dispensar la instrucción con equidad, con acierto, con desinterés; y es para el Estado una condición vital de existencia y de duración. Pongo como axioma que una sociedad, cualquiera que sea su forma política, la juventud debe ser educada conforme a los principios en que descansa el Estado. En vano redactaréis constituciones; en vano promulgaréis leyes y tiraréis decretos; si, por una educación apropiada, no tratáis de grabar en el entendimiento y en el corazón de las nuevas generaciones el sentido y el espíritu de las instituciones, ellas no se racionarán, no tendrán vida propia ni fuerza existente".

En el mismo diario (año II, Nº 33; mayo 8 de 1860), redacta la segunda parte del mismo, que denomina "Ideal de Instrucción Pública", donde hace un estudio de la instrucción primaria y escuelas, destacando la importancia del preceptor, delineando los pasos indispensables para una enseñanza integral. Hace algunas disquisiciones conceptuales y filosóficas alrededor de su plan para referirse luego al edificio escolar y a las normas de higiene que deben imperar en el mismo, citando como fuente el libro de Sarmiento *Educación Popular*, pág. 336 y siguientes. Tampoco deja de lado la salud del niño y la necesidad de la creación de una chacra experimental cerca de la escuela para un mejor aprovechamiento práctico de formación.

Más adelante agrega: "La materia primera y principal de la enseñanza en nuestras escuelas será, como siempre, como donde quiera, la doctrina cristiana, la lectura, la escritura y el cálculo, hasta los quebrados ordinarios y decimales inclusive. Esta enseñanza es para todos; para algunos, debe ser más elevada. Al cabo de dos o tres años de enseñanza puramente elemental, el preceptor

habrá podido distinguir entre sus discípulos, los más inteligentes y estudiosos, de cada reunión formará una sección superior y separada...

... Tanto para el grado superior como para el inferior, estimamos que cuatro horas de enseñanza al día, bien empleadas y convenientemente repartidas entre los diversos ramos, serán grandemente suficientes. Dos horas seguidas por la mañana y dos por la tarde, es cuanto puede aguantar con provecho la atención de un niño. Precisan esos miembros que crecen y se desarrollan, acción y movimiento que a esta edad, son un instinto imperioso y por consiguiente una necesidad de la naturaleza. Pero el tiempo de presencia en la Escuela será siempre de ocho horas cuando menos, y puede ser fácilmente de diez; luego quedan de cuatro a seis horas que la enseñanza no ocupa. Demos la mitad a una refacción precisa y al puro juego sin objeto ni reglas; ya basta; y lo demás pertenecerá al cuidado del jardín...

... Por los domingos y días de fiesta, se armarán excursiones a las que serán invitados y aún invitados a tomar parte en ellas, al menos alternándose. Allí, en el campo, ¿quién no dispone de un caballo, o de una mula, de una yegua que sea? La expedición será pues citada a reunirse al alba, frente a la casa de la Escuela, cada uno con su avío, y si falta a algunos, la hospitalidad del campo le suplirá...

... Caminando se observará a las plantas y a los animales; el profesor los clasificará dándoles su verdadero apelativo; explicará sus instintos y sus costumbres, su utilidad, si tienen alguna. En la estación de las flores y las semillas, herborizará; largará a su enjambre disperso en busca de frutos, de nidos, de huevos, de insectos, de minerales, cuando anden en alguna serranía...

En todo eso, el preceptor no sale de su rol; enseñanza es, y práctica, que una simple conversación encamina a ser casi teórica.

El presenta también a voz alta sus observaciones y reflexiones sobre los rumbos del camino, la marcha del sol, la dirección de las aguas corrientes, la inclinación de los terrenos, la dirección de las serranías.

... Al cabo de diez paseos así conducidos, irradiando sus direcciones en todo sentido alrededor del punto de partida, casi todo el departamento quedará conocido, y el

preceptor habrá hecho abundante cosecha de muestras zoológicas, botánicas, mineralógicas, que reunidas al modo que explicaremos en adelante, no a... tal vez perdidas para la ciencia...

... He aquí la Escuela, he aquí el Preceptor, tales como los ha soñado nuestra imaginación, apto a mejorar personas y cosas, ilustrando y moralizando a la vez las poblaciones, formando unas generaciones dóciles a todos los progresos, deseados de ellos y capaces de intentarlos, y de paso, recogiendo los elementos de una descripción física del país.

Al término del escrito, Jacques habla de un siguiente capítulo en el que dará a conocer el modo de centralizar y utilizar esas riquezas. Pese a nuestros esfuerzos no hemos podido localizar momentáneamente la continuación de este meduloso trabajo que completaría todo lo ya descrito.

Amadeo Jacques unía la teoría a la práctica, la cual creía que era indispensable para una mayor asimilación de conocimientos que redundarían en beneficio de los educandos. Su pensamiento conciso y profundo en la planificación de la enseñanza se destaca notoriamente, constituyendo estos escritos una fuente experimental de valiosos aportes culturales para la organización de la docencia.

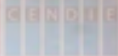
Estos artículos, conjuntamente con la "Memoria de 1865" para elaborar un "Plan de Instrucción Pública General y Universitaria", aparte de otros materiales que poseemos y que, dadas las características de este trabajo, sería largo enumerar, nos dan una idea aproximada del valor extraordinario de esta personalidad y de su imostergable fe en la docencia, para apreciar en la medida necesaria sus inquietudes y los grandes servicios que prestó a la nación, su patria adoptiva que aprendió a querer y a la que se adaptó de tal manera que, él como nadie, supo comprender las necesidades y planear sus soluciones dentro de una época de inestabilidad social y política, motivos estos que agigantan su figura y hacen valedera su obra.

Se hace necesario, por imperativo de conciencia, que la juventud argentina honre a este manojito de voluntades, de convicciones firmes e ideales nobles que fué Amadeo Jacques, quien consagró su existencia a la enseñanza.

En la Escuela de San Miguel de Tucumán, iniciación de sus primeros trabajos de orden cultural y educativo, el pueblo tucumano, como testimonio de gratitud a su memoria, grabó en bronce estas palabras que perdurarán a través del tiempo y de los hombres:

"En este sitio vivió (1858-1862) Amadeo Jacques, hijo ilustre de Francia, educador ejemplar. Fué aquí el Colegio San Miguel, que él dirigió, precursor de los ideales de la Universidad de Tucumán. 1928.

JUAN ANTONIO VIGNA.



ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

TEORÍAS ACERCA DEL ORIGEN DEL RELIEVE LUNAR

Las hipótesis más fantásticas han sido invocadas para interpretar el relieve lunar. Se ha visto en él antiguos arrecifes coralinos (atolones), los efectos de una erosión glaciaria, etc. No nos detendremos en ello. Chacornac, en 1864, imaginaba que porciones de la corteza sólida se habían fisurado anularmente. Esas grietas habrían dado paso al magma subyacente, que habría inundado las áreas circulares, hundiéndolas. Dicho magma se habría solidificado a lo largo de las fallas, constituyendo las "fortificaciones" circulares. H. Faye (*Ann. Bur. Long.*, 1881) ha visto el origen de las fracturas lunares en las mareas ejercidas por la Tierra sobre su satélite, animado, en el origen, por un período de rotación más corto que la rotación terrestre. Esta hipótesis está en oposición con la teoría de Darwin: la Tierra siempre ha girado más rápidamente que la Luna, jamás ha podido originarse ninguna marea de ese género.

Fr. von Gruithuisen, que en 1840 veía "fortificaciones" en la superficie de la Luna, ha sugerido que los accidentes de la superficie lunar resultaban del impacto de bólidos, y esta idea fué retomada por R. A. Proctor (1873), G. K. Gilbert (1892), T. J. J. See (1910), Elihu Thomson (1912), A. Wegener (1921). Digamos, sin embargo, que Proctor, a quien se le ha atribuido a veces, no la mantuvo en las ediciones siguientes de su libro (*The Moon*, 1873, 1878, 1888; Mary Proctor, *Romance of the moon*, New York, 1928). Esta idea simplista haría sonreír si no hubiera sido defendida por autores tales como Elihu Thomson y A. Wegener (*Die Entstehung der Mondkrater*, Sammlung Vieweg. Nº 55, 1921), así que conviene discutirla. Place por su carácter popular e infantil, considerando nuestro satélite como un blanco, al que es divertido bombardear para "hacer agujeros en la Luna". Mientras Laplace, Biot

y Poisson hacían proceder los meteoritos de volcanes lunares, nuestros autores los utilizan al contrario para originar los cráteres lunares. Es por ello significativo que ningún selenógrafo, geólogo ni vulcanólogo advertido, jamás se haya adherido a esta sugestión, pero es más fácil contentarse con vagas apariencias que conocer la difícil química de los magmas.

Afortunadamente conocemos sobre la Tierra por lo menos un cráter meteórico indiscutible: el de Cañón del Diablo, en Arizona. Es preciso para mostrarnos cómo es un cráter meteórico, evitándonos razonar en el vacío. Se ha creído que algunos otros grandes cráteres son también de origen cósmico. Tal es el de Ungava, en las cercanías de la Bahía de Hudson. Está ocupado por un lago circular de 190 metros de profundidad, posee tres "fortificaciones" anulares (150 metros), y tiene 3.3 Km. de diámetro. Fué descubierto por Chubb en 1946, mediante la observación aérea. Fué excavado en el granito, pero no ha sido posible hallar traza alguna de meteorito. Lo mismo sucede en el gran circo de Talemzane, en Argelia, cuyo diámetro es de 1,7 Km., la profundidad de —65 metros y está excavado en el Cretácico marino. Su edad sería pleistocena. No presenta ningún vestigio meteórico ni volcánico. Lo mismo, aun, vale para el australiano Wolff Creek, cuya profundidad es de —51 metros y el diámetro, 840 metros. Esos orificios son considerados hoy como diatremas volcánicos, análogos a las chimeneas diamantíferas del Cabo, en Sud Africa. Se conocen algunos otros cráteres menores de origen meteórico seguro, pero su diámetro es inferior a los cien metros, y no nos interesan aquí porque no se distinguirían sobre la Luna.

Por el contrario, el origen cósmico del gran cráter de Arizona no es dudoso, pues se han recogido allí más de veinte toneladas de sideritas, hasta a nueve kilómetros de distancia. Además la prospección magnética ha revelado la existencia de grandes masas de hierro a algunos centenares de metros de profundidad. Fué abierto en las areniscas del Carbonífero, y su fondo está parcialmente vitificado. Podría haberse originado hace 200 millones de años en las condiciones climáticas del desierto de Arizona. Su diámetro es de 1,17 Km., su profundidad de —171 metros, y su cresta marginal se eleva a 40 metros. Sería visible sobre la Luna como un muy

pequeño cráter. Admitiendo que su fondo sea hemisférico, lo que está próximo a la realidad, se le calcula un radio de curvatura de un kilómetro, lo que le confiere un volumen de un décimo de kilómetro cúbico. El volumen de la cresta marginal no es superior al tres por ciento del volumen del cráter. Si la densidad del terreno es del orden de 2,5 g/cm³, la masa rocosa volatilizada por el impacto sería de 2,5 · 10¹¹ gramos.

Estos datos nos permiten estimar la masa del asteroide que sería capaz de producir tal pequeño cráter sobre la Luna. Le atribuiremos una velocidad media de 20 Km. por segundo, que es la que corresponde a la velocidad del bóido belga del 17 de enero de 1955, cuya trayectoria ha sido bien estudiada por Van Diggelen (*Ciel et Terre*, t. 71, p. 180, 1955). Este asteroide perturbado, cuya masa ha sido estimada en 230 kilogramos, tenía una órbita inclinada 37° sobre la eclíptica. Gravitaba entre la Tierra y Júpiter. Tal bóido tiene una energía cinética, por gramo, igual a:

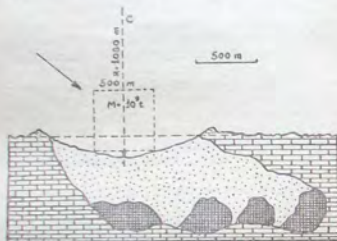
$$W = \frac{1}{2} m v^2 = \frac{1}{2} (2 \cdot 10^6) \cdot 2 = 2 \cdot 10^{12} \text{ ergs} = 50.000 \text{ calorías.}$$

A título de comparación, la energía química de la nitroglicerina no es más que de 1.800 calorías por gramo.

La temperatura de fusión del hierro es de 59 calorías por gramo, y esta energía sería capaz de fundir una siderita de un kilogramo, o si la temperatura de vaporización del hierro es del mismo orden de magnitud, alcanzaría para fundir y volatilizar una siderita de 500 gramos. La temperatura de fusión del basalto es de 100 calorías por gramo. Si admitimos que las temperaturas de fusión y de vaporización del suelo lunar son comparables, la masa del bóido era por lo menos de $2,7 \cdot 10^{14} / 500 = \frac{1}{2} 10^{12}$ gramos. Con una densidad de ocho gramos por centímetro cúbico, el volumen del asteroide sería inferior a 10^{11} cm^3 , es decir del orden del milésimo de la cavidad producida. El bóido, supuesto cúbico, tendría 40 metros de arista, y pesaría sobre la Tierra medio millón de toneladas.

Pero siendo la temperatura alcanzada durante el impacto muy superior al punto de ebullición del hierro y de los silicatos, la energía radiada sería muy grande y la masa del asteroide tendría que ser aún mucho más considerable. Es así que la ecuación calorimétrica con-

duciría, por el impacto de una siderita animada de una velocidad de sólo 15 Km./seg., a una temperatura de 134.000° K. Pero la extrapolación no es legítima. Las más altas temperaturas observadas no parecen exceder mucho de aquella de la fotosfera. Además la prospección magnética ha revelado la presencia (ver figura) de cua-



Corte del cráter meteorítico de Arizona, según B. Bürgel

tro bloques de hierro ocultos a —570 metros de profundidad y con una masa de varios millones de toneladas. Si admitimos que la mitad del meteoro se volatilizó, su masa inicial se habría aproximado a los mil millones de toneladas. Hubiera tenido la talla de un cubo de medio kilómetro de arista representado sobre la figura. Un tal asteroide, de masa comparable a la de Hermes (8.10⁹ toneladas), es excepcional al nivel de la Tierra, de modo que el cráter de Arizona debe ser muy antiguo, y hallazgos semejantes han debido ser rarísimos. Durante el período histórico no se ha observado jamás la caída de un tal asteroide sobre la Tierra. El meteorito siberiano del 30 de junio de 1908 habría tenido, según Koulik, una masa de un millón de toneladas, y sólo produjo pequeños cráteres.

Otros grandes cráteres excavados por el impacto de asteroides mayores, tendrían que tener perfiles *similares*

al del cráter de Arizona. Ahora bien, éste nos muestra que un cráter meteorítico es una cavidad cóncava, mientras que los circos lunares son depresiones de fondo convexo. Si se calcula la profundidad de un gran circo que tenga la dimensión del Mar Imbrium, por ejemplo, que es homotético del cráter de Arizona, se tendría, no una depresión de algunos kilómetros, sino una profundidad central de —145 kilómetros. Ahora bien, una teoría que tenga la pretensión de explicar el relieve lunar debe ser *unitaria*, y tener en cuenta, a la vez, los cráteres, los circos y los mares. Debe, al mismo tiempo, interpretar los caracteres del relieve: convexidad de los circos, formas poligonales, crestas múltiples, domos, conos, picos centrales con altos cráteres, grietas, venas salientes, radiaciones, cenizas, coloraciones, etc. Si la teoría sólo explica algunos de los pequeños cráteres, y es menester recurrir a otros mecanismos para interpretar las otras particularidades del relieve, es inútil, superflua y pierde todo interés. Debe, además, ser general y aplicable no sólo a la Luna, sino también a la Tierra, a Mercurio y a Marte.

Los bólidos de pequeña masa que caen sobre la Tierra llegan con la velocidad límite de 1.8 kilómetros por segundo debido al freno atmosférico. Tienen una temperatura superficial poco elevada, y no penetran profundamente en el suelo. La siderita caída en Ensisheim el 7 de noviembre de 1492, pesaba 300 kilogramos y fué hallada en seguida, enterrada a un metro de profundidad solamente, en un campo de trigo. Los bólidos de masa más grande no son sensiblemente retardados, pero cuando ellos no forman ya enjambres, se dividen en trozos que sólo ocasionan pequeños cráteres.

Baldwin (*The face of the moon*, Univ. Chicago Press, 1949) ha creído poder demostrar la realidad de la hipótesis balística, llevando sobre un doble gráfico logarítmico el diámetro de los impactos en función de su profundidad. Reunió así, por una misma curva arbitraria, los agujeros de obús, los cráteres y los grandes circos lunares. ¡Pero así también podrían ponerse, por ejemplo, los lagos glaciares! La resistencia de los materiales exige simplemente una relación de orden de tamaño entre el diámetro y la profundidad de una cavidad natural.

Si los cráteres y los circos fueran debidos al impacto de bólidos, su distribución sobre la superficie lunar de-

bería ser perfectamente desordenada, mientras que nosotros comprobamos, al contrario, que los grandes circo se distribuyen sobre el contorno de los mares; los pequeños, sobre el contorno de los grandes, y los cráteres, sobre la periferia de los circo y sobre las fallas rectilíneas. Además, como la Luna se aleja poco de la eclíptica y tiene su eje de rotación casi normal a ese plano, al estar sumergida en un enjambre homogéneo de bólidos debería recibir más impactos en su región ecuatorial que en sus regiones polares. La densidad de los impactos debería variar como el coseno de la latitud. Las órbitas de los asteroides perturbados están, en efecto, poco inclinadas sobre el plano de la eclíptica. En fin, si los pequeños cráteres se debieran a bólidos, la Tierra los hubiera recibido en la misma cantidad en el curso de los periodos geológicos. Sin embargo, uno no encuentra jamás grandes bólidos en los terrenos sedimentarios, ni en los pliegues orogénicos. El gigantesco corte geológico, de un kilómetro de profundidad, que constituye el gran Cañón del Colorado, no muestra el menor cráter meteórico fósil en 400 millones de años en toda su longitud. Ahora bien, las sideritas de un tonelaje semejante no desaparecerían sin dejar rastros. Grandes extensiones terrestres, desérticas y subpolares hubieran debido conservar esas impresiones en huecos, como lo muestran el cráter meteórico de Arizona y las cavidades del tipo Ungava. Los mayores bólidos caídos sobre la Tierra durante el período histórico no han sobrepasado jamás el tamaño de la siderita de Adrar (A. Lacroix, *Comptes Rendus de l'Académie des Sciences*, t. 179, p. 309, 1924), que mide 40 por 100 metros, y cuya masa ha sido estimada del orden del millón de toneladas. ¡Esta quedó hundida en la arena, y no ha excavado un cráter! Es decir que el bolido responsable del cráter meteórico de Arizona debió tener una masa incomparablemente más grande. Sin embargo, la velocidad parabólica en relación al Sol al nivel de la órbita terrestre es de 42 Km. por seg., mientras que la velocidad de la Tierra en su órbita es de 30 Km. por seg. La velocidad relativa de caída de los bólidos puede variar entre $42 \pm 30 = 72$ Km. por seg., y $42 - 30 = 12$ Km. por seg., y esta diferencia es suficiente para explicar la variedad de los efectos que se observan. Finalmente, si tantos asteroides habían bombardeado la Tierra, ésta después de miles de millones

de años hubiera debido capturar un número mucho mayor de aquéllos, siendo la captura un fenómeno mucho más probable que la colisión. En los hechos, la Tierra y la Luna deberían poseer una nube de microsátélites en número muy superior al de los asteroides. ¡Pero la Tierra no posee ningún microsátélite, con gran desesperación de los astronautas! Se concibe que Marte, a pesar de su pequeña masa, haya podido capturar dos, cuyas dimensiones alcanzan a 9 y 12 kilómetros, gracias a su proximidad al anillo de asteroides, pero la Tierra, a pesar de su gran masa, está demasiado alejada para haber tenido la oportunidad de capturar alguno, aun minúsculo. El único asteroide notable que se aproximó a nosotros hace un siglo es Hermes, cuyo tamaño se aproxima al kilómetro cúbico, y que, el 31 de octubre de 1937 "rozó" la Tierra a 730.000 Km. de distancia, es decir dos veces más lejos que la Luna. Y, si queremos explicar el relieve de Mercurio, tan análogo al de nuestro satélite, por el impacto de bólidos, la teoría balística sería aún más inadecuada. No se conoce más que un solo asteroide que se aventura tan lejos de los anillos: es Adonis. De nuevo, las probabilidades de una captura o de un encuentro son extraordinariamente débiles. Ahora bien, cuando podamos aproximarnos a ese planeta se le verá acribillado de circo y de cráteres lunares. ¿Quiere esto dar un corte arbitrario a la teoría balística? Se imaginara entonces un "anillo de Saturno" de asteroides, primitivamente poseído por la Tierra y la Luna, o el pasaje del sistema solar por una nube de materia cósmica. Es claro que en este campo están permitidas todas las fantasías, y que ya no se trata entonces de una hipótesis científica.

En realidad, el cráter meteórico de Arizona es tal vez único en la superficie del Globo, puesto que no se conoce ningún satélite terrestre de correspondiente tamaño.

En fin, si atribuimos el relieve lunar a tales impactos, él sería relativamente joven y de ningún modo contemporáneo de la evolución del sistema Tierra-Luna. En efecto, la producción de los asteroides ha sido muy tardía y les ha faltado tiempo suficiente para aproximarse progresivamente a nosotros, por el efecto de perturbaciones ejercidas por los planetas gigantes. Ahora bien, sabemos que nuestras fosas terrestres datan, por lo menos, de la más alta antigüedad.

Después de casi dos siglos en que una muchedumbre de observadores escrutan atentamente la superficie lunar, ningún cambio ni ningún resplandor revelador de un impacto ha sido jamás simultánea e independientemente observado por dos observadores al menos. Si no tuviéramos nada mejor para explicar la génesis del relieve lunar, podríamos admitir que ciertos raros cráteres sobre la Luna han tenido un origen balístico. Pero esta hipótesis es inútil y superflua, pues es inadecuada. Ha dado nacimiento a sugerencias que revelan bastante ciencia de ficción ("science fiction"). Citemos algunas "perlas": E. Belot ha sugerido que nuestras fosas oceánicas fueran debidas al impacto de antiguos satélites de la Tierra; H. C. Urey, que el valle de los Alpes es un surco trazado sobre el suelo lunar por un bolido rasante gigantesco; Cl. Tombaugh, que los "canales" y los "oasis" de Marte se deben al impacto de asteroides, etc.

No diremos nada de las numerosas experiencias hechas sobre modelos reducidos para intentar justificar las hipótesis relativas al relieve lunar. Los modelos son en la escala 16-7, y la extrapolación es desmesurada. Las condiciones de la similitud mecánica no han sido jamás definidas, ni respetadas. No poseen, como las experiencias de Plateau, relativas a la teoría de Laplace, ningún valor demostrativo.

El relieve lunar no puede ser discernido, ni sobre Marte, ni, a *fortiori*, sobre Mercurio. El más pequeño detalle discernible sobre Marte, con los grandes instrumentos, es del orden de 70 kilómetros. Pero podemos tener indirectamente informaciones sobre su relieve. El albedo de Mercurio es el mismo que el de la Luna: 0,073. El de Marte es más elevado: 0,154. La cantidad de luz que nos envía la Luna varía rápidamente con la fase, a consecuencia de su relieve en hueco. Ahora bien, la curva de luz de Mercurio en función de la fase es la misma que la de la Luna (Müller: *Astr. Nac.*, N° 3171, 1893). Su relieve lunar se debe al hecho de que su masa era aún insuficiente para retener una hidrosfera y una atmósfera, es decir los productos de la evolución química de su litosfera. Marte, por el contrario, con una masa nueve veces menor que la de la Tierra, retiene el gas carbónico, el nitrógeno, y presumiblemente el argón 40, surgidos de su litosfera. Pero se sabe que sus calotas polares de hielo no represen-

tan más que un relicto ínfimo del agua engendrada durante su evolución cósmica. Ella está presumiblemente recubierta, como la Luna, por sublimados volcánicos. Lyot ha mostrado que sus regiones continentales ofrecen la misma polarización que las de la Luna. Su suelo, más rojizo que el de Mercurio y el de la Luna, manifiesta la acción a alta temperatura del vapor de agua sobre los silicatos ferrosos, con formación de sales férricas y pérdida de hidrógeno. Su coloración es parecida a la de nuestras lavas volcánicas. Una fuerte actividad volcánica sería perceptible sobre Marte, si existiera. La Luna, Mercurio y Marte, a pesar de su calor interno, no son el asiento de ningún fenómeno volcánico.

ALEXANDRE DAUVILLIER.
La volcanisme lunaire et terrestre.
Ed. Albin Michel, Paris, 1958.

Traducción de María Magdalena Radice.

CERVANTES EN LA ARGENTINA

El nombre de Cervantes, unido por lo común al del *Quijote*, es evocado con cierta frecuencia al leer páginas literarias argentinas. Directa o indirectamente, se reconocen típicos arcaísmos suyos, sus frases, sus metáforas, sus personajes. En la República Argentina —como en tantas regiones del mundo— el particular mundo cervantino saltó del libro a la realidad y ganó nuevas dimensiones sin perder el nitido valor poético que le dió vida. También este interesante aspecto aparece reflejado en obras argentinas.

No puede negarse la sinceridad de la admiración ni el fervor del homenaje, aunque eso solo —lo veremos— es insuficiente para levantar la categoría de los tributos. Mucho se ha escrito entre nosotros acerca de Cervantes: desde páginas que no alcanzan a llenar la escueta cita o reflexión, al pasar, hasta el libro ambicioso. Mucho se ha escrito y, hay que declararlo, mucho efímero. Es que una cosa —insisto— es la lectura, el entusiasmo admirativo por el *Quijote* (valga el ejemplo), y otra, muy distinta, la comprensión y ahondamiento de la obra. Como al refe-

irme a Cervantes en la Argentina durante el siglo XIX habré de mencionarlo casi siempre en relación a destacados hombres de nuestra historia cultural, evitaré el peligro de ver en ellos —reflejos de sectores más importantes de su labor— una capacidad crítica que, en el caso que estudiamos, difícilmente tuvieron. El cervantismo fecundo corresponde, en rigor, al presente siglo, época de la cual ya quedan, dentro de una incesante producción, algunos frutos valiosos.

Otra dificultad que se presenta en el estudio de *Cervantes en la Argentina* consiste en la disposición más o menos orgánica de los abundantes y heterogéneos materiales recogidos. Me ha parecido adecuado dividir el tema en tres partes que marcan, en realidad, tres etapas:

1. Cervantes en el siglo XIX. Predominio de citas, de remedos, de juicios fragmentarios.
2. Cervantes en el siglo XX. Homenajes personales, intentos de recreaciones episódicas, impresiones.
3. Cervantes en el siglo XX. La crítica erudita.

Vale decir, la mayor abundancia y riqueza de páginas cervantinas en nuestro siglo, determina la distinción señalada. Hasta podría apuntarse una correspondencia cronológica, teniendo en cuenta que en los últimos años hay manifiesta inclinación por la crítica erudita.

Por otro lado, es explicable que queden fuera o apenas mencione numerosos títulos en la bibliografía contemporánea. Con todo, creo que no me he olvidado de los que presentan algunos rasgos de interés.

1. Siglo XIX: Citas, remedos, juicios.— Repitiendo líneas de páginas anteriores, diré que el *Quijote* fué leído y gustado en el Río de la Plata desde los tiempos de su aparición. Pocas veces llegaron —si hemos de creer únicamente en los embarques de libros y noticias de bibliotecas coloniales— otras obras cervantinas. Queda, con todo, la agradable sorpresa de saber que en bibliotecas coloniales, particularmente de Córdoba, se conservaban ejemplares de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*.

También de lo dicho se desprende que en el Río de la Plata las obras de Cervantes no determinaron imitaciones que escapen al efímero éxito del momento. Vale decir, que nuestra literatura tampoco se distingue de otras americanas en esto, salvo la excepción estimable de Mon-

talvo. En cambio —y ya en lugar aparte— sí puede señalarse una interesante contribución de críticos y glosadores argentinos en el siglo que corre, los que han contribuido a mantener el fervor hacia Cervantes en la forma más digna: estudios, comentarios, ediciones, lo prueban. De tal modo, hay entre nosotros una auténtica (aunque no muy lejana) tradición cervantista, tradición que, como veremos, cuenta con trabajos meritorios.

Un mejor y más claro deslinde de nuestro asunto se hará, pues, considerando por una parte remedos (casi siempre espaciados), citas y juicios emitidos al pasar; por otra parte, el homenaje personal, difícil de separar, en ocasiones, de la glosa o el comentario lírico; y, por último, los trabajos críticos elaborados en la Argentina acerca de Cervantes y su producción literaria. El desarrollo cronológico nos ayuda, puesto que hay predominio de unos aspectos sobre otros en cada etapa marcada. Predominio al que no puede exigirse, explícitamente, mucho rigor: a lo largo del siglo XIX lo que más resalta es la común mención del *Quijote* (las otras obras cervantinas se conocen menos), mención con valor de lejana realidad, de simbólicos personajes, de ruseñas —más que hondas— aventuras. Las vemos en páginas de escritores argentinos y aun en episodios biográficos de algunos próceres. En nuestro siglo, la frecuentación cervantina toma proyecciones de mayor jerarquía estética y crítica, y se bifurca en la glosa y en el trabajo erudito. Y siempre —antes y ahora— la reiterada lectura de la gran novela.

a) *Coloniaje. Revolución. Romanticismo.*— A la pobreza cultural que caracteriza al Río de la Plata durante los siglos XVII y XVIII corresponde una paralela ausencia de vigorosos rastros literarios peninsulares. Claro está que una cosa no supone necesariamente la otra, pero lo normal es ver en regiones de cierta importancia dentro del coloniaje hispanoamericano muestras claras de los grandes escritores españoles de la Edad de Oro. El Río de la Plata debe llenar muchos años con nombres como los de Tejeda y Lavardén —es decir, espaciados ejemplos—, a título de sus mejores representantes literarios. El tributo, sin embargo, tiene algún interés: gongorista tibio, el primero; tipo, el segundo, de clasicista dieciochesco. Los dos, cultivadores del verso, aunque sin reflejos cervantinos.

Bien sabido es que no se imprimieron novelas durante la época colonial en Hispanoamérica. Las prohibiciones de 1531 y 1543 eran más difíciles de eludir en ese sentido, porque en el otro —circulación de novelas españolas— los datos prueban, con abundancia de números, su frecuente paso a América. A las novelas escritas en España hay que agregar, si, relatos de viajes y narraciones más o menos históricas, escritos en el Nuevo Mundo, y que, sin ser precisamente novelas, tenían movimiento novelesco (ejemplo: *Los infortunios de Alonso Ramírez*, de Sigüenza y Góngora). Pero tales obras deben buscarse en regiones americanas fuera del Río de la Plata: la novela nace aquí, sin esos precedentes, bien entrado el siglo XIX.

¿Y el *Quijote*? El *Quijote* era muy leído en los albores de nuestra Revolución. Si no se han conservado muchos ejemplares se debe, en primer término, al carácter de la obra: novela que se lee y se relea, pasa de mano en mano y acaba por deshacerse el libro entre los dedos de los lectores. Valga como testimonio de lo dicho las citas y alusiones que encontramos en políticos y militares de la Independencia y en hombres de la primera generación romántica.

Además (los datos son escasos y vagos aquí), piezas tradicionales recogidas recientemente, algo nos pueden servir para tentar la hipótesis de una más lejana presencia y desgajamiento de páginas cervantinas en el Río de la Plata: pasajes famosos, copias, fragmentos de romances que tanto abundan en el *Quijote*, y aun refranes recordados a través del nutrido repertorio de Sancho. El folklorista Juan Alfonso Carrizo ha copiado en el noroeste argentino una conocida copia, cuya forma más arcaica se remonta al Comendador Escrivá. Pero la copia que transcribe corresponde, en realidad, a las versiones de la Edad de Oro:

Ven muerte, tan escondida,
sin que te sienta venir,
porque el placer de morir
no me torne a dar la vida¹.

Copia que es, con una ligera variante ("sin que" en lugar de "que no"), la que trae Cervantes en el *Quijote* (segunda parte, cap. XXXVIII). Muy posiblemente, éste es el vehículo que difundió la copia en el noroeste del país.

La generación revolucionaria no rompió ni mucho menos con la literatura española. Otros modelos comienzan a perfilarse junto a los españoles, pero éstos mantienen una preponderancia clara: Quintana, Cienfuegos, Gallego... son los que nutren preferentemente las ofrendas rimadas de los versificadores de la Revolución, versificadores en quienes, por desgracia, las facultades poéticas distaban de la altura que el canto merecía. Temas y esquemas de los poetas españoles servían muchas veces para exaltar las victorias de las fuerzas patriotas sobre las realistas. Poco pesaban entonces los grandes escritores de la Edad de Oro y, entre ellos, Cervantes. Aquella poesía combativa, enfática, buscaba modelos más cercanos y adecuados.

Caminemos ahora por terrenos de consistencia menos débil. Si hemos de creer a Adolfo Saldías en su extravagante obra *Cervantes y el "Quijote"* (y no tenemos por qué dudar de los datos), Moreno poseía un ejemplar del *Quijote* con anotaciones marginales de su propia mano, ejemplar que pasó después a su hijo; el Deán Funes encontraba inspiración en las páginas del libro cervantino y, algo más tarde, el Padre Castañeda, buscarruidos rioplatense, afirmaba que la *Biblia* y el *Quijote* eran sus libros preferidos. Por lo menos, esta afirmación que atribuye al Padre Castañeda se ve confirmada con creces en los periódicos redactados por el fraile.

Un curioso antecedente a las citas cervantinas en periódicos argentinos: *El telégrafo mercantil* (vale decir, nuestro primer periódico) presenta en el número correspondiente al 27 de diciembre de 1801 una cita del *Quijote* (primera parte, cap. XLVIII. Es el conocido pasaje —puesto en boca del canónigo— referente a las comedias "que ahora se usan"). Es, por lo tanto, la primera mención concreta; y el hecho de aparecer en un ejemplar periodístico, síntoma de la época. Bien hacía notar Henríquez Ureña la fisonomía especial de la primitiva prensa argentina, no distinta a la de otras regiones de América en la importancia que daban a las letras, a la política, las noticias científicas. La escasez de libros, impresos en

1. Juan Alfonso Carrizo, *Cancionero popular de Tucumán*, I, Buenos Aires, 1937, pág. 297; II, págs. 287-289; id., *Filación hispánica de la poesía tradicional del Tucumán*, en el *Primer congreso de cultura hispanoamericana*, I, Buenos Aires, 1942, pág. 84.

esos años, se compensaba, si no en calidad, por lo menos en alguna medida, con los periódicos. Y *El telégrafo mercantil* anuncia tímidamente, con la recordada cita, lo que tiempo después el Padre Castañeda realizará en forma profusa.

Sigamos en orden algunas de las publicaciones del fralite. El número 6 del *Desengañador gauchi-político* (23 de agosto de 1820) pone en labios de "María Teresa Panza" ironías a los "federi-montoneros". (Las típicas palabras compuestas ya nos indican el ámbito de Castañeda). En el número 73 de *El despertador teo-filantropico místico-político* (13 de septiembre de 1822) compara su destierro con un pasaje del *Quijote* (segunda parte, cap. XLVII); en los números 5, 6 y 8 de *La matrona comentadora* transcribe otros pasajes del *Quijote*, entre ellos, la famosa escena del banquete de Sancho. Siempre como confrontación a sucesos de la época, en el número 12 de *Doña María Retazos* (20 de septiembre de 1822) trae un "Retazo de don Miguel Cervantes de Saavedra [sic]"; en un número de *De cada cosa un poquito* (19 de septiembre de 1831) satiriza a Rivadavia ("Bernardino Panza") con versos de posible raigambre quevedesca...²

Los ataques del Padre Castañeda, tradicionalista estrecho y virulento, se aguzan al hablar de Rousseau y Voltaire. Más que crítica de sistemas, Castañeda hace juego de epítetos y de burlas. Cita a su favor fragmentos de Cervantes y de otros escritores españoles y americanos (por lo reiterados, resaltan los elogios de Castañeda a Sor Juana Inés de la Cruz); y a veces se pegan a su prosa difundidísimos arcaísmos y frases del *Quijote*:

...y mientras no vea al General San Martín empuñado en desfacer el entuerto y deshaguisado [sic] que nos fizo por un acto de inesperienza, yo andaré siempre eumdem sermonem dicens"³. "Biografía del ingenioso hi-

dalgo Juan Lavalle..." (título irónico, aplicado después de la ejecución de Dorrego)⁴.

Por lo visto, es el Padre Castañeda copioso campeón de alusiones al *Quijote*, alusiones que utiliza siempre, en su prédica combativa, como confrontación a episodios contemporáneos. Algo similar —aunque no con tanta frecuencia ni con tanta dureza— se ve en importantes figuras patricias que en epistolarios y memorias recuerdan frases y episodios. Cervantes, casi siempre identificado a través del *Quijote*, se siente allí presencia viva: realidad tangible, aceptada como imagen o metáfora en las páginas de esos hombres. San Martín, gobernador de Cuyo, gustaba llamar a la región "mi insula cuyana"⁵. Sin entrar en comparaciones, es evidente que el nombre no responde a causas muy profundas; simplemente, evocación del ideal sanchesco. Y el Director Gervasio Posadas, al contestar a San Martín, también aludía a la "ínsula" de Cuyo. Pero, como si el *Quijote* fuera obligado punto de referencia, el propio Posadas, por ese tiempo y en el postscriptum de otra carta dirigida a San Martín, señalaba a propósito de Artigas:

"Los enviados a Artigas me escribieron con fecha 15, que para el siguiente 16, se verían con aquel Don Quijote..."⁶. Años más tarde, en fin, el General Paz, en sus recordadas *Memorias*, matiza su buena prosa con la alusión a una brevisima obra de Cervantes, sin duda la más difundida de las obras en verso: el soneto al tándulo de Felipe II. El General Paz menciona un incidente entre Lamadrid y Baltar (bien sabemos cuál es el concepto de Paz acerca de Lamadrid) y lo comenta burlescamente:

"Se puede aplicar aquello de "Caldése el chapó [sic], requirió la espada, miróle al soslayo, fué... y no hubo

4. En el periódico *Buenos Aires católica y la Nación Argentina decapitada...* (1829). Cit. por Adolfo Saldaña, *Vida y escritos del P. Castañeda*, Buenos Aires, 1907, pág. 266.

5. Ver Ricardo Rojas, *El Santo de la Espada*, Buenos Aires, 1940, págs. 120-121, J. S. del Solar (en carta fechada en Santiago de Chile, 31 de enero de 1824) escribía a San Martín:

"Por supuesto que habré Ud. también el regreso de la célebre expedición de Chile: ésta ha sido quijotesca..." (Cf. San Martín, *Su correspondencia* (1823-1829), Buenos Aires, 1910, pág. 223).

6. Citada por Arturo Capdevila en su conferencia *Meditación sobre Artigas*, pronunciada hace aproximadamente diez años.

2. Cf. Pedro Henriquez Ureña, Dora Guimpel y Sara Jaroslavsky, *La literatura en los periódicos argentinos*, en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tercera época, 1945, III, pág. 279; 1946, IV, págs. 103-104 y 113; Oscar B. Boltrán, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, 1943, pág. 189.

3. Citado por Dora Guimpel, *La literatura en los periódicos argentinos*, IV, pág. 101.

nada"⁷. Cita de memoria, naturalmente, y de versos que ya mucho antes, en vida del autor, habían ganado supervivencia de frases populares.

El antiespañolismo de los románticos argentinos no era muy adecuado al homenaje cervantino. Hay, es cierto, elogios al autor del *Quijote*, pero en general se lo recuerda junto a Lope, Quevedo, Calderón, Rioja y algún otro, testimonios de una alejada época de brillo español (para los románticos del Río de la Plata, únicamente brillo literario). Del duro y casi siempre disimulado examen de las letras españolas del siglo XIX, apenas si se salvan Larra y Espronceda. Y son éstos los escritores peninsulares que más atraen a nuestros románticos; podríamos agregar a Zorrilla, pero a distancia de los anteriores. Méritos literarios aparte, Larra y Espronceda seducen a los proscriptos argentinos por su ideología y sus temas: encontramos reminiscencias y semejanzas en obras de Alberdi, Sarmiento, Echeverría, Mármol, Vicente Fidel López...

Cervantes aparece en el elogio circunstancial, al pasar. Y se lo nombra como autor de un libro de aventuras entretenidas, aunque difícilmente junto a Homero, Dante y Shakespeare, en las listas de los "genios" literarios. Son referencias tan escueltas y repetidas que, en verdad, hacen inútil su consideración especial como ejemplos de la crítica romántica. Espigarse en páginas de doctrina estética, en las polémicas del romanticismo y aun en la simple crónica periodística. Así, Echeverría:

"El estilo de Bossuet es grandioso como sus pensamientos; el de Cervantes, en su *Quijote*, festivo, agudo

7. General José María Paz, *Memorias póstumas*, II, La Plata, 1892, pág. 521. Un poema de Rafael Obligado, *Las quintas de mi tiempo*, mortará otro rasgo en la supervivencia argentina de este conocido soneto con entroncete.

Cervantes ya hablaba con orgullo de este soneto en *El viaje del Parnaso*:

Yo el soneto compuse que así empieza,
por honra principal de mis escritos;

"Voto a Dios que me espanta esta grandesa"...

El soneto se extendió tanto después de la muerte del autor que al poco tiempo corrió como anáclamo: sin nombre del autor y con ligeras variantes figura en las *Poesías de grandes ingenios*, recogidas por José Alfay, Zaragoza, 1854. Cf. edición de Zaragoza, 1946, págs. 11-12.

y verboso como la andariego y lujurante fantasía de su héroe" (*Obras Completas*, V. Buenos Aires, 1874, pág. 116). "Este principio [universalidad] ha sido desconocido y olvidado por todos los poetas españoles, y por esta razón no hay uno solo que se haya captado la admiración universal, excepto Cervantes... Lope y Calderón asombran más bien por su fecundidad" (carta al Dr. José María Fonseca, en *Obras Completas*, V, pág. 152).

Juan María Gutiérrez admira a Cervantes entre otros "maestros sin escuelas". En ellos adquiere "mejor conocimiento de lo que es eternamente nuevo, porque es eternamente verdadero o reflejo de razones y sensibilidades de excepción que Dios crea en sus momentos de amor al hombre, de siglo en siglo"⁸. Destaca, en otra oportunidad, el valor pedagógico del *Quijote* y del *Gil Blas*, "porque estas invenciones son pinturas reales de cosas cuyo conocimiento completa la educación"⁹.

¿Y Sarmiento? Sarmiento también estima a Cervantes, si bien su máxima admiración española es Larra. Y más que opiniones de carácter general —que, naturalmente, no faltan¹⁰— interesan en Sarmiento las alusiones a Cervantes en relación a la lengua española. El nombre de Cervantes se encuentra mezclado a los ataques que los románticos argentinos dirigen contra la lengua española, en las polémicas o en estudios de muy diverso calibre, pero se cita siempre para salvarlo de los embates. Sarmiento es el mejor ejemplo. En su prédica combativa, las referencias a la "lengua de Cervantes" giran entre dos extremos: el elogio al autor del *Quijote* y los dardos a los que siguen como modelo exclusivo la lengua cervantina; este último extremo es más común en Sarmiento. Ardoroso, inflexible, logró a veces impactos certeros, ya que sus reacciones apuntaban principalmente a celosos guardadores de antiguallas. No se ama a Cervantes remediando su lengua. Esto es lo que quería

8. Citado por Ernesto Morales, *Don Juan María Gutiérrez. El hombre de Mayo*, Buenos Aires, 1937, pág. 130.

9. Carta de Juan María Gutiérrez a Damián Hudson, en *Ambos Américas*, Nueva York, 1867, I, pág. 76.

10. Sarmiento, *Obras*, I, Santiago de Chile, 1887, págs. 228, 255 y 337; II, Santiago de Chile, 1885, págs. 48 y 302; X, Buenos Aires, 1896, pág. 64; etc.

decir Sarmiento en un recordado artículo de *El mercurio* de Valparaíso (22 de mayo de 1842):

"...cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, admirad ideas de donde quiera que vengan; nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones de los pensamientos de los grandes luminare de la época..."

Dejemos a un lado la contradicción (la contradicción sarmientina es con frecuencia descanso fecundo y no caída): la idea es inseparable de la "forma", aunque Sarmiento repite aquí conceptos comunes de su tiempo. La prédica suya va contra los que se detienen en buscar antecedentes famosos a lo que escriben antes que buscar el enriquecimiento de la expresión. ¿De dónde enriquecerla? Sarmiento propone lo más apropiado a su intento renovador: de "los grandes luminare de la época" (¿habrá que agregar que esos "luminare" no tienen nada que ver con España?). Pasado el ímpetu de las polémicas chilenas, también Sarmiento apaciguó —como Alberdi— sus ataques a la lengua española. En los últimos años de su vida decrece la palabra combativa, sin que sea preciso pretender explicar la falta de uniformidad en su evolución.

Sigamos adelante. Interés particular ofrecen las citas o recuerdos de pasajes cervantinos, o, si se quiere, del *Quijote*. De tal modo, rara vez aparece otra obra del escritor español. Citas de momentos culminantes de la novela, de escenas, tipos y frases. La reiteración indica el libro muy leído, aquel que desde la infancia va fijando los rasgos inconfundibles de sus aventuras. Bien conocemos la confesión de Sarmiento, cuando aludía —no sin orgullo— a comentarios del "hablista" Mantilla sobre la lengua del *Facundo*: "...poco había frecuentado los antiguos, si no es el *Don Quijote*..." (Sarmiento, *Luis Felipe Mantilla*, en Obras, XLV. Buenos Aires, 1900, pág. 384).

Precisamente, Sarmiento es de nuevo buen ejemplo. En sus *Viajes* (II, España e Italia), trae a colación, en varias oportunidades, escenas cervantinas, pero lo hace —a la manera de su admirado Larra— para destacar el atraso contemporáneo de España. Demás está decir que la visión de Sarmiento es bastante pesimista.

[La Mancha] "...Aquí, como en todo lo que de España he visto, nada se ha cambiado después de tres siglos.

Cervantes o Le Sage escribirían hoy lo mismo, salvo lo de la Inquisición y de la Santa Hermandad". (*Viajes*, II Ed. de Buenos Aires, 1922, pág. 54). "La venta, tal como la describe *Don Quijote*, existe inmaculada de toda mejora..." (*Viajes*, II, pág. 62).

En otras páginas de Sarmiento el recuerdo tiene un carácter menos severo:

"Circulaban por entonces en Europa las famosas *Cartas edificantes*, aquel reclamo de colonizadores para embellecer y magnificar su obra con descripciones de la vida pastoril, que se encuentran en Teócritio y en los poetas arcádicos, y que Cervantes había ya descripto en su inmortal plática con los cabreros sobre la Edad de Oro, donde no se conocía la palabra tuyo ni mío..." (*Conflicto y armonías de las razas en América*, ed. de Buenos Aires, 1915, págs. 267-268).

"Los maragatos de las provincias del norte llevan aún aquel traje original con que en los grabados antiguos se representa a Sancho Panza" (*Viajes*, II, pág. 23).

La última cita es sugestiva: Sarmiento no olvida el texto del libro ni los grabados...

b) Alberdi. — Dentro de la generación de los proscritos, el tributo más considerable dedicado a Cervantes pertenece a Juan Bautista Alberdi. Pero no al Alberdi juvenil, a aquel "Figarillo" que escribía en *La moda* y en periódicos de Montevideo, sino a un Alberdi bastante posterior: el de la *Peregrinación de Luz del Día*. Deteniéndonos un instante en "Figarillo", vemos que éste cita a Cervantes, emite juicios y aun lo "lee" con ojos franceses. Poco se diferencia aquí de sus coetáneos:

"La España es Cervantes en grados diferentes, ha dicho Leroux. Pues bien, dos son los grados de Cervantes y, por lo tanto, de España: Don Quijote, el uno; Sancho, el otro. La España que pasó es Don Quijote. La España que vive hoy, y anda por las cuarenta, es Sancho..."¹¹.

"Los pueblos americanos son hoy una especie de caballeros andantes que campean en la civilización del si-

11. Juan Bautista Alberdi, *Escritos políticos y de crítica literaria*, ed. de Buenos Aires, 1915, pág. 185.

glo XIX: su Dulcinea es la libertad. Es menester que un Cervantes lo haga dejar la lanza, porque El Toboso, a punto fijo, es la industria y las ideas que no se conquistan a lanzazos". (*Escritos satíricos*, págs. 139-140).

"La juventud industrial se aburre de leer el Quijote..." (*Escritos satíricos*, pág. 242).

Muchos años después, Alberdi utilizó personajes y escenas quijotiles y los trasladó a América. Así aparecen en una de sus últimas obras: *Peregrinación de Luz del Día o viajes y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*³².

Alberdi o sus editores llaman a la obra "cuento"; sin embargo, no es éste el nombre que corresponde al carácter del libro, aunque puede aceptarse teniendo en cuenta la ironía que campea en él. Lo que ha querido hacer Alberdi en su *Peregrinación* es una sátira del estado político de América, particularmente de la República Argentina. Y es curioso observar que la sátira de *Luz del Día* da base en más de una ocasión para volverla contra ideas político sociales que antes había defendido el propio Alberdi. Con todo, es injusto exigir desde nuestra cómoda posición una continuidad rigurosa a aquellas generaciones combativas, de nervio y músculo. Lo mucho que realizaron no sufre mella: lo muerto se esfuma, desaparece sin debilitar las líneas esenciales.

El ingenio del juvenil "Figarillo" adquiere un tono grave con el correr de los años; además, tampoco la extensión y dureza del asunto son los más adecuados para resucitarlo. Hay demasiada amargura acumulada, es tinta muy espesa la que moja una pluma que entra ya en la ancianidad. Alberdi, el "eterno ausente" (aunque pocos sirvieron a su patria como él), escribe la obra en Europa.

32. Alberdi, *Peregrinación de Luz del Día*, en *Obras completas*, VII, Buenos Aires, 1847, págs. 176-392.

Unos crímenes anticipados, siquiera en semejanzas de nombre, de la obra alberdiana: en primer lugar, *La verdad desnuda*, periódico del infatigable Padre Castañeda, étnico como todos los suyos. También éste hizo ruido (*J. Pacifico Otero, El Padre Castañeda*, Buenos Aires, 1967, páginas 129). En segundo término, *La verdad sin rodeos*, otro periódico publicado en Buenos Aires por el español Félix Ramón Beaudot.

La sátira de Alberdi tiene una base de tipo literario. Mejor dicho: su habilidad consiste en trasladar a América grandes héroes literarios europeos: Tartufo, Gil Blas, Don Quijote y Sancho, Figaro... La Verdad, aburrida de Europa, pasa al Nuevo Mundo y aquí se encuentra con ellos. La Verdad ("Luz del Día") se asombra de ver a Tartufo en América, e igual sorpresa manifiesta ante Gil Blas. Por fin, "cansada de bribones", busca a los viejos caballeros españoles; Figaro da a La Verdad noticias de Don Quijote en América, pero es un Quijote bien distinto al que vive en el libro cervantino y que Luz del Día conocía. El caballero manchego ha cambiado: "se ha hecho prosalco, calculador, común, egoísta, sin dejar de ser el mismo loco..." También Sancho ha cambiado, aunque para su prosperidad material. La política, la sociedad americana es más propicia a Sancho que a Don Quijote. Éste ha fundado una república en la Patagonia: Quijotania. Tiene un gallego secretario y una organización muy particular. El intento termina en proceso: Don Quijote es absuelto por loco, y su secretario es condenado a la pena de destierro por un año. "Pero éstos, como Don Quijote y su gallego —dice Alberdi en boca de Figaro—, no son los peores enemigos de la libertad en Sudamérica, porque al menos tienen la disculpa de la sinceridad, propia de los locos. Sus peores enemigos son sus amigos, los liberales del orden de Tartufo, éstos que falsifican la libertad para cubrir con su manufactura el sacrificio de la libertad verdadera". (*Peregrinación de Luz del Día*, página 335).

La realidad, que ni Don Quijote es aquí Don Quijote ni Sancho es Sancho. Alberdi parte de los personajes cervantinos; pero los transforma de tal modo que pierden su verdadera fisonomía. Don Quijote y Sancho son entes simbólicos que completan la galería de la *Peregrinación*; sólo los nombres y algunas alusiones a escenas o pasajes del *Quijote* nos ponen frente a los auténticos héroes. Es que Alberdi no se propone narrar nuevas salidas ni imitar el estilo inconfundible de la novela. Los personajes dan tema para marcar otras etapas en el Viaje de la Verdad por el Nuevo Mundo, y ocasión para lanzar dardos más o menos encubiertos. Tales, sus repetidos ataques a Sarmiento.

"...nuestro Plutarco, en su calidad de educacionista, ha escrito las vidas de nuestros bandidos para servir a la educación de la juventud de nuestro país"¹³.

"...El [Sarmiento] suprime la historia del país y la compleción o constitución social que el país debe a su historia secular, por un decreto en el cual ordena que lo que ha sucedido no sea lo que ha sucedido, sino lo que ha dejado de suceder. Así, él deroga la constitución o construcción o forma o temperamento o estructura que el Estado ha recibido de los hechos que forman la historia de su vida, por un mero golpe de pluma..." (*Peregrinación de Luz del Día*, página 280).

Podemos ahora (sin olvidar que en el libro de Alberdi las alusiones a Don Quijote son fragmentarias) distinguir sobre más firme base las notorias semejanzas y diferencias que existen entre la *Peregrinación de Luz del Día* y los *Capítulos* de Montalvo. Las dos son obras que se elaboran casi al mismo tiempo, y las dos toman elementos cervantinos para llegar finalmente a la sátira política, pero en Montalvo hay un estilista superior y hay, además, una voluntad consciente de recrear aspectos del mundo quijotesco, aunque lo declare "inimitable". A Montalvo y Alberdi preocupa la "lección moral"; difieren, sí, en el camino: Alberdi transforma, degenera los personajes cervantinos; Montalvo se encierra con preferencia en aquel fin, sin perder de vista por ello otros aspectos del *Quijote* real. De tal modo, destacan en Montalvo dos intentos visibles. Por una parte, el ataque acerado a Ignacio de Veintemilla, valiéndose del ingenioso medio que le presta la novela famosa; por otra, y no en menor grado, el atrevido otear sobre altas cumbres con las alas de una rica lengua y una magnífica expresión. "¡El lenguaje!" Sólo podía penetrar en el fondo del *Quijote* el que penetrara en su lengua: verdad perogrullesca que, desgraciadamente, se olvida. Montalvo realizó el viaje maravilloso y nos dejó como testimonio sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, ejemplo de buena prosa (con explicables arcaísmos) que

13. Alberdi, *Peregrinación de Luz del Día*, págs. 245-246; cf. Alberdi, *Palabras de un cuarenta*, en *Obras completas*, VII, Buenos Aires, 1887, pág. 180.

contrasta con la prosa que prevalece entre los románticos. Los *Capítulos* fueron escritos en los años que van de 1870 a 1876, aunque Montalvo siguió puliendo la obra hasta poco antes de su muerte. Por aquella época, José Martí comienza a dar lección de señorío en la prosa.

No es ésa, ciertamente, la ambición de Alberdi (conocía, por otra parte, sus fuerzas), y de ahí la lengua que distingue a las páginas de *Peregrinación de Luz del Día*. A veces, la obra de Alberdi nos produce la impresión de no estar terminada; por lo menos, dentro de los límites que el autor podía alcanzar. No pienso, al decir esto, en la mayor o menor desigualdad de su prosa¹⁴, como en sus proporciones y fin. Eso sí, recuerdo que *Peregrinación de Luz del Día* pertenece —como he dicho— a una etapa avanzada en la producción de Alberdi, poco anterior a su estudio sobre Juan María Gutiérrez y a páginas autobiográficas. Etapa en que se amengua o desaparece su crítica negativa de España y se levanta, en cambio, su noble elogio hacia la lengua ("No hace sino muy poco que me he dado cuenta de la suma elegancia y cultísimo lenguaje de Cervantes..."). Justifica su tardío convencimiento, más que con el antiespañolismo político, con la dirección de sus estudios y la ausencia de filósofos españoles. "Pero más tarde —agrega— se produjo en mí

14. Ricardo Rojas señala que es uno de los libros peor escritos (ver su prólogo a Alberdi, *Peregrinación de Luz del Día*, ed. de Buenos Aires, 1916, págs. 15-16).

Circuncribiéndolos al aspecto político, a los exagerados elogios de Martín García Méico prefiero el juicio general, más ecuánime, de José Manuel Estrada: "Un análisis profundo seguido por un programa franco de renovación política y social" (cit. por Martín García Méico, *Juan Bautista Alberdi*, Buenos Aires, 1890, pág. 398).

Hay otra obra americana de cierta extensión que también trata de a Don Quijote el Nuevo Mundo: *Don Quijote en América*, del resosolano Tulio Fehres Cordero. Esta novela, publicada en 1905, detiene "lo criollo" y mira "la servil imitación de lo extranjero". (Cf. Gonzalo Pineda Fehres, *La literatura venezolana en el siglo XIX*, ed. de Buenos Aires, 1947, pág. 415). No conozco esta olvidada novela. Según deduzco de palabras de Pineda Fehres, la obra quedó leída de los *Capítulos* y, naturalmente, a distancia astronómica del *Quijote*. Más parece asociarse a la *Peregrinación de Luz del Día* en la lengua, en la sátira política, en la reacción contra las injusticias sociales. Pero no me olvido de que los elementos a mí alcance, para la confrontación, son demasiado vagos.

espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España, que ya no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí, como se echaba de ver en mi manera de escribir la única lengua en que, no obstante, escribo". (Alberdi, *Mi vida privada, en Biografías y autobiografías*, ed. de Buenos Aires, 1924, pág. 471). En efecto, vemos a través de la *Peregrinación* —Larra aparte— una mayor asiduidad de libros y temas españoles. Pero, dando razón a sus confesiones, la lengua de la obra no supera a la de obras juveniles: con menos galicismos quizás, es, sin embargo, más pesada.

En fin, siempre quedará la *Peregrinación de Luz del Día* como un libro de asunto poco común en nuestra historia literaria, sobre todo en nuestra historia literaria del pasado siglo. Ricardo Rojas la ha comparado con los diálogos de Luciano. Mejor, me parece, es recordar la sátira amarga, frecuentemente acerada, del admirado Larra, aquél a quien "Figarillo" ya imitaba (con menos pesimismo) en páginas de su juventud.

Antes de abandonar este trecho, una curiosa noticia bibliográfica. En 1851 se publicó en Buenos Aires una edición de *El buscapié*, la superchería de Adolfo de Castro, dada a conocer poco antes en España (1848) como obra de Cervantes¹⁵. Es sin duda paradójico ver que la primera edición argentina del *Quijote* sea de 1904 y que muchos años antes se hubiera publicado la hoy olvidada tramoya de Adolfo de Castro. La sorpresa y el ruido que

15. Ver apéndice a la obra de Jaime Fitzmaurice Kelly, *Miguel de Cervantes Saavedra*, ed. de Buenos Aires, 1944, pág. 230.

El catálogo de 1835 de la "Librería argentina" de Marcos Sastre (según Rafael Alberto Arrieta fue posiblemente el único que se publicó), ofrece en estos años de Cervantes y de otros ingenios españoles. En medio del entusiasmo de la época por los libros franceses y traducciones del francés, la proporción de aquellos, si no muy abundante, es escasa. (Cf. R. A. Arrieta, *Una década bibliográfica en La Prensa de Buenos Aires*, 27 de julio de 1947).

Otra noticia de "libros" en ese tiempo. Un número de 1835 de *La Gaceta Mercantil* trae, entre sus anuncios, uno que ofrece en compraventa obras de Cervantes, Quevedo, Garcilaso, Herrera y escritores españoles más recientes. (Cf. por Ricardo Rojas, *La literatura argentina. Los preceptos*, Buenos Aires, 1925, pág. 421).

produjo *El buscapié* (hasta el título ayuda) son las únicas explicaciones del insospechado esfuerzo editorial¹⁶.

c) *La Generación del 80*. — Los hombres de letras que comienzan a conocerse alrededor de 1880 frecuentaron, naturalmente, el *Quijote*. "Mi padre —decía Eduardo Wilde— rezaba en *Don Quijote* como un clérigo en su breviario; lo había leído veintiseis veces. Yo solamente he podido leerlo nueve..." Sin pretender exactitud en los números (y menos, tratándose de Eduardo Wilde), debemos reconocer que el *Quijote* era libro de lecturas reiteradas. Digo "era" porque nuestro tiempo parece haber cambiado la costumbre.

Los rastros cervantinos que encontramos en hombres de aquella generación son más bien escasos. En pocas oportunidades tropezamos en sus libros con alusiones a Cervantes, pocas veces se ve la reminiscencia, la frase estereotipada y ya con acuñación de sentencia popular, la cita de una escena o de un tipo del *Quijote*. Con todo, conviene no exagerar esa escasez; los ejemplos quizás no sean tan malos. Lo que ocurre —pienso— es que no guar-

16. Aunque no pertenece en realidad a la literatura argentina buena será saber que Ventura de la Vega sintió particular predilección por Cervantes; tradujo a una comedia escenas del *Quijote* (*Don Quijote en Sierra Morena*, conocida comúnmente con el título de *Don Quijote de la Mancha*); y en un drama histórico (*Los dos camaradas*) Cervantes aparece en función de personaje. Al decir de Menéndez y Pelayo, *Los dos camaradas* era el comienzo de una trilogía que la muerte le impidió completar. En cuanto a *Don Quijote en Sierra Morena*, obra juvenil, fue elogiada por Larra y alabada por el feruente y extravagante Fernández y González. Difícilmente sea ésta la que con el nombre de *El Impensado Hidalgo Don Quijote de la Mancha* se representó en Buenos Aires, en 1834, pero es muy posible que sea la que se dio en 1839, 1840 y 1848 (ver Raúl H. Castagnino, *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*, Buenos Aires, 1945, págs. 285, 617, 621 y 634; José A. Oña, *El primer homenaje argentino a Cervantes en La Nación*, de Buenos Aires, 12 de octubre de 1947).

Aún hay otras muestras de la admiración de Ventura de la Vega hacia Cervantes, entre ellas unas décimas de 1862, con versos rotundos que han hecho fortuna:

¡Puede el *Quijote* morir!
Pues morir no puede España.

(Cf. Ricardo Muñoz Sans, *Ensayo de autografía cervantina*, Buenos Aires, 1916, pág. 179).

dan relación al número que pensábamos recoger en esa época; también, porque están muy cercanos los vestigios (bastante apreciables) recogidos en la generación de los proscriptos. A pesar de ello, una particularidad digna de destacarse en este período: otras obras cervantinas se leen y citan, sobre todo, las *Novelas ejemplares*.

Los que más firme contacto mantienen con páginas de Cervantes y mejor la trasuntan durante la época en el Río de la Plata son escritores de valor secundario, como Santiago Calzadilla, el animado cronista de *Las beldades de mi tiempo*. Vale decir, un escritor amable, aunque de poco peso en nuestra evolución literaria. Era un anciano cuando publicó su obra, en 1891, y, sin extremar sutilezas, el carácter del libro nos obliga a colocarlo en este lugar.

Pues bien, en *Las beldades de mi tiempo* figura una rectificación a versos que cita Calzadilla, y la rectificación está firmada por "El licenciado Vidriera"; habla Calzadilla en forma muy escueta de la "novela del Curioso impertinente"; y escribe, por último, párrafos de este tenor:

"Como a estos convites, parodiando las bodas de Camacho, asistía tanta gente, la vajilla andaba escasa".

"No es por modestia que lo digo, pero refieren las crónicas que una cosa parecida sucedió en Lepanto al autor del *Quijote* ¡qué barbaridad! Pero sigamos, aunque no escribamos *Quijotes*, consolándonos con eso. Nadie más lo ha de hacer tampoco".

"...un hombre de figura quijotesca, alto, flaco, narigón y de fisonomía escuálida. Vestía pantalón y levita negra, ya muy raída, y llevaba sombrero alto de felpa, bastante *aboyado* y medio ladeado"¹⁷.

En peldaño de mayor altura a la de Calzadilla hay que nombrar a Rafael Obligado. A éste pertenece la curiosa composición titulada *Las quintas de mi tiempo*, composición que alinea versos famosos de poetas espa-

ñoles (Rodrigo Caro, Lope, Garcilaso y Cervantes). Alarde de ingenio, dice en un pasaje:

...mas tú dirás, amigo, que al presente,
aquella nuestra madre, de igual modo
sustenta, anima y embellece todo,
y quien dijere lo contrario, miente¹⁸.

(No hace falta señalar la procedencia del último verso; el General Paz —lo hemos visto— menciona otros versos del soneto cervantino).

Rafael Obligado, que en su poema más difundido exalta "el alma del payador", creyó también oportuno cantar *El alma de Don Quijote*. Pero no es al caballero manchego a quien se refiere Obligado sino a Bolívar y San Martín, encarnaciones históricas del espíritu quijotesco:

...¡sois Don Quijote
Bolívar y San Martín!

(R. Monner Sans, *Ensayo de antología*, pág. 136).

¡Lástima —agregaremos— que las cuatro décimas sean tributo flaco de toda flacura!

De los hombres de esta época, el único —según mis noticias— que dedica un estudio particular a Cervantes es José Manuel Estrada. Estudio no muy extenso pero sintomático: se titula "*El Quijote*" y el *quijsotismo*. En realidad, más que del *Quijote* habla Estrada del quijsotismo. Presenta a Don Quijote como prototipo de "la virtud y el talento divorciados del buen sentido", y a Sancho como "la masa del pueblo llamando (sic) a la realidad al que delira"¹⁹. Este simbolismo no pertenece, claro está, a Estrada; se encuentra en multitud de obras y aun predomina en anacrónicos juicios de nuestro tiempo. Pero el plan que Estrada se propone es partir de tal caracterización para llegar, finalmente, a lo que persigue, vale decir, el quijsotismo, sinónimo de falta de buen sentido, de utopías. Apunta así hacia los "Quijotes" del siglo XIX:

17. Santiago Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo*, ed. de Buenos Aires, 1944, págs. 36, 65, 71, 97 y 107. Ver, además, apéndice (carta de Adolfo Saldaña), pág. 210.

18. Cf. Pedro Henríquez Ureña y Jorge Luis Borges, *Antología clásica de la literatura argentina*, Buenos Aires, s. a., pág. 414.

19. José Manuel Estrada, *El "Quijote" y el quijsotismo*, en *Miscelánea*, I, Buenos Aires, 1903, págs. 126 y 128.

Saint-Simon, Fourier, Roberto Owen, Renán; los que en la Argentina, en fin, odian al extranjero y al progreso. También es quijotismo —al decir de Estrada— la admiración irreflexiva hacia los Estados Unidos.

El artículo del adalid católico lleva la fecha de 1869. Es conveniente recordar aquí que *Peregrinación de Luz del Día* pertenece a 1871. Sin pretender realizar un cotejo, anotaré que Estrada, grave, transparente, prefiere para su pensamiento el párrafo directo a la sátira mordaz. El *Quijote* le sirve de ariete para su embestida contra los "Quijotes" del siglo: los representantes del socialismo "utópico", y Ernesto Renán, que choca con su ortodoxia. Fuera de los nombres propios —y aunque se refiera a la realidad argentina— su predica se hace vaga.

En síntesis: más quijotismo que *Quijote*. Las disquisiciones sobre la novela repiten conceptos corrientes en ese tiempo. Y con respecto al quijotismo (tal como lo entienden Estrada y muchos otros) debo aclarar que ese "ismo", bien discutible por cierto, se asemeja, en su imprecisión vulgar, al zarandeado "maquiavelismo".

En otros escritores de la generación del 80 encontramos el elogio circunstancial, el nombre de Cervantes en series de nombres famosos, paralelas en alguna medida a las que hemos visto entre los románticos. Miguel Cané apunta hacia "aquellos que nadie discute... Platón... Montaigne, Cervantes, Renán" (*Prosa ligera*, Bs. As., 1919, pág. 34). Alineación que remarca entre las admiraciones literarias de Estrada y Cané dos coincidencias: Montaigne y Cervantes. Renán, en cambio, los separa. Lucio V. Mansilla coloca al *Quijote* entre los veinte libros de su biblioteca ideal (cf. *Entre-nos*). La única obra española junto a *Don Quixote* de Francia! La lista es también elocuente; sugestivo espejo de la educación y preferencias de Mansilla.

¿Y Calixto Oyuela? No conozco ningún estudio particular de Oyuela dedicado a Cervantes. Las referencias críticas al *Quijote* en su otrora difundida *Teoría literaria* son muy escuetas. Esta sintetiza a todas:

"El *Quijote*, verdadera epopeya semiseria, sigue una vía especial y única, la sátira del mundo caballeresco, ya caducado; pero realza y hace amar, aun en las circunstancias más desfavorables, la grandeza y la nobleza hu-

mana, y se pone, por su originalidad y profundidad, al lado de las mayores creaciones del genio"²⁰.

Páginas adelante insiste en la denominación de epopeya aplicada al *Quijote*. Vemos por lo tanto en Oyuela la igualdad *Quijote* = epopeya, después desarrollada, ampliada, por Ricardo Rojas.

Eduardo Wilde y Pedro Goyena locaron superficialmente la novela cervantina en su dispar y pesada polémica sobre la poesía (ver Eduardo Wilde, *Tiempo perdido*, Buenos Aires, 1923). De los dos, es Goyena el que mejor comprende a Cervantes, aunque fué Wilde el que con más frecuencia remedió y recordó al autor del *Quijote* (cf. *Tiempo perdido* y, sobre todo, *Viajes y observaciones*, II, en *Obras completas*, XIII, Buenos Aires, 1939, págs. 332, 336-337, 347-348).

Fué contemporáneo de estos hombres un periodista español —Eduardo Sojo ("Demócrito")— que gozó de popularidad por aquellos años. Eduardo Sojo había nacido en Madrid a mediados del siglo y había llegado a Buenos Aires en 1823²¹. Las armas que manejaba eran, si no poderosas, por lo menos temibles: dibujante y escritor satírico, se dedicó preferentemente a la sátira política, y su revista *Don Quixote* recogió mil y un episodios de la vida cívica argentina, de rasgos tan nítidos en la época. Según Rafael Calzada, Sojo "era un prisionero de su prociadad y de su talento", y la circulación del semanario llegó a ser extraordinaria. El título del periódico es ya sugestivo de su "quijotismo"; a él hay que agregar una pequeña obra de teatro, impresa en 1835: *Don Quixote en Buenos Aires*, "revista bufo política de circunstancias, en un acto". La obra es, en efecto, de circunstancia, demasiado cir-

20. Calixto Oyuela, *Teoría literaria*, Buenos Aires, s. a., págs. 367-368. Trabajos críticos aparte, Calixto Oyuela escribió una *Epístola a Cervantes*, poema publicado en la revista *Episoda*, de Buenos Aires, 1905, Nº 90, páginas 14-15.

21. Su obra de mayor jerarquía literaria fué *Los germanos de Valencia*. Murió en 1903 (cf. Rafael Calzada, *Comentarios a América*, I, Buenos Aires, 1926, pág. 383; H. H. Buenos Aires, 1927, pág. 303-304; María Rosa Pinto Álvarez, nota preliminar a su edición de *Don Quixote en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1934; Enrique Méndez Calzada, *El Anunciano en la República Argentina*, en *Nuestras*, Buenos Aires, 1927, LVII, pág. 124).

cunständige y carece de valor literario. Aparecen allí Don Quijote y Sancho, pálidas figuras, muy vagas a pesar de algunas estereotipadas frases cervantinas y de algunos refranes. Resuenan, como contraste, remedos de la lengua vulgar bonaerense en otros personajes. Además, un inglés típico de sainete porteño. Escena curiosa es la de la "pirandelliana" intervención de espectadores actores al comienzo de la obra, escena escrita en prosa para distinguirla del verso, que se dice en escena. Todo rudimentario, superficial.

Es probable que esta revista bufo política haya desperdiciado el interés de los contemporáneos por las alusiones más o menos veladas que contenía, pero, de todos modos, no justifica en manera alguna la reedición (Eduardo Sojo, *Don Quijote en Buenos Aires*, Bs. As., 1934). Lo único que sobrevivió de la obra de Sojo fué el *Canto del atorante*, que todavía hoy recuerdan personas de edad y que determinó más de una imitación. Con todos estos reparos, la sátira *Don Quijote en Buenos Aires* tiene para nosotros la atracción que fija un nuevo aspecto en la descendencia quijotesca.

Digamos, por último, que el *Quijote* tuvo un rival poderoso en la preferencia de los lectores argentinos del pasado siglo: *Robinson Crusoe*. Sarmiento, entre los proscripios, y Eduardo Wilde, después, no dejaron de contar los felices momentos pasados junto al libro de De Foe. Pero otro novelista inglés —Dickens— disputa a Cervantes, más que De Foe, las lecturas de la generación de Eduardo Wilde. Y es la sombra de Dickens, cercano en el tiempo y en los temas, la que despunta —elogios aparte— en párrafos de la prosa de esos escritores.

EMILIO CARILLA.

SOBRE LA PINTURA FILOSÓFICA

Creo poder afirmar que, entre las realizaciones concretas que debemos a la fecundidad inagotable del espíritu humano, tan extraordinariamente activo en nuestros días, puede colocarse a la pintura filosófica junto a las novedades más recientes.

En Italia, esta pintura es hoy en día bastante conocida. Fué presentada por primera vez en Génova, en una exposición de cerca de cincuenta obras (cuadros al óleo y pasteles) que tuvo lugar en las magníficas salas de la Asociación de periodistas de Liguria, del 10 al 22 de diciembre de 1956 y que logró mucho éxito.

La pintura filosófica realiza, según la aprobación unánime de los críticos, una fusión feliz del arte pictórico y la meditación especulativa. Trátase, en realidad, de una creación muy compleja, resultado de una gestación larga y laboriosa, que puede interesar y desenvolverse en muchos sentidos.

Esta empresa artística ha sido concebida y efectuada de acuerdo con principios rigurosamente científicos. Con el nombre de cromoteorámica o pintura filosófico-científica, brinda la posibilidad de expresar y representar no solamente ideas o concepciones especulativas sino también conceptos y teorías de orden natural, histórico, psicológico, etcétera.

Me he creído en el deber de desarrollar dos especies de pintura filosófica, correspondientes a los dos principales momentos de explicación de la conciencia humana y del pensamiento científico y metafísico:

a) La pintura fantástico-sentimental, que expresa intuiciones de la vida o ensueños especulativos por medio de formas imaginarias y emotivas;

b) La pintura racional o lógico-esquemática, que expresa conceptos, teorías, sistemas y procesos de razonamiento por medio de formas estricta y fielmente lógicas, empleando esquematizaciones que respetan las estructuras y los desarrollos del pensamiento abstracto y general.

El primer género de pintura filosófica tiene un carácter más inmediatamente comunicativo y artístico conforme a un grado medio de comprensión y al gusto estético dominante.

El segundo género de pintura filosófica tiene un carácter más rigurosamente científico pero pretende, y logra, obtener efectos artísticos de tipo aparentemente abstracto.

El fundamento de este segundo género de pintura filosófica es la logo-esquemática, es decir la teoría que nuestro pensamiento lógico crea mediante representaciones esquemáticas o bien con imágenes extremadamente

simplificadas. El desarrollo en serie de estos esquemas, en nuestro espíritu, constituye el pensamiento racional, y su disposición forma los sistemas filosóficos y las doctrinas científicas.

Los logo-esquemas concebidos por el pensamiento pueden traducirse por dibujos, es decir por grafo-esquemas, y éstos pueden ser coloreados (cromo-esquemas) a fin de expresar el sentido sentimental, cultural, histórico, político, etcétera, que ubique la teoría representada en su medio y momento empírico. Nace así un cuadro filosófico del género cromo-esquemático.

El descubrimiento y la determinación de los esquemas correspondientes a los principales conceptos filosóficos —y la gramática y la sintaxis de signos esquemáticos del pensamiento lógico que es posible formular en base a dichos conceptos— han permitido representar por medio de la pintura las más grandes concepciones de la historia de la filosofía, de Tales a Bergson y a Heidegger.

Mediante la grafo-esquemática y la pintura filosófica, la filosofía ha hallado una forma nueva y eficaz de expresarse, muy diferente del tradicional método lógico-discursivo el que, no obstante y como es de esperar, continúa siendo fundamental e indispensable. Este nuevo lenguaje intuitivo y artístico surge de conformidad con la naturaleza visiva de nuestro pensamiento y de nuestra comprensión y particularmente adecuado a la esencia de las "visiones de la vida del mundo" a la que, en último análisis, apuntan las concepciones filosóficas en su existencia psicológica.

La visualización gráfica y cromática del pensamiento abstracto es también un procedimiento expresivo muy moderno que armoniza con las tendencias generales de la cultura de nuestra civilización científica y técnica. Este procedimiento, por último, tiene la ventaja de contrarrestar —o compensar con utilidad— el exceso de humanismo literario y retórico que, hasta nuestros días, ha dominado la alta cultura y la especulación, especialmente en los países latinos.

La pintura, por su parte, ha hallado una inagotable fuente virgen para su inspiración y nuevas formas y armonías cromáticas mediante las cuales puede muy bien manifestarse. Gracias a ellas la pintura logra efectos de mucho vuelo y libertad creadora; pero está, al mismo

tiempo, obligada a respetar un equilibrio clásico, impuesto por su adhesión a la estructura de las organizaciones del pensamiento que se quiere expresar. Es, por lo tanto, lo que puede llamarse una verdadera pintura abstracta ya que justamente representa, por decirlo así, figuras y paisajes de concepciones abstractas; pero es, al mismo tiempo, una pintura concreta pues torna vivientes y visibles, claras y precisas, ideas generales que comúnmente permanecen imprecisas y difíciles para cualquier espíritu.

Me limito aquí a hacer resaltar el hecho de que la teoría de la logo-esquemática, con sus consiguientes manifestaciones gráficas y cromáticas, implica importantes enseñanzas críticas con respecto a las posibilidades del pensamiento filosófico y del problema metafísico.

En fin, es casi innecesario agregar que la aparición de la pintura filosófica ha promovido cuestiones y discusiones de naturaleza estética y pedagógica.

Los ensayos de aplicación de la grafo-esquemática y de la cromo-esquemática, en la enseñanza de la filosofía y de la historia —que ya han sido efectuados por el autor en el Instituto de Filosofía de la Universidad y en el Liceo clásico "A. Doria", en Génova—, han obtenido una acogida y un éxito verdaderamente notables. En efecto, entusiasmo a los alumnos comprobar que una materia profunda y oscura, como la filosofía, se torna fácil y viva, y que pueden comenzar a manifestar libremente su capacidad creadora y tratar de perfeccionar su habilidad técnica, figurativa y pictórica, aun en potencia o naciente, expresando con sus propias figuraciones originales, a menudo brillantes e ingeniosas, las ideas estudiadas o pensadas.

MANUEL GENNARO.
Génova.

Traducción de Anal Costa Álvarez de Sapia.

LA ZOOLOGÍA EN FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Uno de los méritos expositivos de la *Historia* y una novedad afortunada no sólo respecto al *Sumario*, sino respecto al propio modelo pliniano, es anteponer la botánica a la zoología; un defecto tradicional del que no

ha sabido liberarse aún (el influjo antropocéntrico era todavía demasiado fuerte) es comenzar esta botánica por la agricultura.

No obstante, como por la disposición misma de la obra, al hablar del *Sumario* me ocupé con mayor detalle de su zoología, me limitaré aquí a recordar algunos aspectos de la obra de Oviedo en lo tocante a esta parte y hablaré de la botánica en segundo lugar. El propio autor ha declarado el mayor cuidado y detalle puesto en la segunda de sus producciones: "Todo lo que en aquel *sumario* se contiene se hallará en éste y en las otras dos partes, segunda y tercera de él, mejor y más copiosamente dicho, así porque aquello se escribió en España quedando mis memorias y libros en esta ciudad de Santo Domingo de la Isla Española (donde tengo mi casa), como porque yo he visto más de lo que hasta entonces sabía de estas materias en diez años que han pasado desde que aquello se escribió; experimentando con más atención lo que a este efecto convenia más particularmente ver y entender. Y además de esto, es de notar que todo lo que aquel repertorio o *sumario* contiene, habrá, en este tratado y sus partes acrecentado, y otras cosas grandes y muy nuevas, de que allí no podía yo hacer memoria, por no haberlas visto, ni sabido" (*Hist.*, tomo I, página 5).

Aunque en Oviedo, como en la mayoría de sus precursores contemporáneos y, durante un tiempo considerable sus sucesores, aún no hay el propósito de una clasificación zoológica formal (como ya recordamos antes, hasta tiempos muy modernos toda la estructura científica de esta disciplina procede de Aristóteles, y ella se refleja, a pesar de sus deformaciones, en Plinio, y de éste, en Oviedo), ella se dibuja en la sucesión de los cuatro libros consagrados en la *Historia* al estudio de los animales: el XII, dedicado a los terrestres; el XIII, a los acuáticos; el XIV, a las aves, y el XV, a los insectos. He señalado detenidamente en otras publicaciones, y no he de reiterarlo por aquello aquí con mayor espacio que bajo el aspecto ecológico de la clasificación pliniana se esconde la huella, y se respeta de las estructuras aristotélicas, pues los terrestres son en Plinio, como en Oviedo, los mamíferos y los reptiles, las aves son (salvo la interpolación de los murciélagos) un grupo natural indiscutido, y los insectos han sido llevados a un lugar totalmente

aparte y en un grupo conjunto, sea cualquiera la naturaleza de sus hábitos.

Los enunciados contenidos en los capítulos corresponden a especies, géneros o grupos colectivos más amplios; su ordenación como en casos parejos, se debe a asociaciones de ideas muy variadas, sin contar las resultantes de las adiciones y superposiciones de redacciones sucesivas, a que habemos aludido antes.

Recordaremos en el orden del libro XII: hutia quemil, mohuy, cori y el famoso perro mudo; tras los mamíferos traídos de España y cimarrones, declara el mismo seguir los del *Sumario*, por lo que no repetimos lo dicho sobre él en nuestras notas. No falta en la *Historia* alguna novedad acertada, como, por ejemplo, la de comparar el "tigre" de los españoles (yaguar) con la pantera (cap. X), como del beorí se añaden nuevos caracteres: "los pies... y las manos tienen hendidos dos veces, así que es de tres uñas cada uno..." (cap. XI); siguen las demás fieras en asociación natural, luego ciervos, gamos y puercos, y después, salvo otras intercalaciones, los mamíferos más genuinos de la nueva tierra: oso hormiguero, perezoso, encubertados, gatos monillos, churchas.

Las novedades que merecen comentar en la *Historia* son las ovejas del Perú, cuyas afinidades han sido increíblemente descubiertas por él, "son enjutas de piernas y el cuello largo y muy semejante a los camellos, salvo que éstas no tienen corcoba como el camello: mas en pies y manos y todo lo demás muy semejantes son a los camellos"; no sólo conoce Oviedo estas relaciones entre las llamas y los camellos, sino que sabe existen entre ellas "tres géneros" (especies), de las cuales, las medianas "son las que tienen la lana muy fina, que parece seda..."; él sólo habla visto las mayores (*Lama glama*), pero da noticias de las salvajes y más pequeñas (*Vicuña vicugna*). Otra novedad son los "tarucos", "del tamaño de ciervos y de uña hendida y en todo y por todo son como ciervos, salvo que el pelo es más áspero y mucho más espeso y no tienen cuernos..." (cap. XXXII); se trata del *Hippocamelus antisensis* del Ecuador y el Perú. Se añaden también los "guaquibuinax", cuya naturaleza de roedores está bien registrada: "es algo mayor que el conejo, y tiene los pies de la misma forma..." (capítulo XXXIII), indudablemente del *g. Capromys*, como las hutias estudiadas en Santo Domingo, y también es

de Cuba el "ayre", que Arévalo supone ser, fundadamente, un insectívoro, el almiquí, *Solenodon cubanus*. Son también muy interesantes las noticias de Oviedo sobre el "cozumalte" (a mi modo de ver, *Procyon lotor*), y las "vacas" de la tierra septentrional, memorable y exacta descripción del bisonte americano.

En esta parte de la obra nada ha añadido de interés sobre los reptiles, cuya relación desordenada ya habíamos explicado en párrafos anteriores; la variación más interesante es su inclinación a admitir que los grandes lagartos de Tierra-Firme eran cocodrilos, sumándose a la opinión de Codro, y viniendo la repugnancia que para ello le inspiraban las disconformidades entre sus observaciones sobre tales animales y las descripciones de Plinio. La agrupación en el conjunto de animales terrestres de los reptiles (incluso los carentes de patas y los acuáticos) con los mamíferos está justificada por los antecedentes plinianos, el cual, a su vez, lo hace al reunir los cuadrúpedos vivíparos y los cuadrúpedos ovíparos aristotélicos, agrupación que parte de fundamentos estructurales bien o mal interpretados, antes que de los ecológicos que hubieran obligado, de prevalecer, a separar, por ejemplo, los cocodrilos entre los segundos y los hipopótamos entre los primeros. Pero con esa variabilidad en la asociación de ideas que, repetimos, no es patrimonio exclusivo suyo, ni mucho menos, sino común entre los antiguos, hecha esta concesión en su libro VIII, Plinio renuncia a formas de agrupación más rigurosas que le hubiera sido fácil conseguir, y al llegar al capítulo XXI, la versión fantástica de un mamífero real (el catoblepas, que es nuestro gnu o fú) del que supone mata con la mirada, recuerda a la sierpe basilisco, y tras la intercalación en el XXII de los lobos, sigue con las serpientes en el XXIII, y en el XXV reúne sin inconveniente el cocodrilo con el hipopótamo (el hiato del XXIV está colmado por el leñeumón, mamífero bien conocido, como enemigo de las serpientes). La asociación irregular de Oviedo tiene por una parte la base de su modelo; por otra las serpientes, que en su amplia y clásica interpretación lleva a la cabeza la iguana y después se continúan por los demás reptiles; de este modo se ha conseguido mantener la unidad de un grupo ya lograda en el *Sumario*, donde tales vertebrados iban juntos (capítulos LIV

a LVII), pero se les ha interpolado rompiendo la unidad de los restantes terrestres (mamíferos), que tan fácil hubiera sido conservar desplazando aquellos al final de su serie.

Una novedad interesante de la segunda parte es la darse en ella, hablando de las "víboras" del Río de la Plata, las primeras noticias sobre los crótalos genuinos: "Son estas víboras o culebras amarillas y negras y de todos colores, llenas de rayas al través y a trechos, por el ancho y grosor de la culebra. Su veneno y bocado es sin remedio... en la cola tienen un cascabel o nudo fofo, y hace ruido y suena por donde pasa". Nuestro autor no debió de verlas, por lo menos vivas, y añade con la descripción anterior, bastante fiel, debida a Juan del Junco, el error procedente de la misma fuente, de que al extremo de la cola va una uña con la que también hieren y comunican ponzoña.

En el *Sumario*, a los cuadrúpedos seguían las aves; en la *Historia*, por una fidelidad a Plinio menos afortunada, se les anteponen los animales acuáticos, si bien ello permite (y acaso, a su vez, pudo influir en la prelación pliniana) establecer una continuidad con los cetáceos. A pesar de aquella desviación, en conjunto la ordenación seguida en la *Historia* supera a la lograda en la primera publicación ovetense por cuanto en aquella, más fiel aún que la de Plinio al imperativo ecogeográfico, los seres del mar eran tratados después de las plantas terrestres, con lo cual la zoología quedaba desarticulada. Esta disposición fundamental existía ya en la edición de 1535, donde, con la fauna de las islas, se daba en el libro XIII la de su dominio marino; la mayor homogeneidad del medio oceánico otorgaba a esta fauna un carácter generalizado que la terrestre de las islas no tenía, y de ahí que noticias mucho más ricas sobre este tema llegaran a aquellos posteriores que sólo conocieron las relaciones ovidianas en la forma y extensión dadas por la *Corónica*, de donde se hallaba, en cambio, virtualmente excluido lo sustantivo sobre la población continental.

Las novedades más importantes de esta fauna acuática estaban ya presentes en el *Sumario*, con el manatí y el tiburón; he aquí los detalles más interesantes añadidos, sobre lo ya dicho, acerca del primero: "De estos manatí

hay algunos que tienen 14 y 15 ples de luengo y más de 8 palmas de grueso. Son ceñidos de la cola, y desde la cintura o comienzo de ella hasta el fin y extremos de ella se hace muy ancha y gruesa. Tiene solas dos manos o brazos cerca de la cabeza, cortos, y por eso los cristianos le llamaron manati... "No tienen orejas, sino unos agujeros pequeños por oídos. El cuero parece como el de un puerco que está pelado o chamuscado con fuego. Es la color parda y tiene algunos pellicos raros; y el cuero es tan gordo como un dedo..." "Tiene el manati dos tetas en los pechos el que es hembra y así pare dos hijos y los cria a la teta. Lo cual nunca oí decir sino de este pescado y del viejo marino o lobo marino". (*Hist.*, tomo I, página 434). Para el tiburón me remito a lo dicho por mí en otro lugar (*Sum.*, No 90), no sin comentar en éste que a su exacto reconocimiento del mismo como "pescado de cuero" (esto es, desprovisto de las escamas de los peces ordinarios) ha añadido una observación sumamente exacta: "Muchos destos tiburones, he visto que tienen el miembro generativo doblado..." (*Hist.*, tomo I, página 430). Aunque Pedro Mártir ha hecho una primera mención de él, no conozco de la rémora una tentativa de descripción anterior a la de Oviedo, es en efecto su "pexe reverso" el animal a quien hoy habemos trasladado aquel nombre (la de los antiguos es un ser semimítico y confuso, pero de ninguna manera un pez según todas las trazas) (*Sum.*, pág. 63, y No 10); y otra noticia muy importante y exacta es la dada sobre el gimnoto o anguila eléctrica, que él identifica con la "torpedine" de Plinio, cosa bien justificada, pues "no dice autor la forma de este animal", pero "en el río Huayapari se tomó un pescado como morená pintado, tan grueso como la muñeca del brazo de un hombre, y tan luengo como cuatro palmas: y tomósse con una red, y sacado en tierra en tanto que estuvo vivo, tocándolo con una lanza o espada o un palo, cuanto quiera que apartado estuviere quien le tocaba, en el instante daba tanto dolor en el brazo, y lo atormentaba y adormecía con tal dolor, que convenia presto soltarle" (*Hist.*, tomo I, página 224). Aunque Oviedo no llegó a ver este inaravilloso animal, la referencia a él allegada es fiel a la realidad.

Muchas y muy interesantes son las apuntaciones sobre aves hechas en el *Sumario* y en el Lib. XIV de la *Historia*;

me excusaré de detalles, por no alargar esta relación demasiado con lo dicho al comentar aquél. La Sagra y D'Orbigny han reconocido plenamente sus méritos y su exactitud como ornitólogo en descripciones como la de los rabihorcados, a todas luces nuevas, aunque tales aves fueran conocidas antes por los navegantes españoles y lusitanos, o la de los pájaros bobos, o la para los autores citados "excelente descripción de los caracteres de esta especie" del loro de penacho blanco (*Amazonia leucocéphala*) y las noticias sobre los "xaxabes" o periquitos (según el propio A. D'Orbigny. *Conurus guyanensis*).

Apuntes igualmente interesantes se dan sobre los rabos de junco, patines (petreles), alcatraces y cuervos marinos, con otras que anticipan diversas novedades de la fauna americana: pájaro mosquito (colibrí), picudos (tucanes), sinsonte, faisanes (son crávidas), "gallinas olorosas" o "bellacas" (catartídeas vulgarmente conocidas después por gallinazos), flamenco de América, reconocido por él como especie distinta de la de España (*Phoenicopterus ruber*) y referencias detalladas a los pavos y a otras gallináceas comprendidas genéricamente con este nombre. También en este ciclo americano de Oviedo recorran sus alas murciélagos y vampiros, aun incluidos por entonces entre las aves, aun a sabiendas de que no lo eran.

Sus facultades de observador dibujan con mano maestra la nidificación del "pájaro loco" y su "paso de aves", orientado "continuamente en seguimiento o al luengo desde la parte del norte septentrional a la del mediodía o vía del polo austral". (*Sum.*, cap. XLVIII), que D'Orbigny no dudó en transcribir.

Un libro aparte, el XV y ello equivale a la par de lo hecho por Plinio conferirles categoría de grupo distinto, "trata de los animales insectos" que en el *Sumario*, en una más simple concepción de la población de los elementos, se enumeraban tras las aves y sin separación expresa de ellas. Plinio se ha planteado el problema de esta agrupación, sin duda por ser unos "de vida terrestre y la de otros de voladoras aves" y se ha decidido por agruparlos bajo el carácter no ecológico, sino estructural, por presentar segmentos o incisuras. Oviedo comenta a su maestro y dice son estos animales "cortados o rechinchos en el cuello, o en el pecho, o en las otras partes o

lugares de sus coyunturas; y maravillase mucho [Plinio] cómo en tan pequeña cosa puede haber alguna razón o potencia..." (*Hist.*, tomo I, pág. 448). "Pero acordándonos de cuanto poder es el Maestro que esa potencia da a la natura... no hay de qué nos maravillemos en cosa que él haga, ni el hombre vea". "Por eso mi principal deseo e intento es servir a Dios y a mi Rey, en colmar este volumen de verdaderos renglones, y no de las fábulas que ha visto escritas desde España de estas cosas de Indias" (*Ibid.*, pág. 450).

El término insecto es utilizado con la amplitud con que fué introducido su equivalente desde Aristóteles, por lo menos, esto es, el de artrópodo en general, y no con el restringido que le damos hoy. Intentar sumergirse, sin más armas que las de la observación y la comparación con las imágenes de la fauna europea retenidas en su memoria, prácticamente ayuna aún aquella de toda sistematización y sin una técnica descriptiva, en este mundo nuevo era una hazaña, más que hercúlea, imposible; a pesar de todo, este fondo completa de algún modo la imagen de aquella naturaleza desconocida.

Ponen sus notas locales en la entomología de Oviedo el "comixen" (termites, hormigas blancas), los "xixenes" (jejenes) y las niguas.

Son notables sus noticias sobre las "cucurachas" (capítulo V). "En toda España yo no las he visto sino en Andalucía y desde esta otra parte de la Sierra Morena... porque me parece que no se quieren llegar a tierras frías". "Tienen unas alas como los escarabajos con que cubren otras que están debajo de aquellas muy delgadas y todas son de color leonado como tengo dicho, pero unas más oscuras que otras". Aunque con el nombre genérico de moscas, utilizado con un valor muy distinto del que hoy le damos, parece designar cualquier insecto alado que no tenga otro especial, por lo menos, he aquí cómo en una de sus descripciones más curiosas se dan noticias, acaso las primeras, acerca de las costumbres de los himenópteros entomófagos: "Entre las otras hay unas moscas verdes y pintadas, tamañas como abejas y crían en tierra y hacen en el suelo unos agujeros y con los brazos delanteros cavan la tierra, y así como van cavando, echan lo que cavan con las piernas postreras fuera del agujero o cueva que hacen". "Estas

moscas matan cigarras de las verdes y pequeñas y otros animalejos semejantes, y traénlos volando en peso, y métenlos en sus cavernas, y después que han traído alguna presa de las tales cigarras o de un escarabajo metido en su cueva, salen y van por más, y no cesan en estos caminos. De que se collige que esta provisión que hacen de mantenimiento, debe ser para el tiempo de adelante" (*Hist.*, tomo I, pág. 445). De no menor interés y novedad es la descripción del cocuyo: "Este es un animal muy noto de esta isla Española y en todas las otras cercanas a ella; el cual es de especie de escarabajo, y tan grande como la cabeza del dedo pulgar o algo menor. Tiene dos alas duras, debajo de las cuales están otras dos más delgadas, que guarda y encubre con las de encima cuando deja de volar; tiene los ojos resplandecientes, como candelas, en tal manera que por donde pasa volando, torna el aire claro, como lo suele hacer la lumbre". "Así como este animal se va enflaqueciendo o muere, así poco a poco se va consumiendo aquella claridad hasta que de todo punto se apaga y resuelve en ninguna" (*Hist.*, tomo I, págs. 460 y 461). Todavía, y aparte de otras, pertenece a Oviedo la mención de las grandes arañas americanas (terafósidas) ya citadas en el *Sumario* (pág. 138, y Nº 59) y la de los cangrejos de tierra (*Idem*, pág. 140, y Nº 60). Falta sólo en esta zoología un libro sobre los moluscos (o, a lo menos, su inclusión entre los pescados, al modo de Plinio); sólo las madreperlas han merecido su atención especial, y en tal lugar las pone en el *Sumario*.

Con todo, es bien patente que aunque la fauna del Nuevo Mundo hubiera desaparecido totalmente y no conociéramos hoy sobre ella más libros que los suyos, poseeríamos un cuadro bastante completo de su conjunto, de sus características más llamativas, de su ubicación regional y también lo es que cuantos zoólogos quisieran buscar con interés histórico las primeras noticias sobre los grupos particularmente cultivados por ellos, habrán de buscar en las obras de Oviedo, conforme he dicho en otro lugar (*Sum.*, pág. 35), las referentes a los troquílidos, los ranfástidos, los tinámidos y acaso los trogonidos entre las aves. Apuntes sobre los vampiros y las auras, sobre los rabijuncos, rabihoreados, enseniscos (o pájaros bobos) y *Sula* (al que se atribuye el mismo nombre vulgar,

pero diferenciándolo bien), muchos acaso totalmente nuevos, todos superando en exactitud y detalle, por lo menos, las referencias anteriores. El mismo es el caso para las iguanas, los tiburones y el manatí; los crotalinos se incorporan a la fauna conocida por primera vez, así como el gimnoto. Osos hormigueros, perezosos, encubertados, churchas, zorritos o mofetas, algunos de ellos conocidos antes por notas dispersas, son mejor definidos y sistematizados; los innumerables roedores del Nuevo Mundo, desde el pequeño cori al capibara gigante, dibujan su existencia y sus perfiles y de alguno, extinto hoy, el quémí, nos queda por Oviédo el nombre y el recuerdo que la paleontología ha confirmado; como el perro mudo, como probablemente ocurre también lo mismo con los pájaros comuneros.

El ochí (con su variedad o "fase" melánica de tigres negros de Nicaragua), el beorí, los dicotilidos (báquiras o pécaris), los ciervos americanos, las llamas con sus distintas formas, el bisonte...

ENRIQUE ÁLVAREZ LÓPEZ.
"Revista de Indias", Consejo Superior
de Investigaciones Científicas.
Madrid, Nov. 69-70. 1957.

EL PERIPLO DE HANNÓN

No se ha vacilado en afirmar que las rutas por tierra fueron las únicas que permitieron a los cartagineses el acceso al África tropical. Es ésta una conclusión paradójica, desmentida por numerosos testimonios.

Los navegantes fenicios del Mar Rojo habían logrado, desde mucho tiempo atrás, doblar la península de los somalis¹. Un testimonio de Heródoto —tanto más valioso cuanto que es referido por el historiador sin que él mismo le preste mayor fe— nos informa que, bajo el reinado del faraón Neco, a comienzos del siglo VI a. C., los fenici-

cios, comandados por el monarca, efectuaron el periplo completo de África, partiendo por el Mar Rojo y regresando por el Mediterráneo. Tres años pusieron en realizar este viaje. Cada año, al comenzar el invierno, sacaban a tierra sus navíos, organizaban un campamento, sembraban trigo y permanecían en el mismo lugar hasta la cosecha. Añade Heródoto que lo que le pareció más difícil de creer, en el relato de los fenicios, fue que, después de haber visto al principio que el sol se ponía a su *derecha*, lo vieron luego ponerse a su *izquierda*: precisión que atestigua que la expedición dobló, efectivamente, el cabo de Buena Esperanza. Otros hechos confirman, por otra parte, que los fenicios frecuentaron las regiones ecuatoriales desde el siglo VII: así, una pátera de plata, descubierta en Prenesta, Italia, pero fabricada en Fenicia, muestra un cazador luchando con un mono desprovisto de cola, del tamaño de un hombre, que puede ser un chimpancé o un gorila². Los recientes descubrimientos de pinturas rupestres, en África del Sud, en las que aparecen blancos, aclararán quizá estos misteriosos relatos³.

Cartago no tomó parte alguna en el periplo de Neco; tampoco parece haber intervenido, alrededor del año 470, en el viaje de Sataspés. Este joven persa, de noble cuna, primo del rey Jerjes, marchó a Egipto, equipó un navío, franqueó las Columnas de Hércules y el cabo Cantin (Soloeis) y navegó, durante largo tiempo, por el Océano. Al fin, llegó a un país habitado por pigmeos, vestidos con hojas de palmera. Ante la proximidad de los persas, estos enanos abandonaron su aldea y se ocultaron en las montañas. No fue posible ir más allá pues el navío "rehusaba avanzar". Sataspés regresó, por lo tanto, a su patria; pero el rey, sospechando un embuste, lo hizo empalar. El descabro de esta expedición se debió, probablemente, a las calmas ecuatoriales; contaba tan sólo de un único navío, quizá un pesado *kebenit*, que casi no permitía maniobrar. La tripulación, debilitada por el

2. S. Gsell, I, 509.

1. P. Monet, *La vie quotidienne en Egypte*, pp. 180 y sig. Cf. S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, I, 1912-20, pp. 508-509.

3. H. Breuil, *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1946, p. 203.

clima, no pudo, sin duda, hacerlo avanzar a remo, cuando no contó con el auxilio del velamen.

Probablemente, la gran expedición cartaginesa que bordeara las costas africanas fue, por poco, posterior a aquel acontecimiento. Ya vimos las causas políticas y económicas que determinaron a Hannón, "rey de los cartagineses" —tal vez un Magónida—, a equipar una flota numerosa para ejercer una fiscalización más estricta sobre el "Far West" africano. Este viaje es una de las expediciones antiguas mejor conocidas, ya que hemos conservado su relación: Hannón la hizo grabar sobre una estela, en el templo de Ba'al Hammon; fue traducida al griego, sin duda en el siglo IV, no sin haber sufrido algunas adaptaciones que debían impedir a los competidores de Cartago sacar partido de ella. Lamentablemente, este texto fundamental contiene pasajes oscuros —por momentos, incoherentes— que han hecho más difícil su interpretación. Es así como ha suscitado interminables discusiones. Por nuestra parte, antes de examinar esas exégesis y esforzarnos por elegir entre ellas, procederemos a su análisis.

El objeto de la expedición y sus medios están bien claramente enunciados en el primer párrafo: "Los cartagineses decretaron que Hannón navegara más allá de las Columnas de Hércules y fundara poblaciones de libiofenicios. Partió, pues, llevando 60 navíos de 50 remos, una muchedumbre de hombres y mujeres en número de 30.000 aproximadamente, víveres y algunos objetos necesarios".

La primera parte de la expedición fue consagrada a la instalación de colonias; la primera recibió el nombre de Thyrdiatierion; después de haber doblado el cabo Soloels, donde fue construido un templo al dios del mar (Poseidón, en griego), Hannón repartió el resto de los emigrantes entre 8 ciudades: el Muro de los Carios, Gytta, Akra, Méllita y Arambys. Los cartagineses llegaron luego al lugar que habitaban los libios, llamados Ixitas —del río Lixos, a orillas del cual vivían—. Descansaron entre esas gentes, que eran sus aliados, y volvieron a partir con intérpretes reclutados entre ellos. Sin embargo, estos Ixitas tenían por vecinos a negros salvajes que habitaban una región montañosa poblada de fieras. En esas mon-

tañas, habitaban también los trogloditas, "hombres de aspecto extraño", más veloces que caballos, en su carrera.

Al alejarse de los Ixitas, la flota se dirigió hacia el mediodía, costeando el desierto y navegando luego hacia el este, durante un día. Descubrió, entonces, un golfo que rodeaba a una pequeña isla. Hannón la llamó Cerne e instaló allí una base. Cerne se encontraba a la misma distancia de las Columnas de Hércules que Cartago.

Más tarde se descubría la desembocadura de un gran río, el Xretes; al remontarlo, los cartagineses hallaron un gran lago que encerraba tres islas. Por sobre ellas, se elevaban montañas de gran altura pobladas de salvajes, vestidos con pieles de animales, los que impidieron el desembarco arrojando piedras hacia los navíos. Hannón salió del lago por otro conducto lleno de cocodrilos e hipopótamos y regresó luego a Cerne.

De inmediato, volvió a partir hacia el sud, costeando un litoral poblado de etíopes que huían a la vista de los navíos. La lengua de estos negros era incomprensible para los Ixitas. Después de doce días arribaron al pie de altas montañas, cubiertas de árboles olorosos con maderas de color. La flota bordeó esta cadena durante dos días; más lejos se abría un golfo inmenso, de orillas bajas; durante la noche, brillaron fuegos por toda la llanura.

Al continuar bordeando la costa por espacio de cinco días, Hannón llegó a un gran golfo que los Ixitas llamaron el Cuerno de Occidente. En este golfo se encontró una isla y, en la isla, una laguna que encerraba un islote. Durante el día, los cartagineses no vieron allí más que un bosque. Pero, por la noche, brillaron fuegos por todas partes y se escuchó una música de flautas, címbalos y tamboriles que atemorizó a los navegantes; por consejo de los adivinos abandonaron la isla a toda prisa.

Más adelante encontraron un volcán en erupción, llamado el Carro de los Dioses, cuya lava corría hasta el mar. Durante siete días siguieron una costa devastada por las llamas, para entrar, por último, en un golfo llamado el Cuerno del Sud. En esta bahía se encontró una isla que, a semejanza de la del Cuerno de Occidente, contenía una laguna que rodeaba a un islote; éste se hallaba poblado por hombres salvajes cubiertos de vello, que los Ixitas llamaron "gorilas". Los machos, poco numerosos,

huyeron trepando a los árboles. Pero los cartagineses capturaron tres "mujeres"; no obstante, se vieron obligados a matarlas pues mordían y arañaban; sus pieles fueron llevadas a Cartago. La expedición no pudo continuar más adelante por falta de viveres.

Los numerosísimos comentaristas de este texto se dividen en dos grupos —para dejar de lado los que no ven en él más que ficción—; los que creen que Hannón avanzó hasta África tropical y ecuatorial y los que afirman que no pudo ir más allá de la costa marroquí. Esta última opinión se halla tan manifiestamente en contradicción con el texto que no se consideraría necesario discutirla, a no mediar el hecho de haber sido, hace poco tiempo, nuevamente sostenida por Mauny, cuyo conocimiento del pasado del África negra le confiere, sin lugar a dudas, gran autoridad.

El argumento principal de este sabio es que los medios de navegación de los antiguos no les permitían doblar el cabo Juby y que, en caso de haberlo logrado, no hubieran podido regresar remontando la corriente de las Canarias y luchando contra los alisios. Durante toda la Edad Media —hace notar—, los marinos árabes no pudieron descender más, hacia el sud, y únicamente los portugueses fueron los que, en el siglo XVI, lograron vencer ese obstáculo, merced a medios técnicos nuevos y tras múltiples descalabros. No obstante, Mauny debe reconocer que las galeras a remo no habrían sido detenidas por los alisios; pero —dice— sus tripulantes, al no poder abastecerse de agua, habrían perecido de sed sobre las costas inhospitalarias de Mauritania. Este argumento sería válido si el Sahara hubiese estado entonces tan seco como lo está actualmente. Ahora bien; hemos visto que su desecación se ha acentuado, ciertamente, en forma muy notable, desde hace dos milenios. En el oeste, en particular, los uadis, hoy sin agua, corrían aún hace algunos siglos. El cabotaje de las galeras, a lo largo de las costas saháricas, dependía, pues, de condiciones muy análogas a las que regían los viajes por tierra; y no habría llegado a ser imposible sino cuando la desecación alcanzó el grado que obligó, entre otras cosas, a reemplazar el caballo por el camello. Este momento de la historia se sitúa al comienzo de nuestra era; lo que explica que los romanos no hayan podido conservar las relaciones establecidas por los púnicos.

Por otra parte, si se afirma que Hannón no ha podido ir más allá del Río de Oro, habría que admitir que su narración no es más que una novela, y preguntarse por qué milagro habrá podido describir, en forma sorprendentemente exacta, la flora y la fauna del África tropical; o bien, dispuestos a creer que el clima y la población de Marruecos eran entonces completamente diferentes no sólo de lo que son hoy sino de lo que fueron en tiempos de los romanos, explicar por qué misterio esa región habrá conservado condiciones naturales desaparecidas, muchos miles de años atrás, en regiones situadas bajo la misma latitud.

Todo eso exigiría condiciones climáticas totalmente diferentes de las actuales. Si se supone que esta hipótesis puede ser seriamente encarada, lo que no creemos, ella interdiría, en todo caso, cualquier razonamiento fundado sobre el régimen actual de los vientos. Parecería, por consiguiente, que el almirante cartaginés pudo perfectamente cumplir su hazaña, gracias a la precaución que tomara, adaptando sus medios a las condiciones que sabía habría de encontrar: esto explica que haya triunfado donde Satsapés no triunfó. Sabiendo que el viaje debía ser, en gran parte, realizado a remo y que sería difícil abastecer y dar de beber a las tripulaciones, constituyó su flota con navíos ligeros, de cincuenta remos, cuando el principal navío de guerra de la época era el trirreme.

Este empleo de galeras no puede explicarse de otro modo ya que, evidentemente, no habría que temer, en esos parajes, el encuentro de flotas enemigas, y los grandes transportes de comercio hubiesen sido más cómodos para disponer en ellos a los colonos y su material; puede asimismo conjeturarse que algunos navíos "redondos", no mencionados en el relato, seguirían a la primera parte de la expedición, lo que explicaría la evidente desproporción entre el número de pasajeros y el de los navíos⁴.

4. No creemos, como J. Carcopino, que cada penteóntoro haya podido llevar 500 hombres; esta cifra representa el máximo que podía cargar un quinquerrems. Existe, en efecto, una relación que varía entre el tonelaje de los navíos y la fuerza motriz representada por los remeros. Un quinquerrems con 275 remeros no podía conducir más de 200 pasajeros y un penteóntoro no debía cargar más de 40.

Pero hasta aquí todo es sólo presunción; ahora bien, disponemos de una prueba absoluta de la aptitud de los púnicos para llegar más allá de los límites considerados como infranqueables por los marinos medievales. Desde el cabo Juby se distinguen, a unos cien kilómetros al oeste, las colinas de Fuerteventura, la más oriental de las Canarias; los marroquíes, no obstante, no lograron jamás abordarla y el archipiélago fué hallado virgen, con su población prehistórica, por los navegantes españoles y diepeses, en el siglo XIV. Esto obedece a que, en efecto, es sumamente difícil para un velero llegar hasta allí desde la costa africana más próxima, a causa de la corriente de los alisios que lleva hacia el este. Pero los fenicios occidentales, gaditanos y cartagineses habían hallado solución a esta dificultad, mediante una maniobra sumamente hábil, cuyo detalle nos ha transmitido Plinio con el informe de la expedición organizada por el rey Juba. Primero, los navios avanzaban esforzadamente desde Mogador hacia el oeste, y una vez que habían sobrepasado la longitud del archipiélago, se dejaban llevar hacia éste por la corriente.

Descartada previamente esta objeción, podemos volver a la tesis expuesta por J. Carcopino en su *Maroc antique*, la que, al podar y corregir la interpretación de Gsell, nos parece que aporta, actualmente, la mejor exégesis del periplo. Para comenzar, Carcopino sienta, en principio, que Hannón logró un doble éxito: dar de su viaje una versión verosímil, que no pudo ser contradicha por sus compañeros de viaje, y evitar que los competidores —en particular, los griegos— utilizasen su relato para apoderarse de los mercados que Cartago pretendía reservarse.

Es indudable que las deformaciones no fueron introducidas en el texto original del informe sino en la edición griega, que el Estado púnico se procuró para satisfacer la curiosidad de los helenos y realizar el prestigio de su marina. En el momento en que Hannón consagró su estela, en el *tofet* de Cartago, los griegos se hallaban prácticamente excluidos de la metrópolis y no había que temer ninguna indiscreción. Lo que, principalmente, altera el documento, son las supresiones efectuadas en las indicaciones de distancia y orientación; por consiguiente, no se debe, como algunos han creído poder hacerlo, sacar de las conclusiones de Carcopino una reprobación de la

verdad del periplo. Trátase de un informe mutilado; pero cuyos elementos subsistentes persisten como enteramente válidos y exentos de embustes. Si Hannón, en forma sistemática, hubiese querido aterrar a sus lectores, hubiera podido insistir, por ejemplo, en el aspecto sobrenatural de los sucesos acontecidos en el Cuerno de Occidente, exágerar la hostilidad de las poblaciones o los peligros que significaba la erupción volcánica. "Es la suya una exposición sencilla y directa sobre lugares visitados y cosas vistas, que impone su convicción por su estilo natural y su brevedad". Este juicio de P. Charlessworth es, en especial, valioso para la segunda parte del periplo, en la que se describe a las poblaciones negras. Hannón no tenía interés en falsear la verdad acerca de esas lejanas comarcas, en las que los griegos jamás se aventuraban.

Pero la primera parte, que se ofrece hoy como un relato continuado, es, en rigor de verdad, una yuxtaposición de fragmentos, mutilados y vueltos a reunir, de relaciones sobre tres distintos viajes. En primer término, los cartagineses navegan desde las Columnas de Hércules al cabo Soloels (cabo Cantin) y remontan luego el Lixos, escalonando sus colonias de sud a norte. Vuelven a partir del territorio de los lixitas y llegan primero a Cerne, en la bahía de Río de Oro, descendiendo luego hasta la desembocadura del Xretes, que es el Senegal, para regresar a Cerne, convertida en su base avanzada. Desde aquí, su tercera expedición les hace bordear, de norte a sud, durante 35 días, luego de oeste a este, durante 22, la enorme masa del continente africano —determinando a su paso la alta cima del Kakulima— hasta el volcán Camarones, al que los habitantes denominan todavía la "montaña de los genios".

Vano sería intentar resumir, sin despojarlas de su interés y de su fuerza de convicción, las páginas en las cuales Carcopino precisa con una extraordinaria riqueza de argumentos tomados de los más diversos documentos —antiguos escritos de los portulanos de la Edad Media—, cada punto de su demostración. La evidencia de su método se impone desde un primer momento por la solución de un enigma hasta entonces indescifrable: en el párrafo 4, Hannón indica que, después de haber quitado el cabo Cantin, puso proa al este, lo que, es irrealizable a

menos que se admita, con Carcopino, una media vuelta, indicada por el adverbio *palin*, la que habría permitido a la flota púnica seguir la costa marroquí del oeste-sudeste al este-noreste. Al mismo tiempo se ha eliminado otra dificultad: los lixitas, que desempeñan durante todo el viaje un papel esencial de guías e intérpretes, ya no son los libros nómadas que acampaban a orillas del uadi Dra, y cuya adhesión a los púnicos y competencia lingüística y geográfica parecieran igualmente prodigiosas. Reconocemos en ellos a los colonos tirios de la gran ciudad antigua, próxima a la actual Larache, que desempeñó durante siglos, en Mauritania, un papel semejante al de Cádiz en España. Esta identificación nos convence tanto más cuanto que el párrafo 7, al indicar la presencia, en las proximidades del Lixos, de etíopes huidizos y de trogloditas monstruosos, nos parece presentar todos los caracteres de una interpolación, en la que algún escoliador ha reunido, sin comprender nada de ello, recuerdos espigados en la descripción que Heródoto hace del Sahara. Ese erudito poco hábil no fue tan perspicaz como Pausanias, que halló modo, en una sola frase, de confundir a los lixitas, a los que supone negros, con los atlantes de Heródoto, habitantes del Hoggar, y los nasamones de Auyila.

No nos separamos de Carcopino sino en un punto bien secundario: los "gorilas" de Hannón no serían para él, como para otros sabios, si no negrillos cubiertos de pelo. Nos parece poco verosímil que los cartagineses no hayan reconocido a los pigmeos —tan familiares a cuantos han atravesado el Sahara—, los que, además, no tienen tanto pelo como para poder proporcionar pieles. La descripción se ajusta muy bien a los monos antropoides, no por cierto a aquellos que los exploradores del siglo pasado denominaron precisamente gorilas, en recuerdo del Periplo, sino a los chimpancés que viven en grandes grupos muy agresivos.

Carcopino, por último, nos aclara los motivos que impulsaron a los cartagineses a emprender esas giras tan remotas y arriesgadas. Las rocas graníticas del macizo de Guinea ocultan filones auríferos que una explotación muchas veces milenaria no ha podido aún agotar; los negros por otra parte, no los laborean directamente sino que se limitan a recoger el polvo y las pepitas en los

innumerables cursos que escapan de esos depósitos de agua del África occidental. Para el mundo mediterráneo de la Antigüedad, sediento del precioso metal del que sólo poseían escasas fuentes, los plaeles del Senegal se presentaban como un Eldorado cuya lejanía multiplicaba su prestigio.

El polvo y las pepitas se exportaban por la costa del Senegal —que Hamón describe con el nombre de Xretes pero que Plinio denomina con el de Bambotus y que Carcopino aparea al de Bambuk, que designa precisamente al macizo aurífero—; o bien por caravanas que atravesaban el Sahara. Pero ya fuese por el costo del flete, lo prolongado del viaje o los peajes exorbitantes fijados por los señores del desierto, el comercio se hallaba sumamente restringido. Los cartagineses intentaron, pues, aproximarse a los lugares de producción; ya sabía Heródoto que aquellos se procuraban oro, en un lugar de la costa situado más allá de las columnas de Hércules: "Los cartagineses —escribe— desembarcan sus mercancías y las exponen ordenadamente a orillas de la costa, vuelven luego a sus navíos y hacen humo para llamar la atención de los indígenas; éstos se encaminan entonces hacia la costa, colocan junto a las mercancías el oro que ofrecen por las mismas y se retiran. Los cartagineses vuelven a desembarcar y examinan lo que les han dejado. Si consideran que la cantidad de oro responde a las mercancías, lo llevan y parten. En caso contrario, vuelven a sus navíos y aguardan. Los indígenas regresan y añaden oro hasta que los cartagineses quedan satisfechos. No se hacen recíprocamente ningún atropello: ni los unos tocan el oro hasta que la cantidad depositada les parece estar en relación con sus mercancías, ni los otros tocan éstas antes que los cartagineses hayan cogido el oro".

En algunas oportunidades se han generalizado, en forma abusiva, los alcances de este pasaje, en el que no se debe buscar una descripción de los procedimientos comerciales empleados por los Púnicos con respecto a todos los pueblos bárbaros occidentales. Describe, sin duda, las condiciones más primitivas del comercio del oro antes del establecimiento de bases púnicas permanentes, en el gran sud. Con el andar del tiempo estas relaciones con los indígenas llegaron a ser más confiadas. No obstante, un

texto del geógrafo árabe El Yacout⁵, que vivió a principios del siglo XIII de nuestra era, nos describe un sistema de intercambios enteramente semejante al de Heródoto pero con esta única diferencia: la señal de desembarco no se indicaba con humo sino por medio de los tan-tan. Sin duda, el incremento de la trata de negros y el temor de ser apresados por corsarios disfrazados de mercaderes, habrían hecho renacer costumbres de cerca de quinientos años atrás.

El lugar en que solían efectuarse estos intercambios parece haber sido identificado con certeza. Se lo sitúa en esa bahía de Río de Oro cuyo nombre aún recuerda que al llegar ahí los navegantes castellanos, en el siglo XV, abrigaron la esperanza de adueñarse del mercado del oro de Guinea; en medio del golfo surge una isla que lleva el nombre de Herne. Carcopino no duda al reconocer en él, bajo una forma apenas alterada, el de Cerne, y su conjetura no nos parece que vacile frente a la objeción de quienes quieren encontrar, en ese vocablo, tan sólo el recuerdo de los "aírones" de mar que frecuentaban la isla: pues la presencia, en Cerne, de numerosos "gavilanes" ya es señalada por Plinio el Viejo, y si los marinos modernos han dado el nombre de aírones a los cormoranes —que son, en realidad, los únicos que anidan en esta isla oceánica— es sin duda bajo la influencia de uno de esos retruécanos frecuentes, merced a los cuales un topónimo conserva la misma consonancia en la lengua de varios ocupantes sucesivos que no le asignan idéntico sentido.

Cerne, colonizada por vez primera por Hannón —lo que habría debido evitar a Mauny identificarla con Mogador, donde la presencia púnica, al menos desde el siglo VI, ha sido comprobada por la arqueología—, se convierte luego en el centro de importantes intercambios con los indígenas de la vecina orilla. Un tratado griego de geografía del siglo IV a. C., el Periplo de Scylax, nos informa que, en esa época, existía una ciudad etiope frente a la isla y que, regularmente, se celebraban allí importantes ferias. La existencia de un establecimiento negro tan septen-

trional, bastaría para testificar un comercio con las regiones tropicales, si la aridez de Mauritania no confirmase el hecho de que las mercancías que se canjeaban en esos mercados provenían de lugares remotos.

Los cartagineses, dejando sus navíos en la isla, donde acampaban en sus tiendas, se dirigían hasta aquel lugar, en barcas. Los negros aportaban pieles y cueros, marfil y hasta vino, lo que parece inverosímil⁶. Los cartagineses les dejaban perfumes, loza y cerámica. El valor de estos canjes no parece justificar tan largos viajes, tanto más cuanto que Cartago podía obtener pieles y marfil en comarcas mucho más próximas. El autor griego fué, sin duda, parcialmente enterado por sus informantes, los que le ocultaron el motivo principal de la empresa: el comercio del metal precioso. El aprovisionamiento de Cartago continuó, pues, rindiendo tributo al comercio terrestre, que se realizaba por caravanas, a través del Sahara. El relato mismo de Hannón prueba que él no pudo entrar directamente en relación con los lavadores de oro de Guinea. Los lixitas, con los que había contado como intermediarios, desaparecieron a medida que se penetró en la zona tropical. Las condiciones que permitieron al almirante púnico realizar su proeza impidieron, en cambio, establecer un tráfico que rindiera beneficios: las barcas de cincuenta remos no podían llevar, además de los víveres y del agua necesarios para su tripulación, un cargamento interesante. Por otra parte, en los tiempos de Scylax, ya se consideraba imposible navegar más allá de Cerne.

Es poco probable, por consiguiente, que Eutímenes de Massilia haya podido llegar al Senegal. Los disturbios políticos contribuyeron, sin duda, a la ruina del comercio trans-sahárico. Eratóstenes y Plinio afirman que las colonias fenicias del Atlántico fueron destruidas por los farusios; estos caballeros bélicos, predecesores de los moros, fueron aterrorizados, sin duda, por la prosperidad del emporio etiope próximo a Cerne, como los marroquines del siglo XV por Timbuctú. Por último, la desecación progresiva del desierto tornó más difíciles, allí también, los viajes a caballo y no se contaba con los traficantes de Leptis

5. Citado por Y. F. Gauthier, *L'or du Soudan*, Ann. Hist. Econ. et Soc., 1925, pp. 118 y sig., tomado de Monteil, *Bull. A. O. F.*, 1929, p. 326.
 6. Carcopino, *Le Maroc Antique*, p. 108.

6. El geógrafo griego, sin duda, ha confundido a esos respecto los aportes de los púnicos y los de sus clientes.

para importar camellos. La arqueología prueba que, contrariamente a su reputación, la Cartago del siglo II no era más rica en oro que en plata. No obstante, Escipión Emiliano quiso tener un conocimiento preciso de los recursos de África occidental y encargó su reconocimiento a su maestro y consejero, el historiador Polibio, y al filósofo Panecio: los dos sabios tuvieron a su disposición una escuadra de siete navíos...

La relación de su viaje no se ha conservado hasta nuestros tiempos⁷. No obstante, parece ser que no llegaron a la Cerne de Hannón: Polibio dio su nombre a otra isla más septentrional, en aguas del Anti-Atlas. Carcopino cree que los litixas, desando reservarse los beneficios del oro de Guinea, lo indujeron a error intencionalmente. Pero es poco probable que el comercio del metal precioso haya sido aún activo en esa época. En todo caso, había desaparecido por entero, en los tiempos del rey Juba; la marina de este príncipe, que exploró las Canarias, no pudo descender, a lo largo de las costas marroquises, al sud de Mogador; por tierra, por el contrario, los exploradores enviados reconocieron el curso del Nilo, cuya fuente se situó en el Atlas, siguieron los uadis semifélicos del Sahara y llegaron, a nuestro juicio, al Níger⁸. No pudieron, por consiguiente, establecer contacto con las poblaciones negras e informaron que las selvas tropicales sólo estaban pobladas por fieras.

El periplo de Hannón, como el de Neco, aparece, pues, como una hazaña rigurosamente histórica; pero que no tuvo ninguna consecuencia, ya que no produjo los resultados económicos esperados por sus promotores. Ahora bien; los antiguos no concebían las exploraciones como medio de investigación desinteresada, de modo que las abandonaban cuando aquéllas no permitían esperar ni provecho comercial ni resultados políticos. El tráfico en-

tre el mundo mediterráneo y el Sudán prosiguió, por lo tanto, por las rutas terrestres que atravesaban el Sahara central, merced a los camelleros de Leptis; enriqueció a los mercaderes de Garama y de Cydames, quienes se hicieron construir pomposos mausoleos a la moda romana, y llevó hasta el Ahaggar las lámparas del siglo II, la moneda de Constantino y las alhajas encontradas en Abalea, en la tumba de la legendaria Tin Hinan y en el pequeño fuerte que la protegía⁹. Pero la gran civilización sahariana, relata por las pinturas rupestres y los itinerarios de Heródoto, se fue apagando a medida que se evaporaba el agua de las arenas y, al comenzar la Edad Media, dejaba su lugar a una economía nueva basada en la cría del camello y el cultivo de la palmera datilera¹⁰.

GILBERT Y COLETTE CHARLES-PICARD.

La vie quidiennière à Carthage au temps d'Hannibal.

III^e. siècle avant Jésus-Christ.

Traducción de Axel Costa Álvarez de Sapin.

9. - Roygasse, *Monuments funéraires préhistoriques de l'Afr. du Nord*, pp. 88 y sig.

10. - E. F. Gautier, *Le Sahara*, p. 56, ha insistido sobre la aparición reciente de palmeras en el Sahara occidental. Las del sud tunecino se remontan, por el contrario, a la más alta Antigüedad. El bajo relieve de Baja que representa unos dioses libios ocupando su trozo, delante de un oasis (nuestro *Ed. Afr. Ant.*, fig. 23), atestigüa que para los africanos, a pesar de estar instalados en plena región cerealera, el símbolo de la riqueza y de la felicidad paradisíacas continuaba siendo la palmera.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

LA ESCUELA RURAL

Al considerar el problema de nuestra educación primaria, con frecuencia nos hemos encontrado ante la pregunta, sin respuesta, del por qué de la profunda crisis por la que atraviesa la escuela rural. Atribuimos esta

7. La conocemos por el libro V de Plinio, que utilizó el XXIV libro perdido de Polibio; cf. J. Carcopino, *op. cit.*, p. 159. En otro sentido, R. Thouvenot, *Ha pater*, 1948, pp. 1 y sig., sostiene que Polibio llegó al Senegal. Sin embargo, es difícil creer que en el transcurso de sólo un verano, la flota dirigida por el historiador haya podido visitar, uno después de otro, el Senegal y el Loire.

8. Su relación se basa en las indicaciones de Plinio, V, 51-53. Para la interpretación de este texto cf. nuestro *Castellum Dismidii*, pp. 25 y sig.

decadencia a varios factores que la motivan y cuyas consecuencias tenemos a la vista: Exodo a la ciudad, de la familia campesina, desamor por las tareas sencillas, desarraigo de las zonas agrícolas o ganaderas, deserción escolar temprana debido a la ayuda del niño en las tareas rurales, escaso aprovechamiento escolar.

Pudo haber un momento en que la escuela, tal cual se encuentra enfocada hoy, gravitase en la vida rural; pero en la actualidad, dadas las influencias sociales poderosas que terminan por estructurar el vivir cotidiano, no lo puede ya. Podemos analizar el problema que, por ser de hecho, no podemos ignorar, desde tres puntos de vista: el maestro, la escuela en sí y su acción sobre lo circundante en lo social.

Para el primero de ellos acotamos las siguientes reflexiones. Ante una honda crisis, cuando no un profundo fracaso del maestro rural en sí, nos preguntamos: ¿Prepara nuestra escuela normal a los maestros para que sean eficaces en el medio campesino? Conocemos por experiencia que ni las materias que se enseñan, ni la forma en que se encaran, les ayudan a ello. El joven docente recién egresado, con su bagaje de ilusiones, acepta transformarse en maestro rural, pero pronto la realidad inmediata le hace comprender que su caudal es pobre no sólo en cuanto a habilidad en el aula sino también en formación espiritual. Entonces, desorientado, se dice a sí mismo y muchos lo confiesan: ¿Puedo inculcar amor a la tierra, cariño a las tareas sencillas, si no los siento? ¿Y cómo sin mentir puedo transmitir al niño a mi cuidado emoción y sentimientos para que los haga suyos? Habitado a la rapidez de la vida ciudadana desconoce la belleza del silencio de la naturaleza, la serenidad del río, la frescura del viento después de una lluvia, la semiobscuridad de las noches plateadas o la lobreguez de las tormentosas, y los alumnos lo verán sacudirse con

fastidio e incluso con fatiga no disimulada, el polvo del trayecto.

Encontrará la realidad inmediata; la planta, el animal, el viento, el polvo que sólo conocía a través del tecnicolor de la película; encontrará que sus conocimientos sobre flora y fauna son escasos, que en las someras descripciones o clasificaciones del libro del aula faltó tomar contacto con el elemento vivo y sentir satisfacción por ver brotar la hierba, conocer el porqué de las diversas cuestiones que el niño campesino, intuitivo, sabe y plantea; ese niño sospechará que el maestro las difiere o soslaya por no saber dar la respuesta acertada.

Un factor más importante que los otros, será su trato con el hombre de campo. Nada estudió de la psicología de esa gente, sencilla en apariencia, que es necesario saber interpretar. Nadie en su carrera le enseñó a descubrir a través de su hosquedad o simpleza, sentimientos y pasiones. No leyó libros adecuados ni escuchó conferencias que le auxiliaran para la aclimatación moral y la afinación de sus sentidos para conocer el alma ajena y dotarse de paciencia y sagacidad para juzgar.

Este primer choque con la naturaleza, medio y elemento humano, deberá encontrarlo lleno de una profunda fe en la educación y en los valores verdaderos que deben alentarlo, de sentimientos serenos y firmes, para no desertar, no aniquilarse, no destruirse a sí mismo hasta convertirse en un maestro más, mediocre o rutinario, que sólo aspira a que corran los meses y los años para llegar a la ciudad y dejar a sus espaldas el profundo problema que conoce pero ante el cual se sintió impotente.

No se desconoce la situación, y el Ministerio de Asuntos Agrarios llega hasta el maestro con los cursos de verano e invierno, en escuelas como "Eduardo Olivera" de Tandil o cursos en Ezeiza, los Hogares Agrícolas, etc., para orientarlo y asesorarlo; la UNESCO, con los cursos de este

año en Táchira, Venezuela, indica que el panorama es general y que se extiende con la misma gravedad en otros países de América.

La difusión que realiza AFAR, la preparación de planes de la Comisión Interministerial de la provincia de Buenos Aires, pueden contribuir a elevar el nivel del maestro con inquietudes, pero no tocan la cuestión de fondo, porque esas orientaciones son para unos pocos maestros, un mínimo del personal en funciones, y lo que urge es encauzar el total de la labor para aunar esfuerzos y realizar obra valieda.

Se hace entonces imperiosa la reforma del espíritu que señorea la formación del maestro rural. Programas que lo capaciten para acercarse a la masa campesina; saber de sus inquietudes y deseos, de sus trabajos y luchas; que le enseñen a penetrar el alma del niño del campo y del adolescente cuya modalidad no es la misma que la del suburbio o la ciudad; descubrir cuáles son los valores que deben orientar el medio campesino para hacerlos carne en el niño a su cargo; estar capacitado para despertar en ellos vivencias estéticas y éticas.

Hasta tanto sean resueltos los problemas sociales que trastruecan el nivel de la escuela rural y la capacitación de los maestros, debe encararse con criterio realista la inmediata organización, en base a los medios al alcance de nuestra escuela.

La preparación de numerosos temas diarios hace que quienes conocemos los inconvenientes con que tropiezan los maestros, sobre todo los noveles, en determinados puntos del programa vigente o cualquier otro que utiliza la escuela primaria, hayamos pensado muchas veces en la necesidad de presentarles guías didácticas con trabajos elaborados, que adaptarán al ambiente, con libertad de agregar las experiencias propias, cuando lo crean conveniente. Estas guías permitirán una amplitud de conocimientos superior al libro de estudios del grado.

usado por una gran mayoría para la preparación de los temas. Deben crearse bibliotecas, discotecas y colecciones ambulantes de reproducciones de obras famosas, que llegando a todas las escuelas en forma rotativa, mantengan en continua renovación a maestros y alumnos.

Se hace necesaria, asimismo, la introducción de instrucciones sobre cultivos, posibilidades de la riqueza argentina en cada zona, contabilidad rural, preparación de planillas de estadística, conocimientos de leyes agrarias, economía doméstica, labores adecuadas a elevar el nivel de confort del hogar campesino, ya en las labores femeninas como en los trabajos de carpintería o herrería, prácticas activas de cooperativismo y conocimientos sobre mecanización del agro.

Muchas de nuestras escuelas rurales conservan todavía el régimen de escuela unitaria. Si bien se contempla su desdoblamiento con veinticinco alumnos, puede conseguirse su existencia sólo como medida precaria que deberá suprimirse, sin tener en cuenta los inscriptos, pues ese sistema acarrea graves inconvenientes. El alumno pocas veces es debidamente atendido por falta de experiencia del maestro, generalmente joven, que se encuentra desorientado y sin ayuda diaria para superarse; la atención del grupo a través de seis o siete años trae aparejada la aparición de hábitos o defectos que pudieron subsanarse en el contacto con otros maestros: escaso vocabulario, ambigüedad de conceptos, poca dedicación al razonamiento, mala redacción, falta de expresión al leer, pobre repertorio de cuentos, errores científicos, hábitos en el alumno que nada ni nadie podrán desterrar.

En el maestro, solo y sin emulación, el resultado también es negativo y generalmente se anquilosa. En el corto lapso de cuatro horas debe la escuela rural, no sólo encontrar tiempo para enseñar lo mismo que la escuela urbana, sino suplir la falta de deportes, profesores especiales, discos, películas, radio, etc.

Un horario extenso, que aumente la estadia diaria en la escuela, permitirá la iniciación de la educación integral: mental, física, estética y moral, que requiere el momento argentino para la conquista de posibilidades, que el hombre nuestro es capaz de desarrollar con el desenvolvimiento de sus potencias. Contacto con la música, el dibujo, la gimnasia y la danza, la lectura de autores que abran horizontes espirituales más amplios, la enseñanza para lograr la ornamentación del hogar y la higiene del mismo, el cultivo del jardín, la huerta, plantas de tiesto e incluso invernadero, cría de animales que permitan nuevos desenvolvimientos económicos hasta lograr el autoabastecimiento, haciendo que la chacra se transforme en granja.

Se tropezará, sin duda, con inconvenientes, pero un horario de ensayo que contemple una jornada de seis horas, con intervalo para la merienda, nos haría obtener un saldo de dos o tres horas diarias que completaría la educación sacándola de su empobrecimiento. En cuanto a los maestros, muchos prolongarían con gusto la jornada, ya que no ignoran los problemas y tienen fe en su superación.

Si la elección de un método es base del éxito del proceso educativo, en ambientes con ayuda del hogar y guía de una dirección eficaz y experimentada, cuánto más lo será para el maestro que solo, sin ayuda e interpretación del medio, debe dedicarse a atender varios grupos conjuntos. Obras como *La Escuela Rural Unitaria*, de Iglesias, nos dicen claramente que ello es factible. Experimentación, trabajo personal, correlación de materias, proyectos, centralización de subtemas alrededor de una idea y el uso de tarjetas y cuestionarios de investigación, ayudarán al maestro a hacer provechosa la totalidad del tiempo.

En la frase de Ortega y Gasset: "el individuo humano lo es sólo en cuanto contribuye a la realidad social y en

cuanto ésta es acondicionada por aquéi", tendremos la visión de la escuela y el maestro rural, pues si cumplen su misión, influirán en el niño y trascenderán al medio en forma inmediata o mediata.

Si se logra en los niños del campo una conformidad del propio yo, radicada en lo hondo del espíritu, el esfuerzo será leve y poco a poco prevalecerán, sobre falsos atractivos, el amor y el arraigo al solar rural. Ello se logrará cuando la escuela campesina sea una protesta auténtica contra el intelectualismo sin formación, y la alfabetización sin mensaje espiritual, que le dan un contenido frío e ineficaz.

Una encuesta realizada por televisión, en Francia, y organizada por UNESCO, a la que se dió el título alarmante de "Estado de Urgencia", demostró que lo que pasa en el hogar campesino de ese país, pasa en el de nuestro chacarero medio y en el de muchos otros países.

La primera finalidad debería ser despertar la conciencia acerca de las condiciones de modernización y sugerir posibilidades de mejoramiento: desarrollo de la cooperación, la mujer en el hogar y situación de la juventud.

Los maestros de escuela dudaron de que las emisiones lograsen su fin: "nunca los campesinos se atreverán a decir lo que piensan". Por lo contrario, los temas lograron debatirse y las opiniones revelaron los problemas en forma elocuente: adquisición de equipos, construcción de viviendas, racionalización del trabajo por la máquina, contribución a la motorización, créditos, condiciones de la mujer, el espíritu comunal, organización de distracciones para la juventud, todo fué analizado, y se demostró que el aislamiento, las dificultades materiales, los obstáculos financieros y sociales, se oponen a la modernización de las costumbres, y que el hombre se desarraiga del campo porque desea confort y comodidades que sólo puede lograr en la ciudad, con trabajos de otra índole.

La escuela puede influir en estos problemas en forma decisiva. Programas adecuados, preocupación por elevar el nivel del campesino, formación moral sólida, obrarán eficazmente sobre niños y adultos y, en consecuencia, sobre la comunidad.

Los resultados, aunque a largo plazo, no se lograrán si no hay comprensión inmediata del problema, dentro de las posibilidades actuales.

ANA MARÍA IDIART DE REBÓN.

EL MAESTRO ELEMENTAL DEL MAÑANA

La futura educación de los maestros elementales consistirá, como mínimo, en un programa de cinco años, que culminará con la obtención del título de maestro. A los estudiantes no se les permitirá impartir la enseñanza hasta que no completen los primeros cuatro años de estudios. El quinto año comenzará en el verano anterior al primer año completo del ejercicio de la docencia y se completará en una fecha no más tarde que el verano que siga, inmediatamente, al tercer año del ejercicio de la misma. Se proporcionarán oportunidades a los alumnos por medio de seminarios externos e internos y programas de escuelas de verano.

Aunque la mayor parte de la educación general destinada a la preparación de los maestros elementales del futuro, estará contenida en el transcurso de los primeros dos años de estudios, habrá una continuación de programas adecuados de educación general en el tercero, cuarto y quinto años.

El concepto de educación general quiere significar aquí, que parte del programa total que se destina a los estudiantes identifica y resuelve problemas comunes perso-

nales, sociopersonales, sociocívicos y económicos. Durante este contacto con la educación, los estudiantes adquieren no sólo informaciones acumuladas de nuestra cultura, sino que también logran reconocer la importancia y utilidad de los hechos en la solución de los problemas de la vida y de la sociedad.

Los objetivos primordiales de esta clase de educación general, incluyen el desarrollo de habilidades en la solución de problemas por la utilización de métodos científicos; por la localización y valoración de informaciones y por el pensamiento racional, crítico, imaginativo y creador. Además, los estudiantes tendrán una oportunidad de desarrollar una filosofía de la vida y de adquirir una serie de valores con los cuales elaborarán dicha filosofía. Un programa de educación general, basado en estos conceptos y objetivos, complementará y reforzará las áreas de asignaturas profesionales y de especialización de un programa de educación docente.

El contenido de los cursos, en el eslabonamiento profesional de la preparación de maestros elementales para el futuro, será principalmente el mismo que se proporciona, actualmente, en los mejores programas. En el programa del porvenir se insistirá, por lo menos, en tres conceptos funcionales: 1º Los estudiantes relacionarán lo que aprendan con la situación de enseñanza-aprendizaje, en verdaderos experimentos con los niños en el aula. 2º Estos experimentos se planearán previamente y se utilizarán como parte integral de cada curso profesional. 3º En lugar de fragmentar los experimentos profesionales, se combinarán y se presentarán como cursos de unidad o de núcleo.

La mayor parte de los cursos esenciales servirá, en esta parte del eslabonamiento profesional, de utilidad a los estudiantes que se preparan para ejercer la docencia en las escuelas elementales y secundarias. La última

unidad o núcleo que precede al internado, representará el programa completo del estudiante.

La esperanza verdadera de alcanzar la unidad integral y la escuela elemental no graduada, que ya ha sido manifestada en artículos anteriores, es la de preparar bien a los maestros, para que comprendan y dominen las innumerables áreas de asignaturas del programa elemental. El futuro programa educacional para maestros de enseñanza primaria, incluirá, en su preparación, cursos sobre temas de especialización en muchos aspectos; el conocimiento de lo que debe enseñarse a los alumnos elementales y la forma como debe impartirse la enseñanza. Asimismo, los cursos de lenguaje, de lectura y de aritmética se combinarán y se enseñarán en períodos más amplios de tiempo. Este acercamiento dará importancia a la relación de las asignaturas y sus aplicaciones a la solución de los problemas del niño y de la sociedad.

En el transcurso del primer año en la universidad, todos los estudiantes que se interesen en la enseñanza seguirán un curso destinado a ayudarles a demostrar sus gustos y aptitudes para la docencia. Durante el primero y segundo años, en los que tres cuartas partes del programa se refieren a preparación general, los alumnos comenzarán a estudiar el desarrollo y el crecimiento del ser humano, los fundamentos sociales de la educación, y también seguirán cursos de arte y música en la serie de materias profesionales que exigen un terreno y un despliegue de habilidades, considerables. Durante el tercer año de estudios, los estudiantes proseguirán elaborando y redoblando sus esfuerzos en las áreas de asignaturas de especialización, y continuarán cursando, al mismo tiempo, un programa considerablemente reducido de preparación general.

En la primera mitad del último año, los estudiantes se dividirán en grupos, no mayores de 30 alumnos cada uno, y trabajarán juntos durante todo el semestre. Cada grupo

recibirá la colaboración de un supervisor o coordinador, asesorado por diversos miembros del personal de la escuela elemental. El programa de este plan único se relacionará, en principio, con todo el programa elemental y permitirá una práctica más extensa con los niños de la escuela experimental y preparará a los estudiantes para el internado.

El futuro programa de preparación de maestros elementales proporcionará a los estudiantes, múltiples y variadas oportunidades de observar y de trabajar con los niños. Sus contactos con éstos comenzarán con observaciones, estudios de casos individuales y de pequeños grupos de niños; todo planeado objetivamente y relacionado con el trabajo del curso. La mayor parte de estos contactos tendrán lugar en la escuela experimental de la universidad.

En el transcurso del segundo y del tercer año, los estudiantes participarán en las clases, por breves períodos de tiempo, con grupos reducidos de niños. También comenzarán a trabajar con grupos de la comunidad, como los boys scouts y alumnos de las escuelas dominicales. Todos estos experimentos se relacionarán con el trabajo del curso y serán supervisados por personal de la universidad. Durante el primer semestre del último año de estudios, cuando todos sigan un curso general de 15 horas diarias, se les proporcionará prácticas en la escuela experimental.

El internado del futuro se realizará en las escuelas públicas, con frecuencia en aquellos centros que puedan alojar un número considerable de estudiantes. Durará un cuatrimestre o un semestre y el interno vivirá en la comunidad en que se encuentre el internado.

Habrán diversos seminarios para internos en el transcurso del semestre. Por ejemplo: el primero se seguirá en la primera semana de prácticas, en el terreno de la

escuela, que facilitará a los estudiantes los preparativos finales para las prácticas del internado. El segundo internado se seguirá, aproximadamente, en la semana media del semestre, ya sea dentro o fuera de la escuela, para concentrarse en las dificultades que experimentan los estudiantes y proporcionarles una oportunidad de que compartan las prácticas y el tercero, que se seguirá en la escuela, y al término del semestre, se utilizará para valorar las prácticas de los internos y para planificar el programa de quinto año.

El coordinador o supervisor universitario trabajará con el director y el cuerpo de profesores de todas las escuelas donde se hallen internos, para familiarizar a éstos con el terreno, así como ayudarles a que comprendan la responsabilidad que le toca al interno y la responsabilidad de la escuela. El coordinador trabajará junto a todos los maestros voluntariosos que quieran cooperar.

A causa de que las clases de la universidad comienzan habitualmente después que las de las escuelas públicas, los internos no tienen oportunidades de participar en la planificación previa al período escolar y en la primera semana de clases. En consecuencia, el programa del porvenir hará que cada estudiante participe en estas actividades, antes de que comience su internado.

El programa de quinto año se iniciará el verano siguiente al internado. Los estudiantes que ya lo hayan completado, y los maestros que hayan realizado prácticas de un semestre de duración, trabajarán en los problemas específicos y en las necesidades de mejoramiento, descubiertos mientras ejercían su internado o la docencia. La escuela experimental resultará provechosa para las observaciones y la práctica y ellas darán tema para el trabajo de tres veranos sucesivos.

En el transcurso del primer año de ejercicio del maestro, la universidad nombrará un miembro del cuerpo de pro-

fesores para que trabaje con el personal supervisor del sistema escolar, con el fin de proporcionar cualquier clase de ayuda que los nuevos maestros solicitaren. Como complemento de este servicio, durante los primeros tres años en el ejercicio de su profesión, los maestros recibirán ayuda de diversos seminarios bien planificados, que se seguirán dos o cuatro días cada semestre, ya sea dentro de la escuela o en un lugar cercano a la misma. Estos seminarios serán dirigidos voluntariamente por el personal universitario y el personal supervisor de las escuelas públicas.

El programa de educación de docentes del futuro, incluirá un plan de selección inteligente de presuntos maestros, que comprenderá un cuidadoso análisis del comportamiento emocional y social, así como también del progreso intelectual. A cada estudiante interesado en enseñar, se le designará un consejero, que llevará un registro donde se dejará constancia de cada sugerencia.

La ubicación de los estudiantes será objeto de especial consideración. Se intentará colocarlos en una escuela donde existan las mayores oportunidades de éxito.

El desarrollo de mejores programas para la preparación de maestros, dependerá, en su mayor parte, de investigaciones y experimentos cuidadosamente planeados, en los que participará toda aquella persona que se interese por ellos.

MAURICE R. AHRENS.
NEA Journal, enero de 1928.

Traducción de Emilio J. Ritter.

VALOR EDUCATIVO DE LAS LETRAS

Si el espíritu no puede ser pura y simplemente insertado en las cosas, si hay una naturaleza original e irreducible, conviencen no absorberla por entero en la exploración del mundo de las percepciones. He aquí por qué

los estudios exclusivamente científicos tienen el grave defecto de desviar el espíritu de sí mismo, de exponerle a desconocerse y aun a negarse. Y la experiencia nos demuestra reiteradamente que ese peligro no es en modo alguno imaginario.

Otros afirman que se impone en efecto el estudio de la vida interior; pero sostienen que sólo los métodos rigurosos de la ciencia experimental nos harán conocer al hombre. También aquí son necesarias algunas precisiones. Es evidente que la anatomía y la fisiología estudian al hombre como una cosa entre las demás cosas. Determinadas formas de la psicología consideran lo psíquico en sus relaciones con los hechos externos, y estudian al espíritu considerado en la materia y asociado al mecanismo. Si vemos en la vida interior una sucesión de hechos irreductibles, será indudablemente necesario para explorarla, seguir rutas especiales y que podrán diferir mucho entre sí. Entonces es cuando aparece el alto valor de los estudios llamados literarios. ¿No nos suministrarán esos estudios un medio admirable para adquirir el conocimiento del hombre, no del hombre contemplado como animal u organismo, sino del hombre considerado espiritualmente? Todas esas "obras eternas" que Alain llama "los libros monumentales", ¿no nos facilitan la experiencia de la vida íntima, tal y como ha podido ser adquirida por los más grandes espíritus? En esta inestimable colección de observaciones, de reflexiones, de testimonios, percibiremos ciertas reglas características del tipo humano, las manifestaciones más esenciales de la naturaleza humana. Varios pedagogos de la escuela nueva proclaman con exceso de celo que es preciso dar de lado a los libros, o al menos no concederles más que una importancia estrictamente secundaria. Eso es resolver a la ligera una grave cuestión de método, y preciso será hacer en esto distinciones en las que al parecer no se repara. Si se nos recomienda no dar a los niños, a través tan sólo del libro, los conocimientos que pueden adquirir por medio de una observación personal de los objetos o de los hechos, no tendríamos más que aprobar sin vacilación. En efecto ¿no es absurdo pretender enseñar la botánica sin hacer examinar jamás ninguna planta y utilizando un manual en que no se hallarán más que imágenes raras e imprecisas? Pero los servicios que debemos esperar de los libros no son todos

idénticos, y conviene discernir entre los libros y entre las diversas enseñanzas. En un manual científico podemos encontrar una ciencia reducida a sumario, a fórmulas que traduzcan de manera abstracta los resultados de las investigaciones. Pero en las grandes obras de la literatura hallaremos un pensamiento que permanece allí palpitante y que puede ser para nosotros en extremo sugestivo y revelador. "Es preciso leer y releer —aconseja Alain—, es decir, llegar a una familiaridad con las páginas ilustres". Este sería uno de los mejores métodos para seguir el precepto de Sócrates: "conócete a ti mismo"; y es también la disciplina que constituye el género de estudios designado por el antiguo término de humanidades. ¿Y qué queda de las humanidades, si el estudio del hombre se ve desdeñado, truncado, si se pretende dar de lado a los libros que nos transmiten el resultado de la íntima experiencia de los más grandes espíritus, que por ese medio perpetúan en cierto modo entre nosotros su presencia permanente? ¿Es que las obras eternas no ofrecen a la humanidad un medio de fundar, en la medida que lo permite el destino efímero de los hombres, esa ciudad de los espíritus a que aspiran algunos grandes filósofos? Para que los estudios puedan ser llamados *humanidades* no basta que tengan un indiscutible valor educativo, es decir, que ejerciten las funciones intelectuales y que exijan calidades morales, sino que es preciso que sean capaces de revelar el hombre al hombre mismo, llevando al espíritu a adquirir conciencia de su vida más íntima, de ese yo profundo en el que se representa el drama del destino de cada ser. El que se absorbe exclusivamente en el estudio de las ciencias, no conoce más que un aspecto de la vida del espíritu, y habrá desdeñado ciertas formas de la experiencia cuya importancia es esencial para el hombre. El estudio de las ciencias puede ser para el espíritu una forma superior de eso que Pascal llama la distracción.

Grave error sería creer que la mayor parte de los sabios aprueban a los pedagogos que consideran las letras como destinadas tan sólo a ocupar nuestros ocios. Algunos, y no los menos importantes, declaran netamente que las letras deben ser cultivadas tanto como las ciencias, y que su valor educativo, no por ser diferente del de las ciencias, le es inferior en modo alguno. La sociedad francesa de

filosofía consagró la sesión del 24 de diciembre de 1931 a una sesión muy interesante destinada a examinar el siguiente tema: *Ciencias y Humanidades*. En ella, representantes eminentes de la cultura científica que tomaron parte de la discusión, no sostuvieron que los estudios científicos, exclusivamente, puedan ser suficientes, al menos para ciertos jóvenes; M. Jean Perrin afirmó rotundamente y en diversas ocasiones, la necesidad de la cultura literaria, e incluso la de la cultura artística, M. M. Hadamard, L. Roy, Mourain, sostuvieron la misma opinión. Le Roy, matemático y filósofo, explicó que si los estudios literarios y científicos desarrollan cualidades preciosas, merecen la preferencia las letras cuando se trata de desarrollar el "sentido de lo espiritual".

ALBERT MILLOT,
*Las grandes tendencias
de la Psicología contemporánea.*

EL CINE Y LA ESCUELA

El cine —arte o diversión— ocupa una amplia zona en la vida social contemporánea. Es un hecho cuya existencia el educador no puede dejar desatendida.

En el contenido de la educación han entrado las artes plásticas, la poesía, el teatro, la danza y la música. En todas ellas la educación tiene tres fines posibles: informar sobre la teoría de un arte determinado, disponer para la comprensión de sus valores, y capacitar para la práctica de ese arte. Así la música puede enseñarse como pura teoría, mostrar los principios físicos en que se funda, las tonalidades, los intervalos, los géneros musicales, etc.; puede además educar musicalmente proporcionando las categorías auditivas que hacen posible comprender y juzgar todas las obras musicales; y puede, finalmente, ser enseñada con el propósito de que quien la aprenda adquiera el hábito de su producción, ya sea en el canto o ejecución de algún instrumento, ya sea componiendo obras musicales. Las artes que integran los planes actuales de educación general, pueden orientarse según esos fines tomados parcial o totalmente.

¿No será tiempo de pensar que la escuela debe hacer algo frente a ese hecho cultural que es el cine? Como se trata de un arte tan dependiente de condiciones sociales —mucho más que cualquier otro— la posibilidad de crear para el individuo está en el totalmente excluida. Aun como producción colectiva, el cine está excluido de la escuela común en el momento actual; aunque puede preverse que así como existe el teatro escolar, podría existir el cine escolar producido e interpretado por los mismos alumnos.

Aparte de ese fin productivo, nada impide que la escuela desde ahora enseñe a comprender y a juzgar un arte que en la vida social contemporánea tiene —nos agrade o no— destacada importancia.

He aquí algunas observaciones sobre la esencia del cine en sus aspectos estéticos.

El cinematógrafo, como todas las artes, no puede definirse "a priori". Sobre las obras concretas realizadas y en las cuales hallamos un valor estético, podemos, por abstracción, descubrir una esencia. La obra de arte es "artificial", opuesta a lo natural, su esencia es inventada por el hombre.

Para que se constituya un género artístico determinado no basta, sin embargo, que el hombre se lo proponga; su arbitrio se ve sometido a muchas condiciones. No existiría la música como género artístico frente a la pintura, si no existiera una cuerda vibrando, si esa cuerda no poseyera una vibración tal que pueda ser modulada, y si esa modulación no fuera de tal naturaleza que pueda expresar algo inteligible, algo del hombre. Si uno se propusiera crear un arte, digamos, de figuras de humo, así como la escultura lo es de figuras de piedra o bronce, no le bastaría el solo propósito de inventar ese nuevo género; el humo no puede ser modelado ni detenido por instrumentos para dominarlo. En toda materia susceptible de ser ordenada en su forma por el hombre, puede éste inyectar un sentido. El agua en los jardines, en los juegos de agua, ha sido vencida en su fluidez y obligada a "decir" algo rítmico y simétrico, algo que está humanizado y puede llamarse arte.

No hubiera bastado que el cinematógrafo registrara el movimiento, las imágenes móviles o el ángulo de visión móvil. Con eso se hubiera conseguido una técnica, aná-

loga a la técnica del microscopio que no es arte bello. Era necesario que esa técnica se pusiera al servicio de la expresión de la belleza.

Los primeros que pudieron manejar esa máquina maravillosa de hacer imágenes, quisieron convertir ese juego en un arte bello, un "séptimo arte". Muchos intentos fracasaron. En principio el propósito era lícito. Está dentro de lo posible que nuevos géneros artísticos se creen; ellos no romperán la unidad del arte, sólo agregarán otra modalidad a las existentes. El peligro no está en la imposibilidad sino en la dificultad de crear nuevos géneros artísticos. Por lo común lo que se consigue es crear un género híbrido de calidad inferior apreciado por el mal gusto, por el gusto de lo abigarrado que no comprende lo simple como lo más perfecto.

Un intento fraguado de hacer del cine un arte fué el del teatro filmado. Veíase, nos cuentan, a Sarah Bernard lanzando alaridos, se la veía sin oírlos porque el cine al nacer no podía registrar del teatro sino la mímica. El teatro trágico resultaba ridículo, el teatro cómico resultaba insulso. Este género no era un arte nuevo sino un teatro mutilado. Se pensó entonces que el cine debía tener otros modos de presentar los conflictos humanos, y nació el cine pantomima. Lo que el teatro lograba con palabras y mímica, podía conseguirlo el cine con mímica sólo, pero modificada. No se abandonaba la idea del argumento, vínculo interno que es común al teatro y a la épica; mas el argumento debía ser desarrollado sin palabras. Para ello se llevó la mímica a una estilización exagerada, y apareció así en el cine mudo un tipo de mímica que no pertenecía ni al teatro ni a la naturaleza. La naturalidad en la expresión mímica es, a los fines artísticos, inexpressiva, y la mímica teatral acompañada de la declamación o de la palabra sencillamente, era ineficaz a los fines cinematográficos. Se inventó entonces la mímica cinematográfica, muy próxima a un género inferior que ya antes existía, la pantomima. El cine permitía añadir a la pantomima el cambio de escenas, la celeridad en el desarrollo de los episodios y muchos otros recursos que en la pantomima no existían ni tenían razón de ser. La obra maestra de este período corresponde a Charles Chaplin.

Se habló entonces del cine puro, como se hablaba de la poesía pura, de la música pura. La mayoría de las

veces cuando a un género artístico se añade el calificativo de puro, se piensa sencillamente en su autenticidad; poesía que sea poesía sin pegotes de otras cosas, música que sea música sin ruidos musicalizados (imitativos de sonidos o ruidos no musicales). El cine puro sería aquel en que sólo se emplearían recursos cinematográficos, sin contaminación de teatro, ni de novela, ni de fotografía inmóvil proyectada en gran tamaño. Para ello era necesario determinar qué es lo "cinematográfico", qué características tenía el cine que no tuvieran otras artes con las cuales era posible confundirlo. Era necesario establecer qué nuevo medio de expresión agregaba a los existentes; si no agregaba ninguno, no poseía autonomía, bastaba con los géneros existentes. La posibilidad técnica de agregar la voz a la imagen visual renovó el riesgo de hacer caer al cine en el teatro fotografiado, lo cual era su muerte como arte autónomo.

La introducción del diálogo, de la voz y del sonido no es por sí algo que afecte la autonomía que debe alcanzar el cine; pero sí la afecta el mal uso que de esos recursos se hizo con carácter casi general en la historia del cine. El poder de unificar todos los elementos sonoros y visuales, de modo tal que queden abrazados por una interior cohesión, no lo encontramos casi nunca en el cine que de hecho existe y se suele llamar arte. Sin embargo, no debemos dar a las manifestaciones apócrifas de un arte más importancia de la que tienen; el melodrama, el "vaudeville", la escultura policromada de baja calidad, la ópera, no son pruebas de la inexistencia del teatro o de la escultura como arte. Bastaría la existencia de una sola obra de Shakespeare para justificar el teatro como género autónomo, aunque todo el resto de las representaciones en el teatro fuera sainetes de inferior calidad.

Por mucho que nos disguste el método histórico para llegar al conocimiento de la esencia de algo dado en la cultura, nos vemos obligados a aplicarlo para el cine, porque él no nos muestra más que posibilidad para un gran arte nuevo, acaso único desde la época de la Grecia clásica. La lucha titánica librada por algunos espíritus sensibles a lo bello para salvar al cine de los endriagos que lo acosan, nos prueba por lo menos la existencia de una fe, por parte de esos espíritus, en la posibilidad de

la existencia del cine como arte, frente a los engendros cinematografiados que se exhiben como manifestaciones de un nuevo género artístico. Algunas pocas creaciones nos afirman en la convicción de que el cine puede ser un arte bello entre los otros. Los obstáculos que encuentra ese posible arte auténtico son de diversa índole: financieros, como la abundancia de las ganancias producidas por lo malo en calidad; sociales, el cine no puede existir sin público numeroso análogamente a lo que ocurría con el teatro antiguo; por ello el cine es un valioso medio de propaganda política, y entra a ser un resorte estatal pervirtiéndose como arte. La existencia histórica de rápida evolución, hace difícil atrapar la esencia del cine.

En su aspecto técnico la esencia del cine es la de ser "una invención para registrar el movimiento" (René Clair). Para que podamos atribuirle una esencia como arte bello, deberemos agregar que ese movimiento que el cine registra, debe ser un movimiento determinado. Debe ser un movimiento bello, y además un movimiento formalmente determinado como cinematográfico. La danza es también arte de movimientos bellos, pero siempre movimientos de cuerpos humanos o de objetos que prolongan el movimiento del cuerpo humano (los ropajes, los cabellos). El cine considera el movimiento según otra formalidad. En la danza y en el teatro no pueden entrar todos los movimientos materialmente. En el cine cualquier movimiento puede ser elemento material de la obra; una hoja que cae, la ceniza que se desprende de un cigarrillo, los círculos concéntricos en el agua. Pero nada son si no se extrae de ellos otra formalidad estética que trasciende al movimiento mismo. Cualquier movimiento puede mirarse según una faz por la cual se muestra bello.

El movimiento abstraído por el cine de la móvil realidad, ha de ser un movimiento significativo. Todo cuanto no entre dentro del círculo del movimiento que se trasciende en significación, está fuera del cine como arte. Estará acaso en otro círculo: el del cine documental puro, o en el del teatro fotografiado.

Por ejemplo, si el cine quiere dar una versión cinematográfica de la danza, deberá agregar al movimiento propio de ese arte como género artístico otro movimiento

que se viene a superponer al de la danza, o debe mostrar en el mismo movimiento filmado ciertos aspectos que en el espectáculo coreográfico no se dan.

Materialmente considerado el movimiento que da origen a lo cinematográfico proviene de dos fuentes: movimiento de la imagen por sí, y movimiento de la cámara (del punto de mira). La fotografía de un caballo inmóvil no es cine, por más que se realice mediante una cinta que circula y repite siempre idéntica la imagen sobre la pantalla. La fotografía del caballo en movimiento, con movimiento producido sobre su cuerpo por el caballo mismo, es cine: el caballo retoza, galopa, mueve sus crines en el viento. Pero el caballo inmóvil puede también ser objeto del cine en cuanto tal, si la cámara se mueve, si gira alrededor del caballo, sube o baja, se acerca o se aleja, y nos muestra en sucesión sus formas. La fotografía del mismo objeto en el mismo estado de movilidad, puede ser cinematográfica o no. De un edificio se puede dar una versión estática mediante un film; pero se puede dar una visión dinámica si la cámara lo va rodeando, si cambia los ángulos, las perspectivas. No todo cambio, sin embargo, es movimiento cinematográfico, puede tratarse de una serie de vistas estáticas del objeto inmóvil.

La materia cinematográfica —que es el movimiento en bruto— puede ser sometida a una doble elaboración formal. Primero, abstracción de lo estrictamente cinematográfico del movimiento: una belleza muy particular en un movimiento cualquiera que sólo el cine puede dar (por ejemplo en Disney la caída de una hoja). Segundo, combinación armónica y rítmica de esos movimientos ya purificados cinematográficamente.

El movimiento cinematográfico es formalmente muy determinado, materialmente muy indeterminado. El cine como lo conocemos de hecho está cargado de movimientos que no son cinematográficos sino imitaciones serviles del movimiento real. Su determinación estética implica —como toda determinación— una limitación, y un empobrecimiento: hay que excluir mucho movimiento. Pero materialmente todo movimiento puede ser cinematográfico: el del objeto, el de la cámara, el de las deformaciones ("fuera de foco", cámara lenta o rápida, etc.); más aún el movimiento sugerido por la inmovilidad. Esto

último también cabe en las artes plásticas, aunque de otro modo. En la fotografía estática, en la pintura, en la escultura, en la arquitectura, se dan movimientos, analógicamente hablando. Una inmovilidad sugiere el movimiento; recordemos el discóbolo de Mirón. En el cine un movimiento puede ser sugerido con la inmovilidad, pero de otro modo. Así, la atención es fijada en un objeto inmóvil que contrasta con un movimiento que se produce en otro plano simultáneo, o con el movimiento que se mostró en una escena anterior o sucedánea. Lo inmóvil sólo puede definirse en función del movimiento, como hace Aristóteles en la *Física*.

Acaso el modo más difícil de emplear el movimiento como medio de expresión estética, sea el valerse de algo que no se mueve. Pero ello no es imposible. De modo análogo en las artes plásticas se ha podido decir que a menudo la ausencia del objeto se ha tornado más significativa que su misma presencia en la representación.

MANUEL B. TRIAS.

LA CONSULTA AL PROFESOR

Evidentemente no podremos dedicarnos a un trabajo, cualquiera que sea, sin consultar a un profesor. El enfermo no debe curarse solo y no tomará medicamentos más que por prescripción médica. La cultura del autodidacto es siempre incompleta. El estudiante seguirá atentamente las lecciones de sus maestros. Como éstos no pueden decir todo, deberá completar por sí mismo sus conocimientos. Pero, cada vez que tenga necesidad de un consejo, cuando deba elegir lecturas o temas a tratar, encontrará —ya se dirija a ellos oralmente o por carta—, la dirección de estudios más atenta junto a sus profesores. La función de éstos no es solamente distribuir la buena palabra a un auditorio anónimo, sino conocer, mientras sea posible, la situación personal, las aptitudes y las tendencias de aquellos que vienen a escucharlos y que buscan, cultivando su espíritu, aprender un oficio del que dependerá toda su vida. Todo contacto humano

entre profesores y estudiantes es provechoso tanto para unos como para otros. El valor y la eficacia de la enseñanza no pueden sino ganar con ello.

JEAN DEFRADAS.
Les études supérieures de grec.
Paris, 1955.

Traducción de Haydee C. Blotto.

LECTURAS

EL MAR AGITADO

Ayer, el viento del oeste soplaaba con furia. He visto el océano agitado; pero para mí, ese desorden, por más sublime que sea, está lejos de valer lo que el espectáculo del mar sereno y azul. Pero, ¿por qué decir que el uno no vale lo que el otro? ¿Quién podría medir esas dos sublimidades y decir: la segunda sobrepasa a la primera? Solamente hay que decir: mi alma se complace más en la serenidad que en la tormenta. Ayer, era una inmensa batalla en las llanuras húmedas. Al ver saltar las olas, se hubiera dicho que eran esas innumerables caballerías de tártaros que galopan sin cesar en las llanuras del Asia.

La entrada de la bahía está como defendida por una cadena de islotes de granito: había que ver las olas correr al asalto y lanzarse locamente contra esas masas con clamores espantosos; había que verlas emprender su carrera y luchar a quien franqueaba mejor la cabeza negra de los escollos. Las más osadas o las más diestras saltaban del otro lado lanzando un gran grito; las otras, más pesadas o más torpes, se rompían contra la roca arrojando espumas de una deslumbradora blancura, y se retiraban con un gruñido sordo y profundo, como los perros rechazados por el bastón del viajero. Éramos testigos de esas luchas extrañas, desde lo alto de un acantilado, donde teníamos dificultad para mantenernos contra las furias del viento. Allí estábamos, el cuerpo inclinado y las piernas separadas para ampliar nuestra base y resistir con mayor ventaja, y las dos manos aga-

rradas a nuestros sombreros para asegurarlos sobre nuestras cabezas.

El tumulto inmenso del mar, la carrera ruidosa de las olas, la no menos rápida, pero silenciosa, de las nubes, los pájaros marinos que flotaban en el cielo y todo ese conjunto de armonías salvajes y resonantes que venían a converger en el alma de dos seres, eran algo extraño y admirable, uno de esos momentos de agitación sublime y de ensueño profundo, a un tiempo, en que el alma y la naturaleza se levantan en toda su altura, una frente a otra.

MAURICE DE GUERIN.
Diario.

Traducción de Nélida C. Marchi.

LA ESCUELA DE LAS FLORES

Cuando caen los chubascos de junio, y los nubarrones negros braman por el cielo, y el viento levante viene mojado por el desierto a tocar la flauta en los bambúes, las flores salen en súbita algazara, sin que nadie sepa de dónde, y se ponen a bailar sobre la yerba locas de alegría.

—Madre, yo digo que las flores irán a una escuela que habrá bajo tierra, ¿no? Allí, con la puerta cerrada, estudiarán sus lecciones. Y si quieren salir a jugar antes de la hora, su maestra las pondrá de rodillas en un rincón. Pero cuando vienen las lluvias, ¡qué día de fiesta para ellas!

Las ramas chasquean ya ruidosamente en la arboleda, y las hojas murmuran en el viento loco, y las nubes de tronada palmotean con sus manos gigantes... Y las flores niñas salen fuera corriendo, vestidas de rosa y amarillo y blanco...

—Oye, madre, las flores tendrán su casa en el cielo, con las estrellas, ¿verdad? ¡Mira tú, si no, qué ganas tienen de subir! ¿Y a que no sabes tú por qué corren tanto? ¡Yo sí lo sé! Y sé también a quién echan sus brazos. Las flores tienen su madre como yo te tengo a ti.

RABINDRANATH TAGORE.
La luna nueva.

Traducción de Z. Campuzó de Jiménez.

EL RELOJ

Un reloj era lo predilecto de todo el ajuar. Comprólo el padre en la húmeda tienda de un viejo artesano. Dos generaciones del mismo linaje habían ya conocido a este hombre en la senectud. Su obrador estaba en un portal cerrado por cancel. Luz de aceite con verde pantalla alumbraba su cráneo redondo de monje, inclinado para estudiar con recia lupa las entrañas de cualquier mecanismo. Este reloj era el decano de todos, y formaba grande óvalo de ébano con taracea de aceros oxidados; las horas teníanlas de traza latina, protegidas por un cristal grueso y hermoso; su latido era muy reposado y la campana sonaba como grave nota de órgano, y su vibración entraba a todas las habitaciones, derramándose en sus ámbitos mansamente, como el tañido de un Ángelus aldeano.

Para la familia era este reloj un antepasado o el pecho de un antepasado de todos los relojes de sus mayores, de corazón sonoro y sabia voz. En la casa vivía de su origen; y tanto lo humanizó la pladosa fantasía del padre y lo respetaron todos, que, sin necesidad de manifiesto entredicho, sólo sus manos santas y augustas curaban del reloj y proveían su cuerda, despacio y blandamente, mientras la esposa y los hijos miraban como miramos al médico cuando visita y escucha a un enfermo nuestro.

GABRIEL MIRÓ.

INCURSIÓN DE INDIOS

1829. 21 de mayo. Durante todo el día 21 un viento bastante fuerte trajo del sudoeste un humo espeso que impedía distinguir de lejos los objetos y era causado por el incendio de los campos. Como sabíamos, por su lugar de origen, que sólo podía provenir de la acción de los indios, no dejábamos de sentirnos inquietos. Es un medio que emplean las naciones australes a menudo cuando quieren invadir el territorio de los cristianos. Cubriendo toda la región de humo, impiden que los exploradores puedan

verlos de lejos y facilitan así su sistema de ataque por sorpresa. Ese día los indios consiguieron muy bien su propósito, el tal era su intención, puesto que el viento traía el humo a las llanuras y apenas podía verse a diez pasos de distancia. Es comprensible que en medio de un suelo llano que no presenta ningún punto que oculte una marcha, y donde, desde lejos, puede verse al enemigo, sea muy ingenioso, de parte de esos guerreros, emplear un medio tan sencillo. El momento era tanto mejor elegido cuanto que estábamos en luna llena, y de acuerdo con muchos indios, debíamos esperar ser atacados. A la tarde siguiente vimos nuestros temores cumplidos. Nuestros exploradores de la orilla norte del río Negro llegaron a toda carrera a decirnos que por la mañana, a unas veinte leguas arriba del establecimiento, en la otra orilla, gran número de indios aparecieron en marcha, descendiendo al río y viniendo, sin duda, con intenciones hostiles; que el número les había parecido muy considerable; y como los habían visto, más lejos, detenerse para cambiar de caballos, habían podido, sin ser vistos, tomar la delantera para informar, no dudando que el enemigo llegaría esa misma noche a Carmen de Patagones. Parecía ser una coalición de patagones y aucas. El capitán hizo poner inmediatamente a todos los hombres sobre las armas. Se dispararon los tres cañonazos convenidos para avisar a los habitantes dispersos en chacras y estancias que se pusieran en seguridad; se hicieron pasar algunos voluntarios a la población del sur y se esperó. Los pobladores estaban en la mayor consternación. Todas las mujeres se refugiaron en el fuerte con sus hijos, mientras los hombres, sin excepción, ocuparon sus puestos; unos como exploradores, los otros alrededor del villorrio y en las baterías del fuerte.

23 de mayo. Hasta las cuatro de la mañana todo estaba en calma, pero a esa hora los indios enemigos se presentaron en silencio en el villorrio del Sur; por suerte, las barreras que se habían colocado en todas partes los detuvieron un momento, mientras los voluntarios, colocados en sus puestos, hicieron una descarga sobre ellos que los obligó a retroceder inmediatamente. Se tiraron también al azar varios cañonazos, tanto para asustarlos como para informar, de nuevo, a los chacareros que se salvaran, si todavía tenían tiempo. Los indios, a fin de

burlarse y demostrarnos que no tenían miedo, daban continuamente vueltas alrededor del villorrio, haciendo sonar la trompeta¹; y así, hasta el día, nos hallamos en una posición bastante desagradable. Ignorábamos quién era realmente nuestro enemigo y cuáles eran sus fuerzas; y todos los habitantes, cuya fortuna consistía sólo en ganado esparcido en el campo, se veían de pronto arruinados para siempre. Sin embargo, nadie quería salir del cerco del villorrio del Sur; habría sido muy imprudente intentarlo, y toda nuestra defensa se reducía a nada. Hasta el comandante que ocupaba el puesto interinamente deseaba poco, según creo, medirse con los salvajes; por eso se quedó lamentándose con las familias reunidas en el fuerte, y nada más llegó el día pasó a la otra orilla. Desde los bastiones, con un buen anteojo, yo seguía todos los movimientos del enemigo. Las llanuras del Sur, una vez que la claridad del día permitió distinguir desde lejos los objetos, presentaban un aspecto raro. Allí, una tropa de indios, arreando caballos y vacas robadas; más cerca, gran número de guerreros, la lanza en alto, acampaban para enfrentar a quienes pudieran presentarse; algo más lejos, las mujeres y los niños arreaban los grupos de bueyes y vacas que, no queriendo abandonar sus pastos, hacían resonar los alrededores con sus mugidos. Toda la llanura estaba animada; en todas partes los salvajes a caballo, en pequeños grupos, conducían su botín, o protegían, en la retaguardia, a los suyos, que se dirigían tranquilamente hacia la Cuchilla, con sus presas. Finalmente, se envió a veinte de los nuestros, armados de carabinas, pistolas y sables, para tratar de recuperar nuestro ganado, pero apenas se aproximaron a los indios, un destacamento de éstos fué a su encuentro y se entabló una lucha que habría sido funesta para los voluntarios si no se hubieran replegado precipitadamente. Sólo un gaucho, que había avanzado algo más que los otros, recibió tres lanzazos en la espalda. Desde ese momento, viendo que nuestras fuerzas no eran iguales,

1. Era la que habían robado a los desdichados soldados de Bahía Blanca, al morir el teniente coronel Morán (N. del A.).

se dejó a los asaltantes llevarse su presa, y durante toda la jornada desfilaron en pequeños grupos, trepando la colina Sur y dirigiéndose hacia el Oeste.

ALCIDES D'ORRIGNY.

Viaje a la América Meridional.

(En *Viajes por América del Sur*,

Bibliotheca Indiana, Aguilar, Madrid, 1958).

VIAJE DE GILGAMESH

En cuanto amaneció se puso en viaje, y finalmente, luego de haber caminado mucho tiempo, recorriendo una gran distancia, llegó hasta los confines de la tierra, y vio ante sí una inmensa montaña, cuyos picos gemelos tocaban el firmamento, y cuyas raíces llegaban hasta los más profundos infiernos. Delante de la montaña había un enorme portón, guardado por terribles y peligrosas criaturas, mitad hombre y mitad escorpión.

Gilgamesh vaciló un momento, y se llevó las manos a los ojos para protegerlos de tan horrible visión. Pero luego se recobró y avanzó resueltamente hacia los monstruos. Cuando éstos vieron que no se asustaba, y cuando contemplaron la belleza de su cuerpo, advirtieron de inmediato que no tenían ante sí a un mortal común. Pese a ello, le cortaron el paso y le preguntaron cuál era el objeto de su viaje.

Gilgamesh les dijo que se había puesto en camino para encontrar a Utnapishtim, a fin de conocer el secreto de la vida eterna.

—Eso —le respondió el capitán de los monstruos— es algo que nadie alcanzó a saber, ni hubo jamás mortal alguno que haya podido llegarse hasta ese sabio inmune al tiempo. Pues el camino que nosotros guardamos es el camino del sol, sombrío túnel de doce leguas; un camino que no puede ser hollado por la planta humana.

—Por largo y por oscuro que sea —contestó el héroe—, por grandes que sean las fatigas y los peligros, por más tórrido que sea el calor y por más glacial que sea el frío, yo estoy firmemente resuelto a darle cabo.

Al oír estas palabras, los centinelas tuvieron por cierto que se las habían con algo más que un mortal, y en seguida le abrieron el portón y le franquearon el paso.

Audaz e intrépidamente penetró Gilgamesh en el túnel, pero a cada paso que daba el camino se volvía más oscuro, de modo que muy pronto se vio privado de la visión, tanto adelante como hacia atrás. Sin embargo, continuó avanzando, y cuando ya le parecía que su ruta era interminable, un soplo de viento acarició su rostro, y un tenue rayo de luz atravesó las tinieblas.

Cuando salió a la luz, un maravilloso espectáculo se ofreció a su vista, pues se encontró en medio de un jardín encantado, cuyos árboles estaban cuajados de pedrería. Y cuando todavía estaba absorto en la contemplación de tanta belleza, la voz del Dios-Sol bajó hasta él desde el cielo.

—Gilgamesh —le dijo— no avances más. Éste es el jardín de las delicias. Quédate en él un tiempo y disfrútalo. Nunca antes habían los dioses concedido tal gracia a un mortal, y no debes esperar nada más grande. La vida eterna que buscas, nunca la podrás encontrar.

Pero ni siquiera estas palabras pudieron desviar al héroe de su rumbo, y dejando detrás de sí el paraíso terrenal, siguió adelante en su camino.

Poema de Gilgamesh.

Biblioteca de Asurbanipal (669-628 a. de C.)

LENGUAJE Y ESTILO

VALORES EXPRESIVOS DEL ARTÍCULO

Con esta función meramente realizadora de la independencia formal de la presentación correspondiente, se relaciona directamente la libertad estilística (diferente en las distintas épocas) por la que en enumeraciones de sustantivos sólo se emplea el artículo con el primero o se repite con cada uno: *Tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas.* (Quijote, I, 4). *Las cuchilladas, estocadas,*

altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número (Id., VI, 22). Con un solo artículo para toda la enumeración, las sucesivas representaciones resultaban más eslabonadas que yuxtapuestas: un sentido unitario guía la serie. El pensamiento procede en estas enumeraciones, no avanzando un paso con cada nuevo miembro, sino insistiendo o definiendo o glosando la idea ya mentada con el primero de la enumeración. En cambio, cuando una especial intención valorativa y otra peculiaridad estilística cualquiera, destaca y deslinda las representaciones entre sí, Cervantes dice (*Quijote*, I, 13): "El buen paso, el regalo y el reposo, allí se inventó para los blandos cortesanos, mas el trabajo, la inquietud, y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos".

Hay que insistir en que la varia conducta del artículo en las enumeraciones obedece enteramente a motivos estilísticos y no lógicos u objetivos, como hasta ahora se ha dicho (los filólogos; los gramáticos no se ocupan de esto), de modo que es indiferente en sí que los conceptos enumerados se interpretan o no parcialmente unos en otros, como pretenden las gramáticas históricas. Lo decisivo es que motivos de expresividad inciten al hablante o escritor a deslindar o englobar las representaciones enumeradas. Véase la prueba en el mismo Cervantes: "... aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que, bien casi dos horas, podrá tener el que con atención leyere (*Quijote*, I, 9). Han sido deslindados aquí el cielo, el caso y la fortuna, con evidente valor enfático, y no el pasatiempo y gusto, a pesar de que los tres miembros de la primera enumeración son entre sí tan parientes como los dos de la segunda.

En términos generales, podemos comprobar que, hasta la época clásica inclusive, la repetición del artículo en las enumeraciones supone la intromisión de un elemento de realce expresivo: encarecimiento, valorización, énfasis. Como el artículo destacaba en un principio la articulación de la frase en sujeto y predicado y luego un sujeto, verbo y objeto, un nuevo deslinde dentro de estos elementos ya deslindados supuso un acto de estilo. También aquí se comprueba cómo la regulación tiene su origen en

la libertad, la gramática en el estilo, lo racional en lo afectivo y fantástico, el uso convencional en la invención. Aquella libertad se fué haciendo sujeción, y el valor expresivo de la repetición se fué esfumando a medida que se trivializaba y se generalizaba su uso. Y hoy, en cuanto al valor expresivo, la repetición o no del artículo en las enumeraciones representa papeles trocados. La no repetición es lo que ahora se interpreta como un acto particularmente expresivo (giros de la lengua literaria) o bien como un gesto aceptable de economía, también literario.

AMADO ALONSO.
Estudios lingüísticos.

EVOCACIÓN ESTÉTICA Y SOCIAL DEL HABLA

La voz del profesor se hizo oír en la clase evocativa de los bachilleres: "Dicen que, al regresar de sus prisiones en Valladolid a la libertad de Salamanca, fray Luis de León recomenzó su tarea magistral con la famosa frase *dicebamus hesternā die*: como decíamos ayer..."

Retomaba así el maestro la última lección y reanudaba, sin darle importancia, el diálogo que, con los alumnos, mantuvo en libertad de expresión docente durante tantos años... El enseñante que ahora comentaba una lección evocando la libertad de enseñanza y de transmisión de las ideas, señaló en seguida la coincidencia de sentidos entre las palabras *libro* y *libertad*, del mismo origen semántico: el libro libera de la ignorancia y del despotismo, que son las peores cadenas.

La recordación aludida tuvo un algo de melancólico frente al grupo de antiguos bachilleres, recibidos veinticinco años antes en el Colegio Nacional. El docente asoció de viva voz, dictada a los ahora profesionales diversos, la trayectoria de aquel ciclo del idioma y renovó el concepto ciceroniano que dictamina: *si vis scire, doce* (si quieres aprender, enseña). Concepto éste con que resumió la doctrina lingüística ejercida en su cátedra por quien enseñaba desentrañando el misterio de la palabra y de la oración, asomándose, para los oyentes, a los sentidos y a la construcción de frases y períodos, con

oportuna consulta del Diccionario. Toda aquella tarea docente fué revelada en la presencia de la evocación, ajustada al pensamiento socrático según el cual el hablar impropriadamente no es sólo una falta gramatical, sino también un daño que se causa a las almas. (Con idea de perfección, se recuerda que cuando San Martín fija y aclara el pensamiento pindárico sé el que eres..., mediante la fórmula *serás lo que debes ser, y si no, no serás nada*, el militar procero concreta un ideal perfectible aplicado a la familia argentina).

Un hombre que llega a ser, como hablante, lo que "debe ser", es decir, una actividad lógica y estética, habrá cumplido su destino de cultura. Por tanto, los profesionales que expresan con arte su cometido científico y social ofrecen siempre modelos de belleza elocutiva. El exacto sentido de la emisión cotidiana se aprécia entonces como desiderátum expresante. Mas, el que pronuncia palabras vacías de conceptos, a puro grito; el que arrevesa el idioma por gusto o por ignorancia, ése no llegará nunca a expresar con altura las ideas y los sentimientos comunes.

El estudio metódico de la gramática y la práctica literaria coadyuvan al adiestramiento del idioma de cada uno. Y si sabemos que los libros técnicos no enseñan de por sí al escritor o al literato, por lo menos, creemos que lo ayudan mucho a comprender y explicar los fenómenos expresivos, y sobre todo a contener la expresión indecorosa y maleable. Con razón aseguraba Bally que si la gramática no es el *summun* de la enseñanza para estas cosas es, desde luego, el único dique contra lo arbitrario del lenguaje.

ENSEÑAR MÁS LENGUAJE QUE GRAMÁTICA.—En el campo de la enseñanza del idioma nacional o castellano la teoría pedagógica oscila entre aplicar el aprendizaje de la lengua por el *texto* o por los libros y la conversación lisa y llana. Este último método o camino es el que compendia la mejor manera de aplicar la ciencia del idioma para los educandos del Colegio Nacional. Enseñar sólo por los textos es sacarla de su quicio docente; es hacer teóricos de la gramática y nada más. En cambio, la enseñanza viva y móvil por los libros comunes, por el ágil diálogo conversacional, es la única ciencia que va a darnos el

conocimiento inmediato del bien hablar y mejor escribir que predica de continuo la REVISTA DE EDUCACIÓN.

Es un hecho notorio que hasta no hace mucho, solamente los profesores experimentados recurrían al método preconizado de enseñar la lengua por sí misma y no por la rutina abstracta. Así, se daba el caso repetido de alumnos inteligentes que *definían* por costumbre las funciones gramaticales, con gran desparpajo dialéctico, pero que, al concretar el estilo literario de los temas de examen, incurrieran de consuno en desaciertos de todo calibre y medida elocutiva.

Claro está que no hay que separar en absoluto la parte elemental, la simple ley de las causas de aquello que es demostración acabada; pues hacerlo así equivaldría a enseñar a manejar conceptos sin el auxilio de los vocablos apropiados que son su vehículo natural, y sería cosa tan inocua como transmitir continentes verbales horros de pensamiento. La teoría y la práctica en el aprendizaje del idioma deben promediarse razonablemente; siempre que la medida tienda un poco más a la última; esto es, que la teoría surja sin constricciones del propio hecho del análisis lexicológico de la lectura y sobre el coloquio, obligado en toda clase de castellano. Sólo así se logrará una adecuación fructífera de métodos y programas. *No enseñar para el examen* es una proposición ética y didáctica que muchos enseñantes nuestros tienen ya muy en cuenta: *hay que enseñar para el saber total*. En materia de lenguaje la aplicación racional de este postulado no puede ser desdeñada por los profesores avisados y diligentes de nuestro medio.

Sobre métodos gramaticales hay que sentar que todavía no se ha dicho la última palabra, ciertamente. Es preferible discurrir sobre caminos para enseñar el manejo inmediato de la expedición corriente, en la salsa personal del hablante activo. En este aspecto, ninguna idea más razonable pedagógicamente que la de poner en vigencia lo que siempre hemos propugnado: *enseñar más lenguaje que gramática*. Porque... ¿se adelantará algo con que el estudiante nos diga, después y de corrido, la teoría de la conjugación castellana, si a la postre nos sale con el acostumbrado "de-a" o "este-a", el "se vamos" o el "si tendría", etc., etc.?

La consecuencia de la exclusiva difusión especulativa ya se sabe cuál es para el empleo de la palabra: un constante definir por definir. Y —ya lo hemos apuntado— esto no es aprender lenguaje; es aprender a soltar la lengua mecánicamente como lo hacen ciertos pajarracos que imitan verbalmente al hombre, sin discernimiento humano.

AVELINO HERRERO MAYOR.

DE LOS ANTÓNIMOS A LOS SINÓNIMOS

Las semejanzas o desemejanzas gráficas y fonéticas de las palabras en relación con su contenido semántico, obligaron a los gramáticos a distinguir las diversas clases de palabras con calificativos adecuados. De ahí nacieron los términos: *antónimo*, *homófono*, *homógrafo*, *homónimo*, *parónimo*, "*paronomástico*" y *sinónimo*. Acerca de ellos, los preceptistas, acordes en lo principal, discrepan en cuanto a detalles de denominación y clasificación. Por esta circunstancia y por tratarse de un tema interesante, consideramos útil rever y comentar lo que se ha dicho, iniciando el repaso con los antónimos.

En lo que atañe a la definición de los antónimos la coincidencia de los gramáticos es plena: "son los términos que expresan ideas opuestas o contrarias". Es ésta una explicación que conviene abonar con informaciones enderezadas a afirmar el concepto y resolver cualquier duda. No está de más advertir a los principiantes que un vocablo puede tener varios antónimos (*arisco*, *indómito*, *fiero*, etc., lo son de *manso*, en oposición perfecta o muy aproximada). Es asimismo útil aclarar si las acepciones contrarias se representan siempre con signos distintos. Pese a que la definición no es limitativa, podría creerse que la significación antípoda va aparejada a una grafía distinta. Esto no ocurre invariablemente. El vocablo *nimto*, por ej., de la familia de *nimiedad* (*exceso*, *demasia*), que comenzó por denotar excesivo, equivale ahora, igualmente, a insignificante, por lo cual encierra al tiempo las ideas de insuficiencia y demasia. El uso erróneo, influido seguramente por "*mínimo*", impuso la doble

acepción contradictoria que lo ha convertido en un antónimo de sí mismo. Dicho vocablo tiene, pues, el privilegio de ser antónimo homófono y homógrafo. Para que éste y algún otro caso no queden excluidos, es aconsejable mantener la definición lata adoptada por la Academia y advertir al hablante que debe interpretarla en el sentido de que se permite todo lo que no está prohibido (multiplicidad de antónimos, y antónimos constituidos de iguales elementos).

También es útil aclarar que, al lado de los términos simples, de significación contraria (*menguante* y *creciente*, *más* y *menos*) forman en la fila de los antónimos voces compuestas que se diferencian por uno de sus elementos (*pasicorto* y *pasilargo*, *carablanca* y *caranegra*, *bendecir* y *maldecir*), y, particularmente, las que resultan de la adición de alguno de los prefijos o preposiciones inseparables que denotan privación, negación, oposición, etc., como "a-", "anti-" o "ant-", "des-", "dis-", "ex-", "in-" o "im-", etc. (*normal* y *anormal*, *antiestético* y *estético*, *conocer* y *desconocer*, *externo* e *interno*, *conformidad* y *disconformidad*, *sólito* e *insólito*, *pío* e *impío*). A veces la oposición deriva del empleo de dos prefijos de significación opuesta (*esotérico* y *exotérico*). Queda sobrentendido que no todas las palabras que comienzan con esas partículas son antónimas de las que carecen de ellas o llevan otra de significación contraria. *Abisecchado*, por ej., no es lo opuesto a *bisecchado*, sino lo parecido al *biseccho*. Por otra parte, hay términos que no podemos oponer a voces inexistentes (*antibiótico*, con respecto a "*blótico*"), y así: *discipulo*, *expedición*), como tampoco a ciertas voces corrientes y de legítimo uso (*impreso* y *preso*).

A veces el posible antónimo es anticuado ("cliente" con respecto a *incliente*); desapareció, si es que tuvo vida ("cognito" frente a *incognito*); es de dudosa oposición (*temperie* e *intemperie*, considerados en cierto sentido), o poco conocido o raramente aplicado (*mundicia* e *inmundicia*, *audito* e *inaudito*). Hay asimismo antónimos aparentes o engañosos, como *agonista* y *antagonista*. Agonista, que según una de sus acepciones es sinónimo de luchador, expresa lo mismo que antagonista —persona contraria a otra, que lucha con ella; luchador, al fin— no obstante el prefijo "ant-", que puede hacer creer otra cosa. Existen, por último, vocablos que carecen de antó-

nimo y que, por su morfología o su significado, Parecen estar al acecho de un oponente (*antígeno*).

Como todo lo dicho se refiere a los vocablos aisladamente considerados, queda por averiguar si existen antónimos constituidos de dos o más palabras. A este respecto ha de recordarse que la antinomia se refiere a la contradicción de los preceptos, leyes y principios que, por tal razón, no se califican de *antónimos* sino de *antinómicos*. Pero veamos lo que sucede, en ciertos casos, fuera del ámbito de las dicciones separadas. Tomemos como ejemplo las expresiones *defacto* y *de jure*. Es indudable que la unidad gráfica *defacto* (una sola palabra) es antónima, por lo menos desde cierto punto de vista, de la expresión *de jure* (dos palabras) y no sabemos con qué derecho podríamos negar a *de jure* lo que le reconocemos a *defacto*, por más que aquella contenga dos términos. Digamos, de paso, que *defacto* es adverbio de modo equivalente a "de hecho" (dos palabras), y *de jure*, locución latina que aún no ha sido castellanizada, como lo demuestra su pronunciación: *de iure*.

En general, las expresiones compuestas de varios elementos (frases hechas o de cajón, modismos, adagios, aforismos, sentencias, aforismos, etc.), que encierran apreciaciones, sentimientos, etc., opuestos, no son antónimas sino antinómicas: "andar con los ojos abiertos" y "andar a ciegas"; "poner (a alguien) por el suelo" y "ponerlo por las nubes"; "más tiene de miel que de hiel", en oposición a "más tiene de hiel que de miel"; "el sombrero del amigo, buena lana y bien furtido", frente a "el sombrero del amigo, mala lana y mal furtido"; "más quiero ser de moza desdefiado que de vieja rogado", frente a "más quiero ser de vieja rogado que de moza desdefiado".

Al definir la paronomasia y la sinonimia, la Academia no se refiere únicamente a vocablos aislados sino también al "conjunto de dos o más vocablos", en el primer caso, y a "las palabras y expresiones", en el otro. No creemos que lo dicho acerca de *defacto* y *de jure* obligue a modificar la definición de los antónimos incluyendo las expresiones o el conjunto de voces que globalmente consideradas expresan ideas opuestas o contrarias. Sería peligroso hacerlo, pues se correría el riesgo de confundir dos términos de significado diferente: antónimo y antinómico.

CLEMENTE ORLANDI.

DESCUBRIMIENTO DE LA REALIDAD EXTERIOR

Si el descubrimiento de la realidad exterior comienza con la existencia misma, con nuestras sensaciones y sentidos, en quien la expresa por la palabra se convierte en un aprendizaje en el que intervienen no solamente las nociones de los sentidos sino también la sensibilidad diversa de cada uno; está en advertir, en nombrar, en describir, en crear la imagen, en relacionarse con el ser o el objeto.

De pronto se posesiona de mí el color del campo de gramíneas, de tréboles y de innumerables hierbas de la pradera verde. Este verdor que puede entrar en una frase, en la pincelada de un pintor, entra aquí en relación con la vida en la tierra, con el milagro verde. La exploración se amplía con resonancias dependientes de un saber sobre el universo; puede existir en mí un conocimiento anterior de la vida de las plantas; me acerco a un trébol indistinto en el verde uniforme y aparece una fisonomía vegetal y familiar, ya sea una especie, únicamente, de tréfolo verde, ya con una mancha negra en cada hojuela, ya con un círculo que se extiende como un iris blanco y los abarca con un círculo; está en la modalidad de una planta, subjetivamente implícita, una manifestación de la vida vegetal; el sabio describe, cataloga, clasifica; el que nombra un trébol se acerca a él desde muchas direcciones, ve la figura o el símbolo si lo tiene, viene desde su memoria con reminiscencias de una experiencia anterior. En un momento la palabra trébol adquirió en él una fisonomía de palabra henchida de sentido; una gramínea se adelanta con su espiga de un sorprendente juego; y entonces él participa de ese mundo, de allí arranca la nota expresiva que pinta, evoca, sugiere; lo objetivamente real alcanza una trascendencia que colma la palabra y le transmite una vibración, una emoción que reanima la objetividad abstracta de la palabra. La necesidad de ofrecer los seres y cosas con un idioma despojado de la indiferencia vulgar, de la trivialidad descriptiva, exige sumergirse en el objeto o dejarse tocar por él; descubrir las cosas y ser descubierto por ellas es un acto simultáneo, la simpatía establece una correspondencia de sujeto y objeto. Un novelista recorre la vasta gama del conoci-

miento de los otros, que es también la del propio conocimiento; la trayectoria psicológica y también filosófica, nos acerca a nosotros mismos que somos los que vemos. De allí que sea necesario preguntarnos hasta dónde nuestra mirada es verdadera o parcial, si vemos lo que queremos o lo que es posible ver en un salirse de uno mismo al aspir al hombre, a la criatura imaginada, esta verdad inherente, ni mejorada ni denigrada, el móvil humano cambiante según cada uno, extraído de cada uno sin que olvidemos el nuestro.

La apreciación exige la pericia en la observación muchas veces renovada. Lo que uno ve es mínimo ante lo visto por los otros; esta indagación nuestra será siempre rudimentaria si se desentiende de la obra de los grandes analistas, psicólogos, novelistas, poetas. El descubrimiento del mundo exterior estuvo hecho por los demás en un sentido, en un tiempo, en una escala de creencias y valores. No adelantar en la busca es desmantelar las palabras de su significación requerida, esencial, en que juegan nuestra intención, la lucidez introspectiva; un vocablo, una frase, un diálogo, el estilo directo o indirecto, lo alusivo, lo que se expresa y lo que se calla o se sugiere, la nota inmediata y el recuerdo, el conjunto y las partes, entran en el todo en que se influyen. El testimonio de lo advertido, descrito, narrado, es también el testimonio de lo que alcanzamos a ver, a entender, a pasar a la palabra hasta el límite de nuestro poder de expresión y entendimiento.

El llamarse sincero, como se tome la significación de este vocablo, no basta, a no ser por la espontaneidad del ánimo; la sinceridad momentánea es la más de las veces superficial, fácil, declamatoria, excluidora, apegada a los hábitos, a las nociones no examinadas; lo que importa es lo verídico de la conciencia sorprendida en la verdad y profundidad posibles. Puede cambiarse o no en las opiniones y en los juicios, ser contradictorio, somos contradictorios, pero el análisis, el valor de adaptar a las sucesivas indagaciones el saber y el no saber, a la realidad nuestra, en el deseo de percibir y percibirnos en lo imaginado y lo verídico, nos llevará a decir lo difícilmente adquirido en su original descubrimiento.

ARTURO MARASSO.

LIBROS Y REVISTAS

ALBERT CHAMPDOR, *Babylone* (Babilonia). Editions Victor Attinger, Paris, 1957.

Esta impresión de Babilonia del historiador y arqueólogo A. Champdor, es una obra reveladora en la que aparece la grandeza intelectual, trágica y opulenta de Babilonia en los tiempos de su esplendor. Babilonia conoció dos siglos de oro, el primero bajo el reino de Hammurabi y el otro bajo el de Nabucodonosor. ¿Qué queda de la gloria de uno y de otro?, se pregunta el autor. "Nada queda de Babilonia encerrada en su doble cintura de puertas de bronce; nada de su civilización ni de sus ciudades y sus reyes, ni de sus pueblos, ni de sus epopeyas y de sus muertos, sino la tierra que los sostuvo, la tierra roja de la Mesopotamia". Estas palabras elegíacas no se refieren por supuesto a nuestra deuda con la civilización babilónica que se une a nuestra cultura milenaria que ella misma recibió de sus antecesores sumerios. "Sus ruinas apenas visibles en el silencio y la soledad de los desiertos testimonian, sin embargo, el genio y la influencia de una civilización en que las instituciones, las artes, las técnicas, la literatura —citamos entre las grandes obras clásicas asirio babilónicas el Himno a Tammuz, el Salmo sobre las ruinas de Lagash, el Poema de Agasaya, la Epopeya de Gilgamesh, el Descenso de Ishtar a los Infernos— pueden satisfacer al conocedor más exigente". ¡Babilonia! dice Champdor, oíd la leyenda de una de las reinas más asombrosas de la historia. "Durante cuarenta y dos años una mujer ha reinado en Asiria. Durante cuarenta y dos años Semiramis ha reunido tropas, combatido en la India, conquistado toda la Arabia y toda Etiopía, hizo edificar alrededor de Babilonia sesenta y cuatro kilómetros de fortificaciones y doscientas cincuenta torres todas provistas de máquinas que escupían fuego por sus fauces, suspendió los jardines entre el cielo y la tierra, y esta obra, una de las siete maravillas del mundo antiguo, queda como la empresa arquitectónica más extraordinaria y la más original que el mundo haya jamás conocido. El

agua llegaba hasta la cima de estos jardines por columnas hechas, gracias a un ingenioso mecanismo de máquinas hidráulicas. Esta mujer infatigable cuyo cerebro creaba un mundo nuevo, desvía el curso del Éufrates, dota a Babilonia de palacios más impenetrables que las noches, hizo plantar árboles en el cielo, espanta a los reyes, a sus vecinos, a los pueblos, a sus esclavos".

En el tercer milenio antes de Cristo comienza en la Mesopotamia la Historia propiamente dicha, porque nuestros conocimientos no van más allá; comienza en Lagash gobernado por príncipes independientes, de costumbres pacíficas; los sumerios de Lagash son ricos y felices, saben irrigar la tierra, cultivar el trigo y la cebada, aprecian el vino del Oeste, el licor de las palmeras. Después Kish y Agadé toman el lugar de Lagash. Entonces Sargón, el semita, es quien impone su poder a las regiones del Éufrates septentrional, en Siria, en Palestina. Es el primer soberano de Sumer y de Acad que toma el título de "Rey de las Cuatro Regiones", es decir de las cuatro regiones del círculo terrestre. Cubre la Mesopotamia de templos y palacios y bajo su reinado el uso de la cerámica pintada se extiende en toda el Asia anterior del Sur, desde las riberas del Mediterráneo a las montañas de Irán. Al fin del tercer milenio, la ciudad y el país de Asur, conocen una muy activa civilización sumeria, mientras que los hititas ven crecer su influencia en el norte de Siria. Las gentes del Oeste, como llamaban los babilonios a los árabes, a los cananeos y a los arameos, fundan la primera dinastía de Babilonia. Rodean la ciudad naciente de fortificaciones para preservarla de los nómades y de los vecinos poderosos. El reino de Hammurabi fué el primer siglo de oro de Babilonia. En el bello y magnífico preámbulo al conjunto de leyes que se conoce con el nombre de *Código de Hammurabi*, estela descubierta en 1902, compuesto hace más de cuatro mil años por Hammurabi para "hacer reinar la justicia en el país, destruir a los malvados y a los violentos, impedir al fuerte oprimir al débil". "¡Qué bella lección de moral política! escribe Champdor, a quien sigo casi literalmente en esta nota. Babilonia se vuelve, en el reinado del sabio Hammurabi, la capital política de Oriente, su solo centro cultural y comercial". "Esta asombrosa civilización del Desierto, dice Champdor, parecía deber asegurar a sus sucesores una

larga serie de siglos de paz y de prosperidad. ¡Ay!, la paz no es un estado estable en la historia de la humanidad. A los cien años apenas de la muerte de uno de los más dinámicos y audaces reformadores de la historia, el clamor de los hititas venidos de Siria se dejó oír en los bordes del Éufrates". Babilonia fué aniquilada, ardió en sus cuatro costados y desaparecieron las ciudades de Nippur, de Lagash, en la destrucción y la matanza. Los casitas, montañeses descendidos de los del Zagros, reinarán en Babilonia; la ciudad entra en más de cinco siglos de oscuridad; Sargón, rey de Asur, que lleva a su apogeo la grandeza de Asiria, se hace coronar en Babilonia, "esta Babilonia, dice Champdor, que era irremplazable en medio de los tumultos de las inversiones, del constante valén de los pueblos que buscaban fijarse. Sargón fué asesinado en 705. Viene en seguida el reino de otro conquistador, también "maniático de la gloria", Senaquerib. Llegamos al imperio de Asurbanipal; su biblioteca, conservada en el Museo Británico, constituida por millares de tabletas de arcilla que tienen aún las huellas del incendio de Ninive, "es la más importante colección de textos sumerios, acadios, asirios y babilónicos que se hayan descubierto en las arenas de la Mesopotamia". La mayor parte de esta biblioteca que los escribas copiaban, recopilaban y traducían agregándoles notas explicativas y que encierra la *Crónica de los primeros reyes de Babilonia*, se relaciona con la astrología, la medicina, la religión, junto con la vida cotidiana. Después del incendio de Ninive viene Nabucodonosor. "¡Qué figura fantástica, dice Champdor, para quien osa acercarla un poco más!" Nabucodonosor conquista, aniquila, llega triunfante al Egipto, vuelve a la Mesopotamia. Crea el segundo siglo de oro de Babilonia. Es adorado como un dios. Sus últimos años, los de su locura, entran en el portento trágico.

Esta evocación de Babilonia la abarca en su esplendor fascinante, en su literatura, su ciencia, su arte, su religión; visión de conjunto, de los aspectos más notables de una civilización que desapareció para siempre. "Y si yo he evocado a Babilonia y su historia, con un poco de fièvre, si he padecido el aniquilamiento de Babilonia, si he sentido como un verdadero dolor la desaparición de esta ciudad "construida en los orígenes del tiempo", entre el Tigris y el Éufrates, en medio de soledades hoy estériles

que fueron sin embargo el Edén de las leyendas semíticas, el jardín y el granero de Asia occidental, es porque Babilonia fué durante 5.000 años el corazón y el espíritu del universo, es porque Babilonia fué la primera ciudad del mundo en que los legisladores hicieron grabar en estelas de basalto, leyes que mejoraron la condición humana, leyes de seguridad social, leyes que reglamentan todos los actos de la vida".

LA REDACCIÓN.

RICARDO NASSIF, Pedagogía General. Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1958.

Las ciencias pedagógicas no han merecido la atención de los estudiosos argentinos en estos últimos años. Reflejo de esta situación lamentable, en un país que registra antecedentes honrosos en la materia, lo constituye su escasa producción bibliográfica nacional en el campo de la pedagogía. La obra del profesor Nassif constituye una contribución valiosa y útil por los muchos méritos que exhibe.

Al introducirnos en su tratado, expresa el propósito de ser útil a los estudiantes universitarios, maestros y profesores de enseñanza media, finalidad ampliamente lograda a lo largo de un contenido bien organizado, conciso y expuesto con claridad.

El autor presenta el panorama completo de la pedagogía general a través de una síntesis, en la que su evidente erudición se resuelve de manera constante en una elaboración personal de los temas tratados. Evita la polémica sobre muchos temas de la pedagogía general, exponiendo con objetividad las distintas corrientes que han polarizado el pensamiento pedagógico contemporáneo. No obstante ello, el lector atento advertirá en cada capítulo y sección un planteo programático destinado a ofrecer un plan para la reflexión y estudio sobre cada uno de los problemas enunciados.

El tratado está dividido en tres partes: la educación, la pedagogía y los grandes temas de la pedagogía general, dedicándole dos capítulos a la primera, cuatro a la segunda y diez a la tercera. Esta contiene un interesante ca-

pítulo sobre las comunidades educativas; presenta un conjunto de problemas que suelen merecer poca atención.

La obra consta de un índice analítico del contenido que ubica fácilmente los temas considerados y que se completa con un índice de materias y autores citados, señalando las páginas del libro donde se los menciona. Debe destacarse el acierto de ofrecer brevisimos datos biográficos de dichos autores. Acompaña, además, ocho páginas de bibliografía general y especial, indicando la utilizada para los diferentes capítulos. La impresión cuidadosa y esmerada hace agradable la lectura de esta obra que la editorial Kapelusz incorpora al acervo bibliográfico argentino en materia educacional.

NICOLÁS M. TAVELLA.

TULIO CARELLA, El Sainete Criollo. Hachette. Colección "El pasado argentino". Buenos Aires, 1958.

Acaba de aparecer publicada por Hachette en la colección *El Pasado Argentino*, una interesante recopilación intitulada *El Sainete Criollo*. Para muchos de los que aspiran a escribir teatro, conviene recordar las palabras de Juan Valera que Tulio Carella cita a modo de encabezamiento en el prólogo de su antología de sainetes. "No hay género chico ni género grande, no hay más que género discreto y género tonto; de suerte que un sainete divertido y chistoso enriquece más el tesoro de la literatura patria que dos o tres dramas y otras tantas tragedias que cansen y enojen, aunque tengan cada una de dichas producciones cinco actos, prólogo y epílogo y propendan a demostrar una tesis y encierran un caudal de profundos y filosóficos pensamientos".

El sainete —manifestación popular— ha llegado de España como género de leyes filias. Los personajes, las circunstancias exteriores, la anécdota, han de cambiar, pero el bruceo vulgar dramático debe estar presente para mantener despierto el interés de los espectadores. Ramón de la Cruz encontraba sus diálogos y personajes en sus andanzas por los parques de Madrid; el sainete aparecerá en la Argentina cuando el criollo descubra que sus carac-

terísticas exteriores, que su modo de hablar, de vestir, de expresar sus sentimientos, difieren de los de los extranjeros que con él conviven. Y esa primitiva manifestación nacionalista podrá situar frente al criollo, a italianos, españoles, alemanes, franceses. Es que Buenos Aires se ha convertido ya en los finales del siglo XIX, en gran ciudad y la Argentina en centro de atracción para toda clase de inmigrantes deseados de hacer rápida fortuna.

El criollo se resiente ante el extranjero enriquecido. Y se desaboga en el teatro. El nativo, inteligente y holgazán, conquistador de mujeres a pesar de su casi constante penuria, triunfa, gracias a sus ardores, del extranjero, trabajador y tonto. El primer sainete que nos presenta la antología, fechado hacia 1792, plantea ya el problema cuando la estanciera prefiere el nativo, domador de reses, al portugués comerciante.

Situado en ambiente urbano, el sainete tiene lugar en una atmósfera popular —casa de huéspedes, taberna, "conventillo"— que permite la verosímil aparición de gran número de personajes que interrumpen el diálogo con bailes y canciones. A medida que el género evoluciona, los perfiles de los tipos se van adelgazando, desaparece la simplista división entre buenos y malos, disminuye el rencor y la anécdota se convierte en excusa para devaneos sentimentales —con sabor a tango— en modo de destacar el pintoresquismo del habla porteña.

Ya en 1917 el género ha perdido su fuerza original. José A. Saldías ensaya —sin verdadero éxito— una orientación diferente. *El candidato del pueblo* aspira a ser una sátira de algunos vicios de la política. Votan los muertos y se viola la libertad de expresión. En un desenlace dramático, la heroína descubre que es su padre el sicario que ha dispuesto la muerte del novio. Ya el sainete no hace reír, comienza a dejar entrever una realidad más dolorosa. Con *Babilonia*, de Armando Discépolo, estrenada en el Teatro Nacional de Buenos Aires en 1925, el género se encuentra en franca decadencia. Amos y criados se oponen, aunque miserables criaturas. Corrompidos, faltos de grandeza los unos; serviles, prestos a cualquier baja los otros. El personaje alegre y pendenciero que se quiere discípulo de Juan Moreira ya no existe. Para expresar la amargura y la desilusión del hombre, resulta insuficiente la fuerza dramática del sainete.

Es inútil lamentar su desaparición. Debemos conocerlo —y de ahí la importancia de esta Antología— porque, como señala Tulio Carella "formó una conciencia teatral: autores, críticos, público", porque su apego a la circunstancia histórica que le dió origen permite descubrir nuevas semejanzas y diferencias de pueblos de América Latina. Pero sería absurdo hacerlo revivir y fabricarle una descendencia. Perteneció a un ciclo cerrado, al ingenuo nacionalismo romántico de Ramón de la Cruz opuesto al "afrancesado" Moratin; sufre de la fuerte dosis de "color local" costumbrista, también romántico.

GRAZIELLA POGOLOTTI.

RENÉ ALLEAU, De la nature des symboles (De la naturaleza de los símbolos). Flammarion. París, 1958.

Si los lectores están de acuerdo con René Alleau en lo que respecta a la importancia capital de la diferencia entre dos términos y a las repercusiones que esa aclaración traería, al despejar innumerables errores que tienen en dicha confusión su propia raíz, el libro *De la naturaleza de los símbolos* está destinado a alcanzar un valor de descubrimiento en un campo vastísimo.

La originalidad de René Alleau reside en separar *símbolo* y *sistema*. Por largos caminos llega a establecer esa separación dando, de nuevo, vida a la segunda de esas palabras, olvidada por los filólogos modernos. Parte, como era inevitable, de los trabajos de Creuzer y de Auber; erudición alemana y francesa. Después de esas publicaciones, de principio y fines del siglo pasado, respectivamente, nada nuevo aparece en lo que se refiere a la naturaleza misma del símbolo. Alleau pone todo su afán en captar el sentido más exacto, la realidad profunda contenida por la palabra *símbolo*. Exceptuando a Mircea Eliade, no agregan los modernos al término más precisión que la que hallaron Jámblico, Hughes de Saint Victor, Isidoro de Sevilla o Juan Escoto Erigena. Guiándose por el célebre *Dictionnaire octolingue* de Galepino, Alleau encuentra que una confusión fundamental ha dado lugar aquí a "una interrupción en el progreso de los conocimientos generales

relativos a la naturaleza de los símbolos". Creuzer y Auber se fundan, como Henri Estienne, en la existencia de un solo vocablo griego: *symbolon*, derivado del verbo *ballein*. A dicho vocablo se refirieron los signos más diversos, especialmente los que indicaban lazos mutuos, señales, sellos, etc., muchos de los cuales eran lazos sociales. Alleau trata de restituir su perdida importancia a otro verbo griego semejante al primero. Insiste en que *symbolon* tenía un sentido netamente dinámico derivado de su etimología verbal: *ballein* significa arrojar, lanzar. *Sym ballein* expresaba pues un movimiento. De ahí que la afirmación de una creencia religiosa sea siempre un símbolo ya que equivale a la afirmación de un movimiento orientado hacia lo Sagrado.

La segunda palabra en cuestión: *syntema* o *syndema* deriva de *desmeo* o *desmos*, olvidada inexplicablemente, no fué traducida ni en francés ni en otras lenguas. Ese término designa todo "lazo mutuo", tiene el sentido exacto de "atar una cosa con otra". Está claro que todo cuanto se refiere a las comunicaciones entre los hombres es un *syntema* y no un *símbolo*. "El *syntema* expresa un carácter estático, la cristalización convenida y fijada por el uso". Esta concepción que separa como disciplinas distintas a la *simbólica* y a la *simtématica* concierne especialmente a la historia de las religiones y los sistemas filosóficos.

"El hecho de reservar la palabra *símbolo* a los signos reconocidos como sagrados por una iglesia o una tradición religiosa y el de *syntema* a los signos convencionales por medio de los cuales un lazo mutuo es establecido por los hombres, trae consecuencias importantísimas. Pues al aplicar a la dinámica de los signos y a su estática un solo orden de referencia en lugar de dos distintos se ha provocado la aparición de los errores del *idealismo* y del *materialismo* contemporáneos. Si se aplica un orden único de referencia a un principio no cristizable y a una cristalización, la palabra dada a ese orden dependerá del observador o del objeto observado más que de la naturaleza de los seres y de las cosas. En el primer caso el *idealismo* anula el objeto, en el segundo el *materialismo* anula el sujeto". Esta es, a nuestro entender, una de las conclusiones más importantes a que arriba Alleau.

Su descubrimiento pone también sobre el tapete el problema de los métodos de la crítica de arte, puesto que

delimita el campo correspondiente a una tercera categoría de signos: los *emblemas*. Situado entre el símbolo y el *syntema*, el *emblem* se funda en una unión de ideas más o menos claramente expresadas de manera sensible. Ha sido imaginado por el hombre; difiere del símbolo en que no es sagrado y del *syntema* porque no significa lazos de naturaleza exclusivamente social.

De cuanto antecede infiere una división de *syntemas*. Alleau los divide en dieciséis clases: lógicos (una letra, una cifra, una palabra, un número, una sucesión de números); abreviativos (la letra O no es el símbolo del oxígeno, sino su *syntema*); mnemotécnicos (un nudo del pañuelo, etc.); diferenciales (los ornamentos, los anillos, las insignias, los atributos, las decoraciones, los uniformes, etc.); tecnológicos (signos que indican la junta mutua de las maderas, de las piedras de talla, etc.); didácticos (los signos alquímicos, astrológicos, mágicos), etc. La lista no es limitativa. Agreguemos que un *syntema* puede pertenecer, por conceptos diferentes, a varias clases a la vez. Alleau separa también *simtématica* y *simtémologia* según se estudie gráfica e iconográficamente un *syntema* o se busquen la clasificación y la historia de valores ya reconocidos. Ilustra por fin su tesis con el análisis detallado y completo de un *syntema* interesantísimo: el signo X.

¿Tendrá esta obra el alcance que el autor prevé? ¿Esa confusión es tal como él la ve? Sería un tanto aventurado negarlo o afirmarlo sin esperar la opinión de otros especialistas.

MARIA TERESA MAIORANA.

LEWIS MUMFORD, *Arte y Técnica*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires, 1957.

Este libro de Mumford trata las complejas vinculaciones entre el arte y la máquina, cuya evolución a través de las cambiantes situaciones históricas estudió el autor en una serie de conferencias que, reunidas en este volumen, conservan una fresca continuidad orgánica. La búsqueda de nuestro tiempo, los zigzagueos propios de las épocas que afrontan multiplicidad de caminos congregan elementos

que permiten a Mumford reparar analogías y deslindes entre arte y técnica. Recuerda que: "La mayoría de los grandes artistas de las últimas dos centurias —y esto es igualmente cierto, creo, en música y poesía, en pintura y aun en cierto grado en arquitectura— se ha rebelado contra la máquina y ha proclamado la autonomía del espíritu humano: su autonomía, su espontaneidad, su inagotable facultad creadora". Esta rebelión contra la mansedumbre ante la cosa mecánica ayudó a crear obras valiosas. Mumford refiere cómo el paulatino debilitamiento de esa rebelión, cuando la creencia en el hombre y en sus fuerzas creadoras comenzó a ser desplazada por el culto a la máquina, llevó a desviaciones peligrosas e inhumanas. "En el único sentido en que es posible separar arte y técnica —escribe— el arte es principalmente el dominio de la persona, y su finalidad, además de las diversas funciones técnicas accidentales que con él puedan asociarse, es ensanchar la provincia de la personalidad de manera que sentimientos, emociones, actitudes y valores, en esa forma individualizada y especial en la cual aparecen en una persona determinada, en una cultura determinada, puedan ser transmitidos con toda su fuerza y significado a otras personas y a otras culturas".

La evolución del mundo moderno se sostiene por propia gravitación, en un peligroso y difícil equilibrio que el artista contemporáneo ha tratado de conservar con bases firmes. Mumford no es contrario a la bondad de ese equilibrio, pero previene acerca de su fragilidad. Todas las épocas de transición han cobijado diversidad de elementos ambiguos, de difícil explotación. El avance de las ciencias ha sido en nuestro siglo no siempre colateral al avance del sentido humanista. El peligro constante de la cultura está en su separación de la persona humana, en su desvirtuación de los valores naturales. La cultura debe ser un estímulo para el goce profundo de los valores naturales. Toda desviación del hombre conduce inevitablemente a un mecanicismo triste e inhumano. La viable conciliación entre arte y técnica que propone Mumford no es más que una comprensión de la dimensión profunda de la vida humana. El hombre de todas las épocas se ha medido por su trascendencia, por su aporte a la creación de nuevas entidades que lo distinguen de las otras especies. "Podríamos decir, además —alega Mumford— para di-

ferenciar el arte de la técnica, que arte es entonces aquella parte de la técnica que lleva la más plena impronta de la personalidad humana; técnica es aquella manifestación del arte de la cual se ha excluido una gran parte de la personalidad humana, a fin de impulsar el proceso mecánico".

Mumford alude continuamente a la vigencia primordial de la persona humana. Sostiene que sólo cuando las funciones simbólicas del hombre habían evolucionado suficientemente, comenzó la vinculación con la técnica. Antepone históricamente el quehacer imaginario y mágico a la búsqueda de la herramienta. Pero "sin el contrapeso de los intereses y métodos de la técnica, el hombre habría fácilmente enloquecido, por cuanto sus símbolos habrían desplazado poco a poco a las realidades produciendo, al final, una ciega confusión que lo hubiera despojado de su capacidad para la supervivencia física". Este lúcido equilibrio que nos absuelve de la tiranía de las funciones técnicas no puede olvidar, según lo reconoce el autor, la primacía de la persona humana.

Al referirse al paso de la artesanía al arte mecánico Mumford hace esta interesante advertencia: "...nunca debemos dejar que el desarrollo de la máquina se aleje tanto de sus fuentes en el arte y la artesanía como para no poder reinventar el arte si sus secretos se perdieran. Usando términos biológicos, la relación del hombre a la máquina debe ser de índole simbiótica, no parásita, y eso quiere decir que el hombre debe estar dispuesto a disolver esa asociación, incluso a abandonar temporalmente sus ventajas prácticas, tan pronto como ellas amenazan a su propia autonomía o a su ulterior evolución.

El nuevo lenguaje que trajo el maquinismo no elude el análisis de Mumford, quien enfrenta lúcida y valientemente de elementos, a menudo evanescentes, que sobreleva todo cambio importante. No en vano y como una proyección del planteamiento general de la obra, exhuma los valores que desvirtuaron algunos arquitectos en una forja apresurada por rechazar los símbolos envejecidos.

Fascinado por las caras posibilidades de nuestra época, Mumford alude a la misma como momento de gran peligro, pero también de espléndida promesa y nos insta a comprender los impulsos que generan el peso de la renovación y a utilizarlos para la vigencia definitiva del hombre.

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

REVISTA DE ARTE. Instituto de Extensión de Artes Plásticas de la Universidad de Chile Nº 11-12. Edición especial dedicada a la cerámica de Quinchamal. Del texto, firmado por Tomás Lago, reproducimos el siguiente fragmento sobre la Actualidad de las artes populares.

"Las artes populares han adquirido, en estos últimos tiempos, un interés excepcional que veinte años atrás no tenían. Tal hecho corresponde a la culminación de un fenómeno cultural de la época en la cual el hombre contemporáneo, hastiado de los placeres que podía darle el arte racional, embriagado probablemente por sus excesos tiende, como en todo período de crisis, a recuperar su equilibrio buscando de nuevo las sensaciones elementales, las formas primigenias creadas más por el instinto que por la razón.

"Es la búsqueda de lo humano, siempre. Las especulaciones de la mente nos apartan de la tierra maternal y nutricia en que vivimos y hay que volver a ella a mirar lo que hay cerca del hogar ancestral, a mirarnos a nosotros mismos y a nuestra gente. En este sentido es que se han rehabilitado también los nacionalismos en la sociedad de hoy. La causa inmediata del fenómeno es que en la actualidad nuestra civilización tiende a universalizar las costumbres uniformando los usos de la gente a la medida que la producción de la gran industria así lo exige, con la ampliación cada vez mayor de sus mercados. En virtud de esta tendencia los caracteres típicos empiezan a desaparecer, y junto con ello, entonces, se valoriza lo que va quedando en síntesis expresiva inconfundible, de representativo de un pueblo o región. A medida que las cosas escasean empiezan a echarse de menos: es la vieja ley.

"El nacionalismo en Chile ha acentuado su fuerza de esta misma manera. Hemos podido ver que en el término de unos veinticinco años se ha generado una corriente cada día más vigorosa que tiende a recuperar el sentido propio de nación que subsiste en los usos populares. Para esto

ha debido rehabilitar los atributos, expresiones y enseñanzas más humildes del pueblo. La cueca, que antiguamente se bailaba en las chinganas de los barrios, ha llegado a las salas de café-concierto y los salones privados, en tanto que los discos de las canciones folklóricas alcanzan las más altas ventas en la música mecánica; los trajes de nuestros huasos han llegado a ser un lujo de ostentación de la gente más distinguida, los rodeos de animales se realizan como un espectáculo de exaltación patriótica aun en las grandes ciudades. Junto con todos estos hechos hay una predisposición cada día mayor por introducir en la decoración interior de las casas, curiosidades significativas, objetos "típicos" que representen modos de la vida colectiva, costumbres heredadas, cosas chilenas. Es la moda del momento.

"El buen gusto, además, lo autoriza. Contra los bibelots industriales, contra los objetos de adorno producidos en cantidad, contra lo standard indiferenciado, hay que buscar lo que aún hace la mano del hombre, la artesanía doméstica, la gracia de nuestro propio pueblo".

France - Asie, Nº 143. Abril, 1958. Traducimos un fragmento del artículo de Jeannine Auboyer, titulado: "Los frescos de la India".

"Si los frescos de Ajantá son los más célebres de la India, no son los únicos que hayan sido encontrados allí; cuanto más las investigaciones arqueológicas se desarrollan, más su número se acrecienta, y, poco a poco, forman un conjunto: en Ceilán (Sigiriya, siglo V), en el Dekhan (Sittanavásal, siglo V, Bādāmi, siglos VI y VII), en el Gwāllor (Bāgh, siglo VI), y en muchos otros sitios, los frescos atestiguan la existencia floreciente de este modo de decoración, y se puede deducir de ello la importancia del papel de los pintores en la India antigua. A decir verdad, aun si no se poseyeran estos testimonios tangibles de un arte pictórico, se podría suponer el desarrollo, pues los textos se refieren a ello a menudo y revelan la amplitud. Muchas alusiones literarias prueban que la pintura era convenientemente practicada en los medios

cultivados; son consagrados tratados a sus técnicas; descripciones de palacios y de santuarios fientan resucitar los esplendores desaparecidos. Pero si se ignorase lo de Ajantá, sería sin duda difícil de imaginar con alguna exactitud el aspecto real que tenían estas vastas composiciones que provocan hoy nuestra admiración, a pesar de las deterioraciones de las que han sido víctimas.

"En las grutas mejor conservadas, las pinturas cubren los muros, los techos y también los pilares. A primera vista, la composición es extrañamente densa y tupida: toda la superficie mural está recubierta, el fondo no aparece sino al mínimo; y las escenas parecen imbricarse sin interrupción ni delimitación. Se ven largos cortejos desenvolverse saliendo de las ciudades, mezclando peatones, elefantes y caballeros, erizados de parasoles y de emblemas, desplegando una moviente mezcla de costumbres variadas entre los oscuros apagados de las carnes y el rutilar de las joyas de oro. Pabellones con columnas de laca roja y azul abriga parejas enlazadas; orquestas y danzarinas se agrupan para una representación; los príncipes dan audiencia o reciben presentes, lánguidamente sentados en asientos trabajados, o bien se distraen jugando a los dados. Teorías de mujeres, apenas vestidas con un paño de muselina transparente o de una tela rayada, cubiertas de adornos delicados, avanzan pisando un suelo esmaltado de flores; algunas están apoyadas en columnas, otras se mezclan en las conversaciones principescas, otras, aun, sportan bandejas de flores, trituran el grano, agitan mosqueros. En la parte superior de los frescos, genios voladores circulan entre peñascos extrañamente cúbicos; aquí y allá, una planta, delicadamente observada, despliega su arabesco.

"A medida que el ojo se habituía a detallarlos, se forman grupos, un conjunto se ordena, una armonía se revela. Y bien pronto reglas generales devienen evidentes: la mirada aísla un grupo, es conducida hacia su centro por algunas líneas maestras, luego se desplaza de nuevo hacia su periferia, donde reencuentra los componentes exteriores del grupo vecino, en el cual penetra de la misma manera que precedentemente; así, progresivamente, el espectador recorre toda la superficie mural, insensiblemente dirigido de grupo en grupo.

"La unión entre grupos vecinos está obtenida por personajes secundarios; sirven de "pasajes" de un grupo al otro, como en el relieve de un objeto las medias tintas forman la transición entre la sombra y la luz. La actitud, la orientación de los gestos, la flexión del contoneo, la dirección del rostro, relacionan un personaje con el grupo al cual pertenecen, haciéndolo desde ya participar en la escena vecina. Es un procedimiento que fué empleado en otras partes, en particular en el arte pictórico de Asia central, pero allí fué llevado a sistema, el automatismo de los personajes de transición había llegado a ser allí una rutina sin arte. En ninguna parte este "fundido" ha sido realizado con la ciencia a la vez diestra y delicada de Ajantá. Un gran número de estos grupos está construido según una estructura, circular u oval: sólo la disposición de los personajes, la dirección de sus miembros, el sentido de las curvas y de las líneas hacen adivinar la figura geométrica que ha servido de base al agrupamiento del conjunto. Cada grupo se cierra hacia un centro, como los pétalos de una flor se repliegan en cáliz, curvas que remiten siempre el ojo hacia el interior agrupamiento de una manera más o menos rápida. Es, pues, con una maravillosa sutileza, que los artistas de Ajantá han adoptado la composición circular que ha sido ampliamente utilizada en las épocas anteriores en el arte hindú. A sus cualidades estéticas, esta forma de composición une un valor místico pleno de significación, pues es la del círculo mágico, del *mandala*, esquema esotérico que, creado en la India, se ha extendido a través de todo el mundo asiático, por el intermediario del Budismo. Aunque el *mandala* sea netamente simétrico y limitado, mientras que las composiciones circulares de Ajantá son flexibles y malizadas, se puede establecer una comparación entre ellos pues, en la una como en las otras, hay allí una busca de penetración hacia el centro: en el *mandala*, para encontrar en él la residencia de lo divino, en las composiciones de Ajantá, para descubrir en ellas el personaje principal de la escena.

"El tipo de perspectiva empleado en Ajantá acentúa esta idea de penetración en una composición pintada: procediendo según las tradiciones de sus antepasados, pero con una habilidad incomparable, los pintores utilizan simultáneamente en una misma composición muchos

puntos de distancia, lo que confiere una suerte de movilidad a la puesta en escena. Por este subterfugio —análogo al que fué empleado en la pintura occidental hasta alrededor del siglo XIV— el espectador tiene la ilusión de ser introducido en el fresco, y de desplazarse allí siguiendo el desenvolvimiento de las peripecias representadas sobre el muro y participando integralmente en la multiplicidad de la acción. Se comprueba igualmente la existencia, sobre una línea de horizonte, de muchos puntos de perspectiva y a veces también de dos o tres líneas de horizontes diferentes. Este procedimiento concilia con una gran habilidad la deformación óptica normal y el conocimiento empírico del objeto, sobre el cual está fundada la estética tradicional de la India. Sin embargo, los efectos de perspectiva están reducidos a algunos datos, ignorando la pintura de Ajantá el achicamiento de los objetos alejados y la desaparición de los detalles lejanos.

"Los elementos de paisaje son reducidos al extremo, los que están tomados de la arquitectura no sirven sino ocasionalmente para situar las escenas; toda la importancia está reservada a los cuerpos humanos, en favor de los cuales se despliegan la ciencia y la habilidad de los artistas de Ajantá. No tienen, sin embargo, solamente un valor estético: los gestos y las actitudes corresponden sobre todo a un vocabulario plástico probablemente tomado del teatro y de la danza, y siguen muy de cerca las enseñanzas de los tratados canónicos o *śāstra*. Como en el arte coreográfico, cada actitud, cada gesto, la posición de los dedos y de la cabeza, la forma de los rasgos del rostro, tienen una significación precisa y están destinados a provocar sentimientos (*bhāva*), debidamente catalogados. Este lenguaje mimico, por convencional que sea, está colmado de sobrentendidos y de matices; cuando se posee la clave y se lo puede interpretar correctamente, se ve cada personaje expresar el carácter que representa. Las actitudes son generalmente calmas; cuando son dinámicas, permanecen equilibradas. Se ven jugar allí, el pudor, el abandono, el recogimiento, la sorpresa, la espera. Los rostros traducen la alegría, la cólera, el asombro, la reflexión, el amor: basta una ceja fruncida, labios hundidos en las comisuras, un ojo medio cerrado, para que

el iniciado identifique el sentimiento (*bhāva*) o la sensación (*rāsa*) que el artista ha deseado suscitar en él.

"El trazo utilizado en los frescos de Ajantá es puro, sin sequedad, delicado y no obstante nervioso, algunas veces casi duro, de una seguridad sin cambios. Resulta de una ciencia consumada de los contornos y de las formas, y envuelve las siluetas con firmeza, delimitando los miembros con exactitud, según curvas simples y dulces. No tiene la personalidad que posee el trazo en la pintura china y no es, propiamente hablando, un medio subjetivo de expresión, pero es un precioso auxiliar de la composición toda entera".

Traducción de Ballanera Raquel Enriquez.

Cuadernos Hispanoamericanos. Madrid. Nº 99. Marzo 1958. El fragmento que ofrecemos a continuación, pertenece al artículo que Cabral de Melo -João titula: "Teoría de la composición. La inspiración y el trabajo de arte".

"Puede decirse que hoy no existe un arte, una poesía, sino que existen artes, poesías. Cada arte se fragmentó en tantas artes como artistas capaces de fundar un tipo original de expresión. Esta atomización no podía producirse en un periodo como el del teatro clásico francés. Y aunque fué al individualismo romántico al que le cupo formular su justificación filosófica, sólo alcanzó su pleno desarrollo este fenómeno con lo que se llama "literatura moderna".

"Quizá una rápida recapitulación de las actitudes del artista ante la norma artística, en el periodo que vió nacer y crecer dicho fenómeno, pueda ser aquí de alguna utilidad. En una época como la del teatro clásico francés, la obediencia a la norma era un elemento esencial de la creación. El artista era juzgado en la medida en que, estrictamente dentro de la norma, realizaba su obra. La calidad estaba equiparada a la capacidad de desenvolverse dentro de los patrones establecidos, y justificaba cualquier impersona-

lidad. En el romanticismo, con el desplazamiento hacia el autor del centro de interés de la obra, las normas continuaron existiendo, pero tan sólo hasta cierto punto, esto es, en tanto que no perjudicaran a la expresión personal. Si se observa al artista romántico del mismo modo que al artista clásico, el primero se verá tan incorrecto como impersonal el segundo. A partir del romanticismo, el estilo dejó de ser obediencia a las normas estilísticas, para convertirse en la especial manera de interpretar cada autor esas normas consagradas. Ciertamente, ése fué el primer golpe, y a partir de él lo que se produjo no fué más que una agravación del fenómeno. Es decir, aquel primer derecho a interpretar la norma establecida a la manera de cada uno, vendría a convertirse, a partir de principios de este siglo, en el derecho a establecerse una norma personal.

"Esta transformación traería consigo una consecuencia inmediata: la creación de normas particulares, de poéticas individuales y se dió mediante una fragmentación del conjunto que antiguamente constituía un determinado arte. La creación de poéticas particulares disminuyó el campo artístico. En vez de su enriquecimiento, asistimos a la especialización de algunos de sus aspectos, pues, en último análisis, la creación de poéticas particulares no pasa del abandono de todo el conjunto por su aspecto particular. Este aspecto particular pasa a ser considerado, por el artista que lo descubre, el valor esencial del arte, y pasa a ser desarrollado hasta sus posibilidades extremas. Para mucha gente, esa especialización significa una profundización mayor, absolutamente necesaria si se quiere hacer progresar al arte. Tales personas parecen contar con una edad futura, en la que todas esas profundizaciones particulares serán aprovechadas para una síntesis superior. Pero, a mi entender, esa profundización es sólo aparente. Desde el momento en que el arte se fragmenta, desde el momento en que se desmonta su mecanismo, su utilidad, la función ejercida por ese mecanismo cuando estaba completo, desaparece. Los que lo desmontaron tienen ahora en su poder piezas sueltas, fragmentos del mecanismo, capaces de realizar pequeños trabajos, pero incapaces de recrear aquel servicio para el cual estaba habilitada la máquina completa. La fragmentación del arte forzosamente li-

mita al artista al ejercicio formal. El caso de la pintura moderna parece poner claramente en evidencia el fenómeno. El caso de ciertos poetas es análogo. El caso de aquellos que se dedicaron, con la más seria de las intenciones, a explorar ciertas cualidades de resonancia, e incluso de semántica, de palabras aisladas, esto es, de palabras que no debían servir, que no debían transmitir ideas, me parece bastante significativo. Esos mágicos, esos metafísicos de la palabra acabaron todos entregados a una poesía puramente decorativa. Si se avanza un poco más en la dirección señalada por Mallarmé, se desemboca en un puro juego de palabras".

LA REDACCIÓN.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

IDIOMA Y CONOCIMIENTO

¿Lo que es posible con una lengua lo es con cualquiera otra, como por ejemplo, la de un pueblo menos civilizado? ¿Toda relación expresada y definida en un idioma puede ser traducida en cualquier otro? Es bien evidente que no. El lenguaje no es un analizador completo. (Ni perfecto, allí donde realiza sus operaciones). Es insuficiente en la mayoría de los casos, quizá en todos. Para entender la logificación de lo real, uno será pues inevitablemente conducido a completar y perfeccionar el instrumento verbal —es lo que ha sucedido en el curso de la evolución histórica de los idiomas superiores— o a adjuntarle nociones y signos simbólicos que acrecienten su radio y su potencia analítica. Este último desarrollo está muy acusado en las ciencias contemporáneas.

De lo precedente merece ser señalada una consecuencia particular. Es importante para la filosofía del conocimiento, pues muestra los rasgos de nuestra representación del Mundo.

En el desarrollo de las ciencias teóricas —en Física, en Astronomía, en Cosmogonía— se adoptan tácitamente, como únicas hipótesis concebibles, las que se traducen en

expresiones analíticas que uno sabe integrar, o, de una manera más general, únicamente aquellas que uno puede representar en fórmulas o ecuaciones tratables por el cálculo en el estado presente de las Matemáticas. Ahora bien, desde el punto de vista de lo que llamamos la naturaleza real (Mundo sensible observable) esta elección arbitraria comporta una exclusión. *A priori*, las posibilidades físicas son indefinidas, o independientes de nuestras capacidades matemáticas. "La naturaleza no se preocupa de las dificultades analíticas (matemáticas)", señalaba ya Fresnel. Las únicas hipótesis concebidas —o conservadas y desarrolladas—, hasta el presente, por las razones expresadas, forman parte, más verosimilmente, de la categoría *improbable*. Las circunstancias que conducen a enunciados que se pueden poner en ecuaciones, o de las cuales se está en condiciones de realizar la integración o el desarrollo por funciones o series, son la excepción.

Los fenómenos naturales, en su complicación intrínseca son casi siempre inabordable por la Lógica racional propiamente dicha, y asimismo inaprehensibles en sus detalles y su complicación para el intelecto humano. Es mínimo el número de ocasiones en que podemos sustituir a la complejidad, por lo general inextricable de los hechos naturales, una formulación de tal manera regular y simple que la inteligencia puede utilizar para representar y prever la evolución de los procesos reales¹ con una aproximación suficiente.

Si los progresos se cumplen gracias al aporte de métodos mejores, si nuevos instrumentos intelectuales se agregan al stock de los antiguos, entregando, por medio de técnicas más penetrantes, la solución de cuestiones inaccesibles hasta aquí, la concepción del Mundo será transformada. Se tomará conciencia de vastas hipótesis, aún no imaginadas. Miles de mecanismos insospechados aparecerán como posibles. Las perspectivas de la realidad cósmica se encontrarán ampliadas, las concepciones filosóficas remodeladas en sus fundamentos y hasta en su más íntima estructura.

(1) *Filos. de la Nat.* Vol. III, pp. 40-43. Esto sin embargo ocurre con la Teoría de la Relatividad general desarrollada gracias a los progresos del *Análisis tensorial*, debido al genio de B. Riemann y de Lévy-Civita.

Ya, en Astronomía estelar, el descubrimiento en la Tierra de sustancias radiactivas, el de la trasmutación experimental de los elementos o de las relaciones de la energía radiante con los últimos elementos de la materia, han trastornado las ideas de fines del siglo XIX sobre la evolución de las estrellas y del Sol.

La Mecánica ondulatoria, la Física de los *quanta*, en fin los nuevos métodos de las altas matemáticas, cálculo diferencial absoluto o tensorial, extensión de la Teoría de los grupos, de los conjuntos, de las matrices, álgebras simbólicas, empleo de las ecuaciones diferenciales no-lineales (Kryloff...) han metamorfoseado nuestras concepciones más fundamentales sobre la naturaleza de la luz, de la materia, de la gravitación, de la electricidad, de los fenómenos químicos, de la actividad y de la evolución de las estrellas y de la Cosmogonía.

Si se poseen las técnicas intelectuales para los lenguajes, se puede decir, en un sentido muy general: los lenguajes hacen el Mundo tal como lo imaginan, en cada época, sabios y filósofos, al menos tanto como el Mundo y el hombre hacen los lenguajes.

Una explicación lógica se confunde con el establecimiento de una "correspondencia" adecuada entre los objetos y los mecanismos del Cosmos (*el sistema de las imágenes sensoriales*), por una parte, y su representación simbólica por medio de conceptos primeros y de reglas que suministren los resultados de sus combinaciones, por otra.

Así se es conducido a plantearse este problema: ¿es necesariamente posible una explicación coherente de la Naturaleza, en todas sus secciones?

La respuesta exigiría un estudio crítico previo de la cuestión misma, para cada uno de los diferentes campos cognoscitivos del Mundo real.

Lo que se puede decir en general de este tema es que la correspondencia no es perfecta, que el recobramiento de lo sensible por el signo inteligible no es nunca absoluto. Pero esta correspondencia se hace sin cesar más exacta y gana en amplitud.

GEORGES MATISSE.

Le monde est-il rationnel?

Revue de Métaphysique et de Morale.

Armand Colin, Paris.

Essex - marzo de 1952, N° 1.

Traducción de Luis Adolfo Dosa.

LA ETNOGRAFÍA

La etnografía, según Marcel Griaule, además de su fin teórico (conocimiento exhaustivo de las poblaciones humanas), tiene por misión aportar una ayuda a todos los que viven en contacto con otras civilizaciones. Requiere del investigador: entusiasmo, paciencia, "una gran tenacidad y un tacto no menos grande". No retiene más que los documentos "sanos", es decir, aquellos cuya sinceridad ha sido establecida. Frente a los hombres que estudia, el investigador debe, honestamente, "representar su papel de extranjero". No hay ventaja en imitar al indígena (solicitando, por ejemplo, como ciertos etnógrafos de comienzo de este siglo, la iniciación, más o menos superficial, en tal cofradía secreta). Toda encuesta no será "coherente y productiva" si no está realizada por un equipo, heterogéneo en su formación (contará, entre otros, con un lingüista), homogéneo en su finalidad. El ideal es el equipo "doble": una parte trabaja sobre el terreno y trasmite a medida sus materiales a la sección metropolitana que "hace un almacén para reparar los vacíos" (Señala entonces las lagunas). Hay dos tipos de encuesta: extensiva, desprende aspectos generales y abarca muchas sociedades vecinas; intensiva, se consagra a una sola población anteriormente situada por la encuesta extensiva. Por la encuesta intensiva, el observador abordará, en primer lugar, los fenómenos materiales, más fáciles de comprender. A posteriori, a veces al término de diez años (caso preciso de las misiones de Griaule, en país Dogon), estará en condiciones de encarar la ontología y la metafísica. Al comienzo, no comprenderá nada, y además se le revelará poco. De una manera general, el cuestionario presta servicios, pero debe establecerse "a la medida de las sociedades consideradas". El usuario lo creará y lo perfeccionará.

El análisis etnográfico toca "hechos relativamente estables" (objetos, monumentos), y hechos "en movimiento" (funcionamiento de una institución en el tiempo y el espacio). Se basa en "actos y obras" (ante todo, para una población sin escritura, en los archivos administrativos). Pero se efectúa sobre todo por la encuesta oral. Es necesario identificar bien al informador, asegurándose que él

pertenece al grupo considerado; es en general particularmente calificado si es especialista en la cuestión analizada (artesano, sacerdote, ...). Debe poseer memoria y buena fe. Se le pagará, pero con una justa tasa, a fin de no incitarlo a proporcionar por interés una añadidura de reservas fantasistas. Un igual peligro existe en "conducir la encuesta" y en dejar hablar a su gusto al informador.

"Historiador, facilita los medios que él describe", el etnógrafo toma ciertos métodos de las otras disciplinas: lingüística, filología, historia, psicología, etc. Consigna, a medida que los halla, sus documentos en tres especies de fichas: "ficha museográfica" (para los objetos y monumentos), "ficha descriptiva de fenómenos en movimiento", "ficha de interrogación", donde la deposición está reproducida *in extenso*. El dibujo aporta precisiones complementarias y es útil hacer dibujar a los indígenas, pues su tendencia al simbolismo orienta a veces hacia problemas nuevos. Cartografía, fotografía, cine, aparecen también como auxiliares indispensables. La película, además de su "valor de archivo", es un excelente instrumento pedagógico para formar jóvenes etnógrafos; contribuye a la enseñanza pública. La filmación de una ceremonia debe ser considerada "desde el ángulo del reportaje". La película doblará, tanto como sea posible, los registros musicales o los textos "hablados".

Hacer etnografía es también "criticar las fuentes", confrontar y recortar los testimonios, controlar el uso de un monumento, asegurarse del valor de los "actos y obras", distinguir en los hechos la parte de lo accidental y la de lo normal. Cuando la "norma" ha sido distinguida, "integrar" el hecho en el conjunto de las instituciones o de la civilización. El último problema que se plantea es un problema "de explotación" de los documentos: ¿cómo los presentará el etnógrafo? No parece deseable redactarlos a partir de un plan *a priori*; vale más "redactarlos por tabloncillos de capítulos" o párrafos. En seguida, todo se encajará por sí mismo y el almacén así aparecido corresponderá a lo real. Si "el escritor debe desaparecer para ponderar a lo real", acudirá a lo mejor, exponer el desenvolvimiento de un rito", acudirá a lo mejor a todos los recursos de su personalidad (Griaule hubiera podido decir aquí, con razón, a los recursos de su biera podido decir aquí, con razón, a los recursos de su talento), para "dar la atmósfera del rito". Tendrá el cuidado de ilustrar cada norma con un ejemplo concreto.

M. BOUTELLIER
Méthode de l'ethnographie, de M. Griaule,
"L'Anthropologie", Paris, julio 1938.

La fotografía y el reconocimiento aéreo en las investigaciones arqueológicas.

Es indudable que la geografía es la que más se ha beneficiado con el empleo de la aeronáutica, en especial en lo que se refiere a levantamientos topográficos mediante la fotogrametría aérea. En nuestro país la Marina de Guerra ha efectuado levantamiento que suman muchos miles de kilómetros cuadrados y abarcan regiones distintas desde la isla de los Estados hasta el Chaco (Portillo, 1945), y actualmente la aeronáutica militar está efectuando relevamientos en el N.O. del país.

La aviación ha sido utilizada también como auxiliar de los estudios arqueológicos desde los primeros momentos de la historia de la navegación aérea; esta clase de investigaciones cuenta por lo tanto con una larga historia en la que se resume toda la experiencia de un método definitivamente incorporado a la arqueología y reconocido como de positivo valor; así lo establecen los más importantes manuales de técnica o las sinopsis más autorizadas sobre el tema (Rowe, 1953).

Es probable que las primeras observaciones de interés en el campo de la observación y fotografía aérea con fines arqueológicos las hayan llevado a cabo, durante el transcurso de la primera guerra mundial, arqueólogos incorporados como aviadores en los ejércitos en lucha, quienes sobrevolaron y observaron desde el aire ruinas y lugares arqueológicos diversos; ya en 1915 León Rey utilizó la aviación para estudiar diversas ruinas de Macedonia (Martínez Santa Olalla, p. 5).

Terminada la primera guerra mundial, los esfuerzos para aplicar el nuevo método se extendieron y en Inglaterra el veterano G. S. Crawford cumplió verdaderas campañas de divulgación y de trabajos (Reeves, p. 103). En regiones apartadas de la India, el relevamiento arqueológico aéreo, se aplicaba extensivamente en 1923 en el Estado de Jaipur (anónimo, p. 34). Quizás las investigaciones de mayor magnitud son las realizadas hasta ahora por el padre jesuita Poldebard, aviador y arqueólogo, en sus trabajos del desierto de Siria, efectuados con la colaboración de las fuerzas aéreas de Francia (M. Santa Olalla, p. 5).

Un buen ejemplo del valioso auxilio que presta la aviación a la arqueología es la obra del Coronel Jean Barandez sobre las ruinas romanas de Argelia, con una magnífica serie gráfica sobre las redes de caminos, fortines y restos de guarniciones en ruinas, que bordean el desierto y fueron en época de su esplendor sostén del poderío imperial romano (Baradez, 1949). También las famosas ruinas de Zimbawe fueron estudiadas con el concurso del avión (M. Santa Olalla, p. 6) y en la Mesopotamia el Instituto de Estudios Orientales de la Universidad de Chicago se vale también de la fotografía aérea (Reeves, página 106).

En América los antecedentes del uso del avión a los fines de la arqueología son muy numerosos. Quizás es en Perú donde la aplicación del método ha adquirido su mayor difusión, debido a diversas circunstancias, entre ellas las más importantes son, probablemente, la magnitud de los restos arqueológicos y las extraordinarias condiciones de visibilidad que proporcionan las vastas regiones semi-desérticas de la costa peruana donde se hallan aquellas ruinas. Estas condiciones favorables son tales que han permitido descubrir lugares arqueológicos en sitios no recorridos previamente, sitios que hubieran pasados desapercibidos en una búsqueda superficial de rutina.

Por otra parte existen obras especiales dedicadas a la fotografía aérea del Perú y de sus ruinas arqueológicas (Horkheimer, 1950, p. 57). Una misión norteamericana se dedicó exclusivamente a este fin durante muchos meses de labor (Shippee, 1932, y Johnson, 1930). Algunos vestigios de tipo muy especial sólo se pueden visualizar completamente desde el aire como lo demuestran las series de curiosísimos restos estudiados por Kosok y Reiche en las proximidades de Nazca, cuyo significado es uno de los tantos enigmas de la arqueología americana (Kosok y Reiche, 1949, Reiche, 1949).

La densidad de la selva meso-americana no ha sido obstáculo para que se aplicara el avión en la búsqueda de restos y sitios arqueológicos, aunque indiscutiblemente, en esta zona de vegetación exuberante, las posibilidades de la foto aérea no tienen los alcances que tiene en la costa peruana (Rickertson, 1930, p. 205).

En la arqueología de América del Norte el uso de la fotografía aérea está bastante extendida y es frecuente

que en los trabajos arqueológicos habituales se incluyan fotografías aéreas. Un resumen de esta clase de investigaciones puede verse en el trabajo de Reeves (Reeves, 1949) y como complemento, sobre todo en lo que se refiere al uso del helicóptero, la interesante nota de Setzler (Setzler, 1952). En las regiones árticas las breves referencias de Larsen y Rainey ponen claramente de manifiesto el gran auxilio que la aviación presta a la arqueología, hasta el grado de poder proveer diferencias cronológicas entre determinados vestigios con la simple observación (Larsen y Rainey, p. 15).

En nuestro país no se había intentado hasta hace poco llevar a la práctica la observación y la fotografía aérea aplicadas a las investigaciones arqueológicas, pese a que algunas de nuestras zonas ofrecen un buen campo para la aplicación de este método. Existían sugerencias formuladas por el doctor Olsacher, en el trabajo ya mencionado (Olsacher, 1934), quien pese a dedicarse a otra especialidad supo comprender toda la importancia que la fotografía y el relevamiento aéreo podría tener en esta clase de estudios, señalando el particular beneficio que estas investigaciones aportarían, en el estudio del difícil problema que plantean los montículos arqueológicos de Santiago del Estero extendidos a lo largo de los cauces de los ríos Dulce y Salado. Sus previsiones han sido confirmadas, ya que hemos tenido ocasión de fotografiar desde el aire, con muy buen resultado, un yacimiento arqueológico compuesto de montículos, situado en la provincia de Catamarca muy semejantes en su estructura externa a los montículos santiagueños*.

ALBERTO REX GONZÁLEZ,
"Anales de arqueología y etnología",
Universidad Nacional de Cuyo.

LA ACTIVIDAD CREADORA DE LA VIDA

Un organismo extrae de su medio materiales en desorden y con ellos construye un sistema viviente del que asegura la existencia contra las tendencias destructoras del mundo inanimado. La vida es naturalmente sinté-

tica y la síntesis es un proceso de organización. Asocia las sustancias para hacer con ellas la cantidad casi infinita de compuestos orgánicos que se encuentra en el cuerpo de los animales y las plantas. En el curso de la evolución, este proceso de síntesis no ha cesado de producir compuestos nuevos, sustancias hasta entonces desconocidas en la tierra. Además nuevas especies, nuevos sistemas organizados fueron creados igualmente. El gran drama de la evolución es para nosotros un espectáculo fascinante, pues nos hace asistir al desfile inintermitido de los actores que hacen su entrada en escena. Como creen muchos sabios, estos desenvolvimientos pueden ser atribuidos a las posibilidades casi ilimitadas de multiplicación de las combinaciones atómicas entre los compuestos del carbono, pero, cualquiera que sea la causa, nos es necesario admitir que la vida, en sus productos materiales, es obstinadamente creadora. Esta facultad creadora no es evidente en el mundo inorgánico. Según los trabajos de los cosmogonistas, los diversos elementos químicos que componen el universo fueron producidos en el momento de su creación o poco después. Hubo ciertamente transmutaciones y combinaciones, pero nada semejante a la extraordinaria eclosión de nuevas sustancias y de sistemas creados por la vida. La permanencia y la conservación son cualidades de lo inanimado, no de lo viviente.

De la misma manera la actividad psíquica es también creadora. Aun la homeostasia¹, tan evidente en los procesos fisiológicos, no debe ser considerada como el simple sostén de una condición estática pues sus normas cambian a medida que progresa el desarrollo. Pero es en la conducción donde se comprueba sobre todo un continuo cambio de fines y el nacimiento de otros nuevos. Como lo ha dicho Lillie: "La existencia psíquica está en el tiempo presente y comporta una cualidad de novedad. Se deja tras sí el pasado y se avanza hacia el porvenir. Lo psíquico es la fuente de iniciativa cuando la

1. Homeostasia es la característica general de los organismos, que consiste en la tendencia a mantener constantes las condiciones de vida y a restablecerlas cuando se encuentran modificadas. Fué designada con este nombre por Cannon. (N. de la R.).

acción toma una forma nueva, imprevista o creadora, como en la actividad de carácter intencional o, en un sentido más amplio, en la acción creadora natural en general".

Whitehead ha expresado esta idea en la fórmula célebre: "Lo psíquico es parte de la marcha creadora hacia lo nuevo".

Desde la síntesis de una nueva sustancia por un organismo o el nacimiento de una especie nueva, hasta las sublimes creaciones de la imaginación de un artista o de un poeta, estamos en presencia de esta misma cualidad vital, siempre en movimiento, diversa e innovadora, que se encuentra en todas las escalas de la vida. Esta facultad creadora, común a la vez al desarrollo físico y a los comportamientos de la materia viviente, prueba una vez más, me parece, que la más alta expresión de uno y de otro —el cuerpo y el espíritu humanos— han salido de una unidad fundamental.

EDMUND W. SINNOTT.

La biología de l'esprit.
Galliard, 1957.

CRÓNICA

AMADO BONPLAND EN SU CENTENARIO

La vida de Bonpland, además de constituir un capítulo extraordinario en la historia de la ciencia americana, ha ejercido una significativa influencia sobre dramáticos momentos de la formación argentina y en sus páginas se destacan figuras de singular relieve, como Urquiza, Ramírez, Paz, Pujol, que reconocieron el valor de su contribución al destino nacional.

Cuando en 1949, después de mucho andar, nos detuvimos frente a la tumba de Bonpland en el cementerio de Paso de los Libres y el viejo guardián nos dijo que hacía años que nadie preguntaba por ella, sentimos dolorosamente el significado de la ingratitud humana y de nuestra indiferencia increíble por aquel destino cuya

grandeza se quebró en América. Largo rato permanecimos en silencio ante aquellos restos de una fuerza espiritual cuyo conocimiento pudo haber enriquecido mucho más el pensamiento argentino, porque Bonpland no fué sólo un sabio naturalista, un inquieto ante la belleza natural, un despierto espíritu industrial ante el misterio de los vegetales, un temerario explorador de selvas y de hombres, un poeta alucinado, sino un invencible luchador ante el desastre, un tenaz reconstructor de su destino y un ejemplo para la juventud que busca caminos en la vida.

De todos los viajeros y exploradores que anduvieron por América, desde Alaska hasta el Cabo de Hornos, de los que retornaron a sus puertos o sucumbieron en los desiertos o en los mares, de todas las magníficas figuras cuya historia es una maravillosa fuerza anímica para nosotros, ninguna alcanza la magnitud espiritual de Bonpland; sin embargo ahí tenemos su archivo y sus colecciones, con materiales para decenas de tomos que nunca se publicaron y en el cementerio de Paso de los Libres yacen sus restos sin un monumento a su memoria, y tal vez los niños de esa ciudad no conocerán el valor eterno de su nombre para la afirmación del ideal de patria, de ciencia y de humanidad sobre la tierra.

Bonpland soñó con escribir la Historia Natural de la Argentina y no pudo hacerlo; Burmeister la empezó y sólo se publicaron cuatro tomos; hasta hoy la Argentina no tiene su Historia Natural. Si comparamos la vida de Bonpland con la de su gran compañero de viaje, Humboldt, cuyo centenario se cumple en 1959, ambos gloriosos viajeros en la región equinoccial, ambos alucinados por la naturaleza americana, surge la tremenda diferencia entre los dos destinos. Mientras Humboldt vuelve a Europa y en su larga vida llega a las cumbres de la gloria y publica obras que contribuyen al afianzamiento de la cultura, goza de los resultados de sus viajes y alterna tanto en el mundo científico como en las cortes y en los palacios, donde su palabra es siempre escuchada con respeto casi religioso. Bonpland, al quedarse en América, se aísla en la selva, explora sus secretos, quiere afirmar la explotación de sus recursos naturales, cura a sus enfermos y educa a sus indígenas como un Dr. Schweitzer, precursor; se siente arrastrado a las luchas políticas, y

así pasan cuarenta años sin que haya publicado los resultados de sus observaciones. De su vida europea, de sus admiradores y de las academias, del brillo de los salones bonapartinos, de la emperatriz confidente que recibía alucinada sus lecciones de botánica, hasta de su mujer, por la que había mantenido luchas con su familia, no quedaba nada. "Bonpland —dice Palcos—, se aísla de los llamados europeos y vive su segunda vida en América, fascinado por su naturaleza. La nueva vida, en pleno desierto, será muy dura. Y a través de una y otra existencia, sea dicho en su honor, don Amado realiza el destino implícito de su vida y de su ingénita vocación. A él se entrega en absoluto, como el místico que se abisma en Dios y, risueño o amargo, lo cumple con la inalterable serenidad y la tranquila resignación de un filósofo estoico. Tal es la rara belleza de esa vida varonil y Plutarco se habría halagado de narrarla".

Descartemos toda la vasta obra científica de Bonpland, su enciclopédica sabiduría en temas de la naturaleza, las miles de especies vegetales que describió y cuya composición química dió a conocer; descartemos sus observaciones zoológicas, toda su obra en favor de la agricultura, la organización de sus colonias, su obra de civilizador en las regiones donde le tocó vivir; descartemos toda su labor europea, las plantas que aclimató en los jardines, y el sentimiento de la naturaleza que difundió entre la aristocracia de Francia; descartemos su prédica revolucionaria por la libertad de América, su firme definición contra la tiranía, sus relaciones amistosas con las más notables figuras de esa revolución y olvidemos el concepto que de su personalidad tenían, además de Humboldt, los más famosos naturalistas de su época, las academias científicas, el mundo entero. Nos quedará una personalidad inquieta y creadora, un ser humano que ningún golpe pudo aniquilar, ni la repetida destrucción de las colonias que fundara, ni el cautiverio, ni la indiferencia de los gobiernos hacia su persona, ni la debilitación final, como lo puso en evidencia al aceptar la dirección del Museo de Historia Natural de Corrientes a los ochenta años, en 1854.

Cuando llegó, cargado de tesoros vegetales, a Buenos Aires, soñaba con el gran Museo de Historia Natural y el Jardín Botánico que le prometieron sus amigos argentinos,

pero las catástrofes políticas impidieron su fundación y optó entonces por abandonar la Capital e internarse en la Mesopotamia, donde siempre encontró comprensión y simpatía por sus ideas y pudo dedicarse de lleno a su labor de sabio y de colonizador.

Es difícil interpretar el sentido de su vida, pero un párrafo de la carta a un amigo nos da una clave parcial para ello: "Habitado a vivir al aire libre, a la sombra de los árboles seculares de América, a oír el canto de los pájaros que suspenden sus nidos sobre mi cabeza, a sentarme para ver correr a mis pies las puras aguas de un arroyo; en lugar de todos esos dones ¿qué encontraría yo en el barrio más aristocrático de París? Encerrado en mi gabinete estaría obligado a trabajar día y noche por cuenta de un librero que tuviese a bien encargarse de la publicación de mis obras y tendría por toda compensación el placer de ver eclosionar, de tiempo en tiempo, en mis solapas, una mezuquina roseta. Perdería lo que yo más aprecio: mi sociedad de predilección, mis plantas, que hacen mi alegría y mi vida. No, no, es aquí donde debo vivir y morir, sobre los bordes gratuitos del Uruguay".

"Su pequeña colonia —dice un viajero— es un modelo de orden, de industria y de prosperidad. Son sus obreros los indios dóciles, con lo que continúa y mejora el sistema del imperio guaraní, tratando de conservar sus virtudes. Siempre aspira a elevar hasta él a la humanidad inferior que lo rodea; sus buenas maneras, sus explicaciones fáciles, la mezcla de buen sentido y observación aguda le daban siempre autoridad sobre sus obreros y sus empleados, haciéndose amar por todos". Cuando Ramírez le ayuda a fundar un establecimiento agrícola modelo, establece algo así como la primera Estación Experimental Agraria, de la que fué, por lo tanto, precursor. Sus prisiones en el Paraguay forman un capítulo casi desconocido de su historia americana, no habiéndose explicado hasta hoy el motivo de su cautiverio y del trato severo recibido.

Cada golpe del destino despertaba en él nuevas energías y así reconstruyó varias veces sus establecimientos, devastados por sus enemigos o por las luchas fratricidas que enlutaron esa época de la historia argentina. Bonpland, como aquellos personajes del naturalismo inglés o de la escuela romántica francesa, se sentía feliz con la

sola contemplación de los panoramas naturales, con el cultivo de una planta o el perfume de una flor, con el canto de un pájaro, con los amaneceres y con los crepúsculos del litoral, con el amor de su familia y con algún descubrimiento en la naturaleza. Bonpland no fué, como la mayoría de los ilustres viajeros y exploradores, meteoros luminosos que pasaron, alucinados, por nuestros cielos; quedó ligado a América, cuya naturaleza lo cautivó para siempre, asimilándolo totalmente.

Bonpland, europeo, se resiste durante toda su vida a volver, aunque la gloria tendía sus manos con insistencia, resuelto a seguir viviendo bajo el hechizo de las selvas tropicales, a lo largo del Uruguay, reclamado por todas las academias y por sus grandes amigos. Se queda para siempre en América y desprecia la gloria que lo espera.

He aquí el enigmático sortilegio de la naturaleza americana, cuya magia imprime un sentido de eternidad a nuestros días y llena el alma de indelebiles emociones, que se adueñan de nuestra vida y le dan las fuerzas necesarias para luchar por el logro de los ideales que hermanan a los hombres y aspiran a glorificar el pasado, sembrar inquietudes constructivas en el presente y alumbra los lejanos horizontes del porvenir. En este centenario de su muerte rindamos a Amado Bonpland el homenaje que merecen su obra, su vida y el ejemplo magnifico de su indomable lucha por los derechos y por la igualdad del hombre sobre la tierra.

JOSE LIEBERMANN.

EL SECRETO DE TANTAMAYO

Yo me acuerdo de ese día en que penetré por primera vez en uno de los centros fortificados de R'Apallan: el solitario, en lengua quichua, la lengua de los incas.

Las murallas de piedra trazaban una alta y gris corona alrededor de la cresta que, a cuatro mil metros de altitud, dominaba la confluencia del torrente de Tantamayo con el río Marañón. En el interior, entre los edificios, el viento curvaba las rudas hierbas andinas.

Permanecí largo tiempo en medio de las ruinas, observando la altura de los muros y de las puertas, contando

mis pasos de una construcción a la otra, esbozando ya los gestos del arqueólogo. En ese lugar desierto, en la vecindad de las brumas, buscaba devolver la vida al universo fragmentado de R'Apallan.

Sobre un sitio rectangular donde se reunían quizá los jefes de las castas, imaginé los campesinos de otro tiempo, de túnica oscura, depositando sus cargas de papas, de maíz o de quinoa. Venían de sus chozas cubiertas de paja, parecidas a las casas de los indios de hoy, o de sus campos ganados a las pendientes abruptas.

En sus formas más familiares, el gesto de la vida se transmite fielmente a través de los siglos y no me era difícil reconstituirlo gracias a los que me esperaban en el fondo de los valles. ¿Pero los verdaderos señores, los jefes para quienes los edificios y las murallas habían sido construidos, los responsables de esta civilización de la que tenía ante los ojos los testimonios? ¿Esta civilización misma...?

He aquí más de diez años que he encontrado a R'Apallan. Tres veces, desde entonces, he retornado a la región vecina. Treinta y dos sitios de una arquitectura equivalente han sido identificados y figuran ahora en nuestras cartas. Centenas de piezas han sido recogidas en el curso de las excavaciones. Pero estamos lejos aún de poder responder de manera precisa a las cuestiones que yo me planteaba en el circuito de R'Apallan.

Es porque ningún texto de cronista, ninguna confidencia de campesinos nos ayuda a descubrir el misterio de las ruinas. Estamos frente a un problema que ha escapado hasta el presente a la curiosidad de los investigadores y debemos, para tentar resolverlo, plantearlo en principio en el cuadro de la sola arqueología.

¿De qué se trata? De una reunión de numerosos centros —32, lo hemos dicho— de los cuales cada uno comprende muchos edificios de una arquitectura hasta entonces desconocida en el Perú, por lo menos en su forma más evolucionada: casas de tres, cuatro o cinco pisos, con piezas comunicantes entre sí, y con techos de piedra.

Estos sitios están situados a una altura que varía de 3.000 a 4.200 metros, y están reunidos alrededor de la ciudad actual de Tantamayo, la mayor parte en un radio de diez kilómetros. Si agregamos que se encuentran a menos de seis leguas del límite de la gran selva amazó-

nica, se comprenderá la diversidad y la importancia de las cuestiones que Tantamayo ofrece a los americanistas que se apasionan por las migraciones o por la interdependencia de los pueblos indios.

En todos los centros que hemos encontrado y donde hemos trabajado, he tenido primero la sorpresa, luego la alegría profunda de observar una unidad arquitectural casi perfecta. Pero hay más: a través de los diferentes ritos de Tantamayo se puede seguir la evolución de la arquitectura, desde la casa baja, aislada, hasta los grandes edificios de cinco pisos reunidos en un majestuoso frontón. He comprendido entonces el cuidado constante de los constructores por dominar la piedra, por aligerar los muros, por eliminar de ellos la prudente inclinación trapezoidal de los orígenes, para llegar a una fachada bien recta, por afinar los balcones, por lanzar voladizos para subrayar el techo, por pasar de una falsa bóveda pesada a un techo rectilíneo. Esta busca de la perfección, transmitida de generación en generación de constructores, en el aislamiento de tres valles, en la soledad sin duda voluntaria de una civilización, no deja de emocionar a aquel que vive la aventura del descubrimiento.

Paucar, el lugar que domina... Urpish, el palomar..., Piruru, el pilón de huso (la fusaiole)..., estos nombres de sitios de Tantamayo han sido dados por indígenas, mucho después de que hubieran desaparecido los constructores. Son nombres quichuas que confirman el don de poesía directa de los indios de los Andes, pero no otra cosa.

Para ensayar comprender mejor, miremos las piezas que teníamos en nuestras manos, al atardecer, al regreso a nuestra cabaña, y que mi joven compañero Marcos Corcos dibujaba bajo la lámpara. Las piezas grabadas cuyo motivo principal es el hombre, el rostro del hombre, y que hemos encontrado incrustadas en los muros, a la altura de las piezas donde se depositaba el cadáver de los jefes, recordarian las esculturas del callejón de Huayillas, en el oeste. Las incisiones que ornaban algunas alfarerías nos hacen recordar a la grande y antigua civilización de Chavín. Así, el juego de las comparaciones hace nacer parentescos y permite suponer influencias, cambios, presencias.

¡Pero este mundo indio es tan fluido! ¡Y los siglos tan frágiles cuando sólo la caricia de un alfarero nos los

sugiere! Lo que sé de Tantamayo, es la época de su muerte. No de su decadencia, pues estaba en su apogeo cuando los ejércitos incas, hacia la mitad del siglo XIV, penetraron en su territorio y ocuparon las grandes casas de los muertos. Sabemos igualmente que Tantamayo ha conocido muchos siglos de desenvolvimiento. ¿Cuatro? ¿Cinco? Más, sin duda.

Más, quizá, pero también, quizá, con otros pueblos venidos, quizá, de la selva amazónica...

Esta incertidumbre no nos desazona.

El secreto de Tantamayo es infinitamente más precioso que un asunto de datación.

El secreto de Tantamayo es el de una élite reunida, protegida en altos valles, que vivía en la penumbra de austeras y casi trágicas casas, que sacrificaba a las serpientes y observaba el cielo, que deformaba el cráneo de sus niños y preparaba los muertos para la vida eterna con un cuidado y una astucia de la que sólo son capaces prudentes espíritus liberados de los terrores mágicos.

El secreto de Tantamayo es ser, sin duda, la prueba de la existencia de una gran confederación de Estados del Norte del Perú, y cuyo nombre nos ha sido dado por un cronista indio, la confederación de los Yaro Wilcas, anterior a los incas, hostil a los incas y menos dispuesta que ellos a fundirse en un imperio monolítico.

El secreto de Tantamayo es el de un pensamiento indio cuya irradiación ignoramos aún, pero del que ya hemos recogido los testimonios del poder.

BERTRAND FLORNOY.
"Les Nouvelles Littéraires".
Joué 22 Mai 1958.

Traducción de Balhazera Raquel Enríquez.

LA FUERZA INVASORA DE CIERTAS PLANTAS

El mundo viviente manifiesta una fuerza invasora irresistible. Da el asalto a las regiones más desoladas, y termina por instalar allí algunos de sus representantes. Hay plantas florales que en los Alpes suizos alcanzan el límite de 4.000 metros, y que, a pesar de la tempestad

y del frío, mantienen sus posiciones en estas alturas desiertas. Otras se apoyan en las riberas y hacen frente a las inundaciones y a los desmoronamientos.

El tusilago no es un niño mimado de la naturaleza, no se encuentra ni en el suelo de la selva ni en el de las praderas fértiles. Es un colono del pedregal, de la arcilla, de las pendientes ruinosas y desnudas, donde, para conservarse, no reclama más que una humedad suficiente. Sus semillas, sostenidas por su paracaídas, vuelan en masa a voluntad de los vientos, pero no prosperan más que en terrenos ingratos, donde no podrían instalarse las plantas de la pradera o de la selva.

En estos lugares de su conveniencia, el tusilago se incrusta: la planta, apenas de un mes, emite estolones muy alargados que penetran profundamente en el suelo. Al año siguiente, que la mayoría de las plantas de la generación precedente no verán, estos estolones fuertemente ramificados, envían a la superficie de la tierra sus brotes, que se abren en hojas cuyos contornos imitan el de una herradura, y cuya fase inferior se reviste de una especie de vello algodonoso. En el transcurso del tercer año, aparecen los pedúnculos florales imbricados de brácteas escamosas, que despliegan sus capítulos amarillos, de los que se hacen infusiones eficaces contra la tos.

En los terrenos desolados donde se establece, el tusilago hace obra de pionero y prepara el suelo para otros emigrantes. Sus estolones subterráneos labran la tierra en todo sentido y forman una red que se opone a los derrumbamientos; como éstos se producen lo mismo, el entrelazamiento de los estolones será desgarrado y destruido en ciertas partes. Pero los tusilagos no serán del todo aniquilados, y los sobrevivientes dispondrán de un suelo enriquecido por la descomposición de sus cámaras enterradas. Con el tiempo, la hierba y los arbustos podrán a su vez instalarse sobre la pendiente estabilizada: en ese momento los tusilagos abandonan el lugar. Ya sus descendientes están trabajando en una nueva tierra virgen.

FURBER J. BAUMBERGER.
Fleurs sur ton chemin.
Editions Sifra, Zurich.

EL "SANTOS VEGA" DE ASCASUBI

Por virtud de esos misteriosos lazos afectivos con que el público se une voluntariamente a determinados escritores que le hablan un lenguaje familiar, dióse en la costumbre de atribuir a Hilario Ascasubi la creación de Santos Vega. No hay tal creación, ni Ascasubi ha pretendido detentarla. Autorizados estudios alrededor del canoro mito pampeano citan a Bartolomé Mitre como el primero que recogió para la literatura esa tradición popular del extraordinario improvisador que sólo encontró émulo en el diablo y dejó de cantar cuando el ente infernal lo venció en un contrapunto. Posterior a la versión de Mitre sería la de Ascasubi, y cerraría la trilogía de apologistas poéticos del personaje, Rafael Obligado, con su inspirado poema de gran realización artística que divide el tema general en cuatro motivos: *Alma, Prenda, Muerte e Himno del payador*. Además, Eduardo Gutiérrez tomó de protagonista para su prosa novelasca al famoso trovero campesino, con formidable repercusión popular.

Lo que sin duda ha incidido para dar a Ascasubi el muy halagüeño título de "creador", ha sido la extensión y divulgación de su obra *Santos Vega o Los Melizos de la Flor*, que, subtitulada "Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina (1778 a 1808)", no debe seguramente su predicamento a tan rumboso designio (y equivocado en la mención, pues en tales años ni se soñaba en un sistema republicano), sino que su fortuna estribó en su abigarrado contenido de acontecimientos folletinescos —tan caros al gusto de los más— y en su rítmica verba de típico sabor erlollo —merecedora, por su colorida autenticidad, del aprecio de los más... y de los menos—.

A decir verdad, el único Santos Vega legendario que apunta en la obra es el propio Ascasubi, en las descripciones y observaciones de fondo lírico que matizan los primeros veinte capítulos, escasamente, sobre un total de sesenta y cuatro y un epílogo. Lo demás de esa parte y en ciertas acotaciones de otras siguientes, nos muestran un Santos Vega de gauchesco orden común, hombre maulero y ladino, de ocurrente labia, guitarrero a ratos, que

no le hace ascos al trago y se propasa en él, que se mete de lleno en maliciosos retruques inclinados a la gresca, y que, para remate, acogido en el rancho de su amigo Rufo Tolosa y su mujer Juana Petrona, también se place en largarle intencionados requiebros sensuales a ésta, hasta sacar a aquél de sus casillas, con lo que comprobamos que Rufo no le va en zaga en oportunismo dicharachero.

El rótulo que reza ostentosamente "Santos Vega el payador", antepuesto a los epígrafes del primer capítulo y asaz prometedor, resulta, a poco andar, desmesurado. Nos encontramos con un gauchito forastero, comedido a pegar la hebra, que le sirve visiblemente a Ascasubi para entrar en el abundoso relato que se ha propuesto. De ahí que el doble título condicionado, de la tapa del libro, sea realmente una ineludible confesión del autor. El romance no es, ni de lejos, el de Santos Vega que parecía anunciarse, sino el de *Los Mellizos de la Flor* narrado en seguida con lujo de episodios, algunos espeluznantes, tocando las fibras más sensibles —y sensibleras— de lectores incomplicados; convirtiéndose en distintos periodos a la forma del drama teatral en verso —tan formalmente que los interlocutores se expresan en parlamentos encabezados con la indicación de sus nombres—, y derivando, lo que no es diálogo, a tan amplia gama de situaciones, que en las prácticas de la ficción espectacular actual el libro haría las veces de un prolijo encuadre cinematográfico. Releyéndolo, nos asombra que en casi un siglo no haya tentado a ninguna pluma para su adaptación escénica.

Y como no queremos aparecer en el papel de trasnochados comentaristas críticos, tampoco regatearemos al propio Hilario Ascasubi el honor que le cupo de adelantarse a objeciones de esta naturaleza, que no se le hicieron acaso por simpatía a su derroche imaginativo tan superior a la incipiente novelística argentina de la época. Dice Ascasubi al lector, en un sugestivo párrafo del prólogo de la primera edición de París (1872):

"El canevas o red de "Los Mellizos de la Flor" es un tema favorito de los gauchos argentinos, es la historia de un *mafeiro* capaz de cometer todos los crímenes, y que dió mucho que hacer a la justicia. Al referir sus hechos y su vida criminal por medio del payador Santos Vega, especie de *mito* de los paisanos, que también he querido

consagrar, se une felizmente la oportunidad de bosquejar la vida íntima de la *Estancia* y de sus habitantes y describir también las costumbres más peculiares a la campaña, con alguno que otro rasgo de la vida de la ciudad".

Nótese cómo en el párrafo transcripto el autor menciona su obra por el título que consideramos amoldado a lo que en ella ocurre, ratificado inmediatamente al decir que es la historia de un bandido y sus fechorías (el mellizo malo de los dos del cuento). Asimismo, queda reconocida la procedencia mítica del payador Santos Vega, y en cuanto a que haya querido consagrarlo en tal obra, es renglón en el que puede disentirse lealmente con Ascasubi, porque la manera de exaltar gloriosamente a Santos Vega hubiera sido dándole preponderante parte en la acción y, a través de proezas de vuelo épico-lírico demostrativas de su crédito, enfrentarlo como noble héroe romántico a ese truculento mellizo, contumaz traidor y siniestro azote.

Francamente, era mucha figura la de Santos Vega para los limitados efectos de narrador y comentador en frío; que no se cumplen tampoco, porque casi toda la exposición tiene la marca de oficio del escritor. El enjundioso Carlos Octavio Bunge, en su profundo ensayo *La literatura gauchesca*, refiriéndose al libro de Ascasubi dice que su payador "narra lo que no ha visto y apenas conoce de oídas". El reparo es justo, y Ascasubi pudo relevarse de él si para la función hubiera echado mano simplemente de su campechano "doble", Aniceto el Gallo, que le venía de perlas. Pero cabe suponer que lo tentó el supremo renombre del aedo pampeano para divisa promisorio de su libro. De éste nos informa —siempre en el aludido prólogo— que "fue comenzado en el año 1850, no habiendo, en aquella época de vicisitudes, tenido tiempo para hacer otra cosa que las dos entregas publicadas en 1851, las que constaban sólo de diez cuadros con mil ochenta versos, mientras que hoy el volumen, o sea el poema entero, consta de sesenta y cinco cuadros y más de trece mil versos". Otra confirmación de impresiones nuestras. Por dos veces, en tan breve espacio, Ascasubi califica de *cuadros* a los capítulos de su obra. Una recóndita vocación teatral le ha guiado la mano y cada episodio está en relieve sobre la correspondiente escenografía.

Cerca del final del comentado preámbulo dice el autor: "No tengo pretensiones de ningún género al presentar este libro". Sabido es hoy que pudo tenerlas y que estamos prestos a reconocerlas, por razones esbozadas antes y que ampliaremos. Prácticamente en balbuceos la creación romanesca en nuestro país, coincide en 1872 la aparición de dos poemas gauchescos: el *Martin Fierro*, de Hernández, y el *Santos Vega*, de Ascasubi. Haciendo entera abstracción de la arrollante pujanza simbólica de aquél, y de los reparos a éste, consideremos a ambos en su estructura de imaginación: perfilado de tipos, pintura de lugares, lliación de sucesos, crecimiento de la intriga. Comparte la obra de Ascasubi, con la de Hernández, un digno puesto de avanzada en el filo del surgimiento de novelas argentinas perdurables, sin parangón aún algunas en su palpitante documentación de la contemporaneidad de costumbres. Y si no le adicionamos a los dos augurales romances pastoriles el mayor valimiento de su composición métrica y rimada, es por aquello de que a un Hernández y a un Ascasubi "les brotaban las coplas como agua de manantial".

•
•
•

Suponemos pertinente este examen de discutibles y elogiabiles aspectos resaltantes en *Santos Vega* o *Los Mellizos de la Flor*, porque estimamos que la lozana permanencia del atractivo de una obra lleva aparejada la renovación de su juicio. Agreguemos que al considerar con estricto criterio el libro de Hilario Ascasubi, no ha sido para desvincularlo integralmente de un Santos Vega activo y dejarle en descubierto un Santos Vega pasivo, de papel y tinta, dócil resorte literario. Anotemos y compartamos la grata sorpresa subjetiva, que entre tantas otras de folletinesca objetividad, debió tener un día, buceando en la obra de Ascasubi, el empeñoso historiador de nuestra literatura que fué Ricardo Rojas. En el cuadro o capítulo XVII hay este diálogo:

TOLOSA

.....
Pero, amigo, por las dudas,
dígame: ¿usted es paraguayo, o
tarijeño? (1)

VEGA

—¡Soy puntano! (2)

(y el autor aclara al pie de página: (1) "Los tarijeños y paraguayos son muy decididos y maliciosos en su modo de decir"— (2) "Puntano: natural de la Punta de San Luis, provincia argentina").

Extraordinaria revelación, que al par que humaniza al personaje lo da como nacido en la región de Cuyo. De Rufino Tolosa ya se nos ha dicho en el cuadro 1 que es santiagueño. Véase por donde, si Ascasubi se aviene a que sus dos gauchos promotores del relato se encuentren en el sur de la provincia de Buenos Aires,

(... cruzaron un cañadón
y por último llegaron
a un rancho donde se apiaron,
cerca de San Borombón);

rompe, en cambio, con la rutina de que los romanceros criollos sean nativos de poblaciones de ese punto cardinal del país.

Tal humanización del personaje no es un capricho de Ascasubi. Tiene una ascendencia cierta, por lo que parece, en un verídico Juan Godoy también cuyano, andariego de caminos, "gauchipoeta" de la campaña bonaerense.

FRANCISCO GARCÍA JIMÉNEZ.

INDICE DEL TOMO III

	Pág.
Ahrens, Maurice R.	El maestro elemental del mañana
Alonso, Amado	Valores expresivos del artículo
Álvarez, José F.	El Paraná
Álvarez López, Enrique	La zoología en Fernández de Oviedo
Arias, Abelardo	De los frutos a las raíces
Arrieta, Rafael Alberto	Sarmiento y Horace Mann
Arrieta, Rafael Alberto	Miss Mary O'Graham, Directora fundadora de la Escuela Normal de La Plata
Baudelaire, Charles	El puerto
Barbault, André	Balance de la astrología
Bergounioux, R. P.	La invención de la escritura
Bertrand, Aloysius	El alquimista
Blasi Brambilla, Alberto	Breve análisis de los arquetipos
Boisdeffre, Pierre de	Un lenguaje de formas
Bongiorno, Raúl	El grabado y el libro
Borghini, Eugenia	Algunas reflexiones sobre el Budismo
Boutellier, M.	La etnografía
Busaniche, José Luis	Viajeros y diplomáticos en la emancipación argentina
Braun Menéndez, Eduardo ..	Investigación científica y cultura ..
Capdevila, Arturo	Enfermedades alimentarias observadas en cobayos
Carilla, Emilio	Cervantes en la Argentina
Cazeneuve, Jean	Los ritos y la condición humana ...
Cennini, Cennino	Aprendizaje
Cirlot, Juan E.	Correspondencias
Closset, François	Técnicas de la enseñanza de las lenguas vivas
Clot, René J.	La decoración
Córdoba Iturburu	Picasso o la fantasía multiforme de la realidad
Costa A. de Sapin, Azul ..	Para foliófilos... solamente
Cunningham, M. F.	Las teorías del aprendizaje
Charles Picard, C. y G.	El periplo de Hannon
Darwin, Carlos	Roberto Brown
Dauvillier, A.	La vida en el universo
Dauvillier, A.	Teorías acerca del origen del relieve lunar
Defradas, Jean	La consulta al profesor
De Agostini, Alberto M. ...	Los bosques milenarios
De Bianchetti, Juan	Toponimia guaraní de la provincia de Corrientes

	Pág.		Pág.
De Gandia, Enrique	181	Llano, Jorge R.	Visión de primavera de aves de la
De Gandia, Enrique	202	Llano, Jorge R.	provincia de Buenos Aires
De Gandia, Enrique	348	Llanos, Alfredo	Insultos de primavera en Buenos Aires
Deschoux, Marcel	148	Majorana, María Teresa	El empirismo hernandiano
Disandro, Carlos A.	172		R. Aleasu, De la naturaleza de los sím-
Dondo, Osvaldo H.	123		bolos
D'Orbigny, Alcides	541	Maleplade de Del Mármol,	
Duquesne, Maurice	195	M. A.	Una carta de Ameghino
Faure, G.	297	Marasso, Arturo	El bello desorden piridáico
Fernández, Salvador	167	Marasso, Arturo	Aspectos del lenguaje literario
Ferrara, Floreal A.	354	Marasso, Arturo	Descubrimiento de la realidad exterior
Florney, Bertrand	586	Marinosci de Echavarría G.	Organización de las bandas rítmicas
Furrier-Baumberger	589		en los jardines de Infantes
Gai, Roger	135	Mathon, Claude C.	Latitud y altitud
García Jiménez, Francisco ..	168	Matise, Georges	Idioma y conocimiento
García Jiménez, Francisco ..	591	Mauhourat, Jorge H.	La educación estética y la escuela
Gennaro, Manuel	492		pública
Goldmann, Lucien	160	Menghin, Osvaldo F. A.	El valor formativo de los estudios
González, Alberto Rex	578		humanísticos
	539	Michaud, Guy	El universo poético
Guérin, Maurice de	282	Millot, Albert	Valor educativo de las letras
Guy, Alain	34	Miró, Gabriel	El reloj
Halperin, Renata D.	547	Mitre, Bartolomé	La poesía
Herrero Mayor, Avelino	158	Moro, Tomás	La isla de los utópicos
Historia de Sindban	517	Moya, Ismael	Echeverría, nomencl argentino
Idiari de Robón, A. M.	316	Oriz, Lucilo	R. A. Benítez, Una histórica función
Iglesias, Lyda C.	194		de circo
Joussain, André	320	Oriandi, Clemente	De los antónimos a los sinónimos
Koopman, R. G. y Snider	80	Parain, Brice	Lenguaje y mundo sensible
Roach, E.	283	Pepin, Jean	Mito y alegoría
Kourganoff, Vladimir	192	Poema de Gilgamesh	Viaje
Kupper-Linsmayer	249	Pogolotti, Graziella	T. Carella, El salmón criollo
Lalou, Etienne	319	Pogolotti, Marcelo	E. Fromm, El lenguaje olvidado
Levillier, Roberto	374	Poulet, Georges	La tela de araña
Levillier, Roberto	582	Prenz, Juan Octavio	L. Mumford, Arte y técnica
Lhote, Henri	50	Ragon, Michel	Defensa del geometrista
Liebermann, José	415	Redacción, La	J. Rostand, Ciencia falsa y falsas
Loedel, Alba	197		ciencias
		Redacción, La	Comentarios y extractos de revistas
Lucioni, Jean		Redacción, La	J. P. Garrahan, La pediatría, ciencia
Lupasco, Stephan			y arte
		Redacción, La	Comentarios y extractos de revistas
		Redacción, La	A. Champdor, Babilonia
		Redacción, La	Comentarios y extractos de revistas
		Russell, Dora Isella	Memorias de un romántico: E. Eche-
			verría
		Sinnott, Edmundo W.	La actividad creadora de la vida
		Stillo, Pedro J.	El ambiente en la educación estética
			del niño
		Tagore, Rabindranath	La escuela de las flores
		Tapia, Atola	Rehabilitación del Olimpo

	Pág.
Tapia de Lesquerre, Lola ..	376
Tavella, Nicolás M.	568
Thompson, Ethel	
Trias, Manuel B.	126
Vendryes, Pierre	532
Viaje de San Brandan	346
Vigna, Juan Antonio	334
Vignati, Milcíades A.	481
Vilardi, Julián A.	264
Von Natzmer, Gert	370
Von Natzmer, Gert	190
Von Weizsaecker, Viktor ..	361
Záttara, Daniel	271
	168

Pág.

SUMARIO

Rafael Alberto Arrieta	Miss Mary O'Graham, Directora fundadora de la Escuela Normal de la Plata	Pág.
R. P. Bergounioux	La invención de la escritura	385
Roberto Levillier	Intermezzo Paraguayo (II)	391
Jean Luccioni	Platón y el modelo divino de la ciudad	395
Osvaldo F. A. Menghin	El valor formativo de los estudios humanísticos	415
Ismael Moya	Echeverría, numen argentino	422
Juan Antonio Vigna	Amadeo Jacques, educador	426
Alexandre Dauvillier	Teorías acerca del origen del relieve lunar	452
Emilio Carilla	Cervantes en la Argentina	461
Manuel Gennaro	Sobre la pintura filosófica	471
Enrique Álvarez López	La zoología en Fernández de Oviedo	492
G. y C. Charles-Picard	El periplo de Hannon	495
Ana María Idiart de Reuón	La escuela rural	504
Maurice R. Ahrens	El maestro elemental del mañana	517
Albert Millot	Valor educativo de las letras	524
Manuel B. Trias	El cine y la escuela	529
Jean Defradas	La consulta al profesor	532
Maurice de Guérin	El mar agitado	538
Rabindranath Tagore	La escuela de las flores	539
Gabriel Miró	El reloj	540
Alcides D'Orbigny	Incurción de indios	541
Poema de Gilgamesh	Viaje	541
Amado Alonso	Valores expresivos del artículo	544
Avelino Herrero Mayor	Evocación estética y social del habla	545
Clemente Oriandi	De los antónimos a los sinónimos	547
Arturo Marasso	Descubrimiento de la realidad exterior	550
La Redacción	A. Champdor, Babilonia	553
Nicolás M. Tavella	R. Nassif, Pedagogía general	555
Graziella Pocolotti	T. Carella, El sanete criollo	558
María Teresa Maiorana	R. Alleau, De la naturaleza de los símbolos	559
Juan Octavio Prenz	L. Mumford, Arte y técnica	561
La Redacción	Comentarios y extractos de revistas	562
Georges Matisse	Idioma y conocimiento	566
M. Bouteiller	La etnografía	573
Alberto Rex González	La fotografía y el reconocimiento aéreo en las investigaciones arqueológicas	576
Edmund W. Sinnott	La actividad creadora de la vida	578
José Liebermann	Amado Bonpland en su centenario	580
Bertrand Flornoy	El secreto de Tantamayo	582
Furrer-Baumberger	La fuerza invasora de ciertas plantas	586
Francisco García Jiménez	El "Santos Vega" de Ascasubi	589

Ciertamente ningún mundo, quizá, fué más fragmentado en el espacio y en el tiempo que el mundo helénico, a lo menos hasta la fecha famosa por la muerte de Alejandro, de Demóstenes y de Aristóteles (323-322). Aparece este mundo como un mosaico de ciudades independientes, cada una viviendo su vida, hablando su lenguaje, adorando a sus héroes, anudando sus alianzas; y la misma diversidad se encuentra en la duración bajo la forma de una versatilidad desconcertante. Pero el espíritu de familia está allí muy acentuado. ¿No es en el interior de una misma casa que se enconan en general, los más violentos antagonismos, y las guerras más encarnizadas no son guerras civiles? Los historiadores de hoy son llevados a menudo, por una exigencia de su disciplina, a subrayar ciertos contrastes para desprender mejor los caracteres originales de tal personalidad o de tal periodo: Tucídides se define así por negación de Heródoto, lo mismo Sófocles, Eurípides y Sócrates, respecto de sus antecesores. Tales oposiciones son legítimas, pero no deben hacernos olvidar la identidad de espíritu que las hace posibles. Jenofonte habla distinta lengua que Pindaro y concibe de otra manera la vida; y, sin embargo, esquemas análogos sostienen las Odas y las Memorables. Sócrates es en ciertos aspectos —tenacidad, curiosidad, buen sentido, vocación exploradora, sentimiento de los límites humanos y de la presencia divina— una réplica de Ulises y, en otros aspectos, un hermano de Antígona. Se podrían multiplicar estas comparaciones. No tienen por qué sorprendernos. La pureza, la elevación de una cultura, están ligadas a su coherencia interna. Las épocas gloriosas son aquellas en que reina un orden. La civilización antigua, que es quizá sin igual en la historia humana, no se reduce a una lista de grandes nombres. Desde luego el espíritu común ha permitido esta expansión, es un ideal antes de ser un florilegio. No hay milagro griego, sino el de la unidad en la diversidad: unidad de estructura, de estilo, de genio.

RENÉ SCHAEERER
L'homme antique
Payot, París, 1958.

